

JOSÉ DE CORA



EL ESTORNUDO DE LA MARIPOSA

Los Garbo contra Hitler



NARRATIVAS HISTÓRICAS
CONTEMPORÁNEAS



edhasa

EL ESTORNUDO DE LA MARIPOSA

JOSÉ DE CORA



Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición impresa: septiembre de 2016

Primera edición en e-book: septiembre de 2017

© José de Cora, 2016

© de la presente edición: Edhasa, 2016

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4658-9

Araceli y Juan,
los protagonistas de esta historia,
guardan un asombroso parecido
con el matrimonio homónimo español
que urde engañar a Hitler y facilita
el desembarco aliado en Normandía.

A Araceli y su familia.
A Juan y la suya.

EL ESTORNUDO DE LA MARIPOSA

I. PAISAJE

Lugo y Barcelona, dos caminos hacia Burgos

Barcelona

Las horas se marcan con el avance de la sombra sobre las paredes semidesnudas de la casa. Es la máxima actividad que puede permitirse un topo como Juan en pleno centro de Barcelona. Y mientras permanezca la monotonía, no llegará ese piquete que lo conduzca delante de un juez, de un pelotón o de un féretro. Margarita y sus padres lo tapan porque la chica piensa en el casorio y él ha dado pruebas de ser manso de ademanes y blando de corazón. Cómo no ha de serlo si desde que comienza la guerra está cosido a las faldas de la mesa camilla que los Estrucht tienen en su comedor de la calle Gerona.

Los Estrucht ignoran que su mente, al contrario que su cuerpo, es un hervidero donde borbotan las ideas políticas que han hecho de su vida una miserable existencia. Por cercanía, la República y los catalanes son hoy sus principales enemigos, los defraudadores de su confianza. Franco, ese general alzado, si llega a alguna parte, acabará cediendo el poder a la Falange, o lo que es peor, al III Reich, que ya ha eliminado los últimos rastros de democracia en Alemania y que se presenta como la bestia que ha de dominar el mundo. Juan conoce el proverbio chino de la mariposa y los efectos de su aleteo en el otro extremo del planeta. De hecho, se lo hace notar un profesor cuando estudia avicultura en Arenys de Mar. «La subsistencia de todas las aves del mundo depende de lo que haga un solo pollo a vuestro cuidado». Aquello le impresiona más allá de las normas higiénicas que el monitor pretende inculcar en sus alumnos, y desde entonces se convence de que cualquiera, él por ejemplo, puede ser la mariposa que con su aleteo cambie el curso de los acontecimientos. Y si las alas no son suficientes, lo será su estornudo.

Lugo

Araceli es rica hembra al gusto de los mozos casaderos. No hay en ello graves discrepancias, ni ahorran palabras en el requiebro. Y quien dice solteros, casados dice, que el criterio no se pierde en los altares, ni están los tiempos para escatimar al ojillo bellas estampas, tan diferentes a esos retratos de Franco y José Antonio que la Sección Femenina obliga a incluir en los paquetes que todas las madrinas reúnen bajo el nombre de Aguinaldo del Combatiente, ya cercano en estas fechas de fríos cortantes y nieblas intensas. Y no porque los dos hombres no sean guapos, que son luceros, sino porque sus rostros recuerdan que estamos en guerra, quiérase o no, y es una murga.

En realidad, todo habla de la guerra. No hay forma de escaparse. Araceli es camarada enfermera y quien la vea de uniforme en Santa María, madre mía, rodeada de heridos y convalecientes, qué va a pensar sino en batallas y en trincheras; en bombas, odios y combates encarnizados. Y quien tiene la fortuna de no pisar el frente, se afana en ayudas, recolectas, donativos, en el Día sin Postre, en el del Plato Único, en libros para los soldados, prendas de lana, un poco de tabaco, botellitas de alcohol, las escarapelas del Auxilio Social, la tómbola, el óbolo, y sobre todo, en postular, postular, postular. Es la vida en retaguardia y a quien no le guste solo le queda elegir entre las trincheras o el presidio. A Frentes y Hospitales y al Hogar del Soldado se dedican las mayores atenciones. A tal fin, la banda del Regimiento de Zaragoza, dirigida por Álvarez Cancio, ha ofrecido en el Círculo un concierto extraordinario y Araceli estuvo allí, pues tan bien suenan sus marchas, que el espíritu se levanta, te lo digo yo, que salí con ánimos para una semana y ganas de desfilar varias veces alrededor de la muralla. La música no amansa a las fieras; en este caso las vuelve marciales y triunfadoras.

Pero hoy es domingo y una vez cumplidas las obligaciones perentorias en Santa María, la misa mañanera y algo de costura para que no nos llamen vagas, quedan unas horas de respiro y parloteo, de ropa de calle sin ostentaciones, de colorete –aunque sin profanar el alivio por la muerte de papá–, de medias de seda cuidadas con esmero –que el nailon o el cristal son entelequia–, o de cine, que si estrena Leslie Howard, es a peseta la butaca y ese hombre excita pasiones, tan entero, tan señor, tan frío y caballero.

Ahora que entra en el Círculo de las Artes, caída ya la tarde, la saludan sus conocidos y la siguen las miradas de los otros. Avanza decidida sin que se le

borre la sonrisa de los labios hasta sentarse en la mesa de costumbre, en la rotonda, donde la esperan sus amigas. Hoy solo acuden dos de ellas, Cachita y Angelines. Celia tiene turno de lectura a los enfermos. Walda, Esther y Eva salen con sus novios, que ésas ya se han perdido para la pandilla. ¿Casarse? Lo comentan en cada encuentro, pero no dan los números, ni las letras dan para el banquete, el traje, ni las flores. La consigna es gastar menos que un ruso en catecismos y la cumplen a punto crudo. Además, si de Araceli se habla, boda suena a puerto y a llegada, cuando ella sueña con zarpar, desplegar velas y poner rumbo, tan siquiera, a las Canarias, que es destino recurrente en la familia. Canarias tiene que ser precioso, con ese calorcito que te saluda en el amanecer y que no se va ni al acostarte. A las islas llaman Afortunadas y, para mí, afortunado es quien va a ellas.

Aquí el frío aprieta y en los cristales de Obispo Aguirre lloriquean las gotas del último aguacero. Para salir hoy a la calle, sin nadie que lo ordene bajo arresto, hacen falta más de dos razones, y eso que las chicas sí las tienen, al menos una de ésas que dan juego a la húmeda y al chismorreó.

—¿Leíste *El Progreso*? —le pregunta Cachita por toda bienvenida.

—Sí; bueno, no. Eso sospecho, por tu toniquete y las risitas. He tenido un domingo para enmarcar, a trancas, de broncas y jaleos. ¡En el hospital creen que soy un sorche y que funciono a toque de corneta! Lo he visto por encima. Mañana tengo turno otra vez y no espero convocatorias por delante.

El periódico es tablón de anuncios para órdenes y reuniones. Todas las muchachas de Lugo, las señoras, señoritas y camaradas, están pendientes de lo que publique, pues hay turnos en colegios, cuestaciones, tómbolas y hospitales; reuniones de partido, lecturas a convalecientes, guardias, misas, comedores, costureros y hasta furrieles. Claro que con el horario de mañana ya fijado, Araceli desestima que ni la Delegación de Sanidad, ni el partido, ni Frentes y Hospitales le impongan otras tareas.

—¡Sales en los versos! —interrumpe sus quejas Angelines.

—¿Qué versos?

—Los dedicados. Hoy viene uno debajo de las órdenes de Falange.

—¡Vaya! ¡Un admirador secreto con ínfulas de Garcilaso!

—¡No! —se apresura Cachita a desmentirla—. Nada de secreto. Éste firma y tacha con nombre y apellidos a banderas desplegadas. ¿Cómo es que nada te

dijeron?

–En el hospital estamos para pocas poesías. Se ha muerto el muchachito de Cuenca. Ya os hablé de él. El que perdió la pierna. ¡Pobre chico!

–Sí que es triste. Pero entonces, ¿nada?

–Nada de nada.

–Ahora verás. ¡Paco! Tráiganos el periódico de hoy. Ande, sea bueno.

–Y un té.

–¿Con aspirina?

–¿Tengo yo cara de jaqueca?

–Aquí quien toma té es que está enfermo.

–Pues yo lo tomo sana.

Paco, el viejo camarero, vuela por entre las mesas con la bandeja en exacto equilibrio y la cabeza repleta de pedidos. No es difícil para él llevar la cuenta. En el Círculo hay pocas novedades. Los mismos sillones, a las mismas horas, las mismas consumiciones. Todo lo más, si algún achaque sobreviene, el cliente establece una ligera precaución: «Paco, hoy no me echas las gotitas, que me dio la noche la vesícula».

–Unos minutos, señoritas; que don Venancio aún no lo sabe de memoria.

Don Venancio no lo memoriza, pero como ha perdido vista, se lo acerca a las narices y tarda el doble en reencontrar el hilo cada vez que levanta los ojos por encima de las gafas y sorbe un trago del cafelito.

–Entonces, ¿quién es el pollo? –se interesa Araceli sin hacerlo.

–¡Ah! –le chafa Cachita la respuesta–. ¡Tienes que adivinarlo!

–Pero ¿lo conozco? ¿Es el de bigotes de gato?

–Frío, frío.

–¡Bah! Todo por pura tontería.

Los versos dedicados ya no son lo que fueron, pero la costumbre se mantiene a duras penas, especialmente en aquéllos más talludos que entre la guerra y las privaciones corren peligro de permanente soltería y se aferran a viejas tradiciones de hacer patentes amores, de levantar pasiones en la sombra, de intrigar, o de estar en boca del mujerío, sobre todo ahora, cuando ya se habla de que esto se acaba, de que cualquier día Franco entra en Madrid y hay verbena en Las Vistillas, mira tú, con farolillos, una orquesta de ringorrango y jóvenes profesores. Y en Lugo también habrá baile, que ya es hora; que la

guerra es solo frío, frío y sabañones como mofletes de pepona.

Más que de amores hoy hay versos al Caudillo, versos encendidos de pasión al «Ilustre Jefe de Estado / de nuestra España triunfal / en defensa de la cual / con arrojo te has alzado». Se hacen méritos líricos y se conquistan corazones administrativos, que pronto habrá reparto de cargos y prebendas como uvas en racimos.

Por fin, don Venancio suelta la prensa y Paco, que está al quite, la rescata para sus chicas, las más lindas y risueñas en aquel conglomerado de vetustos, que ni están en la guerra porque se han pasado, ni esperan la paz porque no les llega.

—Aquí tienen ustedes. Y si algún día se pierde algún beso, acuérdense de Paco, que nada les voy a cobrar por recibirlos. Pueden elegir entre dos opciones, uno en cada mejilla, que para ser besado este cura no entiende de política.

Lo del beso no les molesta, ni les azora. Paco lo dice siempre, sin fe, pero sin rendición a una causa que no por imposible es menos deseada.

Araceli toma el diario sin prisas, con la parsimonia de quien le va a echar una rutinaria ojeada. No es una situación cómoda para ella. Sabe que es la única de las tres en condiciones de recibir versos de tapadillo, ocultos, románticos, pícaros o encendidos; pero aunque sus amigas ya hicieron por su cuenta elección de amores, no quiere parecer presuntuosa, ni deseada, ni guapa, ni nada que pueda molestarles.

Llega a la página y lee:

*Aurora luminosa de mi sino,
resplandor que alumbra cada paso,
aliento que me ayuda a seguir vivo,
calor sobre heridas que consumen.
Espero en mi pena yo cautivo
lograr la llave que tanto anhelo
y abrir las puertas al destino.*

—¡Anda la osa! ¿Y por qué sabéis que son para mí?

—¡Araceli! —exclama Angelines—. ¿No te has fijado en las iniciales de los

versos? ¡Es el acróstico de tu nombre, o como se diga! Quevedo los tiene a cientos para disimular a los personajes que toma el pelo. ¡Lo dimos en Literatura!

–Araceli y... Pues sí, pero el mío no va con la i griega.

–¡Qué sé yo! No se habrá enterado, o es una licencia poética. Pero de que eres tú no caben dudas. Mira la firma.

–Joaquín Arévalo Tordesillas. No sé quién es.

–¡Mujer! ¿Cómo que no? ¡Joaquín, Chinín, el herido de Samos!

–¡Jesús! ¡Ése tan feo!

–Sí, sí, feo. ¡Rico y con título!

–Título, título... Conde de Lombriguña es su padre.

Las amigas se despiporran de la risa con la broma de Araceli.

–¡De Lombriguña, no! ¡De Nameliña!

–¡Bah! ¿Para qué quiero yo un título? Los tiene por docenas mi familia, metidos en un cajón y forrados en celofán. ¡Jamás se me ocurriría ponerme uno! ¿Os imagináis? ¿Yo, marquesa; en casita y toda tiesa? Eso es para mi primo Esteban, que le priva, y si en la tarea no se pierde, se quedará con el marquesado de San Juan de Carballo, que era de Pardo y Gago, allá por el xviii, e incluso más atrás si escarba un poco.

Y es cierto. La de Araceli es saga de abolengo, señores de Suevos, de Codesido, de la Torre de Mañente y de la Casa de Carrocid, con engarces a los Lemos, a los Arjona y a los Trastámara que el citado primo Esteban ya se encarga de llevar cuan lejos puede, hasta el rey Alfonso XI nada menos, en un libro que salvo él nadie ha leído porque es genealogía de cien mil nombres, dura prosa a todas luces, también para Araceli, que podría ver en ellos la estela gloriosa de su alta alcurnia.

–Ya sé que Chinín está loquito por casarse, pero mala carrera lleva si pierde el tiempo con ripios de naftalina. Además, es un creído. Las cosas como son.

Angelines parece asustarse del desprecio con el que su amiga se refiere al poeta, quizá porque pensaba verla como unas castañuelas.

–A mí me parece muy meritorio. Vino herido del frente y puso en riesgo su vida por nosotros. Además del título y los monises, ya lo admitieron en el Cuerpo de Mutilados de Guerra. ¡Es un héroe!

–¿Chinín un héroe? Un rasguño en el brazo y un apellido. Heridos son los

que tengo yo en Santa María. Éste se fue a Samos muy contento. Cuatro semanas en cabestrillo, sopitas y buen vino.

–Para no conocerlo... no te falta detalle de su ficha.

–No esperaba que fuese él.

–¡Claro! Tú esperabas a Bécquer.

–Ramón escribe poesía y no lo hace nada mal.

–¡Ay, Ramón! Ya salió tu Ramón. Ahora resulta que también es poeta. Vivimos en el Parnaso y nosotras sin enterarnos.

–¡Cuidado! ¡Ahí viene!

La advertencia de Cachita se debe a que el llamado Chinín, don Joaquín a todos los efectos dentro del Círculo de las Artes, atraviesa la puerta del Salón de Columnas y enfila el pasillo de la rotonda, donde las tres amigas lo destripan como arenque de Pomerania en salmuera. Al menos lo hace una de ellas, aquélla por la que mueve su cálamo, por la que bajan las musas a verle, por la que está dispuesto a compartir el condado paterno, la cama, una casa grande con torre de mortero, treinta vacas, veinte hectáreas y pare usted de contar, que hoy en día ese patrimonio no son aguas de borrajas. Él se tiene por marisco, es decir, soldado gallego de los que mandaron bordar un centollo en la solapa, un percebe, una nécora, una cigala, para decir al enemigo que, por encima de la chatarra, el gallego lleva al frente un surtido de vieiras, el marisco de su tierra y sus agallas. Chinín no fue marisco, repite Araceli sin que le oigan, ni su pandilla, ni quien se acerca con paso de parada militar.

–Como mucho, fue chirla.

Y todas ríen con la mano sobre la boca, para no llevar a escándalo.

–Buenas tardes –dice el caballero mutilado ante el trío.

–Muy buenas tenga usted, don Joaquín.

–Por favor, apeemos tratamientos, que casi somos de la edad.

Araceli no puede contenerse, como hace siempre.

–No sé a qué edad se referirá usted, pero en la mía ya había rueda, pedal y frenos. Vamos, la bicicleta entera.

Las amigas se ruborizan y vuelven a reír nerviosas ante el descaro. El hombre, de chaqueta cruzada, flor de *toxó* en el ojal de la solapa, más grande de lo que manda la elegancia que impone Jesús Suevos, es decir, casi maceta; gomina por todo el cráneo, un solitario que se ve desde la calle, bigotillo

Alfredo Mayo, pitillo y cabestrillo por aquello de la herida, no se da por aludido. O no lo oye, o no quiere oírlo, y así reanuda su discurso.

—He visto que leían el periódico. ¿Les ha gustado?

Araceli apenas deja que termine su pregunta y le pisa con firmeza en la respuesta.

—Mucho. En eso todas coincidimos. Son unos versos chupilerendis, ¿verdad que lo comentamos?

Y ellas asienten con golpes de cabeza sin atrever más añadidos, no vayan a resultar equivocados, o en opuesta dirección a la iniciada, sean cuales sean las maldades que argucia la muchacha.

—¡Fina sensibilidad ante la lírica! No esperaba menos de quien por fuera es pura poesía en equilibrio.

—Pues sí, ha de estar muy contenta la mujer a la que escribe. Raro es ver en los billetes rimas más elevadas que amores con dolores, y negros ojos con labios rojos.

—¡Araceli! —exclama Chinín desconcertado—. ¡Es usted a la que escribo! ¿No reparó en el acróstico que se forma?

—¡Ah! Pues no, sinceramente. Yo me debo a mis enfermos y nada hay que les robe mi atención y mis cuidados. Falta tiempo para que podamos leer versos, don Joaquín, y usted tampoco debería gastar esfuerzos que no sean para la Cruzada.

Al presunto mutilado le basta el rechazo. Apaga el pitillo de malos modos en el cenicero y se marcha por donde vino.

—Buenas tardes, señoritas.

—*Bai bai*, caballero.

Barcelona

Margarita es buena chica. Sería difícil encontrar otra como ella en toda Barcelona, pero tiene espíritu de harina, que es indispensable para cocinar, pero no se nota. Y si se nota, malo, porque no está cocinado. Juan sabe que de seguir adelante con ella tendría un plácido matrimonio, pero tan plácido, que lo lamentaría las tardes mustias de los domingos invernales. Sus padres son dos pedazos de pan, de ahí la harina. Don Fermín y doña Sole. Si ellos me

piden que cruce el puerto a nado, me tiro al agua. No tengo fuerzas ni argumentos para negarles un favor de los muchos que les debo; por eso temo que acaben regalándome la mano de su hija. Esto es, que no sea una petición de parte, sino un agasajo irrechazable. A ver cómo les digo que no, que es algo sosa, que salí con ella por no contrariarles desde que vine apaleado de Córdoba, que aquella andaluza sí era mujer para danzar, que me tenía loco entre las piernas y que fue mi padre, con santa paciencia, quien me repitió durante el viaje de vuelta que el mundo está lleno de mujeres. Sí, claro, y de billetes de banco. El caso es pillarlos y ellas, que te amen. En fin, la cordobesa tampoco me amaba, porque de lo contrario hoy brincaría día y noche entre olivos, o donde ella quisiese, que me iba a tener de faldero como perro de mendigo. Hace dos meses que vivo en la casa de Margarita, aquí en la calle Gerona, Girona dicen que van a ponerle; refugiado, escondido, sepultado en vida. Cuando el 18 de julio decido no presentarme a filas, don Fermín me acoge sin problemas. Por algo soy el prometido, aunque promesa, que yo recuerde, no hice ninguna, ni ella me la ha pedido. Son los padres que se lo creen para justificar mi presencia y verse ya convertidos en suegros. No les hace ninguna falta, pues nadie, salvo ellos mismos, sabe que estoy oculto en su hogar. Estaría bueno que fuese yo la comidilla de la vecindad. En menos de dos horas, tendría un piquete de milicianos a la puerta, y con ellos, al cuartel, de cabeza; sino al calabozo, sino al paredón. Sería uno más en esta guerra sin sentido, uno más en pegar tiros, en moverme por el barro por si veo a uno de Murcia y lo descerrajo, pobrecillo. Pues no va a ser ése el resultado. Aunque sea, me caso con Margarita y escapamos en un bote al garette de las olas y del viento mediterráneo.

La casa es soleada, pero poco importa. Juan no se acerca a las ventanas a menos de dos metros, sobre todo cuando las abren por las mañanas para ventilarla, que ni necesidad hay, digo yo, si las abren por las noches y se renueva el aire con la brisa nocturna que ha de ser más limpia por menos usada; pero la madre de Margarita, doña Sole, es de ideas fijas, muy constante, previsible y ordenada como un calendario eterno donde los años bisiestos son una murga porque son distintos. Solo por veinticuatro horas, pero distintos. Maravillas hace para repetir el menú de la semana, porque si los lunes son días de lentejas, hay lentejas los lunes aunque no las haya. ¿Y qué me

queda a mí, sino obedecerle? Cuando salen y alguien llama, me meto debajo del catre con la colcha de faldones bien estirada hasta el suelo y allí espero a oír sus pasos alejándose por los escalones. ¿Quién me asegura que no son los *milicos* los que llegan; los que la derriban y se meten?

Hace días he observado algo muy turbador. Llega don Fermín de la calle y traslada un taburete de la cocina hasta el pasillo. Me cree encerrado en mi cuarto, pero no es cierto, nunca la encajo si estoy solo, para no hacer ruido con la manilla y desplazarme por la casa en total silencio. El caso es que, entreabierto la hoja, lo veo todo. Se sube a la banqueta, toma una tabla del falso techo, la arranca, la baja al suelo, la deja arrimada, vuelve a subirse y en el hueco que tapa el madero mete un paquete envuelto con papeles de periódico. No más grande que un bollo; eso, como si fuera un bocadillo. La ajusta de nuevo y se va con el taburete a su sitio. No me gusta nada. Me inquieta como si viese levantar un cadalso. Decido investigar cuando vuelvo a quedar solo en la casa, que es al día siguiente por la mañana. Tampoco quiero que me descubran revolviendo en sus secretos, de modo que utilizo la llave que me hicieron por si deseaba salir. Qué tontada. ¿Yo salir? A menos que me obliguen por la fuerza. Si la meto por dentro en la cerradura, por fuera no cabe otra llave, me hago el dormido y digo que la cerré por miedo, por escuchar algún ruido. La excusa está bien traída y entre que hago y no hago, me da tiempo a recomponerlo. Así que nada más escuchar que doña Sole ya está en la calle, busco la banqueta y subo. La tabla solo está encajada; y muy mal, por cierto. Cuando la saco, veo el escondite lleno de paquetitos con similar aspecto. Hay seis o siete de tamaños diferentes, todos envueltos en papeles, todos con las trazas de ser meriendas escolares. Extraigo el primero y lo reconozco como el visto ayer. Lo desenvuelvo y me horrorizo con lo que allí hay. ¡Son joyas! Manojos de alhajas desordenadas, unidas, entrelazadas; collares, pulseras, relojes, anillos y una diadema forman una maraña de destellos relucientes. Así el otro, y el otro, y el otro. En uno de ellos hay un lingote de oro y dos de plata que al peso calculo de mil gramos el molde. ¡Este hombre es...! No, no puede ser. Don Fermín no es un asaltante de domicilios, uno de esos cuatreritos urbanos que al amparo de la política desvalijan los pisos más pudientes. Un representante textil en Tarrasa, humano y tan silencioso. Es imposible. Tiene que ser otra la explicación. ¡Se las dejan! ¡Se

las dejan en depósito para que él las guarde durante estos tiempos! Eso sí que le corresponde a sus modales. Pero lo que hace es una bomba, un riesgo y un suicidio. ¡Me cago en don Fermín! El mosquito muerta juega con fuego ¡y yo aquí dentro, en medio del incendio! ¡La madre que lo parió! ¿O será realmente un ladrón de cofres y nos da el pego? Mejor nos iría a todos. Pero ni eso. Al menor descuido cae y caemos todos. A no ser que forme parte de alguna banda de incontrolados al servicio de un partido, de un sindicato... ¿Don Fermín? ¡Absurdo! Se las dejan, es el depositario, el custodio de los bienes, no cabe otra, y entonces el peligro es el peor de cuantos sea capaz de imaginar. ¡El fin del refugio y el comienzo de nuevas preocupaciones, como si fuesen pocas las actuales!

Sube alguien. Cierro la cueva de Alí Babá, llevo el taburete, quito la llave y abren. Voy hacia mi habitación y me doy la vuelta. Es don Fermín, que me encuentra a medio pasillo.

–¿Todo bien?

–Sí, más o menos.

–¿Ocurrió algo?

–No, todo bien. Oí unas pisadas, pero siguieron al tercero.

–Te noto nervioso, Juan. ¿De verdad que no pasó nada?

–Dormí mal, con pesadillas.

–Si solo es eso, no te preocupes. A todos nos ocurre. Lo raro es no tenerlas.

–Sí, don Fermín. Eso es lo raro.

Callado con el secreto que me ocupa la cabeza desde entonces, pienso ¿a quién decirlo? ¿A Margarita? Pobrecilla. Seguro que ella también está *in albis*, y doña Sole por ahí se andará. Don Fermín lo tiene oculto hasta a ellos. Si es que es eso, un buenazo; porque lo hace para librarles de preocupaciones. Cenutrio, pero buenazo.

Dos semanas más en las tinieblas sin que pase nada, quieras que no, atenúan la zozobra, pero este lunes al mediodía, con los cuatro a la mesa presidida por las lentejas correspondientes, aporrean a la puerta. Salto a esconderme en el cuarto, don Fermín acude a abrir y antes de encerrarme, veo tembloroso un horrible cuadro que me espanta. Los golpes de llamada, causados por puño imperativo, han desvencijado en parte la tabla del escondrijo y sin más que dirigirle la vista, asoma el hueco y asoman los paquetes. Don Fermín también

se da cuenta de la desgracia, mira hacia atrás y nos cruzamos la vista, como dos cacos pillados con las manos en la masa. Nuevos golpes. No hay remedio, la abre y yo pego la oreja, pues ver no quiero.

–¿Fermín Escrucht?

–Estrucht. Sí, soy yo.

–Venimos a realizar un registro. Aquí tiene la orden.

El recién llegado le pasa un papel por las narices que ni tiempo da de verle el membrete, pero es lo mismo. Sabe que ahondar en precisiones sería tanto como ahondar en problemas.

–¿Qué ha pasado? ¿Puedo saberlo?

–Lo sabrás todo con detalle, porque si es cierta la denuncia, tendrás retiro para enterarte, largo y tendido. O a lo mejor, solo tendido. ¡Jo, jo, jo! –ríe el comandante de la tropa cuando mira a sus secuaces para que se regocijen con la gracia.

El hombre y los tres compinches que lo acompañan entran en el piso sin esperar que don Fermín lo autorice, y nada más ocupar el pasillo, el jefe se gira hacia la entrada y observa el tablón destartado.

–Vaya, vaya. Ni que nos esperases, compañero Fermín. Ésta va a ser nuestra operación más fácil de toda la guerra.

¡Estamos perdidos! ¿Pero qué torpeza es ésta? Si casi se lo entrega con la mano. ¿Por qué no me habré ido cuando pude? ¿Por qué esperé a la tragedia? No puedo decir que no lo supiese.

Don Fermín se desespera y afloran los nervios en sus movimientos.

–¿Qué buscan? Aquí no hay nada que les interese.

–¿Y qué sabrás tú lo que buscamos, viejo de mierda?

Los tres hombres de la patrulla abren todas las puertas. La mía, también. Ahí vienen. Es el fin.

–¡Eh, comandante! ¡Aquí hay un pajarito!

Sebastián Segura Mores, de sesenta y cuatro años, vecino del *carrer* de Laforja, en Barcelona, tuvo la mala suerte de que a su hermana le diese por parir un cenetista, o al menos, a uno de éstos que al robo llaman justicia si son ellos los que alargan las manos a los botines. Lamentó también que este gánapiro supiese de las joyas, y que se las pidiese para la causa, o para él, que esos detalles en épocas convulsas nunca se sabe dónde empiezan o

terminan. Sebastián sufre la desgracia de verse obligado a negarlas, pues ya no constaban en su poder, y de ser finalmente denunciado por sangre de su sangre.

–Sebastián Segura Mores, en el *carrer* de Laforja, se niega a hacer entrega de unas joyas y de un dinero que yo conozco bien, pues soy su sobrino.

El resto es sencillo. Un traslado a la checa del seminario, en Diputación, 231, y una sesión en la silla eléctrica. Pies descalzos, plancha de metal y descargas sucesivas de medio minuto. Sebastián no aguanta ni a que le llegue hasta las narices el olor a carne chamuscada. Canta de plano al segundo envite, cuando su cuerpo se estremece al paso de la corriente y ve que es tan doloroso o más que el primero.

–Se las di a Fermín Estrucht. Él me las guarda.

Acto seguido somos trasladados a donde ya está Sebastián, a la checa del seminario, y me veo a las puertas de la muerte, pues aunque del asunto de las joyas podría escabullirme, nadie me perdonará ser un desertor y de los peores, pues por algo alcancé en el servicio el grado de alférez.

Al cabo de tres días sale Margarita, y por la noche, doña Sole. De don Fermín no volví a saber nada. A mí me dejan con el bulto de los incautos que allí amontonan. Cientos. Yo qué sé los que estamos. Un número muy por encima de lo que el edificio podría aconsejar, si consejo es realizar detenciones a mansalva. Quiere el destino librarme de la tortura. Primero confirman que la mujer y la hija no saben ni por el forro las ayudas que don Fermín presta. El buen hombre no pedía nada a cambio, ni les dijo media palabra, supongo que para protegerlas. A Margarita la meten en una celda armario, los tres días de puntillas, pies descalzos y agua de cloaca hasta las pantorrillas; el frío te penetra y los huesos de los pies cortan la carne hasta salir por detrás de los dedos como muñones con cinco colgajos. Eso cuentan los que como ella probaron el invento. Aunque en un principio la infeliz lo cree soportable, acaba por gritar que la liberen, que la maten o que la frían, pero que le permitan sentarse. Ellos saben en ocho horas que el dolor es insoportable, pero a Margarita la dejan otras setenta. Aquella niña no podía conocer nada, ni de la joyas, ni de su padre, ni de ella misma, y le dan bola. La chica piensa que la seguirán y que acabará con un disparo en cualquier portal. Es lo frecuente. Pero no sucede lo esperado. A trompicones, con los pies deshechos y ensangrentados, llega hasta la clínica donde la familia acostumbra

a curarse los catarros y se deja caer a la entrada. Cuando recupera el sentido, tiene los dos pies envueltos en gruesas gasas, la han bañado y apenas habla. No quiere oír su voz, ni puede decir que la conserva. Los médicos quieren que se vaya, que les estorba, pero van a tener que llevarla en coche, pues por ella sola no da ni medio paso.

La madre sale mejor parada. Lloro hasta la desesperación en otra celda psicotécnica, así las llaman por darse el pegote de la ciencia, que otra cosa no le aviene. Psicotécnicas son, pues su técnica consiste en destrozarte el cerebro. Solo cabe un camastro inclinado para que el recluso se aplaste contra si mismo y el malestar venga de todas partes. No es la celda armario, pero se le parece. La niña no sabe del tráfico montado, ella tampoco. Las joyas, muchas más de las supuestas tras la denuncia del joven cenetista, están a buen recaudo. Que se vaya la señora y que proclame a todo trapo cómo se pagan las traiciones, aunque nada sepas de ellas.

De don Fermín, ya digo, no hay noticias. Doña Sole volverá para enterarse, para que vean que se le espera, que hay alguien afuera, pero ella todavía no se ha repuesto de la paliza y a la niña hay que hacerle todo, inmóvil como está de pies y de mirada.

¿Y yo? Doy por cierto que sus torturas me han ayudado. Si ellas no saben, yo tampoco estoy en el tinglado. Pero librar del acopio no quita de que redoble el miedo en el cuerpo. Si en cualquier momento cruzan mi ficha con la militar, la veleidosa no estará para ayudarme. Por fortuna son muchos los papeles y grande el desorden. En tal confío. Quizá los documentos no lleguen a encontrarse nunca, pues están como el coño de la Bernarda, que decía mi teniente, embarullados. Si añadimos que mamá me registra con otro nombre y que mi padre no me reconoce en mi primer año, al follón se le añade campo minado y de la ensalada obtengo beneficio. A la burocracia le doy vueltas, obsesionado. Ojalá que reine el tiberio y que no salgan papeles por ningún lado.

Una tarde en el patio, a eso de las cinco, hora torera de grandes faenas, cuando cumplo en el encierro los quince días, Dolors, la más guapa y rumbosa de las mujeres allí concentradas, de todos conocida por los aires con que camina, convoca un corrillo disimulado. Lo puedes imaginar. Ella sentada, dos al lado, cuatro de frente, uno en cuclillas, tres que dan vueltas despistados.

Con un guiño me llama y yo me acerco. Quédate por aquí, Juan; y haz teatro. Silba y escucha. Dentro de cuatro días, de seis a seis y cuarto de la madrugada, y solo en ese tiempo, esta puerta –señala al portalón que da al Consell del Cent–, estará abierta. El que llegue hasta ella en ese momento podrá salir por piernas. Recordad, la noche del domingo al lunes. Prudencia y suerte. Marchad de aquí con el mismo disimulo. Alguien dijo: Gracias, Dolors. Otros, ni eso.

Me separo del grupo con un desconocido. ¿Vas a intentarlo? No lo sé, tengo que pensarlo. Yo sí. Más mierda que ésta no me la imagino. Aquí cualquier día aligeran peso y hacen saca. Si la puerta está abierta y puedo, yo la traspaso. No sé tus cargos, pero da lo mismo. No lo dudes y madruga. ¿Y quién te dice que no es una trampa para eliminarnos? No seas chorvo. Primero, no les hace falta disculpa alguna para pasearnos cuando deseen. Y segundo, ¿no conoces a Dolors? Es mujer de agallas. Le han matado al padre y a dos hermanos. Por simpatías con Falange, dijeron. Yo no lo sé, pero me consta que no está con ellos. Se lió con Casimiro, uno de los guardias. Lo tiene loquito. Se la tira todas las noches en la cocina y no de cualquier manera. Lo tiene bien encoñado y ha prometido seguir la jodienda hasta que se aburra si se ven fuera. En un piso, con cama y todo. ¿Tú sabes lo que eso pesa en el imbécil de Casimiro? El plan es suyo. ¿De quién, si no?

Los días siguientes son angustiosos, con el corazón en un puño. Los nervios nos comen como caimanes hambrientos y en el patio, al cruce con Dolors, todo son sonrisas de acomodo, como si nos dijese: Casimiro sigue enganchado y esta noche lo he dejado para el arrastre. El plan se mantiene. Mis dudas se diluyen como el azucarillo en el agua, a cada hora, a cada segundo, aunque el convencimiento en la huida suponga echar carbón en la caldera, que hierva la sangre a cada ruido y que el estómago sea de piedra para tragar el mínimo alimento.

Mi dormitorio, por llamarlo de alguna forma, tiene la ventaja de estar en la primera planta. Tres tramos de escalera y doy al patio por un portón que se abre con pestillo. Luego, correr en el silencio y fundirse en las calles con la noche. Así llega el domingo, sin casi dar palabra a ninguno, ni nadie que a ti te la pidiese. Logro dormir por la tarde, al sol de la tapia trasera, frente a las dos hojas de la puerta de carretas. Dos hojas enormes de seis o siete metros.

Podría ahora pintarlas con detalle del tiempo que paso esa semana en contemplarlas. Ya en el camastro, la lucha con el sueño es más liviana. Todo preparado. Las horas las da un reloj lejano. Quizá sea el de la Universidad, o el de la catedral, si no le atrancaron el carillón con el palo de una escoba. Repaso mil veces dónde estoy y hacia dónde me llevará la carrera. Iré a mi casa, pero solo para afeitarme, cambiarme de ropa y darme un baño. Un beso a mamá, si no está en Aiguafreda, y a escapar, antes de que sepan si estoy dentro o fuera. El peligro allí es más que evidente. No solo por mí, pues la casa está señalada desde que detienen a mamá y a Buenaventura por contrarrevolucionarias. ¡Quién lo diría de mamá! Detenida por algo que ni siquiera sabe lo que es. Sí, quizá lo sean; como yo, como papá si viviese. Con esta revolución de ganapanes no queremos saber nada.

Las seis. Otros cuerpos, además del mío, comienzan a moverse. Hay diez en mi sala que se levantan. Esto no va a salir bien ni que venga Sant Cugat a remediarlo. Somos sombras que se desplazan. Los otros, los bultos de las camas, ni roncan ni respiran. No les arriendo la ganancia. Algunos caerán por la revancha o les apretarán las tuercas por ver si cantan. Entre los despiertos hay prudencia, sabemos bien lo que se juega en el envite. En la escalera veo a otros grupos que bajan del segundo, del tercero. ¡Esto es la hora del patio o poco menos! Nadie se alarma, cada uno a lo suyo como ratas. Alguien ya abrió el pestillo y comienza la carrera hacia la puerta. Nadie viene de los otros edificios. En ese trance Dolors está a mi lado, sonriente. Es un consuelo. Con ella allí desaparece el temor a la trampa. Fluye mejor la sangre. Nada dice, pero vemos que en la puerta se arremolina gente. ¡Serán torpones! Menos mal que antes de llegar a ella, a uno se le ocurre abrir más hueco y el tapón desaparece por ensalmo. ¡Ya estamos fuera! ¡A correr! Las calles cercanas se llenan de fugados. ¡Allí vamos más de cuarenta! ¡Ha sido milagroso! ¡Extraordinario! A cada esquina vamos menos. Todos saben cuál es su destino y en mi ruta, al poco tiempo, corro solo a mi suerte jadeante y sofocado.

Lugo

Cachita es cinco años menor que Araceli, pero juntas viven la aventura de la adolescencia, que para ellas, y para todas las muchachas de su tiempo,

discurre en paralelo con el fragor de la guerra. Cachita es partidaria del *kkk*, que no es Ku Klux Klan, ni nada de eso, sino que su afán tiende hacia los niños, la cocina y la iglesia. *Kinder, küche, kirche*, como dicen sus amigas alemanas Erika y Guadalupe Ferchen, casada ya la primera con un Entrecanales, soltera la segunda como todas. Guadalupe, fíjate tú qué despistada andaba, se fue a Alemania, reclamada para hacer el Servicio Social de Hitler; bueno, como se diga. Y eso que yo ya le advertí: No vayas, que ése que tenéis ahora es un mal bicho. Pues nada, allá se marchó desde Lisboa con su patriotismo a costas para hacer de nazi unos meses. Arrepentida vuelve la pobrecilla. Y su hermana, otra desgracia peor, se va a morir con su marido, estrellados en un avión cerca de Gandesá. Araceli no es tan *kkk*, al menos no tiene ninguna de esas letras como meta inmediata por delante. Ya vendrán, si vienen, con el tiempo. Antes hay que airearse un poco y menear la falda por salones; que de guerra, aunque sea con marido, hijos y pucheros, está una harta y satisfecha.

Su padre, el de Cachita, es el vicealmirante Indalecio Núñez Quijano, jefe de la Base Naval Principal de Ferrol. Con sus sesenta y dos años recién cumplidos acaba de ser destituido de su cargo por los sublevados, pero es que papá es como es. Y entre otros adornos que lo decoran, es un Núñez, es decir, de una de las familias que más marinos han dado a España, como otras ferrolanas de cuna o de asiento, que sin ellas casi no hay flota. Son los Núñez, Cheriguini, Sánchez Barcáiztegui, Suances, Vierna, Montojo, Cervera, Fontenla, Boado, Díaz del Río, qué sé yo... ¡Ah! Y los Antón. Papá, te lo habrán dicho, fue profesor de Franco en la Escuela Naval cuando el Caudillo se preparaba para entrar en la Marina, pero en julio se mantuvo fiel a la República y perdió el cargo. Mi padre es así, muy recto para sus cosas, y claro, pasó a la reserva. Mi madre ya le dice: Los marinos sois como las mareas, tanto estáis arriba del todo, como abajo de la playa. Papá se ríe porque la quiere mucho, pero para mí que no le hace gracia.

Don Indalecio nació en Puerto Rico y su mujer es la distinguida dama cubana Eva Iglesias Sierra. De ahí me viene lo de Cachita, que allí es Caridad, por la Virgen de la Caridad del Cobre. Vamos, que soy cubana de hipocorístico; ja, ja, ja. El matrimonio acude a Lugo para tomar las aguas en el balneario, y con ellos, su hija. El hogar ocasional de la familia es el Hotel Méndez Núñez, que

también es Núñez y también marino. De alguna manera el hotel se ha convertido en la segunda casa de Araceli, pues suele comer con ellos todos los días. Los bisabuelos eran amigos, o un bisabuelo y un abuelo; vamos, que la cosa viene de antiguo, y además, si el hotel es Méndez Núñez, ¿dónde mejor alojarse los marinos ferrolanos?

–Las bañeras del balneario son de mármol y están tan frías que ni con el agua caliente se me quita la carne de gallina.

–Eres una cubana hipocorística exagerada, Cachita. Siempre lo fuiste. ¿Cómo va a hacer frío si son aguas termales?; vamos, que siempre están calientes desde que se bañaban los romanos.

–Pues si son tan antiguas, se habrán enfriado desde entonces.

Caridad, además de friolera, dice nones al Hospital de Sangre de Lugo. El primer día tiene que fregar una sala como jamás vio otra de grande porque una niña bien no friega; y al día siguiente, si te he visto, no me acuerdo. Ella lo reconoce sin ambages. Fíjate qué cinismo. No hace falta que lo digas tú, lo digo yo con mis diecisiete.

Será porque puede, le comentan las otras enfermeras a Araceli sabiéndola amiga. A ver quién se atreve a negarse si te lo pide la Falange. Te lo pide, o te lo ordena, que la diferencia puede ser de varios metros. Ella no tiene gorrito rojo, ni camisa azul, ni yugos, ni flechas, ni luceros. A ti te sientan de maravilla, le dice ahora Cachita a Araceli en el salón del hotel donde matan la tarde. Debería verte Franco porque te haría una foto para la propaganda. Franco no es de Falange. ¡Anda que no! ¿Y quién está al frente del Movimiento? Ya, ya; pero es más que eso. Pues yo he visto fotos. Tienes que ayudarme. ¿A qué, a buscarle una camisa para Franco? No seas tonta, a darle la vuelta al abrigo del año pasado. Me quedaba estupendamente, pero en Lugo está muy visto y algo rozado. Vale, te ayudo, si tú me ayudas con el mío. Hecho. Pues tráelo, que empezamos.

La señora de Bobadilla, la dueña del hotel, tiene una mirada que pone firmes a los camareros y a ellas también, claro, si alguna vez tiene que reñirles, pero a las chicas les impresiona su señorío.

En la ciudad se dicen chismes de Araceli que solo pueden salir de la mala baba. Todas juntas no son de recibo. Alguna por separado, puede. Que si fuma, que si se trata con hombres mayores que ella, que si se escapa de su padre,

que es un descarado, que si es una revolución, que si ríe, que si canta e inventa. Esta chica tiene algo que no sé. Y el más condescendiente, que alguno siempre se cuele en las tertulias de intransigentes, dictamina:

–Hace bien, carajo; que la ciudad está de un gris que aburre.

Cachita la defiende contra viento y marea, que para algo es hija de marino.

–Es la persona más buena que conozco. Como ella no hay otra tan generosa. A mí, que no lo necesito, me da todo. ¿Qué no hará con los otros que sí lo piden y precisan? Con diez Aracelis cambiaba España.

Circula una de esas historias que la hace muy popular entre la gente de Falange, más aún entre los camisas viejas, como es su caso, afiliada en la República, cuando dar el paso costaba un coraje. Cada uno la cuenta a su manera y ella, de ninguna, de modo que el gentío está como la plaza en tardes con faenas de aliño, muy dividido. Aquel día, entre hilván e hilván, Cachita se atreve a preguntárselo.

–Araceli, si no quieres, no me contestes, pero llevo semanas con el comecome y, siendo amigas, me da no sé qué quedármelo dentro.

–Claro, mujer. Habla a tumba abierta que yo también lo haré sin verme presionada. ¿De qué se trata?

–Bueno, ya sabrás lo que se dice.

–Se dicen tantas cosas.

–Dicen que tienes relaciones.

–¿Y es eso malo?

–Que es gente mayor.

–¡Cachita! ¡Ni que hubiese salido con la Santa Compañía!

–Perdona, dicen que es uno y de edad.

–Ja, ja, ja. Tranquila. No fue Chinín y tenía los años justos.

–Entonces, sí.

–Ni sí, ni no. Es lo más exacto. Pero si quieres exactitud, pon el verbo en pasado, porque en tiempo presente tengo el corazón con freno y marcha atrás.

–Y otra cosa.

–¿Más? ¡Dios mío! ¡Soy como el parte! ¡Hablan de mí todos los días!

–Me vas a perdonar, pero también escuché a Román, el camarero, que hace meses, en la República, una tarde, fuiste con una cestita a hacer una visita a la cárcel y llevabas un queso, unos chorizos y una hogaza de pan... con una

pistola dentro.

–¡Madre mía! ¡Caperucita!

–Entonces, ¿no?

–Ni sí, ni no. Vuelve a ser lo más exacto.

–Pues sí que eres buena despejando dudas. ¿Tú no sabes que Cristo enseña sí o no? Pero di algo. ¿A quién? ¿A Zaera, a Zabarte, a los de Sarria..., a los de Caniqueiros?

–Mucho conoces tú de guerras y pistolas. ¿Te lo preguntó tu padre?

–No, son cosas que se oyen. Ya te digo, fue Román, que abre la boca y se dispara.

–Pues dile a Román que afine la puntería, que yo también sé de dimes y diretes suyos, y callado está estupendo, por lo menos hasta que venga la paz y todo se amaine. ¡Yo entre pistolas! ¡Habrase visto! ¡Si se entera mi madre le da un patatús!

De la Falange, claro, se habla y no se para en círculos reservados, en la confianza más absoluta o entre camaradas. Que venga un camarero y le diga a una niña madrileña que había armas entre mendrugos, que se metían o se sacaban, es no estar en sus cabales y demuestra muy poca prudencia, qué caramba. Cuando se habla de las mujeres de azul, sobre todo, de algunas señaladas, los lucenses estuvieron siempre ciertos de que guardaban arsenales en sus casas; no ahora, que está todo ganado, sino hace tres años, cuando los tiros venían más sesgados. Si a José Antonio se le dice el Ausente; a Mola, el Director, y a Calvo Sotelo, el Protomártir, dar más detalles contradice la cordura y el silencio obligado de retaguardia. Cualquiera día este Román salta y nos pregunta si también llamamos Paca la Culona al glorioso general que nos manda.

Barcelona

El horror de la guerra te paraliza. Al menos, a aquéllos que se tienen por sensibles, por humanos, por honestos. Repugna armarse de fusiles Mosin-Nagant y apoyarlos a la mejilla para disparar a quien está en frente, y repugna ver a los de tu bando, o éstos que te han tocado más de cerca, algarear por las iglesias, quemar y mostrarse muy ufanos con los pingos de las momias en la

mano. Que sean monjas y curas los cadáveres, y tú un ateo recalcitrante, no autoriza los abusos, los escarnios, la profanación de su descanso eterno. Es difícil sustraerse a lo que pasa. Te envuelve y te convierte en lo que a todos, una hidra de ansias asesinas. No puedes enfrentarte a la masa, ni razonar con ella de otra forma que no sea con sus gritos, sus pancartas y las consignas de un odio desatado. Ojalá sintiese lo que ellos y mezclarse pudiera en danza enloquecida de muerte, de destrucción y de venganza. Si así fuese, la noche y el cansancio de la orgía llegarían dando paso al sueño reparador de varias horas, un tiempo que transcurre a caño libre y que ayuda a acortar la pesadilla. De una semana, Juan calcula, si pasas cincuenta horas en los brazos de Morfeo, es un buen tajo que le sacas a la realidad, dos días enteros sin conciencia, apartado de tirios y troyanos. En un año, noventa y seis días en el limbo. Así es más fácil cualquier guerra. Desde niño le gusta clasificarlo todo, ordenar las listas más extrañas. Las hormigas que encuentra en cien metros, las esquinas de las casas, cuánto aire cabe en una iglesia, los agujeros de un queso. Dirán quienes lo sepan que todas esas cuentas valen menos que los cojones de un ahorcado, y si quieren, que lo piensen, porque él seguirá en sus trece. Cuando menos, ejercita el intelecto, que el suyo está acartonado por el miedo que les corroe, o por las ganas que tienen de creerse superiores. Superiores a quién, so merluzos, valientes mentecatos. Y en sus cálculos establece que un cuarto de los sueños serían agradables; otro cuarto, sin sustancia, el tercero, no los recordaría, y solo el resto serían tortuosos. No son las cuentas más reales, pues duerme a trompicones, cuando la cabeza se derrumba contra la oreja del sillón donde medita, y así, sin grandes formalismos, se deja llevar a donde quiera o pueda, el no va más de la ruleta en la que juega, el azar donde apuesta por su vida, estando sin estar en el conflicto, por si ocurriese el gran milagro de acabar indemne la partida.

El duermevela no es muy holgado porque se quiebra al cruce de una mosca y siempre hay quien hace de la calle Mirallers el Campo de Marte de sus inquinas. Juan vive solo. Desde hace semanas se vuelve topo solitario. Ya lo fue con Margarita en compañía. Ahora ni siquiera hay lentejas obligadas. No imagina otro comportamiento ni otra salida. Un piso vacío, o con apariencia de serlo. Sin luces que lo delaten, sin ventanas que se muevan, ni habitaciones que ventilar por las mañanas; sin ruidos, sin fuegos, sin restos ni basuras. Los

pasos podrían ser alarma de que alguien ocupa aquella estancia y por eso busca unas lanas que se ata a los pies y así avanza como un esquiador de grandes marchas. De la cama a la cocina, del salón a la ventana, no para asomarse, que jamás lo hace, sino para apostarse en una esquina y mirar de reojo lo que pasa. Si un piquete entrase en su portal estaba muerto. Mil veces se imagina la escena que ya ha vivido con los Estrucht. La chusma sube las escaleras de dos en dos y él espera la llamada. O quizá no lo harían. Simplemente, dos empujones y la puerta se vendría abajo.

—¿Quién es usted? Acompáñenos.

O más terrible todavía:

—Acaben con él aquí mismo. Es un traidor a la causa.

No ha ocurrido, pero es una posibilidad nada desdeñable. Habrán cotejado los huidos con los soldados, los residentes con los alistados, los muertos con los vivos. Lo hacen, seguro que alguien se encarga, y son tenaces. Después de torturarse un buen rato con la imagen de los milicianos, Juan regresa a otro terror muy visitado. Cae alguno de los suyos y lo interrogan sobre su paradero. Se resiste a decirlo, lo niega y se mantiene, pero ellos saben cómo forzarlo hasta que el dolor consiga doblegarlo y lo dice, lo suelta, lo descubre. O Muntaner, 8, 2.º izquierda, o el *carrer* de Septimània, o éste de Mirallers, que solo su madre sabe. Su madre, Carmita y los del Socorro Blanco. Ellos no querían, pobrecillos, pero los infelices no contienen su silencio. Juan los disculpa en su delirio. Cómo no hacerlo, si él también cedería, apretados los dedos entre las maderas de la celda armario, o ahogada la cabeza en un retrete.

Esos pesares le visitan en ocasiones, pero a su congoja une las de otros que por su causa pudiesen sufrir, y entonces, cuando nada parece superar el abatimiento, renace la fuerza de su mente y repite, muy bajito: Nada de esto pasa, nadie sabe de este piso, estoy muerto en algún campo, me arrojaron al mar los pistoleros, nadie me busca, ni nadie me echa en falta. Solo soy una sombra que un día estuvo presa en la checa del seminario y en otro fugaz momento, un tipo que se hizo alférez. Solo eso, el rastro de uno de tantos que han escapado a la frontera, o al fondo de la Barceloneta.

No es la primera vez que vive oculto, pero sí en absoluta soledad. Es el piso de un matrimonio que pertenece al Socorro Blanco. Un taxista, su mujer y su

hijo en una callejuela del casco antiguo, la de Mirallers. Buena gente. Todos los que me encuentro lo son, pero en las calles es distinto. Han caído en manos de la barbarie y la racha no viene bendecida. Apenas llevaba entre ellos unos días cuando golpean a la puerta con estrépito. Solo puede llamar así un policía. El taxista y su esposa han salido. Estamos el niño y yo. Lo miro y le susurro. Por favor, no digas nada. Y allá me escondo debajo de la cama.

Son inspectores, como presentía. Alguien da un chivatazo y la rutina de la búsqueda les lleva hasta mi refugio.

—¿No están tus padres?

Y aquel niño, enclenque por fuera, pero recio por dentro, les contesta:

—No, señor. Mi madre salió y mi padre está en la guerra, combatiendo a los fascistas.

—Vamos a echar un ojo.

—Pasen ustedes.

Revisan una a una todas las habitaciones de derecha a izquierda, y en la última es donde yo contengo la respiración tapado con la colcha.

—Ésta es mi habitación —dice con todo aplomo aquel infante madurado en adulto por tanto horror a su lado.

—Bien, bien. Nos vamos.

¡Ni entran! Cinco minutos más y salgo para darle un abrazo, los dos llorando. ¡Dios, qué lágrimas tan bien echadas! Aquel chaval me había enamorado. Era, en pequeño, lo que yo deseo ser mañana.

El susto de los padres fue mayor que el mío, de modo que empezaron a maquinar marcharse de Barcelona, al campo, a una casita que tienen hacia el norte, no sé dónde. Esto fue una complicación. Por un lado, imparto unas clases al muchacho que nos entretenían a los dos. A mí, por lo mucho que el chico avanzaba; a él, porque le gustaban. Pero pudo más el miedo y me dejaron solo. Llegamos a un acuerdo económico y pude quedarme. Durante mucho tiempo nadie me reclamará, a cambio de que lo crean vacío aquéllos que entonces ejercen como buscadores de renegados. ¿Traidor yo? ¿A quién? ¿A esa banda de patanes? Aquí me tendrá la patria el primero si se trata de arrimar el hombro, pero la guerra, matar a hermanos o brincar por los campos en busca de otros cuerpos no es la mejor forma de levantar un futuro. ¿Desertor? Eso sí. Lo dice el verbo, deserta el militar que no acude a su

puesto. ¿Huido? Sí lo soy, he escapado. ¿Prófugo? No conozco que me persiga la justicia, si alguna queda en este páramo de ley llamado Barcelona.

La chica del Socorro Blanco, Carmita, le lleva comida cada tres días, siempre a la misma hora, siempre con las mismas precauciones. Carmita recorre toda la calle para que Juan, desde arriba, vigile si alguien la sigue. Luego de unos minutos, vuelve sobre sus pasos y, ahora sí, se cuelga en el portal casi jugando, como lo haría una colegiala apresurada.

Toda precaución es poca y él no es de los que dejen flecos sin prever. De hecho, cada día añade a la chiquilla una nueva, que la moza se apresura a cumplir, sabedora del peligro que les acecha.

—No te vuelvas a mirar si te persiguen. Es el modo más directo de señalarte. Si nada temes, y así debe ser, mira siempre hacia delante. Yo vigilaré desde arriba si hay peligro y cuando vuelvas, fijate en esta ventana. Si ves que asoma el rabo de la escoba, no entres, vete a un parque, siéntate en un banco y come algo de lo que me traigas, guarda el resto y regresa a tu casa, como si solo hubieses salido a pasear. ¿Lo recordarás?

—¿El puerto vale?

—Mejor un parque. En los puertos traen y llevan, entran y salen. Mal ambiente para una chica y menos con un paquete en las manos. En Sant Pau del Camp, o en las propias Ramblas.

Y otro día.

—No llesves el paquete contra el pecho. Denota que se trata de algo de valor. Si lo observa uno de ellos, te parará para que se lo enseñes y al ver comida sería tu perdición por traerla, y la mía, por recibirla.

—Sí, don Juan. Lo que usted diga.

—Llévala colgada de la mano, sin darle importancia. ¿Qué podrías llevar con descuido, algo que no aprecies mucho?

—Nada, don Juan. En casa a todo se le da valor.

—En eso tienes mucha razón.

En el chinero del comedor Juan encuentra un tesoro. Una cajita de veinte plumines sin estrenar —diecinueve y uno ya usado—, cinco portaplumas de madera y un gran tintero de azul brillante Pelikan. ¿Qué pensaría escribir este hombre? La respuesta está en varios tacos de facturas de los que apenas se han arrancado las dos primeras. En unos está impresa la matriz de un alquiler,

alguna propiedad que el taxista disfrutaba y cuyos inquilinos, si no están movilizados, habrán dejado de pagar muy gustosos. En los otros se detalla el coste de un viaje y están sin estrenar, lo que causa a Juan mayor tristeza, tanta tinta y facturas para nada.

El hallazgo no va a ser en vano, le servirá para reflejar a partir de ahora mismo los movimientos de todas las personas que observe de soslayo en el tramo de calle que domina. No son más de cincuenta metros, y otros cuatro o cinco que también le alcanza la vista desde la esquina hacia el puerto. No todo es matar el tiempo. Está convencido de que obtendrá alguna información de su interés. Quién sabe si detecte individuos sospechosos. Gente que le aceche o le espíe. Huidos como él, sacerdotes camuflados, estraperlistas, confidentes, prostitutas. Su experiencia como técnico avícola le facilita el ejercicio.

Un momento. No podría, aunque lo tiene, dedicarle todo el tiempo. Interrumpir la observación desvirtúa los porcentajes y también los resultados. Pero encuentra rápido una solución. Limitará las observaciones a cuatro turnos de dos horas con intervalos de otras dos. De esa forma, los días pares vigilará a las 8, 12, 4 y 8 de la tarde, mientras los impares serán turnos desde las 10, 2 y 6 solamente. Al mes siguiente invertirá la secuencia, de tal modo que en cuatro meses tendrá la plantilla completa de las horas diurnas. ¿Aguantará tanto tiempo en su escondite? Nada dice que vaya a durar menos, ni que él opte por salir. Así que manos a la obra.

La ventana elegida es la del comedor. Hay razones de peso para ello. Es la que mantiene las persianas entornadas; la que, una vez sentado a su derecha, le ofrece un ángulo mayor y donde podría instalar una mesita para escribir cómodamente, en el hueco que forma el chinero y la pared. Ya sabe cuál utilizar. Está en el dormitorio destinada a sostener una máquina de coser Singer. Busca con la vista el lugar más adecuado para su nuevo emplazamiento y lo encuentra debajo de un armario. Calcula la altura y es suficiente, pero ahora debe usar un trapo que amortigüe el ruido de la descarga con el que arrastrar la máquina hasta dejarla oculta bajo el mueble. En la cocina hay. Va hasta ella esquiando con sus mocasines de capitoné, tan elegantes como silenciosos, y encuentra varios harapos que se adaptan. Toma dos, el cortado rectangular de una vieja manta servirá para la Singer y el otro, para asentar la mesa, pues es seguro que se mueve y repiquetea en los tablones.

La máquina pesa un quintal, pero las precauciones adoptadas eliminan cualquier estrépito al posarla. Luego de tenerla sobre el trozo de esa manta deshilachada, Juan se acuesta en el suelo y jala del harapo hasta que la base del artefacto choca con la pared. Lo hace con tanto mimo que se toma descansos con el fin de que ni siquiera su respiración sea un tono mayor que en completo reposo. Y así actúa para alzarse, como una sombra sin cuerpo sobre cama de algodón.

Algo más le inquieta, ahora que mesa, silla y el recado de escribir ya ocupan sus lugares. Es el tintero. No le convence que esté allí, pues cualquier torpeza al usarlo daría con él en el suelo. Ruido, suciedad y despilfarro. No puede ser. Juan dedica al caso la reflexión que merece y de pronto, cuando vuelve los ojos a las puertas del chinero, ve remedio y se alegra de encontrarlo. Es una pequeña bandeja de cerámica talaverana, desgajada de su juego, si fue pieza de escritorio, y utilizada después, por lo que intuye, para servir aceitunas o boquerones. Alargada como es, no más alta de un dedo, la atará en paralelo a la mesa y en ella verterá la tinta necesaria con ventajas de estabilidad que ante él se presentan suficientes. No caerá aunque tropiece y conservará libre de riesgos el gran depósito Pelikan.

Lugo

El de las pistolas fue un asunto turbio. Hablamos del 35, claro; cuando la Falange hacía bullanga y algunos de sus miembros caían en emboscadas, chivatazos y persecuciones, o sin ir tan lejos, porque daban malos pasos, o daban demasiados. Siempre hubo quien no supo andar con tiento. En este caso, el torpe era Donato Rodríguez Pozo, un chaval de León recalado en Lugo porque su tío se hace con el traspaso de una tienda de tejidos. Vente para acá y me echas una mano, que los días de mercado esto se llena y no abarco aunque me desdoble. El local está al lado de los puestos, en la baja de Santo Domingo. En poco tiempo cobra fama de barato y de vender unas telas que no las hay así en otras partes. La competencia dice que el recién llegado chalanea con malandrines de Levante; vamos, que todas sus piezas son robadas. A mí no me consta y por las veces que allí compro, que son bastantes, pues queda cerca de nuestra casa en la Ruanova, el tío de Donato, don Eudoxio, sí,

Eudoxio con equis, Pozo Luengo, siempre me pareció un comerciante de lo más formal y honrado. Un pañero maragato como otros hay; eso sí, sin la solera de los de Lugo de toda la vida, que te saludan por el nombre y te preguntan por tus padres, aunque también sean de la Maragatería, pero con años de residencia contrastada. Nos ha llegado una pieza de Londres que me la están quitando de las manos. No, eso no te lo dice Eudoxio, todavía, pero vende a tan buen precio como para llevarte metros por el mismo dinero y surtir el armario para tres inviernos. Aunque, bien mirado, a dónde voy yo con tanto metro desde que me visto de uniforme. Como decía papá, hija, con lo que tú te mueves, podrías llevar siempre el mismo traje, que no das tiempo a que la gente se fije en el estampado. A papá le gustaban menos las telas y los vestidos que a mamá las timbas donde a veces él se metía, y es que eran tal para cual; es decir, distintos, como debe ser un buen cruce de padres para que salga buena la camada. Vas a creer que lo digo por mí, que me doy aire, pero lo digo por mis hermanos, que mejores no los tengo ni de encargo. Tú lo sabes. Que lo diga mi madre, que a mí siempre me separa cuando habla con piropos. Que si Ramón, que si Blanquita, que si Salvador... ¡Ah! Y también Araceli, que es muy simpática y muy monilla. Pues eso, un completo. Alguien tenía que darle un poco de alegría a la casa, que son todos muy serios y muy responsables. Yo creo que en el carácter salí a papá, que era más zascandil, pero si de guapa tengo algo, es de mamá. En fin, que nos estamos despistando. Donato llega a Lugo siendo ya de Falange. Para decirlo con exactitud, fue arquero de las Juventudes de León. Enseguida quiso conocer cómo andaba aquí la cosa, cómo nos gastábamos los cuartos. Y la conoce, vaya si lo hizo. Hasta el fondo. Era el más lanzado. Julio le llamaba con mucha sorna «el compañero pañero de la pañería», supongo que para hacer chiste de la novela *Gonzalo González de la Gonzalera*. ¿De Pereda, no? Cosas de Julio, que era el payaso oficial. ¿Te acuerdas de Julio? Claro que te acuerdas, lo que pasa es que nunca lo trataste en reuniones de camaradas, que era su fuerte, porque le dicen que José Antonio tiene mucho sentido del humor y se ríe con todo, hasta con lo que solo es tragedia de los pies a la cabeza. Pobrecillo, sería así, pero le sirve de poco. Pues Julio tiene chispa y labia, lo mismo que el Ausente. A él se deben los mejores motes de todo Lugo. Seguro que oíste alguno. Por ejemplo, de la señora de Moyano comenta que su culo es como el archipiélago

canario, pues sobresale del mapa y hay que colocarlo en un recuadro aparte. Y de su marido, el Moyano propiamente dicho, que es delgado como Chile. Y a los dos les pone de apodo los *muchoarrozpapocopollo* y nos tronchábamos de la risa cada vez que los vemos en la catedral durante la misa de los domingos. ¡Tú fíjate qué inventiva la del muchacho! ¡También hay que tener cabeza para todo eso! ¡Qué célebre el bueno de Julito! ¡Ah! Se me olvidaba, porque a Paquita Maseda, ya sabes, la que se casa con aquel delegado de Suministros en los primeros meses de la guerra y nunca más supimos de ella, que era muy alta, guapa y garbosa, ¿te acuerdas, verdad? Sí, pues a ésa la llama *elgloriosomovimientonacional*, porque menea las caderas de este a oeste, como las vacas de Vilalbite cuando salen de la cuadra. Y Troncoso, que era muy serio, pero tenía cada salida que te morías, le dice un día: Don Julio, se equivoca usted de plano, porque con los ardores que Paquita provoca entre los caballeros, merece ser llamada *elgloriosozalzamientonacional*. Y todavía nos reímos mucho más con lo de Troncoso que con lo de Julito, porque para picardía va mejor el alzamiento que el movimiento. Y ya estoy otra vez por las ramas. Que no me centro, vamos.

—A lo mejor es que no te sale del cuerpo contarme lo de las pistolas — interpreta su pariente.

—¡Qué va! Te lo digo porque ya no estás en Lugo y sé que no lo vas a ir propalando como vendedor de prensa la muerte de un gato. Ni se te ocurra, porque mira que te desprimo, primo Esteban.

Araceli se abanica como la mano de un tonto y le da a Esteban en la rodilla, en el hombro y hasta en la cabeza, pero no de torpe, sino queriendo, que ella tiene maestría en el abanico para dar clases a un ciento, aunque sea con ese negro y grandote festoneado de caireles que se lleva doña Margarita a la galería las tardes de mucho sol, no solo para darse aire, sino para taparse el rostro si alguien la mira desde abajo, porque mamá no quiere que la vean, como aquellas señoras de antes que solo con echarles un ojo ya creen las pobres que las pedían a sus padres en matrimonio. Donato, como te decía, se hizo muy popular y contábamos con él para todas las reuniones en la ciudad y también para las que hacíamos en las afueras, ya te puedes imaginar. Que si prácticas de tiro, que si se habla de asuntos más gordos que en Lugo porque no hay paredes... Reuniones con merienda y con vinillo, y hasta con cena baile, si

el calor de la charla hacía que entrásemos en noches y a todos nos apetecía. Las recuerdo con nostalgia, porque aun siendo un poco gamberretes, como chicos que éramos... No te hagas la mayor, Araceli, que tú aún eres pimpollo. Menos, menos, que estoy a punto de sentar cabeza. Pues eso, que éramos jóvenes alocados y lo pasábamos de miedo...

Barcelona

Juan tiene veinticinco años y siempre ha oído que es maduro para su edad. Quizá lo sea y sin quererlo, no ya por la profesión y la estadística avícola, como por su propio y natural ser, capaz de estructurar en grandes listados las aves de un gallinero, las tuercas de un cajón de chapucero, o los sellos de un país entero, aunque al final se aburre y deja Hungría a falta de dos series, la de los patos lacustres y la de palacios. En principio, abriría ficha a cada personaje bajo un nombre ficticio, el que su semblante le sugiera. A un tipo enjuto le llamará Filiberto, y a uno grueso, Craso. Si tiene nariz aguileña de crítico teatral, Zoilo, y si usa gafas de vaso, Casimiro. Luego añade una breve descripción de la vestimenta. Traje completo, chaqueta cruzada, botines o corbata, si alguno todavía no se ha enterado que es prenda repudiada. En ellas, colores de la falda, o si es plisada; el pañuelo, los bolsos y los zapatos. También la velocidad de la zancada, dividida en cuatro categorías –lenta, normal, rápida y a la carrera–; hora en que sucede el avistamiento y un anexo para sobresalientes, si carga un saco, si cojea, si lleva brazalete de la CNT, pañuelo al cuello, boina, zamarra, lo que sea; si les distingue joyas, pendientes, anillos o cualquier otro aditamento. Y lo más importante, si se arman de cuaderno y lápiz, los más peligrosos, porque éstos toman notas, apuntan las casas sospechosas y fiscalizan todo lo que se mueve.

En solo tres días, Juan maneja ya ciento treinta fichas de personas bien diferenciadas, aunque ahora, cuando emprende la cuarta jornada, cae en la cuenta de un grave error, pues la que figura con el número 56, a la que llama Milagros por su cara de mística, «señora gorda, mayor, de luto riguroso, zancada normal y bolsa de lunares, que atraviesa este-oeste a las 12:24», es la misma que la 123, «Angustias. Señora de edad, gruesa, chaqueta negra, falda de mínimos lunares, zancada rápida» que él registra el viernes a las siete y

doce de la tarde. Ha sido una equivocación en el manejo de los datos y al desdoblarse en su propio jefe, se riñe sin ningún tipo de contención: «Juan, pequeños yerros como el cometido conducen a descomunales fracasos, y de ellos depende las más de las veces la diferencia entre la vida o la muerte». «Gracias, don Juan. No volverá a ocurrir.» «Y si ocurre, que sea como ahora, que te percastaste antes de pasar a mayores. Anda, destruye la ficha de la 123, unifica los datos y acuérdate de asignar mañana ese número al primero que pase y no la tenga abierta. El fichero debe continuar.» «Gracias, don Juan; es usted un buen jefe.» «Y tanto, tontilán, como que yo soy tú.»

Una tarde ocurre lo temido. Vuelve a pasar el 17, «Ramiro. Joven. Aspecto de comunista, o muy de izquierdas. Pantalones y peto azulones. Mirada fija». Es la tercera vez que lo hace y ya en las anteriores levantó sospechas de no ir a ningún lado, sino de patrullaje. Ahora se confirma sin especulaciones. Se para en la esquina con la temida libreta y el lápiz cargado para disparar. Mira piso por piso y realiza anotaciones sobre otras que ya están escritas. Es un control de viviendas. Me apuesto la camisa. Avanza hacia el frente de la casa y se vuelve a detener. Nuevas miradas, nuevos apuntes. Ahora le toca a este piso, ¡a mi ventana! Escribe y se cambia de acera. Ahora lo tengo justo debajo. Si me arriesgo y me asomo lo imprescindible, veré lo que lleva en la libreta. Y por primera vez, Juan lo hace. Separa levemente el mainel y saca la cabeza. Es un estadillo. No alcanzo a distinguir lo que allí se pone, pero eso es suficiente. Viene con unos datos y se va con otros. El piso ha dejado de ser seguro.

Lugo

... Y hablando de miedo, ahí pasa lo que pasa. A alguno de nosotros se le ocurre una tarde que a los comunistas hay que plantarles cara. Decirles que no nos asustan, que un falangista solo es más valiente que todos ellos. Una tontada de las gordas, una soberana estupidez. Así decía Franco que los falangistas solo somos unos bravucones con pistola, unos chulos de algarada. Eso opina ahora. No sé quién se lo oyó en un aparte. Si supo de lo nuestro, va a tener razón y todo. Bueno, pues en ésas estábamos, hartos de aguantar las bromas de ellos, que nos llamaban «café con leche». Ya sabes, Esteban, cuando había

peligro gritábamos ¡café, café!, y era como decir moros en la costa. ¡Ah! ¿No lo escuchaste nunca? Pues sí; alguien eligió la palabra «café» como contraseña porque son las iniciales de Camaradas, Arriba Falange Española, una clave para saber quiénes éramos sin decirlo. Pero como no tardaron en enterarse, pasamos a ser los «café con leche». Sí, eso; las que queríamos darles a los comunistas. Bueno, pues a Donato se le ocurre un plan para que todo Lugo hablase de que corría sangre por nuestras venas, y no leche. El muy borrico sabía de un bar donde todas las tardes se citaba gente del PC sin otra cosa que tomar vinos y ponernos a escurrir si se terciaba, que se terciaba casi siempre, por supuesto. Dejadme a mí, nos anuncia sin más datos. Iba a hacer algo tres días más tarde, pero al siguiente roban por la noche en Olmedo, en la Droguería Central y en Hijos de José Carro. No se supo quién y al mediodía las lenguas estaban muy divididas. Así, sin tener nada que ver con el asunto, salvo que Olmedo y su tío eran competencia, va y lo adelanta. Aquella tarde, cuando el bar está lleno de parroquianos, se presenta de uniforme, camisa azul, botas y correa, se planta en medio de la barra y al tiempo que todos lo miran con cara de estar soñando, Donato se arranca a viva voz con el *Cara al Sol*, bien cuadrado y brazo en alto. Te puedes imaginar la que se arma. Vuelan las botellas, Donato saca los puños, a uno le rompe la barbilla, otro le corta a él la ceja, da patadas y se mantiene erguido al menos cinco minutos. Lo reducen, lo tiran contra el suelo y llaman a los guardias. A la trena. Este fascista enloquecido que viene a provocarnos. ¡Jo, qué tío! Sí, un bárbaro de las cavernas. Lo peor que en el mundo pueda. Pero claro, se lo llevan a la Prisión Provincial y allí se queda a la espera de juicio. Donato se irrita en su encierro. Quiere fugarse como sea. Pide una pistola. Sabe cómo hacerlo, o eso dice. Nos reunimos. Los jefes están de acuerdo. Le llevaremos la bicicleta, ya sabes, una pistola en el argot del disimulo. ¿Cómo? Muy sencillo, como en los chistes y las películas, en un bollo de pan. Yo lo llevo, les digo. Tú sí que estás loca. Eran días muy movidos, ahora te explico. Nos hicimos con un arma, la más pequeña que teníamos, una Rubí Izarra que casi cabía en la palma de una mano. La guardábamos fuera de Lugo, en casa de la hermana de un camarada. Lo de costumbre. La probamos. Hubo que limpiarla porque no funcionaba. Era de 1916, o del 17 como mucho. Te puedes hacer una idea. Munición a nuestro alcance, dos balas. Volvimos a disparar. ¡Pum! Gastamos

una, pero salió muy bien lanzada. Le queda otra para todo lo que planea Donato, que a saber lo que era. Ya me contarás el armamento. Lo que te cuento, Aracelita, estás como un cencerro. Calla y espera. La envolvemos en estraza con cinco o seis vueltas. Cortamos un chorizo y cubrimos el cañón. Luego, dos buenas lonchas de jamoncito, como de a dedo, y al horno. La bala al lado, bien protegida, porque temíamos que explotase con el calor. Pero aguantó. Quedó un bollito muy delicado con forma de pan de Viena. Luego tuvimos un golpe de suerte. En el calendario hay once santos donatos y uno de ellos, san Donato de Münstereifel, échale guindas al pavo, creo que se dice así, se celebra el 30 de junio, cuatro días después de la fecha en la que estábamos. Es decir, que yo me presentaba con el agasajo postinero y asunto arreglado. ¡Qué barbaridad! ¡Y yo en la inopia, sin saber nada! Sí, que te lo iba a decir. Con lo que tú eres para los linajes y el buen comportamiento.

Me pinto, me repinto, me calzo las mejores galas y allá que me voy tan guapa como pude ponerme, con una sonrisa de las que enamoran. ¡Si tu padre se entera! No me preocupaba mi padre, que en paz descanse, sino el funcionario de guardia.

—Buenos días. Venía a traer este bollo preñado para el detenido Donato Fernández Pozo.

En ese momento no sé si era Fernández o Rodríguez.

—Rodríguez, querrá decir.

—Eso, Rodríguez. Qué cabeza tengo. Le cuento. Es que el chico, aunque nació leonés, vivió muchos años en Asturias y le encantan los bollos de esa tierra. Total, como pasado mañana es San Donato, me dije, le llevo uno y así se acuerda de mí.

—Ábralo.

—Claro, claro.

Lo desenvuelvo y se lo ofrezco.

—Lleva chorizo y jamón. El jamón no propio de estos bocadillos, pero ya que está de santo y en casa matamos...

El guardián lo aprieta con dos dedos, y como le habíamos puesto bastante masa, no da ni con el cañón, o si da, lo cree chorizo. Prueba en otro lado y ve que cede. Yo miraba al compañero y le sonreía como una boba.

—¿Se le puede visitar? ¿Se lo puedo dar yo misma?

–No, tendría que venir antes de las doce.

–¡Ah! Pues ya lo sé. A lo mejor vuelvo mañana.

–Bien, deje esto aquí, que ya se lo daremos..., si lo autoriza el alcaide.

Y me fui.

–¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Aracelita!

Barcelona

Juan Pujol García, el nombre que por ley le corresponde, fue primero Juan Miguel Valentín García Guijarro, los apellidos de su madre, que lo registra como hijo de soltera. Pudo habérselo afeado, pero a quién y por qué. Estas cosas son así. Además, su padre acaba por casarse con ella y reconociéndolos, a él y a sus hermanos, bastardos por un tiempo sin remedio. Y su padre, ¡ay su padre! Fue la persona a la que más quiso, el héroe, el ideal, el espejo en quien mirarse durante aquella infancia loca y repleta de maldades en la calle Septimània y sus alrededores. Las que él hacía, devastando todo a su paso, y las que en la ciudad veía; masacres, venganzas, tiroteos y amaneceres salpicados de besugos, que son cadáveres de ojos desorbitados, bien por el espanto que les causa una muerte que intuyen inmediata, bien por la putrefacción que los hincha tras unos días a la intemperie. Una tarde llega su padre de la fábrica y les dice: «La gente se mata por las calles». Frase sencilla que para siempre le queda grabada. Y otra, dos horas más tarde, medidas a boca de costal y sin pronunciar ninguna entre ambas. «No fui de ningún partido, ni lo seré.» Él hará por imitarlo. Todos los recuerdos vuelven hacia su mente perfumados bien por el olor del humo que desprenden los largos *caliquenyos* que don Juan fuma, bien por los aromas a caldo provenientes de la cocina en La Puñalada, el mesón de Paseo de Gracia donde a veces cenan todos juntos. Horrible tufo para olfatos sensibles el primero, pero ahora vívida nostalgia de un padre intachable. Se muere pronto aquel hombre tan excelso y a Juan le falta tiempo para demostrarle con hechos que hereda parte de su altura. Para ser exactos, todo lo contrario, pues en vida de Pujol Pena, el tintorero olotense, su hijo solo es el Bala, terror del orden y la obediencia, gamberro, abusón, iconoclasta y masoquista, si decir se puede de un niño que se araña y se lacera, que nada hay que parezca contentarle, ni nada

digno de respeto. Bueno, sí lo hay. Se llama Tom Mix, el vaquero de más éxito que pega, persigue y dispara, ¡pero solo a los bellacos! Lo suyo es de otro corte, Bala perdida e irrecuperable; o eso piensa su madre mientras se santigua apresurada y dirige sus plegarias hacia el cielo. ¿De dónde sale este terremoto? ¡Un demonio así hay que ocultarlo!

Él viene marcado de fábrica para ser y no ser al mismo tiempo. Bicho raro. Un tipo que se esconde más de un año por no ver lo que ocurre a los suyos tampoco puede ir por la vida de tiquismiquis, con reproches por doquier a quienes hacen, van, vienen y se equivocan. Le queda una opción que no es nada desdeñable. Ser actor, ser él quien haga, corra, mueva, apueste y se equivoque. Eso, o morirse decrépito en un mundo que se desgarrá por los cuatro costados, abierto en canal de desmesura, más roto que los jirones de su alma.

De repente, de la noche a la mañana, algo le dice en su interior que puede hacerlo. Que él no es del montón, uno cualquiera. Que la partida se juega con estas cartas y no hay otras a la vuelta de la esquina, que no vale esconderse en pisos francos, ni esperar de Tom Mix que corra a salvarte. También le dice, quien le hable, que está en el bando equivocado, que allí no podrá conseguir más que morirse cuando acabe lo que tiene que acabarse. Serán las oraciones de su madre, o las que los maristas de Valldemia le enseñan con Joaquín en Mataró, será la voz que lleva dentro, o la que prende tantas veces desde fuera. Será su padre desde el cielo, como aquella noche de dolores en Mataró, cuando sumido por la fiebre disparatada de una apendicitis, creyéndose solo y desamparado sin la paz ni la caridad, nota que alguien le acaricia la mano y ve que es su padre, que se traslada de Barcelona para estar a su lado. Juanito, ten valor y confianza, que pronto estarás bueno. ¿Cómo pagarle aquel consuelo? Hubo otro momento en que la oye, cuando cambia a Tom Mix por Sócrates y se zambulle en lecturas filosóficas poco frecuentes en los chicos de su quinta. Es una desazón que le viene y que le arrastra, un torbellino más intenso que las aguas bravas en las que se agita España, pues si éstas se llevan todo por delante entre fronteras, su dolor no encuentra aduanas.

Socorro Blanco, otra vez, está a su lado. Hay traidores como él en Barcelona que se mueven bien en retaguardia, que tienen contactos y papeles, que ayudan a quienes quieren desertar. A ellos acude en busca de remedios.

–Esta documentación está limpia y sin huellas desde hace años. Lo malo...

–¿Qué es lo malo? –pregunta Juan a Carmita, que se la ofrece para que pueda burlar su suerte.

–Que es de un hombre de treinta y ocho años y tú tienes veintiséis.

–Muy machacados.

–Eso es verdad. Entre joven avejentado o adulto pipiolo das el pega de haber cumplido doce más.

–Me servirá. Mi madre siempre dijo que la gente me hacía mayor de lo que era. Y si eso lo decían antes de la guerra y de mi calvario, ahora no habrá quien lo discuta. ¿Cómo me llamo?

–Andreu Bal i Pellicer.

Juan repite para sus adentros el nombre que le dicen y le da conforme. Le parece armonioso y fácil de memorizar. Andreu Bal i Pellicer, treinta y ocho años, nacido en Reus, con domicilio en Barcelona; nada que no pueda defender con gran soltura.

–¿Y dónde se supone que estuve todo este tiempo?

La muchacha lo mira de arriba abajo para abrirle el camino de la pista e iluminarle las entendederas.

–¿No lo adivinas? Comienza a ejercer de falso Andreu y dame tú la respuesta.

Juan cierra los ojos y traslada el pensamiento al piso de la calle Mirallers, a las fichas primorosas de los peatones, a las horas y días pasados imaginando personalidades para aquel mundo de sombras que desfila por delante de su ventana. De ese ejercicio tiene que salir la solución.

–¡Claro! ¡Qué burro soy! He estado enfermo. Tísico y al borde de la muerte.

–¡Eso es! –se alegra Carmita de su acierto.

Tampoco le resulta ajeno ese trance, pues al morir su padre, él le acompaña en la agonía, postrado en una cama a su lado, con fiebres de delirio y visiones fantasmales durante días, tantos que ni asiste a su entierro, ni tiene conciencia de la tragedia que le rodea.

–Fuiste trasladado de varios sitios y ni siquiera sabes ya dónde has estado –le sugiere ella–. Háblales de varios hospitales, pero no te preocupes, les llamará tanto la atención verte delante, que darán el visto bueno si te haces pasar por bucanero, artista de circo o cadáver ambulante.

–Sí, en la UGT no les temo. Además, he encontrado un antiguo compañero de La Salle que tiene allí mando en plaza. Se ha comprometido a ayudarme y espero que no me defraude.

–¿Y no sabe él que tú eres Juan Pujol?

–Ya le adelanté que me muevo con papeles de juja. No te preocupes, es un buen hombre. Al menos lo era cuando estábamos en los salesianos.

Son las nueve de la mañana y cerca del edificio donde se encuentran suena una explosión. Es la lechera, así llamada por ser la primera bomba del día.

–¡Rápido! ¡Al refugio! –apremia Carmita.

–Espera. Pégale antes la fotografía. Quiero ir esta misma tarde a la UGT.

Su samaritana lo mira con asombro. Ni la lechera, ni la siguiente bomba que se oye hacia Montjuïc, parecen inquietarle, como si viviese en la certeza de que jamás será alcanzado por tener *baraka*, una suerte providencial como la de Franco, o un pacto con el diablo.

Juan le sonrío levemente y la convence. El trámite es sencillo. Ella, el Socorro Blanco de Falange, dispone de una copia del sello encauchutado y basta buscar la parte que ya está impresa en el documento y hacerla coincidir con la nueva foto, tal como machaca la de Andreu, el reusense, que ya ha sido despegada con vapor de agua y mucho cuidado. Entonces cubre con un papel el carné, entinta el sello y se agacha para ver la coincidencia de las líneas. Nuevas bombas se escuchan más alejadas, pero nada garantiza que otros aviones las acerquen. Ella se apura con la operación de falsificado. Está nerviosa y no se atreve a presionarlo. Juan le quita el sello de las manos, busca el encaje y lo aplasta por fin contra la foto. Lo separa y ambos comprueban que el resultado es excelente, al menos, a ojo de buen cubero.

–La tinta nueva es más brillante. Destaca demasiado, pero la pinta es magnífica.

–No importa. La rebajaré con un trapo cuando seque.

–¡Vamos! ¡Corre! ¡Al refugio!

–Me vas a permitir que yo no vaya. Fueron tantos días de cautiverio que ahora me horroriza verme en un sótano.

–Como quieras. No puedo obligarte.

Juan guarda el documento envuelto en el papel y juntos se lanzan a la escalera. Ya no hay nadie. Los vecinos corrieron en tropel al portal contiguo,

que es donde se concentran cuando llegan los hidroaviones italianos CANT Z.506 Airone con su barriga llena de explosivos. Éstos vienen de Palma, de Pollensa. Lo saben porque desde los tres días de marzo, desde que la ciudad sufre la carnicería de Mussolini, se extrema la información sobre la guerra aérea, se cuidan las alarmas y se organizan los refugios por manzanas. Ninguna oleada vuelve a ser lo que fue en marzo. Por fortuna. Cada avión se carga con mil kilos de obuses, lo que hace difícil manejarlos. Pero llegan, vaya si llegan, y la población los teme como heraldos de desgracias.

—¡Adiós! Muchas gracias por todo. En la vida podré olvidar lo que tú y tu familia me habéis ayudado.

—Es nuestra misión y tú tendrás la tuya. Cuídate, Juan. Espero volver a vernos.

Los jóvenes se besan y en ese momento otra explosión los amenaza mucho más cerca. Se inicia otra oleada desde el sur, no cabe duda.

—¡Métete!

Así es la despedida. Luego él corre por el carrer del Foc hasta tropezar con dos cenetistas bajo la marquesina de un edificio, como si eso fuese protección bastante contra los proyectiles.

—¿A dónde vas? ¿No oyes las bombas?

—Estoy lejos de mi casa. Me pilló fuera, pero me voy como una centella. Está ahí al lado. No os preocupéis, compañeros.

Juan sabe que en la CNT tienden más a compañeros que a camaradas en el saludo. Será porque también lo usa la Falange, o porque así se distinguen de los comunistas, o por lo que sea; pero piensa que le ha salido bien el subterfugio, pues le animan a correr calle abajo, aunque sea para reírse a sus anchas.

—¡Cuidado y no resbales con la mierda que llevas en los pantalones! ¡Cagao!

La guerra juega a su favor y una nueva bomba cae a dos manzanas. Los cenetistas vuelan a ver qué ha pasado y lo dejan tranquilo. No está cerca, pero las calles parecen despejadas.

Lugo

—¿Y qué pasó con Donato?

–Eso fue de traca. Yo salí de la cárcel tan pimpante como entré, aunque llevo la mosca detrás de la oreja. Mira tú que si se les ocurre partir el bollo preñado por la mitad y ven la bicicleta, vienen a por mí y Donato no sale en años, o salimos todos con los pies por delante. Pero el lío acaba aquella misma tarde. Su pariente Eudoxio, el de los paños, se había hecho amigo de uno de vara larga, uno del partido Republicano Radical de Lerroux, creo que un concejal. Éste habla con el alcalde, concluyen que ha sido una chiquillada y mandan liberarlo. Cuando sale, le dice el de la puerta: Oye, que este bollo es tuyo. Te lo trajeron por la mañana por tu santo. Y Donato, todo sorprendido. ¿Qué santo? Y yo qué sé, el tuyo. Lo coge y se va a casa. Cuando lo abre para comérselo y ve la pistola, se da cuenta de lo ocurrido. Fue una pena, nos dice, porque estaba dispuesto a escapar y llevarme de rehén al carcelero. Y algo peor, cuenta otro día. Cuando veo el bollo, estoy a punto de invitar a los dos de la puerta. Me veo partiéndolo y la pistola por los suelos. Qué risas.

–Araceli, tiene razón tu madre. A ti hay que atarte en corto.

Barcelona

La tarde comienza con respiro. Del cielo han huido los moscardones y hace calor, como en verano. La sede de UGT de Industrias Gráficas y similares, el 7 de Pi Margall, bulle entre papeles, humo y hombres. En las tres estancias a la vista se intuyen más de dos docenas. Enchufados, dirigentes, escaqueados; todos parecen muy ocupados, salvo un par de partisanos con dos fusiles que lo miran arrumbados contra un armario, seguros de que nadie les pedirá explicaciones de su misión, ni de su cómoda postura. Juan ya vio otros en las escaleras que le interrogaron. ¿A dónde vas, camarada? A afiliarme. Palabras mayores. Sube hasta el tercero. Éstos de los fusiles también se dirigen a él de forma desabrida, pero por fortuna pasa Ginés en ese instante.

–¡Ginés!

–¡Hombre, Juan! Por fin te has decidido.

Y por lo bajo.

–Juan, no; que soy Andreu.

–¡Juan Andreu! ¡Viejo camarada! Ven conmigo, a ver qué hacemos.

Las tres habitaciones que se distinguen desde la entrada son ahora ocho,

diez, no sabría decir cuántas. El piso es de lujo y fue incautado; los esquineros japoneses laqueados, los tresillos bordados con escenas de jardín, los sillones de muelles reventados, los espejos, las jofainas arrinconadas, son las pruebas del barullo que hay en toda España, tan poco serviciales a la oficina como serían los palos de un gallinero.

—Mira, te presento a Manuela. ¿A que es muy guapa?

Y lo es, por cierto, la muchacha, pero Juan entiende en la frase que hay algo entre ellos, o que presume su amigo de vara alta. Las mujeres no están para los requiebros que los fachas les dedican. Son compañeras, unas iguales, y si la carne pide alegría, se le da y a otra cosa, mariposa.

Juan extiende la mano para el saludo, pero Ginés le corta entre risotadas.

—¿Qué haces? ¡Dale un beso! ¿No vienes a afiliarte?

Ahora lo entiende mejor. Ginés actúa hacia los otros, hacia Manuela con gestos de confianza. Quiere que lo vean bien resuelto, bregado en comités, asambleas y todo eso. De modo que la besa en la mejilla muy callado y ella se revuelve casi indignada en busca de sus labios.

—¡Estamos en guerra y un amigo de Ginés es mi amigo!

—¿Lo ves? —salta el antiguo alumno con el capote—. ¡Aquí hay cariño! No vamos a ir ahora de monjitas. Lo dicho, Andreu; un día tienes que contarme por qué no te afiliaste en su momento.

—Problemas de salud. Tuve de todo. Mira aún qué pinta llevo.

—Sí, pareces el hueso de un jamón en casa de gitanos.

—Pero voy para arriba, voy para arriba.

—Así me gusta. La República necesita hombres. Hombres como tú, que sepan defenderla. Veamos, Manuela; hazle la ficha.

—Déjame ver la documentación.

En ese momento Juan recuerda que no rebajó la tinta del sello como planea. ¡Grave error! ¡Qué descuido! ¡Es un imbécil! Y se cree muy gallito moviéndose entre el peligro. Pero no volverá a pasar. ¡Lo juro!

Busca el carné en el bolsillo y deja que caiga al suelo. Al recogerlo, lo arrastra por el piso, que está sucio como chamizo de carbonero.

Ginés lo excusa.

—¡Hacerse de la UGT no es cualquier cosa!

—¡Y menos en Barcelona! —entra al trapo la secretaria.

–Perdón, todavía estoy débil y tembloroso.

Manuela toma el documento y lo agita como si viniese lleno de polvo, que tampoco es eso. Lo mira y nada le extraña, de modo que saca del cajón un impreso y comienza a transcribir los datos.

–Quisiera trabajar. Me ayudará a recuperarme.

–Claro, claro. Trabajo no falta. ¿Has estado en algún periódico, en imprentas, aunque haya sido de recadero?

–No, estuve en una ferretería de Conde de Asalto, abrí dos cines y soy técnico avícola, pero me adapto a lo que haya.

–¡Técnico avícola! Eso nos queda algo lejos. ¿Dónde lo estudiaste?

–En la Real Escuela Oficial de Avicultura de Arenys de Mar, un centro magnífico.

–Salvo que ya no es Real –rectifica Ginés–. ¿Acaso olvidas lo que hemos avanzado?

Juan se lamenta de la torpeza cometida. Desde hace años la fundación del doctor Castelló es solo Escuela Oficial y Superior, por mucho que la hubiese inaugurado la regente María Cristina.

–Sí, la verdad es que me cuesta acostumbrarme. Fueron muchos años llamándola de esa manera.

–Tiempo tendrás para aprenderlo. Aunque cae lejos de los asuntos que tratamos en estas oficinas, lo cierto que ya pasaron algunos compañeros tuyos y conozco bien todo aquello.

Manuela interrumpe la charla de los amigos y les llama la atención sobre los documentos que Juan presenta.

–Aquí pone algo muy raro.

Al falso Andreu se le va el corazón en un vuelco, por mucho que la presencia de Ginés lo tranquiliza.

–¿Sí? ¿Qué es?

–¡Pues que tienes treinta y ocho años... y Ginés ha cumplido veintiséis! ¿A qué colegio fuisteis que os admitían tan talludos?

Ginés se calla y le deja contestar. No se le ocurre qué decir ante lo evidente, pero Juan se ríe en busca de tiempo. Necesita tres segundos para armar la mentira. Uno, dos, tres y ya la tiene.

–El colegio era normal y Ginés también. Yo, ya no tanto. Padecí de fiebres

mucho tiempo, tiritaba, no daban un duro por mí. Fiebres reumáticas que me tuvieron postrado más de diez años. Cuando me restablezco, operado de las amígdalas y de vegetaciones, apenas sabía escribir y me cuesta tomarle el puso a los estudios. Luego, al llegar Ginés, ya fuimos juntos el resto de los cursos.

–¡Era el abuelo de todos nosotros! –confirma Ginés también aliviado.

–Enfermo en la infancia, enfermo en la guerra... Pareces un cuadro de desdichas, Andreu.

–Y usted que lo diga, ¡perdón! Y tú que lo digas.

–¿Ya está todo?

–¿Traes dos fotos?

–Claro, claro. Muy recientes.

–Pues si esperáis un rato hablando de vuestras cosas, esto está arreglado... Si a los papeles les añades dos pesetas. Una, para hacer frente a la cuota; 0,45 céntimos de los fondos de reserva de La Previsió Obrera, y otros 0,55 para la *vellesa*.

–¿La belleza?

–¡La vejez, Andreu, la vejez! ¡Ni que nunca hubieras hablado catalán!

–¡Ah, sí, claro! ¡A ver si llegamos!

–¡Salud!

Lugo

Ramón Ferreiro, al mando de la Jefatura Provincial de Falange Española Tradicionalista, tiene en alta estima la opinión de Araceli, pues al contrario de lo que todos dicen –la madre, fantasiosa; el padre, alocada; las amigas, divertida; cascabel en suma–, él sabe que Araceli es muy madura y que si abusa de la risa, no es por darse a la inconsciencia, como otras que lo hacen a destiempo y a desmano, como un loro que supiese expulsar el aire y poco más. Con ella no va eso. Todo lo contrario. Se ríe porque entiende el mundo que existe alrededor y no le da miedo. Sabe cómo enfrentarse a ese cúmulo de horrores que le toca en suerte. Es cierto que los títulos de la familia no le interesan, pero siempre le han servido para pisar fuerte y segura, tanto que a veces le dicen cabeza de chorlito. O como Cachita el otro día. Chica, que no

sabes que Franco va de serio. Y ella, que es así, va y le suelta: Pues yo, no. Y bien haría en mirarse el estómago, que a lo mejor lo tiene lleno de solitarias que lo amargan y avinagran. ¡Chiquilla! ¿Pero qué dices? Por menos de eso te enchironan y empapelan. ¿Quién? ¿Franco a mí? Mal haría a quien le sirve. Anda, ríete un poco, que las patas de gallo van hacia arriba y tardan más en salir.

Santa María fue inaugurado hace menos de diez años por Berenguer y en todo Lugo es vívido el recuerdo de su primer director, el médico burgalés Rafael de Vega Barrera, fusilado a las primeras de cambio en el 36. De él se habla en voz muy baja, como prueba del ejemplo que se quiso dar con su muerte. Era bueno, muy amable, a bien con todos, desprendido, gran cirujano y sin embargo no bastó. Masón, izquierdista y proclamó la República desde el balcón del Ayuntamiento. Mujer, aun así..., fusilarlo... Albergó las tropas de Asturias en el hospital. Eso es falso y aunque no lo fuera, preguntas en Lugo por cinco rojos que sean dignos de alabanza y todas las papeletas dirían que él es uno de ellos. En todas, no; estoy segura. Pregunta entre los suyos, entre alguno de sus colegas de profesión. Hoy, los que hablan de él, hablan maravillas. Hoy, puede ser; pero no entonces. Yo sé lo que me digo. ¡Calla, por Dios, que las paredes oyen! Y tanto, me voy a las visitas, ¿nos vemos por la tarde? Yo tengo hucha. Y yo, lectura, pero después te digo. Ya veremos. No me encuentro hoy muy católica. Será cansancio. Será tristeza.

Las enfermeras no se fían entre ellas, a no ser de amistades muy fundadas. Todas de Falange, todas entregadas, pero siempre puede haber quien lo sea más, o quien no lo sea. Araceli es la menos reservada. Hasta su madre Margarita, cuando la prima de don Jacinto Miquelarena crea más tarde para la radio su personaje de Antoñita la Fantástica, dirá a sus amigas: «Esta Borita Casas tuvo que conocer a Araceli. Si no, no se explica el personaje». Pero ni con éstas. Alegre, fantasiosa y dicharachera, como para fiarse están las cosas. Y eso que le sienta de maravilla la camisa vieja, como dice Cachita cuando la ve de uniforme.

La relación con Ramón Ferreiro en tiempos de adolescencia es muy particular. Camisa azul y correaes. Poeta de los buenos y no Chinín. No fue noviazgo, que son formalidades, ni tontería o capricho pasajero. Se gustan, eso es cierto y es bastante, pero juegan a no gustarse demasiado. De hecho, nadie

sabe nada, ni Cachita, ni Angelines, ni Eva, ni Celita, ni sus padres. Y guardan buenos momentos que a ratos desempolvan para reír, sobre todo cuando hay pocos motivos para la chanza. Ella, con el hombre poderoso; él, con la mujer más deseada. Y a nadie rinden cuentas, ni a nadie lo hacen ahora. Un amor a la francesa en la España más mojigata. Quizás es eso lo que a ambos les complace, el silencio, el misterio y una pizca de pecado. Por momentos Araceli piensa que le gustaría compartir la confidencia con su amiga, con una o con todas, pero siempre llega a la misma conclusión, la que le aconseja que sería el acabose, que nada gana en sincerarse, que el mundo está hecho para los que saben callar, que el secreto es bueno mientras se mantiene, pues si otro es quien lo comparte en su memoria, deja de ser tuyo y de ser secreto. Ni con él lo habló, ni lo habla, pues no hace falta volver sobre lo ya andado, aunque en su caso no recuerda que jamás les preocupase.

Araceli lo visita una tarde en Santo Domingo, después de atender a sus enfermos en el hospital.

—No estaré en toda la semana —le anuncia Ramón mientras revuelve los papeles oficiales.

—¿Algo grave?

—Voy a Burgos. Reunión con el ministro.

—¿Con Suances?

—No, no; con Raimundo.

—¡Ah!

Araceli levanta la vista de las galeradas que él le ha dejado para leer y sonrío.

—A ver si cuenta contigo para el Gobierno.

—¡Qué va, qué va! Son asuntos de rutina. Además, ni él hace ministros, ni yo deseo serlo.

En las manos tiene las pruebas impresas del libro de poemas que Ramón va a publicar en Córdoba. Lo titula *El piloto perdido* y lo firmará con su seudónimo habitual de Jacinto Soledad. Aunque nunca se lo ha dicho, ella imagina que en la pirueta encubridora pesa su cargo como jefe provincial del Movimiento, falangista destacado e hijo de una víctima de los rojos, no en la guerra, sino antes, en su domicilio de Jaén. No quiere que en aquellas circunstancias nadie piense que los versos forman parte del régimen naciente;

vamos, que disfruta de momio literario; aunque quien más quien menos, todos los que se mueven entre libros y lirismos identifican a Jacinto Soledad como Ramón Ferreiro.

–Me gusta mucho este verso: «nubes rescatadas de un mar sin nubes...».

–¡No me digas eso!

–¿Por qué?

–Porque reconoces que el resto del libro te importa un pimiento.

Araceli vuelve a reír. Esta vez con ganas. Se levanta y le devuelve las pruebas sin que él deje su sillón y sus documentos.

–¡Eres malvado! Es un libro buenísimo. No como otras poesías...

–Ya leí en *El Progreso* a tu rendido vate. Te habrá encantado.

–¡Supiste que era para mí!

–Y tanto. Lo decía con todas las letras.

–Bueno, pues ya te imaginarás lo que pienso.

–No lo hace mal. Chinín es un buen hombre y un soldado valeroso.

–¡Justo lo que necesito! ¡Un militar que me ponga firme!

–O tú a él que le hagas bailar en el Salón Regio cuando se recupere. Mira, a ver qué te parece esta campaña que me envía el ministro Suances para que la divulgue en Lugo. ¿Vosotros tenéis ganado en Vilalbite?

–Claro.

–Pues entonces me interesa mucho más tu opinión. Solo hace falta que leas el párrafo del medio.

La muchacha toma la carta y la lee en voz alta:

–«Es causa de preocupación entre las autoridades que en Galicia azucen al ganado con agujones que allí dicen “aguilladas”, por lo mucho que las varas punzantes dañan las pieles y los cueros, que de tanto recibir castigos en su vida, cuando finalmente son sacrificadas, presentan picaduras en medio de las piezas. Este descuido, o brutal comportamiento, impide no pocas ventas entre la industria peletera que se inclina a hacer negocios con franceses, suizos, belgas o italianos, perdiéndose de esa forma ganancias que no deben desperdiciarse, ni ahora, cuando tanto precisamos del comercio exterior, ni cuando suene la hora de la paz y la victoria.»

–¿Qué opinas?

–Nunca lo habría pensado. De modo que las aguilladas estropean los cueros

y los peleteros los rechazan.

–Eso parece. Y no debe ser menudo el problema cuando Suances me recomienda que extreme las medidas.

–¿No se os ocurrirá multar a los ganaderos?

–¡No! ¡Ja, ja, ja! En Burgos han ideado una estrategia más sutil.

–Si me lo estás consultando, me temo lo peor. ¡Ponerles unas gabardinas de gutapercha a las vacas!

–¡Mira por dónde! A Suances le gustaría escuchar esa sugerencia. Pero no. Lo que pretende el Gobierno es animar a los campesinos para que...

–¡Dilo ya!

–... para que abandonen los aguijones y les peguen a sus animales solo con látigos.

–¡Dios santo!

–En resumen, ¿cuál es tu diagnóstico?

–Que ni hablar del peluquín. No imagino yo a nuestro Braulio llevando un látigo al *cinto*. ¡Sería el hazmerreír de los vecinos!

–Ni yo lo pienso.

–¿Y qué vas a hacer?

–Pues lo que me mandan. Mañana lo publicará *El Progreso* y que salga el sol por Antequera.

–Se van a tronchar en la provincia.

–Eso espero. Que se rían y lo comenten. Quizás así logremos evitar algún pinchazo y que la industria peletera nos compre en las mismas condiciones que a los otros.

–No te auguro grandes éxitos.

–Muchas gracias, optimista.

Barcelona

Ginés regresa con una gran sonrisa en los labios, de los que cuelga un cigarro sin trazas de haber sido encendido en las últimas horas.

–Está visto que ningún cabrón mea torcido. Anteayer llegó una petición de los compañeros de Intendencia solicitando gente para una granja municipal en San Juan de las Abadesas.

—¿Dónde cae eso?

—Arriba, en Gerona. Al lado de Ripoll. Campo, montaña, buen aire. Lo ideal para restablecerte. Y además, faena de lo tuyo. La granja está llena de pollos. ¡Ja, ja, ja! ¡No podrías encontrar nada mejor!

No exagera Ginés en la bondad de su resumen, porque a los trazos con los que pinta ese empleo de pollero en la paz del campo, Juan añade otro en sus pensamientos y se pregunta a cuántos kilómetros estará San Juan de la frontera francesa, que ésa sí que es meta apetecible, lejos para siempre de este desatino fratricida.

—Desde luego —admite con una gran sonrisa—. Jamás soñé conseguir un regalo así en unos momentos como éstos. Un pabellón de reposo, trabajo a mi alcance y un pueblo dedicado a mi santo.

—Será al de tu segundo nombre, Andreu, que te confundes.

—Es tanta la alegría.

—Pues rebájala, que ahora que recuerdo no vas a poder ir a San Juan.

Pujol se asusta. No bien disfrutaba con la idea, va Ginés y se la chafa. ¿A qué juega este hombre?

—No vas a poder ir a San Juan, porque acaba de venir a mi memoria que le hemos cambiado el nombre, pues ya sabes que tanto santo y tantos abades a la República no les interesa y al pueblo le hemos puesto otro cartel menos celestial y más apegado a la tierra, Puig-alt de Ter, ¿no es bonito? Me escama que los de Intendencia sigan usando el viejo. Mañana se van a enterar esos chupacirios.

Nuevo alivio. No gana el cuello para tanta camisa.

—¡No les digas nada! Al menos hasta que llegue yo allí. No vaya a jorobarse el puesto y se lo den a otro. Ya que has hecho tanto por mí, haz también esta minucia.

Ginés lo observa con gesto perdonavidas y enciende el cigarrillo que cuelga apagado. Sabe que se la juega con su engaño. Los comunistas del SIM, el Servicio de Información Militar, rastrean cualquier atisbo de documentación falsificada, pues son conscientes de que el quintacolumnismo del Socorro Blanco dispone de material para realizarlas. Acaban de llevar a cabo una gran redada y en la prensa salió que el SIM desmantela al SB, pero no es cierto. Barcelona está plagada de quintacolumnistas como Carmita y su familia que

arriesgan desde dentro; rábanos les llaman con acierto, pues son rojos por fuera y blancos por dentro.

Ginés intuye que aquella documentación de Juan huele a Falange, pero lo recuerda jugando al fútbol, cuando era el Bala, y pegaba más patadas a las canillas de los escolares que a la pelota. Por fortuna para él, nunca golpeó a su amigo y ahora cobra con sobranza el escaso juego limpio desplegado.

–Tienes que volver en dos días, Bala. Te daremos los papeles, la fecha de tu marcha y te diremos por qué medio llegarás a Puig-alt de Ter. No lo olvides, ni tampoco que eres Andreu, que a rachas tú flojeas, y hazme llegar noticias desde allí, porque pienso poner en aprietos a los de Intendencia y ganar puntos con la jugada.

–¿Te veré entonces?

–¡Claro! Yo vivo aquí. Como dice Manuela, la G de UGT es la de Ginés, la mía.

–¡Salud y República!

–¡Viva la UGT!

Lugo

Pericos en los últimos tiempos hubo pocos como ella. Aquí y en Vilalbite, a donde va por temporadas desde que es niña. Ahora menos, no solo por sus obligaciones para con la Cruzada, sino porque la diversión, de haberla, está en la capital y no en la aldea. Diversión a su medida, que es moza de bailes, reuniones, pandilleo, cines y lo que se tercié. Asaltos con el maestro Sariñena en el Círculo de las Artes, y té-bailes en el hotel Méndez Núñez, con el maestro Latorre y sus proyectos profesores. Incluso la han visto sola en la barraca del Gigante Ramoncito, que es espectáculo al que las chicas no deben ir sin compañía, no porque el chaval, dos metros y veintitrés centímetros de estatura, vaya a causarles ningún daño, sino porque no es de buen tono, ni propio de señoritas perderse en barracones. Ni en ése del mozo desmesurado, ni en ninguno de cualquier guisa. No deben ir y punto, son las reglas. Claro que para lograrlo, antes hay que parar a la niña María Arcelia, lo cual no estuvo ni en manos de su padre, como bien sabe doña Clotilde, la de la farmacia de San Pedro, que fue testigo de sus aventuras y las divulga sin que

nadie se lo pida. Aquello fue para verlo y no creerlo. Imaginaos, sábado por la noche, el Salón Regio del Círculo lleno hasta los topes. San Froilán, ponte *in situ*, plenas fiestas. Araceli que no para, carné lleno de compromisos. Ya ni los apunta. Si le gusta la pareja con la que está, mire usted, le dice a quien le prometió el bolero, venga más tarde, y se queda con el mozo de su agrado. Las que visten santos la miran desde los balcones con ojos de fiscales. Menuda fresca. Yo creo que se ríe y es pecado. Y ella, como si nada. Venga a mover los vuelos de la falda. Foxtrot, pasodoble, quickstep, tango y bolero. Como decía mi padre, a la niña le va la copla, la coplilla y el coplete. Ya sabe, María Angustias, qué quería decir el hombre con el coplete. No lo repita, Clotildita, que me entero más de la cuenta. Pues eso, coplete, y zumba y dale al panderete. ¡Usted también, doña Clotilde; dice cada cosa! Pues era así, ¿qué voy a hacerle? Prosiga, que yo ya sé el episodio, pero tiene a mi sobrina en ascuas, con tanto mocear y tanto bailoteo. ¡Uy! Desde luego. ¡Ahora viene lo bueno! Las parejas dale que te pego, como en toda la velada, y la orquesta a lo suyo. De repente entra al trote Alfonsito, el chico de los Fenollera, que es muy amigo de la familia, ya lo sabes, a través de su hermano Ramonciño y todo eso. Por supuesto; claro, claro. Se recorre la pista por entero buscando a la muchacha. ¿Araceli, dónde está, tú la has visto? Y ella, muy zorrita, al fondo del Salón, cerca de la orquesta, protegida. ¡Allí está! Ya la veo. Y sin grandes protocolos, ni silencio que lo ampare, va y le dice, asfixiado el pobre chico: ¡Tu padre está abajo con cara de fusilero! O no era ni socia, o no tenía permiso de danzar, o no de hacerlo hasta tan tarde... ahora mismo no lo sé. La chiquilla suelta al galán de turno, que tampoco supe yo quién era, se agarra del ganchete de su amigo para hacerse fuerte en la escalera y los dos se lanzan a la planta baja antes de que don Salvador ascienda. Y allí la ves, agachada detrás de los señores, como un niño en pillería, ahora a las espaldas de uno, ahora a las de otro. Y como por la puerta no podía, se desliza hasta el Salón de Columnas, abre una ventana y se tira a Obispo Aguirre. Menos mal que no hay altura, ¡pero con las faldas... a poco no se da un buen trastazo! Corre por los cantones, Conde Pallares, Cruz y Ruanova, se desviste en un santiamén, besa a Mamá Margarita. ¡No le digas la hora de llegada a papá! Y se mete en la cama de un salto de canguro. Un perico, ya te digo.

Puig-alt de Ter

–Barcelona es demasiado peligrosa. Puig-alt de Ter, o como hoy se diga a Sant Joan de les Abadesses, es el lugar idóneo para tus planes. Toda Cataluña está salpicada de cárceles que son campos de trabajo improvisados, mano de obra esclavizada, qué quieres que te diga. Los hay en Aravell, cien kilómetros más al norte, en Els Omells de na Gaia, a la altura de Barcelona; en Roses, en Falset, en Clariana y en Hospitalet de l’Infant. Un destino, te lo juro, nada apetecible. El SIM los controla con mano dura. Tenemos a mucha gente del Socorro Blanco allí metida y sabemos lo que ocurre por algunas filtraciones, papelitos que logran salir fuera y algún que otro escapado que lo cuenta con espanto. Pero no te creas, ya renuncian a intentarlo; al menos así piensan los nuestros, porque el SIM los combate de otra forma. Averiguan quiénes son sus relaciones, si dejan amigos, si hay en algún lado familiares, y después de anunciarlo a bombo y platillo, matan a tres o cuatro de ellos, como escarmiento, para que nadie crea que el fugado solo se juega su pellejo, sino que en su suerte va la de quienes más quiere, o más aprecio tenga.

–Sí, todavía no se han encontrado los límites de la maldad.

La conversación con Carmita resuena en el cerebro de Juan cuando el viaje está a punto de culminarse. Lo ha cubierto en tren hasta Ripoll, y ya de noche, en una tartana desvencijada de dos ruedas con mula en limonera. Cerca de su destino distingue el perfil de un grupo de casas y la cúpula sobre trompas de la iglesia de Sant Pol. Aquella penumbra que elimina la exactitud de las líneas y borra con un brochazo gris las imperfecciones de la guerra y del deterioro, le hace ver a Juan un idílico paraíso. El lugar buscado durante tanto tiempo sin saber que lo buscaba.

El carruaje se interna por la plaza y después de bordearla, desciende con su maleta como único dueño de todo. El vehículo vuelve a la marcha con los dos últimos pasajeros. No sabe a dónde van, ni le interesa. Nadie abrió los labios en el trayecto, salvo un miliciano de Manlleu, que baja antes de Vic y blasfema por nada cuanto le place.

Ahora sí que está solo. Solo en un silencio inmenso, poderoso. Es una sensación tan placentera que no quiere mover un dedo por romperlo, busca asiento y lo encuentra al borde de un parterre. Ni siquiera en las largas

jornadas de su encierro, cuando no tiene más preocupación que el silencio, está tan repleto de si mismo. Y decide saborearlo. Quedarse quieto, pasmado, ensimismarse, distinguir a lo lejos algún graznido, el mugir de una vaca o el ya lejano traqueteo de quien lo trae.

Pasa el tiempo, a saber cuánto es el que pasa, porque el hombre duerme, con la espalda hecha fosfatina, hasta notar el golpe de una mano que en el hombro le reclama.

–¿Andreu Bal? ¿Eres tú Andreu Bal?

Abre los ojos y se despereza. No entiende qué le sucede, ni quién es aquel personaje de uniforme que le llama por un nombre tan extraño, pero no tarda en volver a sus cabales y responder con precisión a la pregunta.

–Sí, sí; soy yo. Andreu Bal i Pellicer.

–Tranquilo, camarada. Estás en buenas manos. Soy el concejal responsable de la granja Cal Pellets y vengo a buscarte. ¿Estás cansado? ¿Fue duro el viaje?

Juan está sin fuerzas, desmadejado. Cree haber perdido las últimas por el camino, pero agradece el trato y el recibimiento. Se levanta, busca al hombre y lo abraza.

–Todo irá bien a partir de ahora. Verás qué buena es la comida. Mi nombre es Ignasi Roig, Ignasi me llaman todos. Ven, subamos al carro que te espera buena cama. ¿Tienes hambre?

–No, dormir es hoy mi alimento.

–Así lo harás y mañana es otro día.

O mucho se equivoca con la noche y su cansancio, o Ignasi es un buen hombre, más incluso de todo lo soñado. Y eso hace al llegar, acostarse y no ver nada.

Lugo

La vida en el hospital es cada vez más cómoda. Araceli ya sabe todos los entresijos y no le asustan las novedades, que también son menos, porque a Lugo llegan convalecientes de larga duración, heridos con semanas por delante, pero casi todos con pronósticos favorables, todo lo que lo pueden ser grandes mutilaciones y destrozos que a un palmo quedaron de ser mortales.

Ella los atiende con desenvoltura y nunca escatima frases de aliento. El tiempo ayuda. El sol se cuele ya por las ventanas y algunos se aprovechan de la bonanza. Lo peor son las recaídas, cuando los mozos se quiebran en llantos inconsolables. Hay uno, muy jovencito, que sueña en alto, con gritos de dolor y espanto porque le persigue el sonido de un avión en bombardeo. Ha perdido un ojo, parte de la cara y medio brazo. Lloro, dice, por la muerte que no llega, porque nadie le avisa para el descanso. Conviene despertarlo, que sepa dónde está y que vuelva, si puede, al reposo.

El domingo le toca hucha del Auxilio Social y se divierte con la compañera de turno, una chica tan echada para delante como ella. Lo de menos es lo que recauden porque nadie está para desembolsos. La gente colabora, eso sí, con muchas perras chicas que se agencian antes del paseo. Si una tarde llegan a juntar cinco pesetas, hablan de gran colecta, y no es para menos.

Puig-alt de Ter

La granja suministra carne de pollo al frente del Ebro y malvende una producción planificada con errores de bulto, peor gestionada y sin los sistemas que Juan aprende años atrás en las publicaciones del sabio Castelló, el director y fundador de la Escuela Avícola, sea Real, como cuando nace, o republicana, como ahora. Muy de tarde en tarde se preparan envíos hacia Valencia y se mantiene a duras penas aunque la explotación sea ruinosa. Solo hay mil aves y eso es muy poco. Se sabe de camiones que, debido al peligro de emboscadas, se ocultan durante días en pajares o almacenes en ruinas. Luego, salvado el peligro de los fascistas, vuelven a por ellos y ni a entrar se atreven los comisionados.

—La carne de pollo podrida huele a culo de diablo. Tú no sabes lo que hostia digo. No es un pollo, son ochocientos, con sus plumas, sus carnes putrefactas y sus heces. Los gusanos rebotando de jaula en jaula, el festín de Satanás, tú no sabes lo que digo porque nunca lo viste en tu escuelita de niños educados. Los hijoputas de los gusanos, gordos como espárragos, entran y salen de los pollos como ratones en los quesos. ¡El camión se mueve! Que sí, hostia; que se mueve. Si cierras un poco los ojos, aquello parece que va a salir volando. ¡Y qué olor, macho! Eso no es para contar, hay que estar allí para saberlo. Te lo

juro por mi padre, ése al que mi madre, la muy puta, solo conoce una noche para hacerme. Si me ordenan ir a por otro, que solo una vez fui, ya sé lo que voy a encontrarme; así que les digo que vaya Prieto, o su puta madre vaya, que este menda ya sabe lo que prepara el Cabrón en el infierno. ¡Una ensalada de pollos chorreantes! ¡Aquí los tengo! ¡Mira mis narices desgraciadas! Desde aquel día se me mete la peste de los pollos y no la suelto. Detrás de las vacas voy un rato, a ver si cagan y me perfuman las hijaputas con su mierda. Eso es lo peor, cuando arrancas el camión, te marchas y crees que aquello ya se acaba. ¡Y un cojón de franciscano! Los muy cabrones de los pollos ya sea han metido en tus napias y allí los llevas para siempre con tu olfato. ¿Tú sabes lo que es besar a una fulana y que te sepan sus labios a huevos podridos? ¡Pues esto es peor! ¡Te sabe toda ella a pluma quemada, aunque se haya perfumado de azahar y esos potingues de pachuli que tanto gustan a las furcias! Y dices tú: ¿Para eso me voy a gastar yo mis reales? Que la joda quien disfrute, que yo me la pelo por la noche con mis gallinas. ¡La *japuta*! Y no os he contado otra cosa. Al principio, cuando entras, y no sabes dónde coño te has metido, ves el cisco y recibes en la cara todo el tufo, pero dices: Qué cojones, ¿soy un tío o un gallina? Y te vas a por el camión muy machito, pero, un huevo, el tufo es pastoso y no te deja avanzar. Es como un muro, como una alambrada, la muy cabrona; es miel de mierda o churre espeso. Es la hostia, macho; tú no sabes lo que digo.

Quien así habla, con lengua de garito y el olor del pollo muerto metido en sus narices, es el *noi* Expósito, que ni nombre ni apellido dice que le pusieron. Un tipo fiero, pero menos de lo que intenta que creamos. Tuvo suerte, él lo dice, un obús le parte la pierna derecha el primer día en el frente. Se la llevó con él y no la encontraron. Limpiamente, de un tajo, como una rama seca. Si te he visto, no me acuerdo. Zas, carga con la bayoneta y la pata a tomar por saco. Tuvo suerte, ya lo dice. Un día de guerra y lo mandan al hospital, a reponerse. Ahora la tiene de madera y la mueve muy resuelto con las manos. Caballero mutilado. ¡Ja! Ni eso. Con los pollos lo encierran y da las gracias. Mucha suerte, una cuarta más arriba, un centímetro más a la izquierda y el obús se lleva la bolsita con los huevos, aunque también, para lo que le sirve, podía haberle arrancado todo. ¡Si no voy ni a putas para que no me huelan los chochos a pollo! Suerte, *noi*, y no por los huevos, que a ti lo que te llevaba el

pepino era enterita el alma.

La granja huele a rayos sin necesidad de que el *noi* cuente batallas, pero eso ya lo sabía Juan y entra en los cálculos previstos. Lo tiene bien asumido desde el 36, cuando la guerra lo atropella siendo granjero en otra explotación de Llinás del Vallés. Todo lo que existe en ésta de Cal Pellets es mejorable sin haber estudiado ni media asignatura, pero qué va a hacer él, recién llegado, con papeles del Andreu y ganas de salir pitando. De cursi para arriba le pondrían; así que ver, callar y ganar músculo, que los tiene deshilachados, de tantas jornadas de clausura. La granja fue expropiada a sus dueños, como todo, como la fábrica de tintes de su padre o el piso de la UGT. Se quejaban de tener un jefe y ahora en cada tajo hay un comité de siete u ocho. ¡Ja! ¡Y todos mandan! Cal Pellets será un estercolero como granja, pero no tiene precio como balneario. Se come puntualmente y variado, pues bien que les funciona el trapicheo, cambiando pollos por verduras, por *calçots*, por vaca y hasta por pescado. ¿Quién es el guapo que le dice no al ejército de la República, aunque sea municipal el propietario? Por otra parte, el cambalache es generoso. Un par de pollos por tres kilos de tomates, o así la cosa. Pollo por filetes, pollo por fruta, por patatas, por lo que haya de temporada.

El trabajo tampoco le mata. En cuanto descubre los trucos, Juan lo hace todo a grandes marchas e incluso ayuda al *noi* Expósito con el transporte de los piensos, que es lo que peor lleva el cojitranco. Por eso el *noi* también empieza a apreciarle, y el respeto es mutuo, como con Ignasi, el concejal, y con casi todos los dedicados a la granja. Casi, porque Batista no se deja; es atravesado, envidioso, enredante, traicionero. Un mal bicho, a todos los efectos y sin opción a la mejora. Un tipo de colmillo retorcido, con eso está dicho todo.

—Oye, *noi*, ¿tú sabes de caminos y de atajos?

—¿Yo? ¿Qué quieres que te diga? Si salgo de aquí es montado en carro, que para mí, más de una tirada de nave a nave es un sofoco, una jodienda.

—Pero llevas aquí casi dos años. Algo sabrás de los alrededores.

—¿Y tú qué quieres, cabronazo? ¿Escapar a Francia?

—¿Francia? Ni lo había pensado. Quiero pasear, oxigenarme; recuperar fuerzas, ponerme mulo como antes.

—Así que eras un fortachón.

–Bueno, era normal, tirando a bestia, incluso me pegaba contra los cristales y contra quien hiciese falta.

–¿Tú un burro? No me lo creo, no cayó en estas cuadras un tipo tan finolis.

Juan patea el pueblo y el magnífico monasterio que en 1931 recibe de la República el reconocimiento de monumento histórico-artístico dentro de una amplia lista que incluye la vecina iglesia de Santa María de Ripoll, a la que también se acerca a conocer. Ya me contarás la paradoja. A unas les dan honores y otras las incendian. De la granja a Ripoll, ida y vuelta es un recorrido que realiza veinte veces. Pero aquella misma tarde va a comenzar su plan de entrenamiento de forma más metódica, como a él le gusta, con programa y libreta. Ya recuperó músculo en las piernas y está dispuesto a mucho más. Caminará doce kilómetros sin detenerse y con el regreso, serán veinticuatro. No está mal para ser el primer día. Se detiene en cada cruce y apunta lo que ve, los pasos dados, el tipo de plantación que observa en cada finca, las casas, los árboles, los animales y las personas. Luego, por la noche, lo traslada a un mapa y así obtendrá una completa información del entorno. Al día siguiente recorre el torrente de Plansesaigües, lo que los payeses llaman el Camino del Hierro por la existencia en él de antiguas ferrerías. Trata de llegar a Ogassa, pero el sendero es tortuoso, se pierde, vuelve sobre sus pasos y ataca Ogassa más adelante. Han sido más de quince kilómetros, pero ahora la vuelta la hará en menos, doce o trece como mucho. Hasta veintiocho hace aquel día. Cuatro horas largas, casi cinco. Está cansado, pero contento. Cena con hambre, visita las naves, vacía la información sobre el plano que comienza a construir y se duerme como un tronco hasta que el *noi* llama a todas las puertas con los nudillos. Tenía planes para la tarde. Quería llegar a Ribes de Freser, y a Queralbs, a Setcases, a Núria, a Collada de Toses y al Puigmal. Lo haría a su modo, con avances diarios y pisando cien veces cada camino, hasta que no hubiese tramo sin recorrer, ni paisano que no lo hubiese visto docenas de tardes. Un montañista habitual, dirán en sus tertulias. Un enchufado que trabaja en la granja de Cal Pellets. Con muchos de ellos se para y cruza cuatro frases en catalán. Eso le basta. No quiere otra información que la que ellos, de forma espontánea, pudieran proporcionarle. Incluso conoce la muerte de un anciano de Queralbs con el que se cruza en sus salidas y llega a tiempo para asistir a su entierro. Allí se da a conocer ante todo el pueblo y

todos se quedan con su cara. Le interesa que lo reconozcan todos los vecinos.

–Es el de los pollos de Sant Joan. –Así lo identifican los presentes en el cementerio, todavía reacios a llamar Puig-alt de Ter lo que para ellos siempre fue el santo del monasterio.

Lugo

Doña Margarita, su madre, le deja el periódico abierto y doblado por donde viene la convocatoria de la Delegación de Sanidad. Araceli la lee con desgana, pues teme que allí venga lo peor: «Lolita Garmendia, María Teresa Díaz Lage, Trinidad Alonso Núñez, María Teresa Albadalejo, Felisa Pedrosa, Carmen Azcárraga, Pilar Gasalla, Silvia Díaz Requeijo, Araceli Carballo...». A todas se las convoca a las cinco de la tarde, sin escatimar líneas para la consabida admonición, por si alguna se hace la despistada, arguye falsas excusas, dice ser olvidadiza, gesticula, lleva sus manos a la cabeza, se sorprende o toma a chirigota las órdenes emanadas de la jefatura, o sea, de Ramón Ferreiro, mediante delegada de asuntos sanitarios, de Frentes y Hospitales, Enfermeras, Prensa y Propaganda, Administración, del Hogar del Herido, Mutilados, Auxilio Social, Aguinaldo del Soldado, Socorro Blanco, Gota de Leche, Auxilio de Invierno, Flechas y Pelayos..., de tantas organizaciones que a todas atormenta el convencimiento de haber faltado a alguna de ellas; de la hucha, de la insignia, del saludo, del brazalete, del mandilón blanco, el yugo y el haz de flechas, pues resulta de todo punto improbable que se haga a pies juntillas todo lo que exigen. No es que ella tenga miedo, ni mucho menos. Y no solo por Ramón, que en último caso la protegería, sino por ella misma, que siempre estuvo diligente y desde el primer día de hospital no hizo ascos a ninguna herida, cambió vendas, limpió gangrenas, vio el horror en carne viva; no como Cachita, que a la primera sangre de un balazo sale por pies despavorida. Amarres suficientes tiene en su familia que al instante dejan tranquila a la chiquilla. Que no vuelva. Si se desmaya, nada bueno obtenemos de su ayuda. Y desde entonces vive la guerra como gran señora; mojar pastas y mojicones, bailes a destajo, algún paseo y lecturas preparatorias de la boda. Ella, no. Ella ha estado al pie del cañón desde el comienzo; pero sin queja, que la guerra va con todos y hay quien no

come, ni ríe, ni se lava.

Aunque tiene por delante dos González, para todo Lugo, Araceli es Carballo, y no con uve, como lo escribe su primo, sino con be, que otras cuentas no le salen. El González paterno, con el Carballo de segundo, le da toda la nombradía, la de Alfonso XI y otras muchas sangres de nobles e hidalgos con armas de poner y pintar, como fue Juan Mariño de la Barrera, cuyo Víctor plasmado en tabla conserva su familia en Carrocide. Y quien dice su familia, dice ella, que le gusta imaginarlo bien visible para asombro de visitas muy infladas. ¡Ah! ¿Eso? Nada, es que mi familia es hidalga con armas de poner y pintar. Pero, pasad, pasad; no os quedéis ahí como unos pasmarotes. El otro González, el de su madre, no es de cuna ni de abolengo. Uno como tantos, pero cuando utiliza González-Carballo completo, como su padre, ella dice que el primero no es el paterno, sino el González de su madre. Líos de nombres y de apellidos desde la cuna, pues al funcionario del Registro le da por inscribirla como María Arcelia, que es grafía americana, o ve tú a saber de dónde sale.

Puig-alt de Ter

La guerra es mala, *noi*. No son los otros, ni la República. No la va a ganar quien más razón tenga, ni el más listo, ni el más legal, sino el que más mate, el que acierte con más pepinos en las piernas de los de enfrente; pero la razón, la inteligencia y la ley seguirán en el mismo sitio. Siempre fue así y en todos los lugares, no es timbre único de españoles. Dices cada cosa, Andreu, que pareces un cura. Pues no lo soy y deberías acostumbrarte a escuchar lo que piensan los filósofos, porque tú, que te tienes de la piel del diablo, eres bueno y puedes comprender como ellos lo que ocurre a tu alrededor. ¿Lo ves? ¡Ya estás de cura con los buenos y los malos! Yo seré una mierda, pero estoy en otra mierda, así que tan contento. Si además tengo que estudiar para entenderlo, cojones, me pego un tiro y esta vez me doy donde no vuelva. Pues no deberías, ¿no te gusta el monte, los paisajes? Todo esto es muy bonito. Tú desbarras, Andreu. El monte es una cagada de pollo, o menos que eso. ¿A dónde hostias voy yo con esta pierna de pirata? No llego ni a la puerta, y si llego, me tengo que volver porque me duele la cadera. ¿Tú sabes cómo me han puesto el tronco éste? No. Claro que no lo he visto. Pues mira. El *noi* se baja

el pantalón para mostrarlo. Unos trapos en el muñón, cuatro cuerdas a la cintura, dos orejas, ocho clavos y unas tablas. ¿Tú crees que se hace esta putada a un hombre? Das la pata por la República y te regalan un palo. Cuando esto acabe te lo arreglarán. Sí, con lapo de gallina. Eso es lo que no puedes hacer, *noi*; dejarte ir. ¡Anda y que te ondulen! ¡Vaya si puedo! Me dejo ir hasta que aparezca doña Fría y me lleve de una puta vez, entero o lo que quede.

Lugo

Dolores Cardete, la regidora provincial de enfermeras, se sienta bajo el crucifijo, entre los retratos de Franco y José Antonio recién colgados. Tiene cara de pavo y un grano bajo el ojo que hace las veces de moco, por eso dice Julito que los dolores vienen al verla y aunque no llegue a cardo por completo, es Cardete. En torno a ella, haciendo círculo, se han aposentado las nueve convocadas. No parece muy alegre, aunque es mujer de pocas muecas y le gusta sentirse respetada. ¿A quién no? Es cierto. Bueno, pero a ella, más.

Dolores repasa sus rostros uno a uno y al final de sus labios se desprende un mínimo gesto de contento porque nadie ha faltado y quizá por algo más.

—He recibido instrucciones muy precisas que a todas interesan.

El silencio más absoluto de las reunidas permite escuchar con nitidez el teclear de una máquina que sube desde la oficina.

—Quiere el Alto Mando que se sepa lo mucho y bueno de los avances conseguidos por nuestras tropas. Ya lo habrán leído, pero si ahora se recalca es por confirmarles que ya no habrá un retroceso, ni nada que impida el final tan deseado.

Las enfermeras comparten miradas satisfechas.

—Sí, sí; no es ningún secreto, ni tampoco adelantar celebraciones, pero es decisión de los mandos que se sepa y que se actúe de acuerdo con los hechos.

—¡Es fantástico! —exclaman varias de ellas entre sollozos—. ¡Alabado sea el Señor!

—¡Nada de lágrimas, ni de cohetes! —se impone la Cardete—. Si me ordenan que les traslade este optimismo es porque las consideran formadas y responsables.

¡Qué tontería!, piensa Araceli. ¿Cómo no íbamos a estarlo después de tres

años viendo gangrenas, mutilaciones y muñones?

–Todavía quedan por tratar muchas telas, de modo que no corten ningún traje. Esto es así, como les digo. En Burgos se respira la victoria. Hay certeza de saberla muy cerca, pero ahí terminan las buenas noticias.

–¿Las hay malas? –pregunta Araceli sin reprimirse.

–Hay, las que hay. Sigue la guerra y nadie baja la guardia ni se pretende. Ocurre sin embargo que son necesarios algunos cambios y que España se prepare a los tiempos que se anuncian. Los hospitales de guerra van camino de desaparecer y con ellos, el cuerpo de Damas Enfermeras. Comprende el Gobierno que muchas de las mujeres que forman parte del mismo puedan sentir en estos momentos una sensación agridulce. Dulce, porque es el anuncio de una paz inmediata. Agria, porque significa el fin de una actividad y de un servicio que han desempeñado con honor y renuncias. Ustedes han abandonado la comodidad de sus hogares para levantar el ánimo del soldado herido. Y por lo que veo en algunos ojillos, a nuestro camarada ministro no le falta razón.

Alguna llora sin disimulo, otra moquea, las más se vienen de la risa al llanto. La única que se mantiene risueña, sin dar opción a la tristeza, es precisamente Araceli, que las mira de hito en hito para que comprueben su alegría y cómo debe recibirse con aplomo una noticia como ésta. Pronto comprende que no cabe otra reacción. Alguna pierde hermanos en el frente, otras aún los tienen. Las lágrimas son tinajas a rebosar, basta un empujón para que se derramen, pero esto es una orden de contaminar al enemigo con su alegría.

–No debemos precipitarnos –insiste Dolores–. Todo conviene hacerlo con pausa y a su tiempo. Los soldados heridos serán enviados lo más cerca posible de sus residencias, y a medida que esto ocurra, se prescindirá poco a poco de las Damas Enfermeras.

Y ahora sí, el llanto es más sonoro, pues incluso a Araceli le cuesta trabajo contenerlo y se enjuga con disimulo la lágrima que se escapa.

–¡Caray, caray! ¡Deberíais habernos preparado! ¡Es lo más emocionante que he escuchado en mi vida! –protesta Felisa, sin ser cierto que lo haga, salvo por no quedar callada y ponerse el moco como la pava de Dolores.

–¡Está bien! –se impone la regidora con nuevas muestras de firmeza–. Vuelvan a su estado, que no hay nada definitivo. Ya les digo que mantendremos

los turnos como hasta ahora y ya se irán enterando de novedades. Además, me han permitido que les transmita una sorpresita.

El discurso de la Cardete está bien trazado, pues sabidas sus reacciones, toca ahora suavizarlas y sus superiores le han marcado el ritmo de las noticias. Ellas ya se han repuesto. Son Damas de mil tragedias, no señoritas de sales y alcanfor; Enfermeras de la Sección Femenina, no margaritas requetés, cabras locas por el monte, contra las que tanto protestó Pilar Primo por prepotentes e indisciplinadas. Si Falange fuese lo mismo, quedaría mucha guerra, que para desobediencia y farra ya estaban las milicianas.

—Quiere el ministro secretario general del Movimiento que cada delegación le informe sobre aquellas Damas que merecen recibir el diploma de reconocimiento... Y debo decirles, camaradas enfermeras, que hoy por hoy todas vosotras estáis en mi lista, así que todas tendréis diploma.

—¡Vaya! ¡Otro título! —se le escapa a Araceli por lo bajinis con ganas de hacer chiste con los otros que adornan su linaje y que, como todas saben, se toma a broma.

Lolita, como le gusta a la regidora ser tratada porque suena más a camarada, lo ha oído, o medio oído, y reacciona con disgusto.

—¿Cómo dices, Araceli?

—Nada, que es un honor.

—Pero no penséis que está todo conseguido. De cómo os comportéis de ahora en adelante dependerá seguir en ella. Quiero que no haya ningún fallo. Quiero que de Lugo nadie tenga que decir más que elogios, y así el día de mañana se os abrirán las puertas del futuro, que ya sé de alguna de vosotras que pensáis en bodas y está muy bien, porque ahora España necesita madres e hijos que la pueblen y la reconstruyan.

Alguna sonrisa y algún sonrojo, pero es Carmiña, antes que otras, la que expresa las dudas comunes.

—Creo hablar en nombre de todas si digo que ninguna esperaba distinción, título o diploma. Solo hicimos lo que cabía hacer y así volveríamos a actuar cien veces más en que la patria lo requiriese. No será por tanto el ansia de ser premiadas, como el cumplimiento del deber lo que nos mueva ahora que suenan clarines de victoria, pero interpreto también el pensar de todas si admito desconocer aquello que se nos pide. Si hemos de callar, o estar

contentas; decirlo en casa, venir arriba, darlo por hecho, o esperar a nuevo aviso.

–Sí, sí –repiten todas–, el camino quedó un poco tuerto. ¿Qué debemos decir a partir de ahora?

El objetivo de aquella reunión, como el de otras similares que se celebran en todas las capitales de la España franquista, es precisamente lograr esa nebulosa, por extraño que parezca. Burgos quiere que se presienta la victoria y que a todas partes llegue la noticia de boca en boca, sin que el Gobierno haga por decirlo, pues no es cierta. Al menos, no lo es tal como se presenta. El plan radica en que los últimos frentes de resistencia sepan por calado que ya nada hará cambiar el destino de la guerra y así comunicar a sus aparatos de propaganda que en retaguardia ya se celebra, aunque en silencio, el triunfo de Franco y de los suyos.

–Yo me tomaré un copita con mis padres.

–¡Sin brindis, eh! –ataja la jefa.

–Bueno, con un chinchín bajito.

–¿Se puede escribir al frente?

–Sí, pero nada oficial, que conste.

El general teme que la Falange se crea más que nadie y frustré sus planes inmediatos. De ahí que Lolita tampoco tenga todas las respuestas en su mano, ni por asomo, las causas íntimas del adelanto.

–Se os dice lo que se os puede decir y lo que no, se calla. Nadie me ha prohibido que lo comentéis a los vuestros, pero claro, tampoco se os autoriza a que salgáis por las calles a vocearlo. Estamos como ayer, pero más contentos. ¡Por Dios, España y su Revolución Nacional sindicalista! –zanja de golpe aquella reunión que se estaba enredando como gato con madeja.

Puig-Alt de Ter

Batista observa desde su ventana la marcha de Juan. Como cada tarde, después de atender los comederos, el avicultor enviado por la UGT toma una bolsita con un bocado, saluda al *noi* Expósito e inicia la caminata. Refresca y piensa que hoy no se alejará demasiado.

El del colmillo torcido espera a que el *noi* se retire con el bandeo de su pata

de madera. Acto seguido penetra en el dormitorio de Juan, ordenado como celda de cartujo. Examina los tres libros que tiene en una repisa. Los abre y los hojea abanicándolos contra el suelo. Nada cae de ellos, ni nada especial le dicen sus títulos. Dos en catalán, poesía, y una vieja edición de Virgilio que tomó de Septimània. Los devuelve a su sitio. Ahora escudriña entre la escasa ropa del muchacho, la colgada en dos perchas y la que tiene apilada. Limpia, en ella no encuentra nada. Tampoco debajo del colchón ni entre las sábanas. ¿No? Sí. Al rehacer la cama, su mano tropieza con un tacto distinto, algo más consistente que el propio forro. Lo recorre y concluye que son papeles. El cabrón le hizo una pequeña entrada y por ella, dobladas, introduce un fajo de cuartillas, unas treinta. ¡Caíste, ya te tengo!, piensa Batista con gran gozo. Son las anotaciones de Juan después de cada salida. Toma una por el medio y la lee sentado en el camastro.

«Ruta 2. Día 13 de abril. Salgo de la estación y a unos trescientos metros cruza la carretera a Ogassa. El terreno asciende hacia el valle de Malatosca que viene de Serra Cavallera y va al Ter. Quinientos metros y una casa con dos perros, dos mastines. Uno de ellos ladra al acercarme. Ya lo hizo otras veces. El segundo solo me mira, pero al volver, ya anochecido, ladran los dos, sueltos como están dentro del cercado. Dudas. Más allá está el payés. Nos saludamos. Es la segunda vez que nos cruzamos. Parece amable, pero no tiene ganas de conversación. En la Ruta 2B se evita la casa, pero son doscientos metros más. En medio kilómetro está el cargador abandonado de Toralles y restos del ferrocarril minero. Terreno muy despejado hasta cuatro kilómetros más allá, que aparecen las minas de carbón de Ogassa. Subida leve, pero buen firme y pocas piedras...»

A Batista le parece haber leído lo suficiente. ¿A qué viene la Ruta 2B para evitar la casa? Este tipo quiere huir a Francia, está muy claro. Se va a llevar el chasco de su vida, el comemierda.

Se queda con la cuartilla leída y devuelve a su escondite las demás. Las extiende como estaban, alisa la colcha y se marcha.

Juan tiene un mal presentimiento cuando cruza el Malatosca. Ha sido la mirada de Batista durante la comida. Si nunca fueron buenas sus relaciones, ahora que recuerda aquellos ojos, su baraka le dice que está en peligro, aunque no sabe por qué ni por qué no.

Da la vuelta y se olvida de más observaciones. Puede regresar bastante antes si toma el camino empedrado y si corre un poco, ahora que ya puede. Así lo hace y en diez minutos está de nuevo en Cal Pellets. Entra directo en su cuarto y apalpa el cochón. ¡Están ahí! Nada ha pasado y sin embargo la cama no está perfecta, como él la ha dejado... Busca el dinero detrás del rodapié, lo coge y sale.

—¿Quién es Batista? ¿Por qué está aquí? No sabe de pollos, ni fue herido, ni nada justifica su presencia en la granja.

El *noi* Expósito lo escucha asombrado.

—Tú eres tonto, pichacorta. ¿No me jodas que todavía no te has enterado? Batista es el puto SIM, un antiguo matón y pistolero de primera hora, cinco curas tiene grabados en las cachas de su pistola, cinco maristas y dos civiles que metieron en la saca. Le ponen ojo, lo persiguen y como premio, a Cal Pellets que lo mandan.

—¿Y dónde está ahora?

—No sé. Lo he visto salir hacia el pueblo. Hay follón.

—¿Qué follón?

—Hicieron una emboscada en el Puigmal. Cuatro tipos que escapaban a Francia, no sé si nuestros, o fachas. Nuestros, supongo. Creo que van a poner soldados detrás de cada árbol.

—¿Pero todo eso ocurre en el tiempo que he estado fuera, en esta hora y pico?

—¡Qué va! ¡Ya fue por la mañana!

—¿Y cómo es que nadie me dice nada?

—¡Vaya con el señorito! —exclama el *noi* mientras se lleva la pata de palo de un lado a otro para buscarle acomodo—. ¡Aquí nadie dice nada! ¡Tienes que enterarte!

—Pero ¿y Batista?

—¡Cojones! Ya te digo, se fue a Puig. Habrá ido a informarse.

A informarse o a informar. La duda no es menguada. Andreu Bal i Pellicer acaba de volar al barrio de los calvos. Aquel disfraz ya no le vale. Debe huir de Batista, de los pollos y del Puigmal. La granja ya no sirve para fugarse, ni el nombre le protege contra nada. Colige lo que puede en un segundo y le habla al *noi* Expósito en busca de salida.

—Vas a tener que ayudarme, *noi*. A cambio te daré toda mi ropa.

–Ni lo sueñes. Aquí por nada te hacen el traje de madera y yo ya tengo la pata. Con ella me basta.

–No asumes ningún riesgo. Confía y deja que te lo cuente.

El *noi* tuerce los labios y escupe un salivazo en sesgado que cae cerca de Juan.

–Habla, pero no te prometo nada. Por la puta de mi madre que no me la juego, ni por Andreu, ni por el Papa.

–¿Tienes sueño?

–¿Estás grillado?

–Quiero que te acuestes y duermas la siesta.

–No acostumbro.

–¡Hoy sí, *collons!* –se altera Juan sin remediarlo–. Esperas acostado a que lleguen Batista y los que traiga. Seguro que con alguien viene, me juego las manos. Te despertará y te preguntará por mí. Tienes que decirle que nada oíste, que me dijiste adiós cuando salía al monte y fin del cuento. Él ya habrá ido a mi cuarto y allí verá la maleta y la ropa. Eso le habrá tranquilizado. Entonces pueden pasar dos cosas, o que se escondan para esperarme del paseo, o que salga en mi busca por el campo. Cualquiera de las dos me vale. Intentaré estar lejos para entonces. Cuando sea de noche y comprueben que no regreso, saldrán veloces a dar la alarma, pero espero que sea tarde. Por eso tengo que dejar la ropa, cógela tú y guárdala. Nadie va a reclamarla.

–Hosti, mucho sabes de tu futuro.

–Intento imaginarlo. Dame un abrazo, *noi*. Ha sido un placer conocerte.

–Bueno, pues hecho, joder; me acuesto. Que no te pillen, Andreu, y a ver si salimos de ésta. ¡Me dejas cojo otra vez, cagoenlahostia! ¡Para una vez que uno hace amigos!

Juan vigila el patio de la granja y aunque nadie ve en él, decide salir por la puerta trasera, bordeará Cal Nollers y tomará la carretera a Ripoll y allí, el primer tren que salga a Barcelona. Podría cogerlo en el ramal que llega a Puig-alt de Ter, pero con Batista suelto por allí, ni se lo plantea. Después de todo, el recorrido es de diez kilómetros y está entrenado como nunca para realizarlo a paso vivo. De hecho, sabe cómo acortar desde la masía de El Serradal y evitar el camino principal en el último tramo. De algo le sirve haberlo pateado los primeros días hacia Ripoll.

Tiene suerte. Apenas nadie lo ve hasta que llega casi dos horas después a la estación del ferrocarril.

Se dirige al vendedor en catalán y le pregunta con miedo a la respuesta:

–¿El próximo tren a Barcelona?

–Dentro de tres horas.

–¿Para en Vic?

–¡Claro! Cinco minutos. ¡No va a parar!

–Es que tengo unos familiares... y para saludarles...

–Lo que quiera. ¿Se lo doy?

–Sí, por favor, una persona.

–Son cuatro pesetas y veinte céntimos.

–Son del Consell Municipal de Girona.

–Como casi todas. Aquí tiene y buen viaje.

Sale de la estación y busca un árbol detrás del que pasar las tres horas. Lo hará tumbado, como durmiendo, pero un ojo lo tendrá puesto en la entrada, por si Batista aparece tras sus pasos. No lo cree. Lo hace de paseo por el monte. ¡Dios, qué ayuda! Ha sido una inspiración, un soplo divino, la baraka que me protege. Si no doy la vuelta, esta noche la paso en el calabozo y mañana... a saber. Con suerte, a un campo de trabajo.

Llega la hora y se acerca de nuevo a la estación. Lleva el billete en la mano, bien visible, por si hay controles, que le sirva de salvoconducto. Los hay, pero no le paran. Llega el tren y se apresura a subir. Mientras no arranca vigila por la ventanilla. Nadie aparece y la máquina tira de los vagones poco a poco.

El policía del tren ya ha pasado una vez y nada le dice. Será del SIM, de la CNT, o del Gobierno. Cualquiera sabe. Están las cosas como para andar con averiguaciones. Pero ahora vuelve por la espalda sin que lo vea y le interroga.

–¿A dónde vas, compañero?

Tiene que arriesgar. Si todo va bien, Batista aún estará esperando a que regrese de la caminata y no habrá tenido tiempo a lanzar ninguna alarma. Eso es lo más probable. Además, si se identifica como Juan Pujol, la edad le puede costar una mala jugada.

–A Barcelona.

–¿Vives allí?

–No, en Sant Joan de les Abadesses. Trabajo en la granja municipal para el

Ejército Popular.

–Querrás decir en Puig-alt de Ter.

–Sí, eso.

–¿Por qué viajas?

–Soy técnico avícola. Hay que cambiar unas piezas en las incubadoras.

–Documentación.

Juan/Andreu se la entrega y el policía se marcha con ella hacia la cola del tren. Él se queda sumido en los nervios y su cabeza de falsario comienza a elucubrar. Fue una suerte haber hablado con Ignasi sobre las mejoras que podrían introducirse en las incubadoras, aunque el Ayuntamiento las descarta porque no piensa invertir un duro en la granja. Todavía están lejos de Barcelona y si se tira del tren en marcha lo pararán. Puede herirse, o matarse, que para el caso es lo mismo, porque lo cogerán. Otra es esperar a Vic, si el policía no vuelve antes, y una vez allí, escapar como alma que lleva el diablo. Ésa tiene más opciones, porque en Vic se puede transformar en Juan Pujol y esperar. La tercera es cruzar los dedos y entregarse al destino.

El tren aminora su traqueteo. Están entrando en Vic. Es el momento de decidir, el huido se levanta y busca la ventanilla entre vagones. La abre y observa al fondo la estación. La luz de la tarde se despide y eso puede ayudarle a escabullirse. No hay mucha gente. Está decidido. Bajará con tranquilidad y luego correrá. ¿Y si lo paran? Seguro que hay milicianos, o guardias, o agentes, o soldados...

No hay opción a nada. Antes de detenerse por completo, el policía regresa por el pasillo. Trae en la mano el carné y parece tranquilo. Juan/Andreu se vuelve hacia él y le pregunta.

–¿Todo correcto, compañero?

–Todo, pero me tienes que contar un secreto, Andreu.

–¿Cuál?

–¿Cómo haces para estar tan joven?

–¡Ah! Pues no sé. La vida en el campo... con los pollos y todo eso.

Lugo

–Mamá, no es que se quede pequeña. Es que lo es. Lugo es un punto en el

mapa. En algunos ni siquiera viene y tú ya me conoces, que no paro quieta. Tengo que salir. Tengo que ver otras cosas. No te enfades, porque me pones triste, te veo triste y todos estáis tristes. Además, ni voy a dejar de quererte, ni a dejar de venir. ¿Cómo iba a ser de otra forma? Ahora se construye otra España y habrá nuevas oportunidades. ¿De qué? Pues ni idea, de lo que se surja. De lo que estoy segura es que en Lugo me iba a morir de aburrimiento. Tienes que entenderlo porque tú también fuiste muy valiente. Me iré tranquila porque Blanquita estará a tu lado y te cuidará. A ella no le llaman aventuras y lo entiendo. Ojalá yo fuese como ella y me quedase tranquila, aquí, a tu lado, en la galería, viendo pasar lucenses piripis y señoras con cestos de grelos en la cabeza. Pero no puedo. Algo me dice que me esperan ahí fuera. Una corazonada o lo que sea. Yo soy mucho de eso.

–Ya lo sé, que te he parido.

Barcelona

Barcelona es el peor lugar para estar, y mucho menos si pretende pasarse a los nacionales, única opción que se le presenta hoy como la menos mala, asqueado como está de la barbarie que ve a este lado de la contienda. Nada le garantiza que vaya a cambiar mucho la forma de superar su propio conflicto, y no intentarlo sería certificar plenamente su fracaso. Huir, siempre huir. Quizás otra vez de allí a Francia, quizás a América, quizá quedarse. Cualquier opción menos permanecer como colaborador en la hecatombe. Así, mientras se mueva, podrá decir que está y no está al mismo tiempo.

–Mi nombre es Juan Pujol García y quiero alistarme.

–Muchacho, tarde das el paso. Mañana se acaba el plazo de la amnistía que Negrín se sacó de la manga para los desertores.

–No he podido antes. He estado enfermo.

–Pues tienes un aspecto saludable.

–Me he recuperado a marchas forzadas para luchar por la República.

–Así me gusta. A fin de que lo logres, no vamos a ponerte inconvenientes.

–Quiero hacerlo cuanto antes.

–Calma, calma. ¿Sabes empuñar un arma? Necesitas adiestrarte. No queremos que te vuelen la cabeza el primer día.

–Algo sé de eso, de las armas y de morir nada más llegar al frente, pero si puedo empezar hoy, mucho mejor que mañana.

La oficina de reclutamiento está cerca de su cuartel de las Atarazanas, donde cinco años antes hace el servicio militar de cuota en el 7.º Regimiento de Artillería Ligera y donde se licencia como alférez, pero teme hacer mención a su pasado militar. Buscarían la ficha y lo verían desertor. Miente y el trámite se convierte en el más fácil de todos los emprendidos. Está eufórico y así lo aparenta. Fuerte y listo para el combate. Cuanto antes, le dice al cabo, y se ríe por dentro. Listo para el combate. Ja, ja. Si todo el Ejército Popular fuese como él, en dos horas se acaba la guerra, pero con la rendición incondicional de armas. El hecho de haberse alistado con mentiras es suficiente para su contento. Se siente indestructible. Dueño de un mundo sin control que él maneja a su gusto, aunque solo sea para creerse Tom Mix en el rodaje de una peli de vaqueros. Solo contra el mundo y ganando. Bueno, no perdiendo.

Lugo

–Cada día me convengo más de que estás como un cencerro. Así que te vas, ahora, en plena guerra, ¿a dónde?

–Cachita, no exageres. La guerra casi está acabada y no me voy a la Conchinchina, sino aquí al lado, no sé, a Burgos sería lo mejor.

–¡Ave María Purísima! ¡Lo mejor, dice! ¡A Burgos, que está lleno de soldados!

–Y de oportunidades. Seguro que allí se cuece todo lo que va a venir.

–¡Claro! Y están esperando a que llegues tú para repartir los ministerios.

–¿Sabes lo que te digo? Que eres una pesada. Aún no sé qué hacer de mi vida y ya me estás regañando.

–Yo es por abrirte los ojos, que si te vas de verdad, te daré un beso y allá santas pascuas, que te salga todo bien y que sigas siendo mi amiga.

–Perdona lo que te dije. No eres pesada. Solo un poquito.

Les Borges Blanques

La incorporación es como Juan quiere, inmediata. Marcha con un pequeño

grupo a instruirse en Borjas Blancas, Les Borges Blanques leridana que caerá poco tiempo después bajo el control del ejército a donde él quiere escapar. Son heridos que se han restablecido, dos oficiales, tres reclusos que cambian pena por fusiles, un polaco voluntario que nada sabe de las Brigadas y siete como él, rezagados, prófugos arrepentidos o chavales que frisan los dieciocho, tirando alto, aquellos que en uno y otro bando llamarán la quinta del biberón; algunos apagados, otros entusiastas.

En el camión que los traslada, Juan hace por sentarse con el recluta más mustio. A su lado, él es un adulto bruñido e intenta subirle la moral alicaída.

—¿De dónde eres?

—De El Masnou.

—¿Sabes? Esto se acaba. Tarde más o tarde menos, se acaba.

—No son mis cuentas.

—Muchacho, ¿por qué dices eso?

—Porque vamos a ganar y cada día hay más tareas que atender.

Pujol está chafado. Se metió a abogado de pleitos pobres y casi le escuece. Ahí termina su intento de consuelo de aquél que ni su nombre sabe. Cierra los ojos para sumirse en el sopor del traqueteo y espera que le anuncien la llegada a Les Borges Blanques, la nueva etapa de su viaje a donde sea.

La instrucción es muy somera. Esto no es una academia, les dice a primera hora un teniente con cachimba. ¿Tenéis novia? Pues os ha dejado. Ahora salís con ésta. Se llama Mosin-Nagant y quiero que la pongáis bien caliente cuando os lo manden y que no me entere yo de que pasa hambre, de que la tiráis, os la olvidáis, o andáis con otras. Para empezar, vamos a desmontarla y tocarle por dentro todos los botones. Ya tienen todos su Mosin-Nagant entre las manos. Lo miran. Se ríen y a uno se le cae al suelo. Primera lección. A la novia hay que tratarla con cariño y la tuya, animal, se ha podido romper un brazo. Al calabozo a recordarlo. Tienes veinticuatro horas por delante. Cabo, acompaña a este pollo a la trena.

No hay muchas novedades, por no decir ninguna, desde su paso por Atarazanas. Bueno, una muy señalada, que aquí no le obligan a montar caballos, de los que guarda el peor de los recuerdos, pues tan destrozado le dejaron el trasero, que debía aplacar las irritaciones con emplastes de sal y vinagre. A saber qué es peor, si las rozaduras por sí solas, o el dolor que

causan los ingredientes del Calvario.

Aquí permanecerá tan solo dos semanas, o para ser rigurosos, trece días.

Lugo

Araceli acude al Méndez Núñez para atender una llamada urgente de Cachita.

—¿Qué pasa?

—Nada grave, quiero darte una cosa antes de la despedida.

—¡Pero si no tengo ni fecha! ¡A saber si arranco algún día!

—Seguro que lo harás. No eres de las que se rinden fácilmente.

—Bueno, pues tú me cuentas.

—Te he escrito una semblanza, un pequeño texto que quiero entregarte para que lo lleves contigo a donde vayas y me recuerdes.

A Araceli se le ruborizan levemente los pómulos. No esperaba el homenaje de su amiga y la abraza como remedio para que no se le note la turbación.

—Tú sí que eres de lo que no hay.

—Me gustaría que la leyese en alto, aquí, conmigo.

—¡Claro! Déjame que me reponga del susto y la leo.

Cachita le entrega tres holandesas escritas a máquina y las dos se sientan muy ceremoniosas cerca de una ventana que da a la calle de la Reina.

—Espero que no me hagas llorar.

—Yo espero que sí.

La lectura avanza sobre párrafos introductorios, para alcanzar luego el verdadero objetivo de la pieza.

—... Esta niña Araceli es mi mejor amiga. Su padre, aristócrata de antigua familia gallega, nació en el pazo de los Quiroga, en el antiguo puerto de Mugardos, enclavado en la ría ferrolana. Su madre, una de las mujeres más bellas que conozco, pertenece a una familia de labradores, caso muy corriente en las familias gallegas, donde la belleza triunfaba sobre las conveniencias sociales. Muchas novelas tratan de un señor que se enamora de la bella campesina. Araceli, con este motivo, tiene una personalidad muy acusada. La generosidad y la prodigalidad de los grandes señores; su padre, el clásico padre de la generación del 98, atildado, serio, con la barbita canosa y paradójicamente enciclopedista y religioso. Su madre, con reclinatorio en la

alcoba llena de estampas religiosas, y su casa en una calle estrecha, donde parece que el vecino vive con nosotros. Aquellas salas rígidas, de bargueños y terciopelos. Las lozas de Sargadelos adornan los alzaderos de la cocina, donde el fogón de hierro sirve para hacer la comida y calentar las planchas. Así la ropa de nuestras camisas huele un poquito a caldo gallego. El comedor de la casa de Araceli es amplio y comunica con otra galería desde donde se ven las torres de la catedral.

»Contra el ambiente, la alegría de Araceli, alegría profunda, exultante; los dientes, perfectos y brillantes, siempre se están luciendo. Su risa hace enmudecer a las campanas y las deficiencias de la guerra chocan contra su juventud y caen vencidas. Cuando sale, a las siete de la tarde, hace una visita a la catedral y luego, a pasear por la calle de la Reina, y a las diez, a casa, que cualquiera se atreve a llegar a las diez y media. [...]

»La amistad tiene en ti verdadero culto. No creo que pueda encontrarse nunca una amiga más fiel, ni más leal, pero lo más bonito que posees es tu alegría. Una persona alegre hace la felicidad de todas las que la rodean. [...]

»Aquí me tienes, Araceli, me has dado la forma más fácil de demostrarte mi cariño. Un abrazo muy fuerte de Cachita.

–¡Qué bonito! Te lo agradezco en el alma.

–¡No lloraste!

–Pues no, pero me ha emocionado. Quién sabe si las lágrimas salen cuando me encuentre lejos y todo lo que aquí me dices sea causa de *morriña*.

–¿*Morriñenta*, tú? No te imagino triste ni cuando estés en esos sitios tan castellanos como son a los que quieres ir.

La Fatarella

Los oficiales lo señalan como el mejor de la tanda y lo mandan a Montblanc, y de ahí, a La Fatarella, las últimas estribaciones del frente del Ebro. ¿Quién sabe de albañil? ¿Hay electricistas? Los recién llegados se distribuyen en oficios y allí cada vez quedan menos sin destino. Si no espabilo, me señalan como carne de cañón, que es lo último a lo que aspiro. A la próxima pregunta levanto la mano. ¿Hay alguno que tenga idea de señales, banderas, transmisiones, radio, telegrafía...? Es una oportunidad para alejarse del

mosquetón. No la tiene, claro, pero algo sabe de máquinas y tan subido está que no le teme ni a Satán con cuernos.

–Yo, mi teniente.

–Muy bien, pues a Señales y Transmisiones.

Pero la chiripa se le apaga. Ya en el frente, el sargento de la sección lo descubre al primer roce. ¿Pero tú que hostias sabes, si no sabes nada? Ni Morse, ni banderas. ¿Las haces con los dedos? Perdón, creí que estaba a mi alcance, que era cuestión de aprenderse cuatro cosas. Creiqué y Pensequé con amigos del Burreque. Cuatro cosas y más vas a aprender, pues si hay que aguantarte, tenderás cables hasta que te salgan las ondas por los pelos. Y cuidado con las balas, que a los de enfrente les encanta el tiro al coco.

La suerte no ha sido tan esquiva como supone en un principio. Llevar los cables hasta las trincheras es el camino más corto para estar cerca de la frontera, el terreno de nadie que separa las dos Españas, los metros que le faltan para culminar su fuga, o lo que aquello sea. Y pronto lo conoce. El terreno que domina el Estado Mayor del V, XII y XV Cuerpo del Ejército Republicano abarca más de veinte kilómetros. Su comandante en jefe es José Modesto Guilloto, con grado de teniente coronel y mano en cachava, pero a quien en el otro bando gustan de llamar miliciano chusquero, para que se vea que su jefe es un comunista y nada más, un militar de cuchara con méritos ganados en la política y pocos en la estrategia. Se equivocan. Modesto tiene tanta guerra a sus espaldas que ve los mapas y sabe qué hacer varias semanas por delante. Lo ha puesto allí el general Vicente Rojo, que tiene en el apellido otro entorchado.

El frente consta de un entramado de trincheras, refugios, nidos de ametralladoras, búnkers de cemento y fortificaciones que se alternan con hornos y molinos anteriores, algunos de los cuales sirven de lo mismo después de practicarles leves modificaciones. Los hay de todas clases, parapetos de sacos terreros, de piedras o excavados aprovechando las formas naturales. Aquí se juega la guerra, piensa Juan al ver el despliegue concentrado. En cuanto a los soldados, son catalanes y miembros de las Brigadas Internacionales en su mayoría. La Lincoln y la columna Durruti dándose la mano con el XV Cuerpo del Ejército, donde se integra Pujol; la 13.^a Compañía, también llamada Brigada Mixta, pues en ella confluyen tipos raros,

prisioneros o miembros de la quinta del monte, la de rezagados, remisos o directamente, prófugos.

Cuando llega al borde del río Matarraña, analiza el terreno palmo a palmo. Si al final se decide, sabe que éste y ningún otro será el camino del no retorno. Poco más de quinientos metros, trescientos a lo sumo donde el río curva hacia él. En medio, la vaguada, el descenso y la subida. Pero no debe precipitarse. Hará como siempre hizo, un rastreo minucioso de todos los lugares. Ignoran sus jefes que acaban de darle el mejor destino que allí existe. Ni él se habría dado otro. Andar de trinchera en trinchera, recorrer todos los puestos, tender y revisar cables a su gusto. No hay otro soldado con más libertad de movimientos que él. Se lo ponen fácil. Ésa es la idea que crece en su pensamiento a medida que recorre los caminos, que se fija en cada vuelta, en cada pino y en cada depresión del terreno; sin perder de vista a las fuerzas que hay enfrente, a los cruces, a los escarpados y a lo mucho y poco que arriesga en cada tramo. También se felicita por el entrenamiento de Sant Joan de les Abadesses. Sin él, estos recorridos lo habrían tumbado, pero está preparado a fondo, como si desde un principio hubiese diseñado cada paso. Es invencible y puede demostrarlo.

Lugo

—¿Cuándo te vas?

—Mañana. Salgo en el tren descendente de la noche y espero volver en tres días.

—¿Vas a estar muy ocupado?

—Supongo que sí. Siempre sabes cuándo entras, pero nunca cuándo te vas.

Araceli y Ramón hablan desde la amistad, pero también desde la distancia. Siempre fue así, aunque no es lo habitual, ni ellos mismos lo hacen con otras relaciones. Sin embargo, aquella tarde Araceli se muestra distinta, más cautelosa, más seria y menos parlanchina que de costumbre, lo que por fuerza no puede pasar desapercibido.

—¿Qué te ocurre? Algo tramas. Y no me digas que nada, porque salta a la vista.

—Sí, ya lo imagino.

–Pues suéltalo.

–Tú, en Burgos, no descubro nada, conoces a mucha gente.

–¿Te refieres a gente del Gobierno?

–Sí, a todos los que se mueven por allí.

Araceli baja los ojos para quitarle importancia a lo dicho.

–Claro. Con unos despacho y con otros incluso tengo trato en actos y reuniones.

–Te lo digo porque quería pedirte un favor. Un favor muy grande que no sé si te va a gustar.

–La única manera de averiguarlo es que yo lo conozca.

–Sí, sí; a ello voy. Estoy pensando, bueno, he decidido salir de Lugo. Liar los bártulos, dejar esto y hacer mi vida en otra parte.

–Lo suponía.

–¿Lo suponías? ¿Qué es eso de que lo suponías?

La actitud prudente y comedida de la mujer parece dar paso a otra, más descarada y sin teatro.

–Tú, con tu forma de ser, tu desparpajo, tus ganas de vivir, no sé, me daba en la nariz que un día más pronto que tarde acabarías por marchar.

–¡Vaya! ¡Pues nada me comentaste!

–¿Y por qué iba a hacerlo? A fin de cuentas, tenía que ser algo que saliese de ti. Y además, la mía podría ser una impresión equivocada.

–Ya ves, no lo era. Se nota que me conoces muy bien.

–¿Y el favor?

–Doy en pensar, si te parece oportuno, si nada ves que lo impida, si no te causa molestias, que en Burgos necesitan gente..., y si le hablastes a alguien de mí..., a Raimundo, por ejemplo. Sois algo más que camaradas. Seguro que se están creando muchos organismos, que les hacen falta cinco pesetas para el duro, que contratan personas para muchas cosas, gente de confianza y de fidelidad contrastada. Y ahí estoy yo, ¿qué te parece?

–¿Qué me va a parecer? Que bien, que lo entiendo y que haré lo que pueda, pierde cuidado.

–¿No te enfadas ni un poco?

–¿Enfadarme? Ya he dicho que lo esperaba. A lo mejor eres tú la que no quiere irse.

—¡Eso sí que no! Quiero volar un poco, por lo menos hasta la capital.

La Fatarella

Desde que llegaron, hace cinco días, en los anocheceres Juan se junta con Pedro Pascual y Ramón Cortina, los tres pertenecientes a la 13.^a compañía del 51.^o batallón, la brigada mixta. Los ha elegido él o su baraka; ni Juan sería capaz de responderlo, pero de los miles que viven y mueren en las trincheras achocolatadas de La Fatarella, ellos van a ser también, como él, almas en pena en busca de cobijo.

—Hoy hubo escarmiento —le dice Ramón—. ¿Te has enterado?

—De nada, salí de mañana hacia las últimas posiciones y acabo de volver.

—Ni yo —confirma también Pedro—. ¿Qué ha sido?

—Hirieron al barbero que desertaba, lo traen al Estado Mayor y después de una hora ahí dentro le dan matarile. Lo han dejado a la intemperie para que se pudra a nuestra vista.

—¿Fusilado?

—Ya te digo, delante de todos..., de todos los que estábamos. Pobrecillo. Ni siquiera se sostenía, herido como estaba de una pierna. Cuando acaban, el sargento dice que lo mismo nos espera a quienes lo intentemos.

Juan se estremece. Con aquello no contaba. Vuelven los malos presagios, como cuando en el Puigmal le cortan el plan, pero Pedro lo va a sorprender mucho más.

—Estamos en las últimas. Esto es insostenible. Ni siquiera nos atacan. Están esperando a que agotemos suministros y luego vendrán a recoger los cadáveres. Hay que largarse. ¿Tú qué opinas, Juan?

—¿Vosotros ya lo habéis hablado? Ya estáis de acuerdo en verlo así.

—Sí, más o menos, no se necesita darle muchas vueltas.

A Juan le escama tanta sinceridad. No tiene ningún sentido que traten de provocar su fidelidad a la República. Los ha conocido durante estos días y nada le indica que sean infiltrados del SIM, ni que ejerzan oficio parecido. Son gente como él, con dudas, e incluso, de la misma quinta del monte, enganchados a última hora. Aun así, debe pisar con tiento, de modo que suelta carrete.

–Yo creo que la guerra todavía no está decidida.

–Pues eso quiere decir que estás muy mal informado. Solo les queda por conquistar esta parte del Ebro y el eje Madrid-Valencia-Granada. Y cuando caiga el Ebro, caerá toda Cataluña. Todo dentro de este año, lo verás. El fusilamiento de hoy lo dice a gritos, aumentan las deserciones y ya no hay ni una pizca de fe en la victoria. Tengo familia al otro lado y me cuentan que por allí han comenzado las celebraciones. Quedarse aquí es sentarse a la espera del fracaso. O te pegan un tiro en la ofensiva, o con suerte serás durante años su prisionero. La solución está en cruzar el río.

–En eso estamos ambos.

Juan se rinde.

–La verdad es que yo también lo pensé.

–¿Y por qué no lo dices? ¿Tenías miedo de que te provocásemos? ¿De que fuese una trampa?

–Sí.

–¡Qué optimismo! Ya no hacen esas cosas, no tienen con quién. Ésos fueron los primeros en escaparse, los comisarios.

–Antes de venir aquí tuve un encuentro con uno de ellos. Me salvé por los pelos –dice Juan refiriéndose a Batista.

–En este mes ha cambiado todo. Para mí las tengo que fuimos moneda de trueque con Hitler en Alemania. Le han dado un sí a Hitler y un no a la República española.

–Eso es muy grave –sentencia Juan.

–Y tanto. Franco se hizo con apoyos exteriores muy importantes, y no digo de Hitler, sino de los otros. Ya veréis cuánto tardan en marcharse las Brigadas Internacionales.

Juan acaricia el cacillo de aluminio donde conserva un dedo de aguachirle a base de achicoria, le da un sorbo y replica:

–No son mis noticias. Preparamos un gran ataque con barcas y pontones. Se quiere establecer una cabeza de puente más allá del río y envolver a Yagüe entre dos frentes. Ya han empezado a remontar el Ebro desde Tortosa. Lo veo todos los días.

–Es igual, más a nuestro favor. Esa operación es un suicidio. Nos mandarán en avalancha y habrá muertos a miles. Muertos para nada –resume Ramón.

–Te voy a decir algo que quizá te ayude –interviene ahora Pedro, tras encender un pitillo que ha liado con colillas–. Yo ya combatí al otro lado. Fui del Batallón Palma 28. Defendimos Villalba dels Arcs, allá abajo, y me hicieron prisionero. A última hora me alistaron. Llevo aquí cinco días, como tú.

–Ése ya es otro cantar.

–¿Todavía con recelos?

–No son en vano las sospechas. Aprecio estas ropas y en modo alguno me gustaría que las agujereasen llevándolas yo puestas.

–Eso es razonable, pero puedes confiar. Si algo les ocurre a tus telas, a las

nuestras también les pasa.

–Las traspasa.

Y ríen como si hablasen sentados en una terraza. Aunque ya es octubre, hace calor. El sol ya se ha apagado, pero ahora es la tierra arenosa recalentada de donde les viene un husmo seco y asfixiante.

–Mañana estoy de centinela –dice Pedro con voz tentadora.

–¿Mañana? ¿Tan pronto? –rechaza Juan dando por sentado que la información no es inocente y que al decirla está señalando el momento de la fuga.

–No hay motivo para retrasarla. Nada sabemos si al día siguiente podríamos hacerlo sin Pedro en un puesto de centinela, si avanzaremos de bayoneta, o si nos bombardearán al alba. Mañana tenemos una baza a favor, Pedro Pascual. Después, ni eso. No es cosa de echarlo a caras o culos.

–Lo dije porque estoy estudiando el terreno y no he decidido todavía el mejor lugar, aunque...

–Aunque nada. El puesto que ocupe Pedro será el bueno. ¿Estás con nosotros?

Faltan minutos para el toque de retreta. Juan decide su futuro. Mejor dicho, ya lo ha pensado antes. Estos compañeros le ofrecen una puerta de salida mayor que las tuyas. Si le cuesta decirlo es porque sabe lo mucho que se juega, pero vino a eso y no a pegar tiros. No será su propio jefe como acostumbra, pero irá, no cabe duda.

–¿Qué habéis pensado?

–Tú y yo saldremos de la compañía a las siete hacia el puesto de Pedro. Cuando lo hayamos superado y a su señal, corremos. El resto será responsabilidad de cada uno.

–No es un plan sofisticado.

–No, es el que tenemos.

Burgos

La Casa Consistorial, el símbolo del poder ciudadano, lleva un año al servicio de la España sublevada. La ocupan dos ministerios que se concentran en la misma persona, Raimundo Fernández-Cuesta y Merelo, envidia de algunos por

tanto poder, admiración de otros por tenerlo a su lado. Es ministro secretario general del Movimiento, es decir, jefe de la Falange, y ministro de Agricultura de España, que ése es su título exacto para reforzar el ámbito de sus competencias sobre agricultura, efectivamente, montes, pesca fluvial, ganadería y reforma económica y social de la tierra, algo todavía tan ampuloso como irreal.

Acaba el despacho con los representantes de Zamora, León, Oviedo y Lugo, que rinden cuentas y esperan novedades. El optimismo sobre la marcha de las operaciones militares se entremezcla con el rigor sobre lo que significa la implantación de la Nueva España, un aspecto que ninguno de los jefes provinciales ignora o descuida.

–Ha sido un placer despachar con ustedes. Pueden retirarse.

Los cuatro convocados se levantan para abandonar el salón de plenos, pero antes de que el doble ministro se introduzca en el despacho de la alcaldía, que es el suyo, Ferreiro se vuelve y lo detiene.

–Ministro, ¿me concedes dos minutos?

–¡Y tres, Ramón! ¡Y tres!

Los dos hombres entran en la alcaldía con palmaditas del ministro sobre el hombro del lucense.

–Tú dirás.

–Tengo un compromiso.

–¿Uno? Yo tengo mil. No te ofendas, Ramón. Son épocas en las que todos estamos comprometidos con el mismo objetivo y por eso no me extraña lo que me dices. ¿Qué puedo hacer por ti? Siéntate.

La conversación continúa en torno a la mesa, después de que el ministro aproveche la confianza para estirar los brazos en el aire y hacer chasquidos con los dedos.

–Es una mujer, una camarada falangista, joven y de gran valía. Quiere seguir colaborando con nosotros, pero hacerlo desde fuera de Lugo. Es decir, subir escalafones y ver mundo. Algo muy natural, por otra parte.

–Y tanto. Lo entiendo sin que abundes en detalles, pero ¿qué sabe hacer?

–Es una muchacha culta, espabilada como pocas de su edad y de muy buena familia, con títulos nobiliarios e incluso un entronque con la rama Andrade del Caudillo.

–¡No me digas!

–Eso defiende uno de sus parientes, que es experto genealogista.

–¡Qué barbaridad!

–Ella ha sido enfermera voluntaria en el hospital de Lugo y colaboró con Falange en todo lo que se le pidió...

–Háblame claro, Ramón. Tú, ¿dónde la ves? Se puede hacer de todo, pero antes hay que saber qué hacer.

–Tienes toda la razón, ministro. Araceli, que así se llama la mujer, encajaría en cualquier organismo donde tuviese relación con la gente. Tiene una presencia magnífica y siempre dejaría en buen lugar a quien representase.

–¿Ves como nos entendemos? Acabas de darme una solución que me viene como capa en enero.

Fernández-Cuesta da un timbrazo sobre la mesa y al instante abre la puerta del despacho su secretario, que solicita permiso para entrar.

–Olmedilla, póngame con don Antonio Goicoechea. Ya sabe, el gobernador del Banco de España.

Y Olmedilla, sin más indicaciones, consulta el listín con el que ha entrado y se dirige al teléfono que el ministro tiene en la mesita auxiliar.

–Ya verás, Ramón. Vas a salir de aquí con el compromiso resuelto.

–Póngame con el señor Goicoechea Cosculluela. De parte del excelentísimo señor don Raimundo Fernández-Cuesta, ministro secretario general del Movimiento y de Agricultura.

Ramón Ferreiro asiste a la llamada maravillado por la prontitud con la que suceden los acontecimientos.

–¿Señor Goicoechea? Le paso con el excelentísimo señor don Raimundo Fernández-Cuesta, ministro secretario general del Movimiento y de Agricultura. –Y tapando el auricular–: Don Raimundo, el señor Goicoechea al aparato.

–Gracias, Olmedilla. Puede retirarse.

El ministro espera a que su colaborador abandone el despacho antes de hablar.

–¡Antonio! ¿Cómo van nuestras maltrechas arcas?... ¿Ah, sí?... Estupendo... Lo que tú no consigas es que no existe... ¿Y los italianos?... Bueno, eso tiene arreglo... Deberíamos vernos fuera de despachos y me cuentas... Tú pones el

día... Tú, tú. No me perdonaría alterar la agenda del Banco de España, que sería tanto como alterar el bolsillo de todos nosotros... Ja, ja, ja. Sí, sí, muy agudo..., como siempre, muy agudo. Bueno, te llamo para otra cosa. Está conmigo en el despacho nuestro buen amigo Ramón Ferreiro... Sí, sí, de Lugo, ¿cómo lo sabes?... ¡Ah, claro! Es verdad. No lo tenía presente. Pues eso, mucho mejor, porque me plantea el caso de una mujer de allí, una muchacha muy nuestra, muy válida y de muy buena presencia, que quiere venir a Burgos a trabajar, a colaborar, y el caso es que en el Palacio de la Isla te escuché decir el otro día que necesitabas algo así como renovar la imagen del banco, que todos tus colaboradores eran señorones mayores que tú. ¿Me equivoco?... ¿Ves? Pues ahí la tienes. Juventud, empuje... y belleza. Le sumas el dinero y haces pleno... Naturalmente... Pero así, sin más. Date cuenta que tiene que venir de Lugo... Eso es verdad... Sí, sí, pero invita Ramón, que es quien pone la mano sobre el fuego... Dice con la cabeza que sí... ¿El nombre? Un momento, que lo pregunto.

–Araceli González Carballo.

–¿Tomas nota? Araceli... González... Carballo... Eso es... Entonces, este jueves no, el siguiente, ¿de acuerdo?... Magnífico, Antonio. Te lo agradezco... No, no, a ti... Lo dicho. Te llamo para cenar y comentamos... Un abrazo... Adiós... adiós.

El ministro cuelga muy satisfecho y vuelve a chascar los dedos en señal de triunfo.

–Ya está. Lo que te decía, este Goicoechea es bárbaro. Merecía ser falangista.

–¿Qué dijo?

–Bueno, ya oíste. Todo resuelto. Dentro de dos semanas, el jueves... 23, tiene que presentarse a él en el Banco de España y listo. Ya verá lo que hace con ella, pero asegura que no tendrá que regresar a Lugo... si son buenos tus informes... y los míos.

–Eso quiere decir...

–Efectivamente, que algo se investigará. Eso no significa que dude de tu palabra, Ramón; pero comprenderás que el ministro secretario no puede ir recomendando a gente que nos pueda salir rana. O mejor dicho, que ya lo sea.

A Ramón no le hace ni pizca de gracia lo que acaba de escuchar a

Raimundo, pero se calla. Nada puede oponer para impedirlo y cualquier inconveniente que expusiese solo serviría para desfavorecer a Araceli y a él mismo.

–Por cierto, no me acordaba, pero resulta que Goicoechea se presentó dos veces a las elecciones por Lugo. Obsérvese la coincidencia. Me lo acaba de refrescar. En 1907 y en el diez. Fue por el Partido Liberal-Conservador, el de Maura. Bueno, y el de Cánovas y Silvela, ¿lo sabías?

–Si lo supe, no lo tenía presente.

–Pues ya ves. ¡Qué cosas! Lo que sí sabrás es de su monarquismo y lo de Renovación Española.

–Sí, claro; pero ya no hay nada de eso.

–Nada. Advierteselo a tu recomendada para que lo saque a colación y no meta la pata. A ti también te conoce Goicoechea. Al menos de nombre. El mundo pasa por Lugo, sin duda.

–Es una provincia de mucho tronío.

–Ahora que lo dices, ¿tu recomendada cose?

Ferreiro se sorprende con la pregunta y quiere confirmarla.

–¿Si hace costura?

–Eso digo. Si cose, si sabe de patrones, si está habituada al corte, a la cinta métrica, a todas esas cosas de los paños y las telas. Dijiste que era culta y de buena familia, si a eso unimos lo segundo, me puede echar una mano en un embolado que me pasaron Gómez-Jordana y Serrano, los muy pillos.

–Por lo poco que sé, le gusta. Se hace casi toda la ropa y va siempre elegantísima, pero claro, ministro, de ahí a que os sirva...

–Vale, vale; es suficiente. Vamos a hacer una cosa. Le adelantamos la llegada a Burgos un día y que venga a verme. Si puede ayudarme ya tiene entretenimiento y se gana unas pesetillas.

–El miércoles 22, entonces.

–Eso, a media mañana.

–Se lo diré. Y...

–Ya, ya. Que te mueres de curiosidad por saber para qué la quiero. No es ningún secreto. Bueno, sí lo es en parte, pero tú puedes saberlo. Entre el vicepresidente Jordana y Serrano andan a vueltas con un decreto que Franco les ha pedido sobre el uniforme de los ministros. Ya está todo decidido e

incluso tenemos los patrones. Mira –dice Fernández Cuesta sacando de un cajón una gruesa carpeta–, aquí están los dibujos, las medidas y hasta el color de los botones. Todo de acuerdo con las indicaciones del Caudillo, pero, claro, ni ellos ni yo somos capaces de plasmarlo negro sobre blanco, con un lenguaje que entiendan los modistos y al mismo tiempo que sea oficialista, sin errores ni tonterías. Serrano le pasa el muerto a Jordana y Jordana a mí. Repara en el disparate. Aquí nadie sabe de eso y a mí, la verdad, me da vergüenza decírselo a Pilar, que sin duda lo solucionaría. En fin, vergüenza y cierto temor a que el asunto vuelva a tu tocayo Serrano sin solucionar. Pensará que este Raimundo es un tocapelotas y que los uniformes han pasado por todos los departamentos de mano en mano. ¿Lo entiendes, verdad?

–Lo entiendo y me hace gracia. Ministro, estoy seguro de que Araceli te saca del embrollo. Será una manera de pagarte el favor que acabas de hacerle.

–Sí, sí. Por eso, por eso lo decía. Estoy deseando ver la cara del conde de Jordana cuando se lo devuelva bien cumplimentado.

–Me atrevo a sugerirte, ministro, que me dejes llevar la carpeta y el miércoles ella te la devuelve con el encargo realizado.

–¿Tú crees? ¡Eso sería magnífico! Dentro están todos los requisitos que debe reflejar la orden. La verdad es que yo no podría añadirle nada más en la entrevista y así ganamos tiempo.

–Pues no lo pienses más y dámela.

–¿Y si la investigación es..., digamos, inconveniente?

–Imposible. Confía en mí.

–De acuerdo. Ahí tienes el fardo de los figurines.

El Matarraña

Al otro lado de la Fatarella se despliega la 50.^a División del coronel Campos Guerreta, y en posiciones que enfocan hacia Fayón, las divisiones de Delgado Serrano, Castejón y Rada. Más al norte, el cuerpo del ejército marroquí a las órdenes de Yagüe, que también es el superior de todos ellos. A los marroquíes los desplazarán en busca de los puntos de mayor contacto. Al sur, la 74.^a División del coronel Arias, ya dependiente del general García Valiño. La zona donde Pedro estará de centinela se encuentra entre Fayón y La Pobra de

Massaluca, la más norteña, con Nonaspe haciendo triángulo en la parte nacional.

Aquella mañana Juan Pujol da una vuelta de tuerca a sus dotes para el disimulo y desde un altillo lanza una perorata a los nacionales. En los días anteriores comprueba que otros, por su cuenta y riesgo, ejercen de oradores con soflamas, insultos, burlas o discursos encendidos. Ellos también gritan sus consignas, o les toman el pelo sobre las lentejas, que saben son su principal alimento. Juan se compara con los españoles de la Independencia.

—¡Somos los mismos que luchamos contra el invasor francés! ¡Vosotros, aunque seáis también españoles, lucháis en contra de vuestros jefes legítimos! ¡Viva la República española!

El descaro de Juan es inmenso. Ramón, que lo oye, no sabe qué pensar, si ha hecho planes de desertión con un genio, o con un loco. Opta por lo primero, al ver que algunos mandos lo felicitan. Quién lo podría decir. Arengar por la mañana y desertar por la tarde. Si de ésta sale con vida va a tener mucho que contar.

También escribe varias cartas. En una le deja dinero a su madre, pero no se la dirige a la calle Provenza, donde reside, para evitarle problemas. En realidad, más que una carta, es un testamento, una despedida, un me voy y quizá no vuelva.

También revisa algunos tramos del cableado. Un poco por subterfugio, un mucho por no estar quieto, que los nervios te atrapan y juegan malas pasadas. Hoy sí ha habido comida y no sólo achicoria como ayer. Bueno es para las fuerzas, si se doblan las piernas o no ves un burro a tres pasos, de la gazuza que te nubla las entendederas.

Por fin llega la hora. Ramón está sobre el camastro, se cruzan una mirada y cada uno sale desde donde está. No llevan armas ni nada que les estorbe en su carrera. No les servirían para mucho, pues no van a pararse para repeler los disparos, si los hay, y solo doblarían las dificultades. Estúpido planteárselo. Pedro, sí. Dejará el chopo, pero llevará tres bombas de mano. En última instancia se ve más a gusto con ellas y no han querido reprochárselo.

Avanzan despacio, como charlando. Juan se ha hecho con una retama y la deshoja con descuido. Ramón lleva las manos vacías. Se ha prometido no volver la vista atrás así oiga silbar las balas, cantar las piedras, crujir las

ramas.

Llegan al lugar y Pedro les vigila. Ya tiene el Mosin-Nagant apoyado en el parapeto, pero de forma que quien lo vea dude si lo agarra o dónde lo esconde.

Lo sobrepasan, se detienen. Las pulsaciones se aceleran. Pedro otea alrededor y da la orden con un golpe de cabeza. Los tres se lanzan pendiente abajo. Es más probable que ya lo sepan los de enfrente antes que los suyos. Bueno, los que hasta ahora lo eran. No hay disparos y el río se hace cada vez más grande.

—¡Alto!

El centinela del puesto más cercano les conmina, pero la suerte está echada cuesta abajo. La oscuridad es mayor de la prevista y ése es un factor de doble significado. Bueno, porque ayuda a no ser vistos, malo porque apenas ven por dónde avanzan. Cada uno hizo el camino por su cuenta. Él llega al Matarraña, cae, se levanta y alcanza la orilla. De nuevo a correr a la desesperada, pero lo reciben nuevos disparos. No puede ser. Ha dado la vuelta y regresa por sus pasos ya andados. Quienes le disparan es la patrulla que salta detrás de los huidos. De nuevo vuela hacia abajo. Se maldice y maldice su torpeza. Ya está otra vez cerca de la corriente, chapotea, está exhausto, mira hacia atrás y no ve a nadie. Allí hay unos cañaverales, se arroja entre ellos, se acurruca inmóvil y trata de silenciar su sofoco. Oye voces. Son ellos que rastrean entre los juncos y tientan el terreno con las puntas de las bocachas. Su escondite es bastante tupido, pero seguro que dejó rastro de su entrada, está a merced del interés que pongan sus antiguos compañeros, que tampoco parece mucho, pues se ríen socarrones y con ello se sacuden el temor de estar allí, a un palmo del enemigo. Ahora los ve, son seis, pero van juntos, ayudándose a pasar por aquel trance. Otros disparos se oyen río abajo. Por fin desisten y se alejan para buscar en otro sitio. Juan reza y se encomienda a sus íntimas creencias. El silencio se prolonga como un bálsamo y la respiración ha vuelto a sus constantes. La humedad y el sudor se alían con el frío, pero la noche ayuda. Dentro de poco las temperaturas bajarán hasta lo insufrible y aquello habría sido el prelude de su muerte. La cabeza trabaja a destajo. El peligro corrido, la baraka que le ampara, su madre en Barcelona, Pedro, Ramón, el futuro que le aguarda...

Ha pasado mucho tiempo, aunque quizá solo sean minutos. El silencio se mantiene y es hora de salir, de dar el último paso; así que se levanta y sube, ahora sí, por la ladera correcta. Hay soldados y a su lado, una zanja que le ofrece nuevo refugio. Se mete en ella. No sabe si huye o se aproxima, si lo van a recibir con una ráfaga o con abrazos. Ahora escucha las voces de unos soldados que están cerca, pero no hace por moverse. A saber qué es lo oportuno. Se aproximan. ¿Le habrán visto? Sí, sin duda, están al lado, los tiene encima, hasta que, por fin, uno habla.

—¡Eh, muchacho! Tranquilo, venimos a buscarte.

¡Es la voz de Ramón! ¡Está salvado! O eso parece. Abre los ojos y lo distingue entre el grupo de sombras que lo observan medio agachadas. Ramón le tiende la mano, él la toma y sale del agujero.

—¡Ramón! ¡Te has salvado!

—¡Y tú también! ¿Te das cuenta? ¡Estamos fuera! ¡Fuera!

Los soldados se ríen de su alegría. No son los primeros que han cruzado en estos días, pero sí los primeros que ellos ven en ese momento, cuando tienen conciencia de haberlo logrado y las lágrimas afloran de contento para liberar tensiones acumuladas, terrores y esa sensación indescriptible de conocer la cara de la muerte.

—¿Y Pedro?

—No lo sé. Me aseguran que no cayó, pero que tampoco ha cruzado.

—¿Lo cogieron?

—No, lo vieron seguir río abajo. Él no quería entregarse, sino escapar y ver a su familia en Barcelona. Me lo dijo hace días y creí haberle convencido de la locura.

No lo saben, ni lo sabrán nunca, pero la pista de Pedro Pascual Ribas, soldado de ambos bandos, se pierde para siempre aquella noche de octubre de 1938. Una de sus hermanas recibirá de la Cruz Roja noticias certeras de su muerte en el Ebro. Ella lo silenciará al resto de la familia para dejarles vivir con la ilusión de que pudo escapar y hacerse hombre en algún lugar sin guerras ni banderas. ¿Pero dónde? ¡Y sin dar noticias! Una mentira corta de largo recorrido.

Coeses

A Pedro Tenreiro, el subcomisario recién llegado, el informe le importa cien mil cominos. Mira que no habrá gente más peligrosa que la tal niña Araceli. Él, que acaba de aterrizar en Lugo, la sabe limpia como un cordero, pero son cosas de Burgos, amigo mío, y no va a hacer el don Tancredo que se ponga delante de los morlacos a señalarles el camino de los chiqueros.

Quieren cosillas de la aldea, de los momentos en los que se quita el uniforme de Falange y sale de paseo por los campos. Pues mira tú el peligro que tiene. Que es un perico nadie lo duda. Lo es aquí, en Vilalbite, donde nace, la casa petrucial de Santa María Magdalena de Coeses, y lo es en Lugo, donde tiene su casa en la Ruanova.

—La casa de aquí fue levantada por su padre.

—Que no, le digo que fue su abuelo, don Sabino. ¿Va a saberlo usted mejor que yo, que por algo nací en la casa de Tindeiro, aquí, a un salto de can? Fue Pedro Sabino González Núñez, catedrático, profesor, o lo que fuera en La Laguna, y su esposa, que también la recuerdo y lo digo con todas las letras, doña María del Socorro Carballo de Cora, hija de don Esteban Carballo. Y de otro Esteban, un hijo suyo, casado en segundas con doña Victoria, nace una niña Araceli, que fue soltera hasta la muerte, y es por ella que Araceli, la de ahora, se llama así. Esa Araceli..., un momento, que se lo voy a decir completo... Araceli Carvallo González, al revés que la hija de don Salvador, que así se le dice por aquí, aunque si nos ponemos con papeles por delante es González González, pues González es el padre de primero, y González de primero la madre, doña Margarita, bendita sea, que mujer más buena no hubo en estas tierras, salvo mi madre, que Dios tenga en su gloria. Y esa Victoria de la que le hablo era Álvarez Cabeza de Vaca. ¡Anda que no hicimos pocos chistes por aquí con el apellido! Como para no hacerlos, si las vemos todos los días y no son señoritingas, sino animales de campo como nosotros.

Mal empezamos. Esto va a tener que repetirse.

—De modo que la casa no es del padre.

—No, él solo la reforma.

Quien lo niega es Elena, Elena Abuín, de la Casa da Xurxa, en Portenova, aunque, como aclara, ella nace en la casa de Tindeiro. Un universo. Araceli es famosa en Coeses. ¡No lo va a ser allí, si lo es en Lugo, el no va más cosmopolita!

Quisiera descartar a la primera informante, por verla floja de memoria y con ganas de hablar por boca de ganso, pero el policía Tenreiro la mira armado de paciencia, pues también es gallego y de esto sabe. Así las cosas, en un aparte de *pendeira*, intenta proseguir el interrogatorio con aires de coherencia.

—Ellos viven aquí y viven en Lugo. Cuando la termina era una casa preciosa, toda murada alrededor, con grandes tullas, el palomar, manzanos, con horno y pajar, vamos, con todos los servicios. Ya le digo, hágase a la idea, toda preciosa. La casa de las señoritas o de don Salvador, o de Vilalbite, que de todas las formas la llamamos. Ahora también es potente, pero ya no tanto. Las casas se deterioran. Goteras, la pintura, las *silveiras*... Usted ya sabe... ¿Pero qué hizo entonces la señorita? ¿No es enfermera y buena española?

—Lo es, Elena; son cosas nuestras, usted no se preocupe, que no es nada malo. Los nuevos tiempos, usted ya sabe. Hay que refrescar las informaciones... ¡Y quizá sea para un ascenso! Nunca se puede decir, y menos ahora, que hay tanto que construir. Los de Burgos, que quieren seguir los trámites. Lo mejor es que me hable libremente, que mal no le va a hacer a la señorita.

—¡Ah! ¡Eso, sin duda! Sobre un ladrillo mal asentado no se puede apoyar otro. Y dicho sea de paso, me tranquiliza lo del ascenso, que ella se merece todo, venga de diestra o de siniestra.

—Dejémoslo ahí. ¿Desde cuándo la conoce?

—¿Yo? ¡Válgame el cielo! ¡Desde toda la vida que el Señor nos da! ¡Desde muy pícaros! Es decir, al principio de la leche y antes de las papas. Lo que se entiende, tanto tiempo como a la teta de mi madre, ¿no le estoy diciendo? Ahora viene y no viene al mismo tiempo. Blanquita se ha ido con su madre y allí están las dos hermanas en la Ruanova, una casa que hay entre dos callejones, en el Rastro, en Santa María, la casa de don Esteban.

—En la Soledad.

—Pues en la Soledad será, que yo de Lugo no entiendo. Yo les llevaba ropa que hacía en mi casa. Muy poca cosa. Ropa interior, un camisón, que yo otra cosa no hacía. Lo difícil se cose en las capitales. Don Salvador y Margarita, bueno, doña Margarita, pasan aquí el verano. Son muy amigos del abogado Torres y juntos bajaban hasta el río. No sé si todo esto puede interesarle. El padre va mucho a Canarias...

—¿A qué va a Canarias? ¿De vacaciones?

—¡Ah! No sé. Tiene algo en Canarias. Él es el señor, ella es de campo, de Uriz, en Castroverde, pero no trabajó la tierra. Trajo un burro de Castroverde, pero los inviernos los pasa en Lugo, así que... Algunos dicen por aquí que don Salvador juega.

—¿En Canarias?

—Pues será, que yo no sé. En Canarias o por ahí. Si tuviese que ir detrás de él no estaría a lo mío, pero la señorita Araceli siempre fue simpática, de lo mejorcito. Viene de viaje y nos trae cosas. Siempre muy desprendida, pero claro, a las fiestas no vamos todas juntas. Ella se da a respetar.

—¿En guerra también vino?

—¡La guerra! ¡Miña madriña, lo mal que lo estoy pasando! ¿Podrá decirse? Me acaban de traer al marido de Brunete con los bronquios tomados por los tres días que pasó tirado en la nieve. ¡Tres días! Y mi padre muerto, y un hermano muerto, y dos hermanos en el frente, y ocho mozos de la parroquia muertos. Eso es una desgracia. ¿Se podrá decir?

—No conviene que lo haga muy alto. Y mire que quien le habla es policía.

—¿Le ha servido de algo lo que le cuento?

—Todo sirve, Elena; ni yo sé lo que buscan, pero no les queda otra que servirles. ¿De modo que en guerra vino?

—Sí vino, sí. Menos, pero vino.

Tenreiro vuelve a Lugo y busca compañeras. Está de suerte. Una lo ha sido toda la vida y ahora ya trabaja desde abril en Abastecimientos y Transportes por enchufe del coronel Rufino Beltrán Vivar, que es el comisario. Se llama Fernanda y peca de cotilla, lo cual al policía le viene como llovido del cielo, aunque quizá no tanto.

—Lo primero que tengo que decirle, señor Tenreiro, es que bajo ningún punto de vista quiero que nadie sepa que me refiero a Araceli.

—¡Mujer! ¿Por quién me toma? ¡Soy policía!

—Bueno, bueno, pues eso; que aquí nos conocemos todos y enseguida te cortan un traje y te quedas de hábito para toda la vida.

Pierda cuidado, Fernanda. ¡Esto es confidencial! Eso espero. ¿Tan grave es lo que tiene que contarme? Grave no, pero soy yo la que habla. Lo dicho, piense que se lo dice a un cura. Pues mire, ella nació en la Casona de Vilalvite

y allí va siempre que hay «mata», ya sabe, la matanza. Volvía contándonos cosas de sangre. Chiquilladas para meternos el judío en el cuerpo. Como cuando nos asusta con el caso de su bracero una noche que regresa a casa y siente que le atrapa la mano de una *meiga*. El hombre se paraliza y queda horas sin dar un paso, embrujado, poseído. Solo cuando nos tiene absortos nos descubre la verdad. El pantalón del bracero prendió en una zarza y su miedo fue tan grande que de allí no se mueve. También va en verano y en Semana Santa. Lo sé, vengo de allí. No veo en ello nada extraño. ¡Ni yo tampoco! Pues eso es lo que hay. Una casa con murallas y luego, aquí, en invierno, una ciudad amurallada. ¿Le parece raro? Un poquito lo es, ¿no le suena raro tanta muralla? La de Vilalbite se la saltaba para ir a las casas de los paisanos y del Círculo también se escapa cuando no es socia ni nada. Fernanda, usted me desconcierta. Vea, vea, qué alto es el muro. Sí, muy alto. Yo coincidí con ella por primera vez en la escuela de las Lomas, que nos daban clases de todo y de nada. Después nos fuimos a las Josefinas. Cultura General, bordar en realce, el catecismo del padre Astete y algo de música. Ella tocaba la *Alborada* de Veiga al piano. A mí me enseñaron *La chocolatera*, de Tchokov-Gemiu, y no pasé de ahí. Todo el día con la dichosa *Chocolatera*. Pero, Fernanda, ¿me está contando el plan de estudios! Sí ¿le parece poco? Me parece obvio. Bueno es que ella también lee la enciclopedia de *El tesoro de la juventud*, que le regala su padre.

–Está bien. Tengo información suficiente.

–De mí, ni una palabra.

–Se lo aseguro.

«De esta chica –piensa Tenreiro–, solo salen nimiedades. ¡Mira que sospechar de dos muros!»

Nonaspe

Juan Pujol García y Ramón Cortina Callart son atendidos y alimentados en el campamento de Nonaspe hasta borrar el frío y saciar su hambre. Tampoco mucho, pues apenas tragan más allá de una sopa y algo de carne. Luego pasan a una tienda bien vigilada. Inútil prevención, pero reglamentaria. Allí sí, se abandonan al sueño que se prolonga más allá de lo que tardan todos en

ponerse a la faena. Desayunan solos, mirándose de hito en hito, casi sin hablar, pero entre sonrisas incontenibles. Nada saben de lo que les viene encima, pero intuyen que no será el pelotón de fusilamiento y eso les basta para darse por satisfechos.

Cuatro soldados llegan a buscarlos. Los conducen cada uno a sendas tiendas. Juan entra escoltado en la primera. Hay dos oficiales que se presentan, el capitán Manzano y el teniente Calmaestra, así como un soldado escribiente, Rafael Torres.

–Ya se imaginará nuestro cometido. Queremos escuchar su historia con pelos y señales –le dice Manzano con gesto adusto–. No ahorre detalles, tenemos tiempo.

A Juan le choca la ausencia del tuteo. No está acostumbrado, pero le gusta. A él mismo se le escapaba el usted cada dos por tres en tierra donde no se estila. También le agrada que le escuchen, aunque conociéndose, hasta él duda de que todo lo que salga de su boca sea verdad. Y arranca con su familia, con su padre, la fábrica y su infancia de traste incorregible.

Ya va por una hora y no le han interrumpido, pero claro, apenas abordó la parte mollar. Pide agua y se la traen. Despacha con cuatro frases el Alzamiento y Calmaestra le pide mayor precisión. Ya lo suponía, pero haciéndoles ver que no se explaya, lo va a hacer y sin ahorros, para que vean a quién tienen delante.

–¿Qué pensó el 18 de julio? ¿Cuál fue su reacción al enterarse?

–Mi padre me enseña a ser honrado y allí no hay nadie que la represente, a la honradez me refiero, sino odio y sangre a raudales. Me inquieté, naturalmente. Barcelona fue pasto de las llamas y yo mismo veo arder varios conventos. Como comprenderán, para un hombre de fe como es mi caso, aquello era terrible, lo último que habría deseado. Pronto tuve el convencimiento de que no iba a alistarme.

–Pero lo hizo.

–Es más largo que todo eso. Les explico...

Juan despliega su historia en la Barcelona republicana. Era eso y mucho más; era el desconcierto, los mil poderes, los pistoleros, el SIM, la CNT, el POUM, la República, sí; y también la Generalitat, el Estat Català, los milicianos, los comunistas, la UGT y el Socorro Blanco, mi salvación.

–¿Le ayudó el Socorro Blanco?

–Mucho. Me dio la vida.

Tiene que interrumpirse la deposición por el rancho y Juan vuelve a encontrarse con Ramón.

–Ya acabé. Vete preparando, nos mandan a un campo de instrucción.

–¿Otra vez?

–A mí por lo menos, eso me espera. ¿Y tú?

–Ahora vuelvo.

–A saber entonces cuál es tu historia. Tiene que ser espeluznante.

–No te creas. Hacen muchas preguntas, eso es todo.

–Pues eso es señal de que tienes muchas respuestas.

–Te veré por la noche.

–Eso imagino.

No va a ser así. No podía serlo. Ramón marcha aquella misma tarde, cuando Juan vuelve a sentarse frente a los oficiales.

–Habíamos quedado en que usted se afilia a la UGT.

–Yo no. Quien se afilia es Andreu Bal i Pellicer. Mi interés por la UGT es estratégico; vamos, para desatar el argumento. Lo decido al encontrarme con Ginés, mi amigo del colegio. Tenían que ver mi estado, delgado como el palo de la bandera, si me permiten la imagen. Prófugo, desertor, sin documento que valiese. Me freía la sangre firmar aquellos papeles, pero sentía que no era yo, sino el tal Andreu.

Pujol se estremece con su relato y tanto sube el fuego, que se apiadan y lo dejan.

–¿Qué sucede entonces?

Paso a paso, día a día, la guerra de Juan se despliega ante los instructores y tan floreada llega a construirla que, más que interrogar, lo que hacen es seguir el argumento de un Tom Mix desaforado que cabalga pistola en mano sin disparar ni una vez a los cuatros.

Luego de dos horas y media en las que nadie, salvo él, abre la boca, Manzano se da por satisfecho.

–Le felicito. Ha hecho usted la guerra sin haberla hecho. Eso no está al alcance de cualquiera, pero vayamos ahora a otras cuestiones. Como soldado telegrafista habrá sido instruido en códigos, conocerá señales, claves en las

comunicaciones... ¿Qué nos puede decir de todo eso?

–Lo siento, de verdad, muy poca cosa. Acabo de incorporarme a la brigada y a ese servicio...

–Pero ¿no era telegrafista, o de señales, o de transmisiones? ¡No admiten a cualquiera para ese cometido! ¡Ni en el ejército rojo, ni en el de Pancho Villa!

Al menos en ese aspecto, Juan dice la verdad y no es creído.

–Les mentí.

–¿A quiénes, a ellos o a nosotros?

–A ellos, por supuesto. Les dije que era experto y nada me preguntaron para confirmarlo. Una vez aquí, en La Fatallera, sí se dieron cuenta del engaño, pero era tarde y me dejaron en el servicio para tender cables. Además, como ya les dije, solo llevaba cinco días en el frente.

–¡Cinco días y desertor! ¿Se da cuenta, Calmaestra? ¡Estamos ante un hombre sin parangón!

–No, mi capitán. Con parangón, porque Ramón también llevaba cinco. Lo único que les puedo contar es lo de la ranita.

–¿Qué ranita?

–A los centinelas y a uno por patrulla les dan uno de esos juguetes de los niños que al apretarlos hacen ruido. Ya sabe, una placa de metal envuelta en una concha de latón. Si la chocan una vez es para avisar de su llegada, y si escuchan dos de respuesta, es que hay moros en la costa, dicho sea con todos los respetos.

–¡La ranita! Ja, ja, ja. Se lo diremos a Yagüe, para que advierta a sus moros.

Dos preguntas más y Manzano da por terminado el interrogatorio. Son las ocho y media de la tarde. Juan cumple las veinticuatro horas desde que se lanza en su carrera. Se acuerda de lo sucedido, pero el capítulo no le obliga a contarlo. Sabe lo suficiente por el informe emitido tras la búsqueda. Se levanta, se estira, toma al peso las cuartillas que ha cubierto el escribiente y lee algunos párrafos al azar. Comprueba su caligrafía y le satisface. Con aquel manojo de cuarenta folios y con lo que ha escuchado puede rendir cuentas de Juan ante cualquiera.

–Me ha impresionado con su relato y así lo haré constar en el informe, pero no le sorprenderá saber que está prisionero. Mañana partirá hacia Zaragoza y allí le comunicarán su destino. Le deseo buena suerte.

–Muchas gracias, capitán. No me ha sorprendido. Vine sabiéndolo.
–Está bien. Condúzcanlo a su tienda y que cene en el segundo turno.
–A sus órdenes –obedecen los dos soldados que han venido a buscarlo.
–¡Ah! Una última cosa. Olvide sus aficiones a falsificar documentos y a los dobles juegos. En la paz van a hacer falta muchos hombres como usted. Espero que el cautiverio le sea leve.
–Gracias. Seguiré sus consejos.

Lugo

Araceli acude a Falange con los nervios de punta. Ella no estaba en casa, pero Ramón le dejó recado para que vaya cuanto antes y así lo hace. Tiene que esperar, porque el señor Ferreiro está ocupado, pero enseguida la recibe.

–¡Volviste!
–¡Claro! En Burgos no me quieren.
–¿Y qué más? ¡No, no, no...! Espera, espera, que me siento.
–Tranquila. Soy portador de buenas noticias.
–¡Ay, qué ilusión! Ahora sí que puedes ir paso a paso.
Ferreiro también se acomoda y le habla muy despacio, casi con ánimo didáctico.
–Estuve con Raimundo. Le expuse el caso y al momento llamó a Goicoechea, el gobernador del Banco de España. ¿Sabes quién es?
–¿Goicoechea? La verdad es que me suena. Quizá de oírsele a mi madre.
–Pues ya lo conocerás. Le habló de ti, de tu simpatía, de tus conocimientos, y se mostró encantado. Vamos, como si estuviese esperando la llamada.
–¡Qué bien!
–Te recibe el jueves. Mañana, no; el siguiente.
–¿Tan pronto?
–Bueno, hija mía; ni pronto, ni tarde. Es cuando es.
–Perdona, es que estoy tan emocionada, y como todavía preparo a mamá para la noticia, por eso digo.
–¿Doña Margarita no sabe que te quieres ir?
–A medias.
–Pues te quedan siete días para convencerla. O menos, porque supongo que

querrás viajar con algo de antelación para instalarte.

—No sé, no he pensado nada. ¡Te puedes imaginar! ¡Me estoy enterando! En cualquier caso, desde la entrevista hasta que me ponga a trabajar pasarán unos días, digo yo, y podré volver a Lugo.

—Ni lo sueñes. Él le habló de incorporación inmediata, y si es así, no le vas a andar tú con que si Lugo, con que si gaitas.

—¡Ay, madre! ¡Qué follón!

—El que tú has querido.

—No, no. Si lo digo para bien. ¿Y qué más? ¿Dijo algo del puesto, del cometido?

—No, tendrá que verte y conocerte. Lo que sí dijo Raimundo fue otra cosa. Bueno, dos.

—¿Qué?

—Que van a investigarte.

—¿A mí? ¡Ay, qué risa, María Luisa! ¿Y qué quieren investigar? ¿Si voy a misa los domingos? Pues sí, voy.

—Compréndelo. A mí tampoco me hace mucha gracia, pero quieren saber más de ti.

—¿No se fían de tu palabra? Les habrás dicho que soy una buena patriota, camisa vieja, católica y buena hija.

—No les basta, como a Santo Tomás. Quieren meter los dedos en la llaga y verlo con sus ojos. Por eso me fastidia.

—¿Tienes miedo a que sepan que estuvimos juntos?

—Es más por la desconfianza, pero estoy obligado a comprenderlo. No sé con quiénes hablarán, o si ya lo han hecho. Con estar prevenida es suficiente, y mejor no comentes nada.

—¿Como se enteren de algunas cosas hasta les va a gustar! ¿No estuvo Raimundo muchos meses preso?

—Sí, unos cuantos.

—¿Y lo otro?

—El ministro me preguntó si cosías...

—¿Quiere que le haga un cárdigan?

—Algo parecido. Quiere que le ayudes a redactar cómo van a ser los próximos uniformes de los ministros. Viene todo aquí.

Araceli se echa a reír ante el encargo mientras se hace con la carpeta. Primero con leves hipidos. Luego con una sonora carcajada.

–¡Calla! –le pide Ramón–. Van a pensar que tenemos fiesta.

–¿Pero es que en todo Burgos no hay quien sepa hacerlo?

–Se le ha ocurrido de repente. Es un encargo rebotado y no sabe a quién acudir. Cosas de novatos en el Gobierno. Tú lo miras, lees las instrucciones de lo que desean y si ves que tal, que te ayude alguna modista conocida. No albergo ninguna duda de que sabrás hacerlo perfectamente.

–Bueno, bueno; yo lo intento.

–Vete arreglando lo que necesites. Quedamos en otro momento antes de marchar. ¡Ah! Te dije que el jueves, con Goicoechea, pero el miércoles anterior, con Raimundo. Ahora tengo gente esperando.

–El jueves, ¿a qué hora? ¿Y el miércoles? Me dejas con mil preguntas por hacer.

–Lo siento. Así son las cosas, pero nos vemos antes, ¿de acuerdo?

–Muchas gracias, Ramón. ¿Puedo darte un beso?

–Puedes, pero que no sea el de despedida, que no me gustan.

–No, éste es de agradecimiento. Además, nos veremos, ¿no? Me tienes que ampliar detalles.

En la calle, el sol lucha por dejar atrás el invierno, pero Araceli lo percibe más fuerte. La cabeza le da vueltas y se le amontonan los asuntos a resolver antes de la marcha. Mamá, Cachita, las niñas... ¿Y qué ropa llevaré? ¿Yo, sin mi armario? ¡Me lo llevo! ¡Lo ato y me lo llevo!

Deusto

Querida Buenaventura: De Zaragoza fui trasladado hasta el campo de concentración en el que se ha convertido la Universidad Comercial de Deusto, el paraíso de chinches y piojos. Piojos ilustrados en las doctas bancadas donde se hacían prisioneros de guerra, detenidos políticos y desertores de ambos bandos, como yo. Así son las cosas a este lado. Los piojos saben latín, pero no para leer a César en su lengua, sino para atacar a esta masa humana que evacua en letrinas infectas y conectadas directamente con la boca del infierno. Los llaman trimotores, por ser más lentos que las pulgas. Hasta aquí

ha llegado el ingenio. Nosotros también nos ilustramos, no te creas. Siempre hay una hora al día para leer el periódico, aunque aquí la expresión difiere de lo que por ella entendéis afuera. Aquí lee el periódico el que se saca la camisa y la extiende con los dos brazos en alto ante sus ojos como haría el socio inglés de un club de postín con el *The Times* tamaño sábana. La leemos con tal cuidado y atención, que reparamos en lo más nimio, en ese punto negro que se mueve entre columnas y acaba por ser un chinche, piojo o pulga, da lo mismo, porque la liendre no la ves y aunque hagas colección de cadáveres, siempre vuelve la prole a visitarte. De modo que lectura no nos falta, ni tampoco diversiones. Hay presos que no los matan, ni los comen, como hacen los monos; los conservan en alguna lata y luego, por la tarde, los sacan en corro y establecen competiciones. No sé toda la suerte de deportes piojosos que allí organizan porque solo me acerqué por encima de sus hombros y debajo vi dibujado un círculo en el suelo con los bichos saltarines dentro. El que salga antes del coso, gana; pero también les da por montar carreras. Yo los observo desde lejos, eso es cierto, pues no tengo tanto espíritu deportivo. Los míos procuro matarlos, aunque hay un asturiano que me advierte. Me pide que salve a los más gordos y se los dé. ¿A ti qué más te da? Y se los doy. Él hace fichajes y presume de tener dos cuerdas, ya sabes, como en los hipódromos. Después me dice: Hemos ganado. ¿Y qué has ganado? Un mendrugo reseco, o uno fresco, o las más de las veces, nada, que nada es lo que abunda y nunca se acaba. Algún día hasta me caen unas migas por el aporte. Por las noches es peor porque no te dejan dormir, y como no hay luz, no puedes ni leer el periódico ni nada. Te escribo sin saber si la recibirás, pero me entretiene y lo intento. He hecho negocio, no te creas, porque aquí, será por lo de Comercial, hay mercado y a buen vender, hasta las camisas valen como moneda. Desde que empezó esto, ya antes del 36, llevé conmigo la pluma de papá, ésa tan buena que él tenía casi por mágica. Pobre papá. Bueno, pues la he vendido. Lo siento en el alma, pero así ha sido. Me ha dado para mucho. Algo de comida que meten de estraperlo, otra pluma más barata con la que escribo, papel y tinta, que son bienes preciosos, y lo mejor en estas circunstancias, media barra de jabón que he tenido que repartir con el asturiano, pues tan grande era que se me veía. Ojalá hubiese traído todo el escritorio, pues como siempre pasa, los hay que salen y vuelven provistos de mil cosejas para hacerse dentro

chamarileros. Ya pasé la Comisión Clasificadora de Presentados. Bueno, también se llama de Prisioneros, pero yo me tengo por presentado, que por algo vine hasta aquí por mi propio pie, como no sé si sabes por otras cartas, o por lo que te hayan contado. Nos califican de la A a la D, más los dudosos y los pendientes. Creo que soy A (dudoso), que es lo mejor que se puede ser; bueno, lo segundo, porque a los A los incorporan a filas y dejan esto. Volver al frente no me hace gracia, pero visto Deusto por dentro, parece una salida. También hablan de que habrá canjes de prisioneros, gente que tienen los rojos que les interesan y viceversa, pero sé a todas luces que nadie me va a reclamar, salvo para fusilarme, ya me contarás, ¡con mi pasado! No quisiera decirlo, pero estoy enfermo. Esa comida de azotes y galeras me destrozó el estómago y creo que se me ha metido algo que no aprovecho ni lo que trago. A la pobre dieta he añadido un suplemento. Si hay huevos cocidos, pido las cáscaras, las machaco y de ahí obtengo calcio, fósforo, hierro y magnesio que brillan por su ausencia en la bazofia diaria. De algo me sirve lo aprendido en la carrera. Por todo ello, y aquí acabo, te rogaría gestiones ante el SB que hicieran algo. Saben quién soy y lo que pienso. Tampoco me olvido de aquel fraile de San Juan de Dios, prior del Asilo, al que papá ayuda cuando hace colecta para sus frenopáticos. Celedonio Océn, creo que se llama, y a ese nombre se la envió. Seguro que nos recuerda y que puede mover un dedo, si vive, claro. Si haces memoria sabrás que el ataúd de papá lo llevaron a la tumba los obreros de la fábrica e hicieron coro plañidero enfermos que atendía este Celedonio. Diles que sería un buen soldado, si me curo; que este camino también lleva a mi tumba, o a quedar medio lisiado. Ahora, algo bueno, que cada villa tiene su maravilla. Llegué muy fuerte de Puig-alt de Ter y eso me vale para ir tirando, porque si este calvario me pilla en Barcelona, ya moro bajo tierra, bendecido y amortajado. Dirás que estoy arrepentido de haberlo hecho y es por días que también lo pienso. No sé si soy yo, o les pasa a todos, pero ahora que conozco los dos lados, me da miedo pensar en uno cualquiera. Esta carta saldrá con el mensajero que te digo. Le envió otra al SB y espero que ésta te llegue con el beso más fuerte que jamás pudiera, de tu hermano Juan.

Lugo

De Falange me voy al Méndez, a contárselo a Cachita. Se lo detallo con pelos y señales. En fin, los pelos y señales que yo conozco, que son de señora calva. ¡El Banco de España! ¡Ahí es nada! Hija, si te ponen a contar billetes, hazte la despistada y manda alguno de vez en cuando. Sí, mujer; a eso me van a poner. Será a pasar la escoba. ¡Hala, hala! A eso tampoco. ¿No habrá en Burgos gente que lo haga? Pues ya me dirás qué pinto yo en el banco. Será de secretaria. ¿Cómo andas de taquimeca? Mal, ya sabes, fatal. Con un dedo y despacito. Pues aprendes, que tonta no eres. En Calvo Sotelo dan clases. ¡Ah! No te dije. Me han hecho ya el primer encargo. ¿El banco? No, don Raimundo, el ministro de Agricultura, que lleva también lo del Movimiento. ¿Y qué es? ¿Algo de vacas? Grosera. ¡Chica, como tú las tienes...! Algo de uniformes. Quieren ponérselos a los ministros, para que vayan todos idénticos. ¿De marineritos? No, con muchos yugos y flechas salpicados. ¿Y qué pasa, no saben cómo se bordan? Quieren que se redacte con sentido, como lo haría una modista, con el lenguaje exacto. En eso no tendrás problemas, y si no, habla con la Morandeira, o con Antonia Calvo. Ya, lo que pasa es que no tengo tiempo. Me voy en una semana y son tantas las cosas pendientes que seguro que se me despinta algo de la memoria. Pues ellas te ayudan, seguro. Muchas gracias por la sugerencia, pero me pondré, me pondré...

Con mamá es diferente. Con ella, llegado el momento, ni siquiera hay que hablar. Las madres lo saben todo. Por extraño que parezca, la noticia en nuestros labios, ya no lo es en sus oídos. Y si a veces lo adivinan por misterios de la maternidad, hoy la verdad es que ya estaba bien machacado.

—¿Te vas? ¿No es eso?

—Sí, mamá.

El armario. Ahí está el problema.

Palencia

El fraile no olvida a Juan Pujol Pena y se comporta en consecuencia con Juan Pujol García. No es un fraile cualquiera el que se presenta en Deusto, sino fray Felipe Celedonio Océn Dolado, médico y enfermero, entregado a la causa de quienes, como Ofelia, la razón perdían. Prior que fue del asilo barcelonés cuando Juan Pujol padre le cubría gastos en la medida de sus fuerzas, y

poseedor de un título más rimbombante para una biografía apreciada por el nuevo régimen, pues fray Celedonio fue el galeno y el consuelo de los últimos años en esta tierra del papa Benedicto XV, el pontífice que pasa a la historia como el más desconocido del siglo xx. Atiende también de otras dolencias a todo el Vaticano, y en la actualidad es superior de los Hermanos de San Juan de Dios en Palencia y director del frenopático. Un peso pesado. Durante su breve estancia en Burgos, ayer por la tarde, toca las teclas oportunas y llega a Deusto de madrugada con los papeles salvadores. Y así, con él como valedor de una fe católica acendrada y una fidelidad a Franco total y sincera, una mañana de frío intenso, con los huesos de los pómulos apuntando hacia fuera, abandona Deusto el desertor, flaco otra vez como perro de buhonero sin tripas ni cuajar, y con signos evidentes de correr grave peligro de supervivencia. Tanta es la gravedad de aquel guiñapo que su destino solo puede ser el hospital de sangre que se instala en el Provincial de San Telmo de la capital palentina, ubicado en la avenida del mismo nombre y donde va a reponerse en lo posible a lo largo de las próximas semanas por arte y gracia de fray Celedonio, que atiende por un igual a papas, pobres y renegados.

Juan se recupera de nuevo de su astenia gracias a los cuidados que allí dispensan y a las simpatías que logra despertar este catalán desnutrido de hablar dicharachero, ojos vivos de bergante embaucador, pero serio; muy resuelto, creyente, o eso dice, sin guerras que contar, pero después de estar en todas, irónico, proclive a la mentira y en ocasiones fanfarrón, cada vez más, a medida que recobra carne con la que cubrir sus huesos, hecho como está un agnusedí.

Con Faustino y Santos, los dos vecinos de cama, se habla de política como del misterio, aunque Juan es el más lanzado, el más vociferante, el menos comedido y el más chinchorrero.

—Cuando acabe esto, más pronto que tarde, Franco restaura la monarquía y volvemos a la legalidad anterior al golpe del 14 de abril a recalcaperos. No me salen otras cuentas.

—Ni lo sueñes —le replica Faustino cubriéndose con el embozo hasta el gañote, como si tapando el pecho, aminorase también su voz de clarinete—. Ha nacido un régimen nuevo que no es república, ni monarquía; que no es derechas, ni izquierdas; ni va con unos, ni con otros...

–¡No me digas más! –grita Juan–. ¡El Divino Sacramento!
–¡Calla, que te sales de la raya! ¡Aquí las paredes escuchan! –le advierte Faustino, todavía más metido en su piltra.
–¿Lo ves? Tú mismo te delatas. Si no se puede soltar el mirlo es que viene algo torcido, algo que no está en lo legal y que no nos dejará expresarnos.
Ahora interviene Santos, que colige como Faustino.
–Bueno, a lo mejor, al principio es necesario.
–¡Al principio necesario y al final, obligatorio!
–¡Baja la voz, cojones! ¡Mira que te gusta el riesgo!
–El riesgo, ni para hacer sopas, que ya lo tuve por arrobas, pero me gusta ir a banderas desplegadas. Las cosas claras y el chocolate, espeso.
–Bueno, ya veremos lo que pasa.
–En eso tienes razón, el mayor problema sería no verlo.
Acaba de entrar una monja enfermera que los mira con cara de llevar media hora a la escucha. No es cierto, pero lo hace para que se sientan siempre vigilados.
–A la paz de Dios, hermana, ¿toca pastilla?
–Toca ser buenos y obedientes.

Burgos

Olmedilla hace pasar a Araceli. El ministro Fernández-Cuesta la recibe sentado y al verla avanzar sonriente, con el paso firme, zapatos abiertos de medio tacón, traje de chaqueta azul marino, carpeta bajo el brazo y discreto tocado negro y ladeado, da un brinco en su sillón y se acerca hasta la mitad del despacho para besarle la mano, cuadrado como si a doña Carmen Polo estuviese saludando.

–Ramón me habla de su belleza, pero es evidente que se queda corto.
–Es usted muy amable, señor ministro. Aquí tiene lo que le encargó.
La mujer extiende la carpeta, que el hombre recoge sin apartar la vista de aquella sonrisa que acaba de iluminar por entero su adusta dependencia de alcalde desplazado.
–Haga el favor de sentarse. ¿Ha llegado hoy de Lugo?
–No, ayer. Hice un viaje estupendo, aunque me demoré bastante en la

estación, porque a lo mejor traigo mucho equipaje.

–¡Haber avisado, mujer! Le mandaba un coche.

–No sabe cuánto se lo agradezco, pero mucho me temo que no habría sido suficiente.

El ministro abre los ojos, más si cabe de lo que ya los tenía abiertos.

–¿Un coche no bastaba?

–No. Tuve que alquilar los servicios de un amable transportista. Una camioneta con caja, usted ya sabe.

–¿Un camión? ¿Qué trae usted de Lugo? ¿La muralla?

–¡Ay, qué gracioso es usted! Solo traigo un armario. Le explico. Me lo hicieron a medida hace años. Parece un ataúd, pero me costó veintidós pesetas y en él lo tengo todo organizado; trajes, chaquetas, faldas; lo pequeño y lo grande. Diez baldas, ocho cajones. ¿Se imagina lo que sería para mí dejarlo en Lugo? No, no puedo. No pude. Así que ayer nos plantamos en Burgos mi armario y yo. ¡Ja, ja, ja! Soy muy ordenada y obsesionada con la limpieza. Si alguien está fumando, allí voy yo con la palma de la mano para que no caiga la ceniza en el suelo.

–Eso le va a gustar a Goicoechea. Ordenada y limpia. Además de bella e inteligente. Estoy empezando a arrepentirme de hacerle la gestión al bueno de Ferreiro.

–¡No diga usted eso!

–De no hacérsela... para quedarme yo con sus servicios.

Araceli lanza una carcajada de agradecimiento. Él está encantado. Raimundo lleva meses sin sentirse tan a gusto.

–Bueno, de momento estoy libre –bromea otra vez Araceli en vista de la suavidad con la que está aterrizando.

–¿Dónde se aloja?

–En el Hotel Condestable, aquí al lado.

–Excelente sitio. Va a estar usted muy cómoda. Pero en fin, ya sabe. Si no llega a un acuerdo con Goicoechea, que lo dudo, venga por este despacho, que algo encontraremos. A una camarada tan fiel como usted no se la puede dejar tirada.

–¿Cree que he sido una fiel camarada?

Araceli está crecida y tensa la cuerda en busca del informe que Raimundo

ordena redactar. Él hace por ignorarlo, pero, aun así, se destapa.

–Por supuesto. Nuestro común amigo Ramón me ha dado las mejores referencias de usted, y en Falange solo se oyen buenas palabras de Araceli González. Se lo juro.

–Me alegro. Mi armario y yo se lo agradecemos.

Nuevas risas del ministro, hasta que por un momento recupera el papel que se le supone en aquella entrevista.

–Bien. Vamos a echar un ojo a lo que me trae. ¿Le resultó difícil?

–En absoluto. Las indicaciones son claras y precisas. Solo hay que ponerlas en orden y saber lo que se pretende.

–Ya, pero comprenderá que no entienda ni patata de todo eso. Veamos.

El ministro secretario general del Movimiento desata el lazo con el que se protege el cabás con los dibujos. Sobre ellos viajaron dentro dos hojas escritas a máquina donde se contiene el resultado de la redacción.

–¿Es eso?

–Sí, ministro.

–Veamos –Fernández-Cuesta toma las cuartillas y comienza a leerlas en voz alta–: «Americana: Paño negro, cruzada, con cuatro botones dorados con el escudo de España, ligeramente puestos en forma de V; tres abrochados, ocho centímetros de ojal a ojal, solapa larga, dos bolsillos horizontales con cartera en la parte inferior, aberturas en los costados, bocamangas de once centímetros de ancho. Adorno de la parte superior: Tres grecas en oro, compuestas cada una de una sucesión de yugos de siete centímetros de largo: sobre los yugos centrales, perpendicular a los mismos y coincidiendo su intersección con la línea superior del yugo medio, un haz de cinco flechas de 5,5 centímetros, sobresaliendo levemente de las tres grecas, que han de medir 4,5 centímetros de ancho. En la intersección de los yugos centrales con el resto de los yugos y a uno y otro lado, dos haces de flechas de tres centímetros y medio, hombreras de pala de 15 centímetros de largo y cinco y medio de ancho, extremo interior en punta, cantos dorados que vuelven sobre la hombrera cuatro milímetros al límite del oro; en el centro, flechas de oro de cinco centímetros de largas y tres yugos en el extremo exterior». ¿No le parecen muchos yugos?

–Eso mismo dije yo, pero es lo que viene en las instrucciones.

–Bueno, bueno.

El ministro prosigue la lectura, aunque con el pensamiento puesto en la satisfacción que causará ante Jordana y ante Serrano.

—«La americana llevará un punto al canto a máquina. Cinturón de cinco centímetros de ancho, de color rojo y en el centro, negro. Chaleco corriente, con cinco botones dorados. Pantalón del mismo paño negro, recto y sin bajos vueltos. Gorra de plato negra. A su alrededor, dos grecas de laurel entrelazadas, en los espacios, las aspas de Borgoña; de botón a botón, un fino cordón de oro, barbuquejo trenzado, dorado. Visera, una greca de yugos y flechas unidos por los yugos; en el frente de la gorra, el escudo de España con el águila dorada. Camisa azul. Corbata negra y guantes negros. Zapatos negros lisos.»

—Bien. Perfecto. Veamos ahora el de gala. «Gala. Mismo uniforme, sustituyendo el cinturón rojo por otro dorado y la camisa azul, por la blanca planchada con cuello de pajarita. Guantes blancos. Zapatos de charol. Gabán-capote con cuatro botones iguales a la americana, pero con trabilla. Hombreras de pala, también como la americana y cuello doble concha.» A saber qué es eso, comenta como si no fuese con él. «Uniforme blanco. Gorra de plato blanca. Los adornos de las bocamangas no las rodean por completo, sino solo en su mitad delantera, formada cada greca por el yugo central y medio yugo a cada lado. Pantalón con bajos vueltos. Zapatos blancos lisos.»

Finaliza la lectura, arroja los papeles sobre la mesa y mira fijamente a la mujer, que también lo hace temiéndose lo peor.

—¡Bravo! Es una redacción magnífica. O mucho me equivoco, o la orden de la Vicepresidencia va a recoger punto por punto lo que aquí viene. Su entrada en Burgos no pudo haber sido más afortunada. Le auguro muchos éxitos con don Antonio, a poco que él sepa aprovechar todo cuanto lleva dentro.

—Es usted muy amable —agradece ella con una leve inclinación de cabeza.

—Bueno, pero de la amabilidad no se vive. Ya le anuncié a Ferreiro que el trabajo tendría una remuneración, de modo que...

Fernández-Cuesta abre con llave el cajón de su derecha y dentro de él, una caja con una nueva cerradura.

—Por favor, don Raimundo. No es necesario que me dé nada. Bastante hizo abriéndome las puertas del Banco.

—Ni hablar. Un trabajo es un trabajo, y máxime en su caso, recién llegada a

una ciudad extraña. Seguro que tendrá a la vista algunos gastos.

Y al tiempo de decirlo, deja sobre la mesa un billete de quinientas pesetas.

–Esto es para usted y para su armario. ¡No me diga que está repleto y que no admite algo más!

–Lo tomo para no desairarle.

Ambos se levantan, y a diferencia de lo que es habitual, el ministro sale del despacho al lado de Araceli. Su presencia en los pasillos es observada por Olmedilla, bastante sorprendido, que acude para acompañar a aquella mujer tan importante hasta la puerta del Ayuntamiento, o sea, del ministerio.

–Dele recuerdos de mi parte al gobernador. Que ya le llamaré.

–Serán dados.

–Un placer, señorita.

Y nuevamente cuadrado, Fernández-Cuesta besa el guante de Araceli. Un guante de cabritilla que ella ha perfumado en el hotel con Maderas de Oriente. Dos gotas caídas sobre el pulso y una en la muñeca que solo se manifiestan cuando el hombre se encorva para realizar el besamanos.

Palencia

El doctor Ortueta recibe a Juan en la sala, de paisano, de pie y recostado en la camilla; una imagen infrecuente.

–¿Cómo se encuentra?

–No lo sé. Usted dirá.

–Bien, bien. Yo lo encuentro bien, pero tiene que cuidarse. Lo suyo ha sido más grave de lo que realmente cree.

–Yo, en realidad, no pensaba nada, no sabía...

–Sí, le ha afectado a los pulmones, nada extraordinario por otra parte. Debilidad, frío, malas condiciones. Es algo muy habitual en estos tiempos, se lo puede imaginar. De hecho, podría estar contento por librarse de la manera en la que se está librando. Conozco bien su expediente y a estas alturas podríamos estar hablando de algo mucho peor.

–La verdad, doctor; no sé si me está dando la enhorabuena, o debo prepararme para la despedida.

–No se alarme. Todo tiene solución, lo que pasa es que aquí no vamos a

poder dársela.

–¿Me trasladan?

–No, tampoco. Desgraciadamente es un tratamiento que no nos podemos permitir en estas circunstancias.

–Entonces, no entiendo, ¿me está desahuciando?

–¡No, no! ¡Qué va! Obtiene usted unas conclusiones muy apresuradas. Trato de explicarle que en otro momento, en otras condiciones de la patria, usted iría directamente a...

Ortueta duda qué expresión utilizar y Juan se la reclama.

–¿A dónde?

–A otro hospital, a un pabellón de reposo, a la sierra, a descansar; ya ve, nada grave, ni complicadas terapias, pero...

–¿Tuberculoso? ¿Eso es lo que tengo?

–No, no. Se lo hubiera dicho. Es menos importante. Aunque conozca el diagnóstico, se quedaría como estaba.

–Pues dígamelo. Creo que tengo derecho.

–Es cierto. Tiene mal los bronquios, con peligro de que la dolencia pase a mayores.

–¿Y entonces?

–Entonces, nada. Que le daremos el alta y deberá incorporarse a filas. Lo siento, pero no puedo hacer otra cosa por usted. Si se cuida, puede superarlo en poco tiempo.

–¿Y dónde me voy a cuidar? ¿En el Regimiento?

–No se queje. Hemos intercedido por usted y su unidad está acuartelada en Burgos, lejos del frente. Para ser exactos, en el Regimiento de Infantería número 30 de los cuarteles de San Marcial. Burgos es hoy el lugar más seguro para no estar en trincheras, y sé que eso le gusta.

–¿Qué? ¡Ah! Sí, claro, claro que me gusta. Un buen destino, Burgos...

Burgos

El jueves, ni tarde, ni temprano, a media mañana le han dicho, Araceli entra en el Banco de España. Antes hizo un largo paseo, para ver Burgos y para templar la hora. Pasa por el arco de Santa María y el puente de Malatos. Anda

y desanda la Audiencia, la catedral, el propio banco y el hospital de Barrantes, el de San Julián y San Quirce. Mira tú qué cosas, Galicia trasplantada, aunque Pedro Barrantes y Alcántara era extremeño y nada sabía de vinos gruesos. Capitanía, el obispado y el paseo de los Cubos. Este Burgos me gusta. Tiene no sé qué cosas para perder la cabeza.

–Me espera don Antonio Goicoechea Cosculluela.

–¿Su nombre?

–Araceli.

–Su nombre completo.

–Araceli González.

–Completo.

–Araceli González-Carballo González Núñez Pérez. ¿Sigo?

El funcionario la remira con las cejas arriadas y se marcha, sin más requerimientos y sin contestar a la pregunta, convencido de que la mujer es tonta o demasiado lista, y le ha querido tomar el pelo. Vuelve y le indica que se siente, que ahora la recibirá don Antonio.

Pasan varios minutos, suena un timbre y el hombre la acompaña hasta la puerta sin abrir la boca, no vaya a ser de palo alto y le cueste un disgusto. Araceli le sonrío con los mismos pensamientos. Vamos a llevarnos bien con todos, que las broncas no son buenas.

El despacho de Goicoechea en nada se parece al de Raimundo. Cuatro tablas mal clavadas y arreando que es gerundio. Si éste es el Banco de España, qué será de sus arcas. Me lo dejan dos semanas y se lo pongo garboso. El despacho, claro, porque del banco no sé ni cómo se abre la caja.

–¡Señorita Araceli! Mucho gusto en conocerla.

Goicoechea es afable. El recibimiento correcto. La simpatía desborda. La primera batalla está ganada.

–Señor gobernador...

–El ministro me ha hablado maravillas de usted. Creo que ya le ha rendido un gran servicio del que no me ha dicho ni mu, pero, vamos, que está encantado.

–Don Raimundo es muy amable. Yo prácticamente no he hecho nada.

–¡Y además, modesta! ¡Una buena galleguina!

–Mis padres me lo enseñaron.

–Por supuesto. Yo siempre he creído que la familia es el pilar donde construir los demás edificios, y en esa idea vamos a afanarnos. Siéntese, por favor. Ya sabrá que yo debo mucho a Lugo en mi carrera política. Allí batí el cobre en elecciones pasadas. Me llamaron cunero, por supuesto, pero muchos también lo eran. Además, a los cuneros los pone el Gobierno y a mí me puso el partido. Le cuento todo esto para que vea que su patria chica no me es extraña, y aunque soy de Barcelona y tengo apellido vasco, en mi corazón siempre habrá un lugar para Galicia, y para Lugo en particular.

–Me alegro de que sea así y no al contrario. Por mí lo digo.

–¡Ja, ja, ja! Tiene toda la razón, pero no se preocupe, ni por Lugo, ni por usted, pues por lo que la conozco, no va a encontrar en mí otra actitud que la de un amigo. Le he dado vueltas a su caso y a la vista de que Raimundo no mentía al hablar de su presencia, he tomado ya una decisión sobre el tipo de encomienda que voy a pedirle.

–Usted dirá.

–¿Conoce a Edward Louis Bernays? No, no lo conoce porque no se ha publicado todavía nada suyo en España, pero un amigo me ha mandado una de sus obras, *Crystallizing Public Opinion*. Me la tradujeron hace poco y en ella habla de un nuevo concepto que me parece muy interesante para el banco. Él lo llama las relaciones públicas, y aunque en español resulta un poco equívoco, no tiene nada de malo. Se trata en grandes rasgos de ser la cara amable de la institución hacia el exterior. ¿Comprende? Una especie de azafata que atiende compromisos, actos y relaciones del banco que no son propiamente bursátiles, ni económicas, pero sí importantes. Visitas, atenciones con personajes influyentes, comidas, acompañamiento en diversos acontecimientos... ¿Sabe usted algún idioma?

–Me defiende en francés. Al menos algo lo he estudiado.

–¡Estupendo! Estamos a punto de recibir a un gabacho muy importante y con él debutará. Será su prueba de fuego.

Goicoechea interrumpe su discurso, juega con el abrecartas entre las manos y rectifica.

–Entiéndame, al decir gabacho no he querido despreciarle. Ya sabrá que a ellos no les gusta ser llamados así. Lo tienen por despectivo, de modo que borremos lo de gabacho y no se dirija a él con ese término. Ha sido un error

por mi parte.

–Gracias por la precisión, pero nunca se me ocurriría tratar así a un... gabachito.

El gobernador ríe ante la espontaneidad de la muchacha, pues evidencia en poco tiempo tener dotes mundanas, trato social y un sentido del humor muy acusado, indispensable para las misiones a las que piensa destinarla.

–Como ya supone a estas alturas, se trata de ser amable, de no decir tonterías y de servir al banco en asuntos en que ni yo, ni ninguno de mis colaboradores debemos entrar por razones de salvaguarda. ¿Se va haciendo cargo de lo que pretendo?

–Creo que sí. El caso es que sepa hacerlo.

–Me dice la nariz que es usted la persona más idónea para ese trabajo que tengo en varios kilómetros a la redonda. Y mi nariz, sépalo, Araceli, pocas veces se equivoca. El conde Ciano, ya sabe, el yerno de Mussolini, cuenta con un departamento parecido, y cuando lo visito en Roma me atiende una señorita de su corte; quiero decir, una mujer elegante, guapa y educada, que estuvo muy servicial con nosotros, llevándonos de Herodes a Pilatos. Eso quiero de usted, pero sin Gólgota.

–Si es así, no parece complicado. Simpatía, buena cara y que la visita se marche echándole flores al banco.

–¡Exacto! ¿Ve como mi nariz no me engañaba?

Goicoechea toma unos folios de un estante y se los entrega.

–Ésta es la traducción de la que le hablé. No le digo que los estudie, pero sí que se los lea. Tiene para ello hasta el lunes. Tómese estos días y conozca la ciudad. También eso le va a servir en su trabajo. Averigüe los mejores restaurantes, dónde se divierte la gente, quiénes son las familias principales, dónde están los organismos, quién ocupa cada despacho, si son feos, guapos o elegantes, dónde montan a caballo, dónde venden la mejor morcilla, los horarios de las misas, lo que sea. Todo le ayudará en su momento. Y todo con discreción. Quizá le venga bien establecer amistades, aunque nadie sepa con certeza a qué vienen sus preguntas. ¿Queda claro?

–A la perfección. Solo tengo una duda.

–Recibirá un dinero para esos gastos.

–No me refería a eso, que está bien saberlo, sino a mi puesto de trabajo.

–¡Ah! Eso es importante, pero no tengo ni idea. El lunes se presenta a don Carlos Montes de Oca y él le dirá. Es mi mano derecha, está informado de todo y le dará solución a sus preguntas. Hasta el lunes, pues.

–Hasta el lunes y muchas gracias por todo.

–Espero ser yo quien deba dárselas.

–Haré lo imposible para que así sea.

–Buenos días.

Burgos - San Marcial

Era una bronquitis de caballo, contagiada por algún recluso y macerada en el frío de Deusto, por lo que anduvieron conmigo de una cama a otra, como si les diese vergüenza y pena al mismo tiempo. Una tarde viene a visitarme Clara, una muchacha alegre, culta y simpática, niña distinguida de una tradicional familia burgalesa, que se dedica a charlar con los enfermos y con la que de inmediato establezco lazos sinceros. No sugiero con ello que brote el amor, ni nada así, pero en su presencia discurre fácil la conversación y parece encontrarse a gusto, como yo con ella.

Estas dedicaciones samaritanas de las que ya había sido objeto por parte de Margarita y de Carmita, son muy de agradecer en aquellas circunstancias y la única manera que tengo de pagarlo es compartir con ella algunas sesiones de piano en un instrumento más viejo que Carracuca, de cuando organizaban veladas. Incluso tocamos la *Chocolatera* y algunas piezas a cuatro manos. Ella, bien, porque lo practica a diario; yo, torpón, porque apenas aprendí algo en la época de La Salle.

Un día me dice:

–¿Quieres que sea tu madrina de guerra?

¡Vaya! Yo que creía rozar con la punta de los dedos los últimos coletazos de mi vida militar, aquel ofrecimiento me devuelve de golpe a una realidad devastadora.

–Me haría mucha ilusión, Clarita. Eres la persona que siempre soñé para algo así.

–Tú también eres muy bueno y por eso te lo digo.

Cuando marcha, al anochecer, me refugio entre las sábanas para llorar a

gusto por Clarita. No podría explicar por qué lo hice, pero así fue, a lágrima viva hasta quedarme dormido.

Clarita, luego lo supe, además de consolar corazones solitarios, trabaja por las mañanas en el Ministerio de Defensa Nacional, tan cerca de Dávila que parece su asistente. Su familia y la de Teresa Jalón, la mujer del general, forman parte del Burgos de toda la vida, pero nunca como ahora sueñan con ser un día no lejano la capital de España, aunque para eso, muy señores míos, todavía hay que dar a Franco cumplida pleitesía, así como otros favores de tronío, que si los viese algún caballero de los de montura, desenvainaba la espada y ponía a correr a más de uno hasta Aranda o más allá. Es asunto que trae a la ciudad de cabeza, más incluso que la propia guerra, que en eso están todos de acuerdo, con Franco hasta la muerte. Bueno, es un decir, que allí la muerte ya se ve lejana, o por lo menos, no para ellos, que ahora sirven cenas y guardan con mimo el estandarte custodio del Cid Campeador para arrojarlo a los pies del Caudillo cuando sea menester, y que sea cuanto antes, como ahora que organizan a toda prisa una magna demostración de fuerza en movimiento para celebrar que Cataluña, mi Cataluña, a punto está de caer en sus manos. Y con ella caería yo si no me escapo de aquel infierno para venir a éste. Yo espero ir, como todos, a la parada. Ni por enfermo estaré de baja, ni por obediencia, ni por solución debo faltar. Sería absurdo, ahora que lo he escogido, jugármela en el bando contrario y darle a Clarita el disgusto de que su ahijado de guerra, ni la hace, ni la festeja. Allí llevarán también el pendón de las Navas de Tolosa y todo cuanto realce a la ciudad y a su vecino, para ver si se convierte en permanente, para ver si los decreta capitalinos. Ha sido labor de semanas entrar en este Burgos que amanece, saber de sus anhelos e investigar por dónde respiran los burgaleses, que si en el 36 no pasan de cuarenta y cinco mil, hoy llegan a los cien mil. Y hacerlo, por supuesto, con disimulo, que nadie sospeche interés malsano, que por supuesto no lo hay, sino curiosidad de técnico avícola, de alguien como yo que le gusta saber el terreno que pisa, ya sea desde una ventana de la vieja Barcelona, a pies del Puigmal, o en la capital de la Nueva España. Por lo que hablo y pregunto, los hay convencidos de que esta Nueva España va a tener en Burgos lo que el buen conde Fernán González, pues por algo aquí han ocurrido todas sus grandes actuaciones, desde la creación de la Junta de Defensa Nacional presidida por

Cabanellas, hasta la designación de Franco, la formación de su primer Gobierno, su exaltación y lo que te rondaré, morena. Sin embargo, y dentro de éstos, los más conspicuos piensan que el Decreto de Unificación fue en Salamanca y eso despista, no les favorece. Después están los más realistas, no por ello monárquicos, o sí. Opinan éstos que Burgos es casual, momentáneo y efímero, como el Hotel Norte-Londres donde se aloja Franco la primera vez. Un hotel para estar un rato, pagar y llevarse algo; por ejemplo, la jabonera. Que mientras Madrid sea rojo, está aquí muy bien el Gobierno, pero cuando deje de serlo, se lo va a llevar todo con carros y carretas. Y nuevos grupos, los optimistas, que ven la ciudad desposeída, pero ampliamente compensada como los chorros del oro por tanto esfuerzo regalado; los pesimistas, que ni eso, hecha unos zorros, y los entregados, que ni una cosa, ni la otra; que lo de Burgos ha sido aportación desinteresada, sacrificio y colaboración, como las patatas de Galicia o el carbón de Asturias. Que qué vergüenza pensar en compensaciones, cuando toda España sufre lo indecible, cuando todavía se desangran por los caminos, que aquí sigue una guerra de campeonato y éstos hablando de recompensas. Clarita, como es tan dulce, dice que lo importante es acabar cuanto antes y, si se puede, impartir justicia, que es bienpreciado, hasta en la China. Eso interpreta ella, con su carita de niña buena. En Burgos se habla mucho del palacio de la Isla, que va a ser el símbolo, el bastión y la gloria, con permiso del monumento a los caídos que para la ciudad se reclama. En el caserón de Franco dijo Serrano cosas que gustaron mucho y otras que no tanto. Dijo, por ejemplo, que Madrid no se merece honores de capital, pues en ella se fraguaron todos los males y no sería mal castigo dejarla sin privilegios, aunque luego añadió el cuñado con tono muy zalamero que los honores serían para Sevilla, señores, calorcito sin nevadas, famosa en el mundo entero. Eso no va con el jefe del Estado, que es adusto, no como castellano, pero sí como castrense. El Palacio de la Isla, el monasterio de las Huelgas, la raza, el Cid y el Milenario de Castilla son las bazas que se juegan. Ésas, y que ya está allí todo. ¿Cómo van a tirar millones en el traslado con la penuria que hay? Sería como decirle a España que se apriete el cinturón mientras yo me lo gasto en oropeles ridículos, en pompa y manzanilla. Son las charlas que se traen unos y otros. Cuentos de la lechera que si no matan el hambre, ayudan a que no se muera. ¿Y el Palacio de la Isla? Por él me intereso, no vaya a ser que después

de todos los tirones de cuerda se convierta en el centro político de España y yo a su lado, sin enterarme. Fue de los condes de Muguero, pero hoy sirve de Estado Mayor y residencia. Allí vive Franco y doña Carmen, con su hija Carmencita. Vive Serrano, el cuñadísimo, su esposa Zita Polo, la hermanísima, y si fuera yo amigo de poner mote, también diría que allí viven los sobrínísimos, Fernando, Francisco, Jaime Javier y José Felipe Serrano Polo. Como tiene el trabajo en casa y allí se llevó la secretaría, lo habita su primo, Francisco Franco Salgado Araujo, y su familia, que hoy forma su esposa, María Luisa Revilla Vidal y la niña que tuvo de anterior matrimonio con el teniente coronel Teijeiro, que se llama Conchita y que son de Lugo. Añadamos la guardia personal y el servicio y tendremos el palacio completo, en cuyo frente culminan todas las manifestaciones, como a las que acudo para festejar la caída de Cataluña, la de Santander, el Día del Soldado, el 1 de octubre, la muerte de José Antonio o la Madre del Combatiente, tantos festejos, misas y desfiles que aquello más parece un continuo festival que un país en guerra.

Un requeté entusiasmado le quita a Pujol la gorra de plato y le encasqueta su boina roja. También es catalán y ambos lo celebran con grandes risas. En el balcón de Capitanía observa la escena Artemio Monzón, el superior de Juan, un comandante malencarado que sabe la norma según la cual un militar no podrá llevar encima ninguna otra prenda ajena al uniforme, y mucho menos, si ésta pertenece o se identifica con cualquier bandería política, con ninguna.

Por la noche, el comandante Monzón toma venganza.

—¿Qué ha hecho esta tarde, desgraciado?

Juan se asusta. Nada puede reprocharle aquel fanfarrón patibulario, pero se equivoca. Ha visto lo de la boina y eso le basta para encenderse como hidra de cabezas en salivazos. Le cruza la cara de dos hostias que lo hacen trastabillar. Qué humillación, que despropósito. Quizá me odia por catalán, quizá por desertor o renegado. O más fácil todavía, quizá sea de los que disfrutan denigrando a sus soldados por darle lustre a sus galones; por creerlo, claro, porque así no hubo nadie que ganase ni una estrella. Nueva equivocación. Monzón sí ha llegado a comandante y luce con petulancia su estrella de huevo frito inherente al grado.

La fe de Juan en la España a la que escapa huyendo de la otra sufre un fuerte descarrío. Esto ya lo conocía yo. El concepto de justicia, de honradez y de

hombria heredado de su padre es cada vez más fuerte desde aquella noche en la que lo ve por última vez con vida, arrumbado por la salud en la cama contigua. Maldita guerra o lo que sea esta locura de querer matarnos.

Logra dormirse con el ánimo magullado hasta el dolor, pero el descanso poco dura. La reunión con el comandante Monzón, bueno, el hostiazo, la afrenta, aquella media hora atado a la columna, le impide estar en la retreta y conocer de labios del sargento la orden del día. El toque de diana es una hora antes que de costumbre y al ver la compañía comprueba que todos se visten a la carrera y con el traje de campaña.

—¿Qué pasa? —pregunta en su litera.

—¿Cómo que qué pasa? ¿No estuviste ayer a la retreta? ¡Ah! Es verdad, te disculpó el sargento. ¿No sabes nada?

—Nada.

—¡Nos vamos al frente! A Teruel. A reforzar no sé qué puesto. Cosa fácil nos han dicho. Pequeñas resistencias en la montaña.

Juan cree caerse. No puede ser. No da crédito. ¡Otra vez a las trincheras! ¡Pero si él es un enfermo! ¡Y aún tramita lo de alférez! Es una equivocación, por supuesto. Por eso no hizo falta que estuviese en retreta. ¡Mi sargento!

—Diga, Pujol, ¿qué tripa se le ha roto?

—Yo no voy, naturalmente.

—¿A dónde? ¿Al tren?

—Sí, a Teruel.

—Ja, ja, ja.

La risa le provoca el pánico. Se estremece y se marea.

—Tú te vienes con la compañía, ¿o crees que la guerra es voluntaria?

—¡Pero si aún no estoy en condiciones! —se rebela.

—Mira, soldado. A mí no me pusieron los galones ni las monjas, ni los médicos. Tengo órdenes de llevaros sin excepciones. Tu salud tiene que venir por escrito si no es buena. Y a prisita, no me toques los cojones que ya vamos con retraso. Vístete de una puta vez y desayuna, que formamos en diez minutos.

El cabrón del comandante lo hizo aposta. Me tuvo allí para que no lo supiese, para que hoy, al despertarme, fuese el día más amargo de mi vida, y por Satanás que lo ha conseguido... de momento.

No hay alternativa. Juan abre la taquilla, hace el macuto, se viste, prescinde

del desayuno y es el último en formar filas delante de los camiones que los trasladan a la estación. Sus compañeros cantan por espantar el miedo, o porque realmente les entusiasma aquel destino. Hay veteranos curtidos y pollos crudos que hasta ahora no saben lo que es una trinchera. Juan ha encontrado acomodo contra una ventanilla. Ni anda, ni salta, ni canta como el resto. Solo piensa dónde está la tecla a tocar en esta nueva melodía. ¡Clarita! Su madrina, la pianista. Ella está cerca de Dávila y le va a corresponder con creces ejercer el madrinazgo.

El paisaje discurre ante sus ojos como telón de una tragedia que por imprevisible es más cruel.

—¡Pararemos en Calatayud quince minutos! ¡Todo el mundo abajo y al andén inmediato a nuestra izquierda!

—¡Sargento! ¡Que a la izquierda no se va ni a por uvas! —bromea el más bragado.

Y se ríe todo el vagón con alboroto. Todos, menos Pujol, que rumia ahora llegar a un teléfono y ponerse en contacto con su valedora.

Burgos - Hotel Condestable

Don Constancio, vaya nombre, es un pozo de ciencia burgalesa, una vaca sagrada que no todos respetan, pues hay quien lo rebaja a ratón de biblioteca. Me lo recomienda un camarero. «Lo que no sepa don Constancio, o no ha pasado, o nunca estuvo en los papeles.» Lo llamo al Archivo Municipal y quedamos en el Condestable. Le he dicho que viene de visita un personaje y que debo enseñarle la ciudad. No sé si hice bien por lo mucho que se parece a mi trabajo. ¡Bah! Estoy un poco obsesionada con tanto secretismo. Si se entera, que se entere. Nadie dijo que saber de Burgos era información reservada.

El hombre tiene sus años, pero me piropea. Se pide una tilita y yo, otra. Me advierte por teléfono que anda ocupado, pero al verme sus obligaciones se han evaporado. Qué gracioso. Don Constancio Castro me ha salido un don Juan y lo tengo entusiasmado. Vaya, vaya; así que de Burgos, ni papa. Papa sí; de Burgos sé el queso fresco, las morcillas y el Papamoscas. No es mucho, teniendo como tiene tanta historia. ¿Por dónde empezamos? Por el centro.

Usted imagine que está con un grupo de argentinos recién llegados. Y si tiene que cobrarle, no se preocupe, que con eso ya contaba. ¿Cobrarle? ¡Tendría que pagarle yo a usted por sacarme de mi cueva un buen rato, que ni al sol le veo los caireles si me descuido! Usted hable y yo tomo notas. Pues mire, le cuento. Para hacer la plaza demolieron los lienzos de la muralla que existía, los lienzos alrededor del arco de Santa María, y de golpe llegó la modernidad, o eso se creyeron. Y no es que tenga yo nada contra la modernidad, válgame el cielo, pero me hubiese gustado haberlos visto. Y posiblemente a usted, también. Bueno, pues allí pusieron muchas cosas, por ejemplo, el radio del Cid. Sí, sí, ese hueso con nombre de emisora. Allí está, en la Sala de la Poridad, con un remedo de la Tizona y la silla de los jueces. ¿Usted sabe qué demonios es «poridad»? Pues se lo digo para que presuma. Poridad, que es palabra vieja, es lo oculto y lo secreto. ¿Bonito, no? La siguen llamando así porque si lo dicen con todas las letras del castellano moderno se harían muchas preguntas, más de las que la actualidad admite. De modo que usted dice poridad y la gente queda contenta. ¡Ah, pues será porosa! ¡Qué simpática la ignorancia! En fin, después los saca de allí y les enseña donde hoy está el palacio episcopal, el Banco de España, la Audiencia, el que fue Hotel Infanta Isabel, el hospital de Barrantes y el paseo de los Cubos. El Ayuntamiento, que hoy es Ministerio, y muchos más. ¡Todos los poderes! Algo de eso ya conozco. Magnífico, pues si va con tiempo, cruza el Espolón y les muestra lo que es López de Mendoza, la Merced, la iglesia del Carmen y los palacetes más blasonados, con blasones o sin ellos, de Liniers, Moliner y del resto. Y acá, el Niño Jesús y el palacio de Muguero, donde hoy vive Franco y al que a lo mejor no le dejan ni acercarse. Tampoco se preocupe demasiado, porque lo que a usted le interesa es llegar pronto a la catedral y allí explayarse. Hágales reparar en su belleza exterior para que no se asunten demasiado con la interior. Hábleles de alquimias y misterios que yo solo le anuncio, y repare en los lienzos, en el balconcillo de la aguja sur, donde grabaron SM y todos dicen: ¡Ah, Santa María! La patrona de todo Burgos. Sí, lo es, pero no las iniciales de la Virgen Madre, sino las de uno de sus hijos. ¿Cómo dice? Pues eso, que SM es Santa María, el apellido elegido por un judío cuando es cristianizado. Un tipo célebre donde los haya, don Pablo de Santa María, después de haber sido Schlomo ben Jitzchaq ha-Levi y luego El Burguense,

obispo que ocupa esta sede y también la de Cartagena. Obispo y padre de obispo, que le sucede en la mitra. ¡Caso único que yo sepa! ¿Se imagina la fiesta en casa, el papá y el niño obispos los dos? Se impuso Santa María a su linaje por sobrado de inmodestia, pues deduce muy ufano que siendo él levita de la tribu de Leví, sería también parentela de María, y así manda grabar el SM, que es egolatría, aunque con mucho disimulo, pues ya dicen quienes nada saben de su existencia: ¡Ah, SM. Santa María! Pues chapó, exclaman, y siguen su camino. Lo contaré, vaya si lo contaré. Me apasiona descubrir los pecados de la gente. Hágalo, pero muy bajito; no sea que la tomen por judaizante y hagamos un pan con unas tortas. Está también el escudo de Luis de Acuña, pero es menos interesante. En la fábrica hubo alquimistas. Eso nadie lo niega. Allí está la Tria Prima para demostrarlo, el azufre, el mercurio y la sal al lado del rosetón, y el rosetón mismo, que no es moco de pavo. ¡El Sello de Salomón! ¡La Gran Obra! A ver cómo lo dice. Yo lo suelto y ellos que arreen. ¡Eso! Que arreen. No les va a dar todo mascado. Sí, como usted a mí. ¡Ja, ja, ja! Tampoco tanto, querida Araceli, tampoco tanto. Que si va a sacar provecho, mejor será que lo haga despacito y sin empacho. Lo intentaré. Pues, eso. Señale el hexalfa y dígales que es símbolo de mucha envidia, para moros y cristianos, para judíos y conversos. Que si talismán, que si química. Diga lo que quiera porque a todo responde con creces y es más difícil equivocarse que ir por derecho. Pregunte a sus émulos, ¿qué les sugiere el hexagrama? Y digan lo que digan, usted responde. Muy bien, muy bien. Tal cual. Y ya, cuando los acompañe por la capilla de los Condestables, los deja anonadados con el capitel de las retortas, con los tres alquimistas trabajando bajo la protección de los basajuanes. Pero sigamos fuera. La puerta por donde van a entrar es la de Santa María, ¿no le digo lo que hay? Si tienen buena vista y el cuello preparado para torcerse, hágales un juego por saber quién es el primero de ellos que ve un burro volando. No se extrañe tanto, que hay uno muy sonriente a mandíbula batiente. ¡Ya me fui al pareado! ¿Cómo es eso del burro? Me intriga, don Constancio. Muy sencillo, querida niña; entre gorgonas, arpías y algún que otro dragón, una gárgola es un burro con carcajada en la quijada. ¡Coño, otro pareado! Y se ve tan claramente como la estoy viendo a usted, salvadas las distancias entre el rucio y su guapura, no me crea un grosero, que no es ésa la intención. Como el burro está de patas, agarrado al modillón, su

cuerpo sale hacia fuera y si no vuela, lo parece. Ya tiene el juego y la distracción. Siempre mejor con unos buenos gemelos, militares a ser posible; pero, si no, también vale para que se retuerzan el pescuezo en busca del jumento. ¿Quién lo puso y por qué? Échele un galgo a correr. Yo tengo mi teoría y si quiere se la doy. Por favor, no se contenga. Yo opino que el pollino se ríe de cuanto ve, de las burradas que hacen quienes no se tienen por él, de los crímenes que se cometen bajo su casta mirada, su inteligencia y su fe. Preciosa historia. También la contaré. Hágalo, hágalo, que la cuento yo, y no me creen. Y añada como remate que allí muere asesinado el gobernador Isidoro Gutiérrez de Castro, que se quería llevar los libros de la catedral. Bueno, porque se lo ordenaron. O mejor, no dé detalles, que van a creer los tipos que en Burgos andamos a machetazos y fue hace setenta años, cuando aún no había luz eléctrica, que tanto nos ilumina que hasta al cine vamos y vemos moverse las sombras. No lo diré entonces. ¡Eso! ¡Un poco de poridad! Al lado del burro, o cerca de él, hay un señor con capa y gorro frigio, que es como el pollino, pero en humano. Quiero decir, que ese tío sabe mucho y nos lo quiere contar. Dígales que es un iniciado y que fabrica verdades. Eso siempre impresiona, vengas de donde vengas. También verán allí a ocho personajes. Éstos están derechos y con ropas talaras. Yo no creo que sean ocho, sino la continuación de otros muchos que hay. Cien, trescientos; sabe Dios. Pueden ser santos, obispos o los padres de los canteros. Dígales que son ilustres, que de éstos hay una buena recua. Y ya que hablamos de la capilla de los Condestables, que aquí todo lo es, como la casa del Cordón y el hotel donde nos hallamos –todo condestable–, dirija la atención de los argentinos hacia el cuadro de María Magdalena, por si alguno ve en él las trazas de la Gioconda, que las verán, pues su autor es sin lugar a dudas Giovanni Pietro Rizzoli, Giampietrino, discípulo principalísimo de don Leonardo da Vinci, el padre de la poridad. Llévelos a ver el árbol de Jesé, a san Eustaquio, el de las bellas espigas, y al Cristo de la piel de búfalo, que es imagen aquiropoieta, así de raro llamada por ser atribuida a Nicodemo o a José de Arimatea. ¿Cómo dice que se llaman? Esculturas aquiropoietas, cuanto más si como ésta aparecen en el mar y de forma extraordinaria. Si me acuerdo de todo será un milagro. De milagros ya no le cuento, pues los tiene a millares, y se dijo por los siglos que el Cristo era de piel y pelo humanos. Otro hay en tierras orensanas del que se

cuentan prodigios similares. Lo conozco. Soy gallega. ¡Pues haberlo avisado, que mis padres también lo eran y en el Castro del apellido me lo han dejado! La corona y sus espinas son de escaramujo, que por mal nombre en España llamamos tapaculo o cinorrodón. Lo segundo viene de perro; lo primero, porque es bueno para las diarreas. Eso siempre hace gracia y el visitante que lo oye ríe sin respeto de lo sagrado. Teófilo Gautier, que vino a verlo, dijo que manaba sangre, o que lo parecía. Bueno, eso siempre está bien mencionarlo, pues denota que ha leído y también que se le ha quedado. Siendo argentinos los visitantes, se quedan como están, pero si fuesen franceses, dirán «ohhhhlalá!» Todo puede ser. A lo mejor son de París. Mejor. ¿Y el Papamoscas? También, también, enséñeselo también. Es más inocente que todo lo que le cuento, pero pega con el burro, el tapaculos y todo lo demás. Muchas gracias, don Constancio. No le importuno por más tiempo. ¡Qué va a importunar, mujer! ¡Usted siempre adelante! Y si algo se le olvida, invente, que es lo que hacemos todos.

Calatayud

Tiene suerte. Cuando se acercan a Calatayud, un cabo les dice que esperarán allí más de media hora y que podrán romper la formación para moverse con libertad por los andenes, pero sin abandonar la estación, pues el tren que les llevará a Teruel puede presentarse en cualquier momento.

—¿Qué lugar de Teruel, mi cabo?

Ahora es Juan quien lo pregunta. Quiere datos concretos de su destino.

—¿Y yo qué sé? Santa Cruz, creo que le llaman. No hay más datos.

Es suficiente. Con eso y la compañía, a Clarita no le costará trabajo localizarlo.

Llegan a la estación, griterío y atropellos por pisar tierra. Se encienden cien cigarrillos. Él busca el teléfono y lo encuentra. Con la mano temblorosa marca el número del ministerio. Atina a la primera. Al otro lado está ella.

—¡Clara! —Apenas le sale la voz del cuerpo y las lágrimas corren sin freno.

—¿Qué ha pasado? Fui a verte esta mañana y me alarmé cuando me dijeron que no estabas.

¡Fue a verme! Llorar es poco para tan gran consuelo.

–Nos han trasladado. Voy camino de Teruel. ¡Del frente, Clarita! ¡Tienes que ayudarme!

–¡Tranquilo, por favor! Que desesperarse no lleva a nada. Déjame de mi cuenta. Veré lo que se puede hacer.

–Está lo de alférez y además ayer...

–¿Qué pasó ayer?

–El comandante Monzón... me insultó..., me abofeteó... Fue terrible. Una humillación terrible.

–Pero ¿por qué?

–Te lo cuento por carta que ahora mismo te remito desde Calatayud, donde estamos. Tú ve moviendo el asunto, te lo ruego... Esto se acaba.

–Besos, Juan. Confía en mí.

La parada se prolonga más allá de la media hora anunciada, de modo que tiene tiempo a completar una carta concisa, pero sin ahorro de detalles; triste, pero no llorona; suplicante, pero no angustiosa. Una carta que escribiría un inocente al tribunal que le juzga. Compra sobre, sello y la envía. Todavía le quedan cinco minutos para acercarse a un mendigo con un chimpancé que da por el aire la vuelta entera, que abre la boca, enseña los dientes y hace que se ríe entre aplausos, los suyos y los de la soldadesca que le premian las monedas. Algún céntimo le cae en el cazo de aluminio, calcado, si no es el mismo, al que le dieron en La Fatarella, a tan solo unos doscientos kilómetros de allí. El artista limosnero se retira y todos oyen que llama Primo al mono. Este hombre es darwinista, piensa Pujol, mucho más tranquilo, sonriente y optimista que cuando sale de Burgos esta madrugada.

Burgos

El domingo lo dedica a ver en vivo cuanto le ha dicho don Constancio. Mira y lee. Lee y mira. Y aunque el frío mañanero no ayuda a la paseata, la realiza a conciencia, sin escatimar ni un metro, ni una nota sin repaso, protegida por el gran abrigo de astracán que hereda de Margarita, una pieza digna de Burgos y del termómetro, algo ostentosa, eso sí. Luego, por la tarde, nada más comer en el hotel, escribe a su madre, a Blanquita, a Cosco, a Cachita y a Ramón. Cuatro líneas. Estoy bien y mañana empiezo en el banco. Mucho frío.

Cumplida la correspondencia, se refugia en un cine a rebosar, aunque una entrada sola siempre queda desparejada y por eso logra asiento a media platea. Se estrena *Esposa anónima*, con Robert Taylor y Loretta Young. Señorito se enamora de criada. El amor triunfa. Cachita lo decía de mí en su semblanza. También podía habérselo ahorrado. ¡Qué descaro! ¡Que papá se acostaba con la servidumbre! Mejor olvidarlo. De quien tengo que acordarme es de don Constancio. Cena, y a la cama.

Santa Cruz

En las estribaciones del cerro de Santa Cruz nos esperan varias recuas de acemileros, con mulas y bastes que van a transportar la impedimenta. Son hombres adustos, de piel curtida donde se pueden ver mapas de carreteras, o telas de araña, o las marcas del viento, el frío y la edad. ¡Basta, mula! Hasta el más joven de ellos, que rondará los cuarenta, tiene la cara cruzada por mil rayas como cauce seco de río al sol. Y ellos, que son soldados de trincheras y marchas, la tienen casi perfecta, lisa como los artistas afeminados que él ponía en sus cines. Qué desastre, qué ruina. Cómo pude ser tan mal negociante. Aquello no es Teruel, aunque esté cerca. Quizá la sierra se adentre en la provincia, o nos espere tan larga caminata que arriba ya lo sea. El ascenso es penoso, de modo que la posición a la que nos dirigimos ha de ser importante. Si no, no se explica. Allí no hacen guerra nada más que los perdidos, los cortos y los ignorantes, condiciones que yo reúno con largueza a poco que lo piense quien me vea. Después de Abundio ha de haber un grado más entre los tontos, y allí estoy yo. Pasamos por un cruce de cuatro caminos y oigo que un acemilero le llama La Bota. ¿Conoce bien estos lugares? Como la palma de mi mano. No ha de ser malo el guía, pues la tiene como el rostro, entreverada de líneas, líneas negras que se amontonan como las mías, pero dibujadas a lápiz. ¿Te gusta lo que ves? No es feo, le digo, pero no me gusta lo que soy. ¡Ay, compadre! Eso no tiene elección. Si quieres ir más allá de la montaña, puedes; pero ir más allá de ti, es imposible. Acemilero y filósofo, tampoco es mala la combinación. Te explico para que lo cuentes si vas a tener familia. Subimos por San Lamberto, que era santo de la tierra. Le cortaron la molondra, pero como era mañico y cabezón, la recoge con sus manos y él solico fue a

enterrarla andando hasta Zaragoza. ¡Gran ahorro funerario! Ya lo creo, ¿y qué más? Aquel acemilero me entretenía. Se le veía ilustrado debajo de tanta albarda. Otra enseñanza valiosa contra quien prejuiza demasiado. Observa, ésta es la Paridera de Gabardilla, un aprisco para asuntos del ganado, y ahí enfrente tienes nuestros picos más sonados. Santa Cruz, que le da nombre a todo, los Pellejeros, a su lado, y El Galluboso, a la izquierda. ¿Te vas a acordar de ellos? Espero que no me dé tiempo, pero lo apunto y lo cuento. Así se hace, soldado; ni un gramillo se desperdicia. Luego verás la ermita. ¿A quién está dedicada? ¡No seas cernícalo, muchacho! ¿A quién va a ser? ¡A san Lamberto! ¿El descabezado? El mismo que viste y calza. Bueno, calza por abajo, que la terraza la tiene para pocos trotes. Hay una fuente y nos sirve de bebida. ¡San Lamberto! Así estoy yo, con los pensamientos en otro sitio. A ésa la llaman la Peña del Refresco y a ella venimos todos en mayo de comida y romería. El refresco está en la fuente. ¡Coño! ¡No nos vengas tú a cambiar la tradición! Lo digo por aplicar lógica. Pues calla, que esto es más fuerte que tus filosofías.

El destino deja ver la tierra de Gallocanta, el Jiloca serpentea y otros picos que imagino son del Moncayo o por ahí adelante. Los acemileros se vuelven y allí hay un sargento que nos recibe muy alegre delante de un búnker de cemento, caponeras de aspille y trincheras cavadas hace poco.

—¿Sabéis cómo se llama eso que tenéis delante?

Mira tú. Otra lumbrera en geografía, me digo al creer que también se refiere al paisaje abierto a nuestros ojos. Pero no, el suboficial solo es ducho en asuntos de milicia.

—¡El parapeto de la muerte! Bienvenidos y que no sea vuestra tumba.

La sinceridad como norma. Así nadie se lleva a engaño.

En la primera oportunidad que tengo me presento al capitán y le cuento mi milonga. Refleja sus dudas ante la historia, pero solo responde con muy buenas palabras. No me quejo, otros habría que me despachasen con cajas destempladas. ¿Alférez tú? Aquí pone que soldado. Es lo que le digo, que está el grado en el alero y no precipita el reconocimiento. Bueno, duerme con los suboficiales. Más homenajes yo no puedo, aunque seas coronel de regimiento.

Nueva carta. Esta vez, con los datos bien tomados. No las bajan todos los días, pero el mensajero me asegura que todas llegan a su destino. Más no

pretendo, al menos, de momento.

Transcurre una semana y obtengo contestación. No es la que deseo, pero se adivina solución. Que el asunto va adelante, que Dávila está en el ajo, que el papeleo es siempre a paso de buey, que hay revuelo con Monzón, que tiene ganas de verme, que si como, que si duermo, que si peleo. A la misiva le acompaña algo de masticar, un «Detente bala» con el Corazón de Jesús para coser en la camiseta y una prenda de lana que calcetó ella con meneo de pulgares. La foto de José Antonio y también la de Franco. No lo dice, pero sé que son obligadas. Así no hay problemas si se inspeccionan los paquetes, aunque el mío trae salvoconducto del Ministerio y su firmante habla de Dávila con familiaridad. ¡Como para no llegar intacto! El envío me da ánimos para seguir en el pico, en la caponera y en el parapeto de la muerte. Me he buscado mil oficios y no toco el chopo más que para limpiarlo de noche. Algo es algo. La cabeza está tan entretenida en asuntos alejados de Santa Cruz que el tiempo pasa en un vuelo y, cuando lo pienso, imagino que nada de esta cota va a quedar en mi memoria para ser contado. Es una ventaja, porque han pasado tres semanas y hoy el mensajero trae una carta de Burgos para el capitán. ¡Es la mía! ¡Tiene que ser! Me hace llamar a su tienda y lo presiento.

—Me alegro de que su historia sea cierta. Admito que no le di el crédito que esta carta certifica. En guerra, ya lo puede suponer, la gente inventa todo tipo de artificios, embustes y falsedades. Eso nos exige a los mandos ser muy recelosos.

—No tiene por qué disculparse, mi capitán. Soy consciente de que abunda el mentiroso. Usted cumplió su deber y solo le puedo decir que estoy profundamente agradecido de su comportamiento.

—Gracias, alférez. ¿Puedo llamarle así? En la carta me comunican que se presente en Burgos ante la comisión que revisa su caso, lo que traduzco como muy buenas noticias. Bajaré hoy mismo con el mensajero e irá con él hasta Calatayud. Allí tomará el tren de regreso a Burgos. Le deseo mucha suerte.

—Y yo a usted, mi capitán.

Salgo de la tienda en una nube y bajo el camino de San Lamberto con alas en los pies. A mi acompañante, el mensajero, le ilustro sobre los lugares por los que pasamos y que él transita tantas veces sin saberlo.

—¿Sabes cómo se llama esto?

–Ni idea.

–La paridera de Gabardilla.

Burgos - Banco de España

Montes de Oca es un hombre alto, acorde con el apellido, espigado como una pica, de gesto serio pero afable. En él no va a encontrar requiebros ni gestos condescendientes. No se los esperaba, ni falta que le hacen en un momento tan importante para ella.

–Tengo el encargo del señor gobernador de explicarle su cometido. Los acontecimientos se han precipitado y mañana necesitamos sus servicios.

–Mejor. Quiero decir, para eso estoy, no me importa.

–¿Se siente capacitada?

–No lo sé, pero sí. No me asusta lo que sea.

–Ni sustos, ni fallos. Le advierto que es una misión muy delicada, máxime para una persona como usted, sin experiencia, recién llegada. Yo fui el primero en oponerme a que se la encomendara, pero don Antonio insistió. Se ve que tiene fe ciega en sus capacidades y no he podido evitarlo, pero le repito que si por mí fuese, yo mismo estaba dispuesto a encargarme.

–No sé si asustarme, o darle las gracias.

–De momento no haga ni una cosa ni la otra. Acompañeme.

Abandonan el pasillo donde la recibe y llegan a una oficina con ocho mesas donde se sientan otros tantos funcionarios, siete mujeres y un varón con pinta de mandarles. A todos mira con un sonrisa y solo dos muchachas se la devuelven. El resto baja los ojos y siguen a lo suyo. La alegría de la huerta, piensa del grupo mientras los va dejando atrás. Al fondo, aislado por una mampara hay otro puesto de trabajo que ocupa Montes de Oca.

–Acerque esa silla y siéntese.

Araceli obedece en silencio. No se arriesga a desentonar del funeral.

–Mañana llegará a Burgos una delegación francesa de la más alta representación para tratar asuntos de vital importancia que conciernen al Estado, y de manera muy relevante, a este Banco de España. La preside el senador Léon Bérard, que actúa en nombre del *président du Conseil*, Édouard Daladier y del ministro de Asuntos Exteriores, Georges Bonnet. Sus

interlocutores en Burgos serán el vicepresidente del Gobierno y ministro de Asuntos Exteriores, señor Gómez-Jordana, y el gobernador del Banco, señor Goicoechea Cosculluela. La delegación la forman cuatro personas, además del senador Bérard. Dos funcionarios de Exteriores, el señor Teixidor y el señor Granier; su esposa, doña Laure de Souhy, y su secretaria, doña Marie-Chantal Bourguigneau. El senador Bérard tiene profundos conocimientos de la lengua española, y la señorita Marie-Chantal es además su traductora. De doña Laure y de los funcionarios, lo ignoro, aunque no sería extraño que lo hablasen a la perfección, sobre todo el primero, que es nacido en España. El comité de recepción, a las diez de la mañana en la Estación del Norte, lo formarán don Antonio Goicoechea y tres secretarios de Vicepresidencia. Usted debe acudir a ese lugar media hora antes. En cuanto lleguen, será presentada a la señorita Marie-Chantal y con ella coordinará las visitas a realizar en la ciudad esa misma tarde, puesto que las conversaciones oficiales no comienzan hasta el día siguiente. Según los contactos realizados con el Conseil francés, a estas visitas solo asistirán el matrimonio Bérard y la señorita Bourguigneau. Los días sucesivos, su misión será acompañar a la esposa del senador a todos los lugares donde le indique la secretaria, o a aquéllos que usted misma proponga. Sabemos que es una gran aficionada a los temas históricos y al arte, motivo por el cual decidió acompañar a su esposo en este viaje. Del grado de satisfacción que todos ellos expresen después de estos cuatro días, y muy especialmente, de la opinión que de usted se haga la señora Bérard, puede depender el éxito de lo tratado. ¿Ha entendido?

—Sí, perfectamente.

—Pues cumpla su cometido y recuerde que hasta dentro de cinco días no contará con mis simpatías, no así con mi colaboración y apoyo en lo que pueda surgir, siempre que lo considere de interés para el éxito de la encomienda. En este sobre van los nombres y cargos de la delegación, un dinero para los gastos que pueda tener y el teléfono al que llamar en caso de necesidad. Yo estaré al otro lado, sea la hora que sea. Firme este recibí.

—Señor Montes de Oca, quiero agradecerle su sinceridad y transmitirle mi convencimiento de que todo saldrá como desea —dice la mujer mientras firma el documento que se le pone delante.

—Ya lo veremos. Por supuesto, debo recalcarle que todo lo relativo a este

trabajo debe mantenerse en el más absoluto secreto. Absoluto. Puede marchar.

–Lo suponía, pero gracias por recordármelo. Solo un detalle. ¿Dónde me siento?

–Hasta que finalice la misión encomendada permanecerá en su hotel. Prepare allí lo que considere necesario y luego ya veremos.

–De acuerdo –admite la mujer sin exigir explicaciones.

Araceli toma el sobre con la información y el dinero. Lo introduce en el bolso y atraviesa de nuevo la sala de los siesos funcionarios.

Burgos - Norte

No me lo esperaba, pero a pie de tren, en la estación, está Clarita, mi madrina salvadora, tan contenta, o más que yo, por el éxito de sus gestiones. Desciendo del vagón, voy hacia ella con la lágrima floja y nos abrazamos sin ahorro de achuchones, con la fuerza de unos novios reencontrados tras un mes de ausencia. La beso en la mejilla y, sin poder evitarlo, nuestros labios se encuentran y se enzarzan.

Son apenas segundos de arrobos y turbación, pero en mi hombro ya noto el peso de otra mano que lo golpea con toques de atención. Me vuelvo y veo a un policía militar que sonrío y regaña al mismo tiempo.

–Ya sabe que estos excesos no son para las estaciones.

Reacciono como puedo.

–He sido muy torpe. Gracias por el aviso.

Tomo a Clarita del brazo y salimos de allí entre risas, llantos, vergüenza, turbación y nervios, tantos que nada cabal nos decimos mientras traspasamos el edificio de la Compañía de los Caminos del Hierro del Norte. Ella está ruborizada; yo, hecho un flan. Llevo el macuto al hombro y con la izquierda, su brazo. Traje de chaqueta y falda, de espiguilla; tacto suave, miradas cortas, el paso pronto, más risas. ¿Cómo estás? Soñando. Cruzamos los jardincillos de Norte. Unos metros más y un portal abierto sin portería. La llevo adentro, tiro el petate y reanudo el beso interrumpido. Tan mal, con tan mala maña, que aquello más parece una pelea que la muestra de una pasión. Pero hay beso, vaya si lo hay. Nos quitamos las telarañas y hasta daño nos hacemos. Espera, Juan. No debemos. ¿Por qué? No somos novios. Lo siento, no he podido

evitarlo. Lo comprendo, pero no es correcto. Con el tiempo... Que Clarita no es chica de rápidos restregones lo sabía. Más por tradicional que por católica, que lo es como yo. Me apoyo en la pared del portal y me calmo. ¿Te he violentado? No, Juan. Es que no puedo. La cabeza no me deja. ¿Sabes a lo que me refiero? Desde luego, desde luego. Soy un desconsiderado. No te atormentes. Ha pasado y ha pasado. Hoy es un día alegre para los dos. ¿Quieres acompañarme a la parroquia y rezamos dando gracias? Me parece bien. Te lo mereces. Yo, no; se lo merece san Juan de Ortega, el que hay en San Cristóbal, que fue a quien se lo pedí. Y al general Dávila. Bueno, él fue su instrumento aquí en la tierra. Vamos entonces.

Ya no vamos del brazo. No es correcto, como ella dice. Podrían vernos. Eso, podrían vernos y qué hace ese soldado del brazo de Clara Llanos, la hija de los Llanos, de Burgos de toda la vida.

La iglesia no está lejos y supongo que venir a ella entra dentro de sus planes. ¿También el beso, esperarme en la estación, dejarme sus labios, entrar en el portal, abrazarme?

—¿Sabes una cosa? Nunca me habían besado y tenía ganas. Entiéndeme, es broma. Algunas amigas ya lo han hecho y cuando lo cuentan yo me quedo pasmada, sin poder contar nada, como una boba de sacristía.

—¿Y qué te pareció?

—No está mal. Tiene que ser divertido llegar hasta el final.

—¿Hasta el final?

—Bueno, lo que se haga después de besarse. Lo que hacen los matrimonios.

—¿No sabes lo que se hace?

—Me lo imagino, pero no me des detalles, que ésta es la iglesia.

Entramos, nos arrodillamos en el último banco y antes de que pueda pensar a quién o qué rezar, me dice:

—Vámonos.

—¿Ya está?

—Sí, ya está. ¿Crees que iba a rezar un triduo? Le di las gracias y listo. San Juan no necesita más.

—¿Se lo pediste a él porque es Juan como yo?

—No, se lo pedí porque le tengo fe, porque es de Burgos y porque tiene otro templo muy bonito y muy milagroso a veinte kilómetros. Si quieres, vamos un

día. Entra el sol por la ventana e ilumina la Anunciación. Bueno, solo en los equinoccios. Pronto va a ser uno.

Clara es una paloma sin hiel y solo puedo contestarle:

–Sí, me gustaría. Cuando tú digas.

En el cuartel todo sale de maravilla. No solo me reconocen mi grado, sino que ya no tengo que dormir en San Marcial y me han hecho enlace, que es una bicoca, porque ando de un lado a otro llevando papeles para firmas, cuentas, extractos y plantillas. Todo muy descansado y a veces pienso si la guerra no habrá terminado. El coronel instructor me ha dicho que puedo denunciar al comandante Monzón, que hubo abuso de autoridad, pero también que piense antes si me conviene. Que el bicho es comandante y no le va a gustar, ni a él, ni al Ejército... ni a mí. Eso último no lo pronuncia con todas las letras, pero lo intuyo.

–No. Está bien. Déjelo así. No presentaré ninguna acusación.

Burgos - Hotel del Norte y Londres

La prensa internacional está totalmente despistada. Unos, porque les interesa desprestigiar todo lo que haga el Gobierno de Franco; otros, porque se creen de buena fe que Francia va a seguir manteniendo relaciones con la República, y los terceros, porque sencillamente están en las Batuecas. Pero lo cierto es que Léon Bérard llega a Burgos con instrucciones muy claras y muy concretas para salir de la ciudad con un acuerdo y que éste sea favorable para ambas partes, una vez decidido el reconocimiento del nuevo régimen, es decir, la derrota de la República que está a punto de culminarse. Y si alguien alberga alguna esperanza, su simple presencia en Burgos va a terminar por disolverla. Los intereses comerciales y financieros de Francia en España hacen inútil cualquier otra postura, y si el resultado de la contienda hubiese sido a tuertas, Bérard estaría negociando en estos momentos con Negrín, o con quien tuviese mando y plaza. El propio lugar a donde llega el senador, la estación Norte, es una buena muestra de los intereses galos, pues la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España se crea con el catorce por ciento del Crédito Mobiliario Francés; el siete, de los herederos de los hermanos Peréire, y el diez, con capital belga. Y ése no era el único factor a tener en cuenta, sino

otros menos crematísticos.

Cuando Léon Bérard pone pie en tierra burgalesa, horas más tarde de lo que Montes de Oca prevé, Goicoechea se acerca, le estrecha la mano y seguidamente se funden en un abrazo. La corpulencia del español sume al francés en un todo donde casi desaparece. Luego baja del tren el resto de la comitiva y los saludos son más comedidos.

Montes de Oca le indica que se acerque con él en busca de Marie-Chantal, una chica de bellas formas que afea notablemente con un abrigo destinado a disimulárselas, quizá con la pretensión de resaltar menos que la señora senadora, o que las españolas que allí pueda encontrarse.

—*Mademoiselle, je ai commandé pour transmettre le meilleur accueil au nom de la Banque d'Espagne et la ville de Burgos.*

—¡Oh! Muchas gracias. Puede hablarme en lengua castellana, ya que nos encontramos en una de sus capitales más señeras e importantes.

—De acuerdo. Es usted muy considerada. Quisiera presentarle a la señorita Araceli González, que será su acompañante en la ciudad.

Las dos mujeres se besan y Araceli tiene la precaución de hacerlo tres veces, tal como es costumbre en tierras galas.

—Mi cometido es hacerle su estancia lo más grata posible. ¿Cree que al senador le gustará realizar hoy alguna visita pese a lo avanzado de la hora?

—Desde luego. Me lo ha comentado durante el viaje, y ya que mañana estará ocupado en las reuniones, treinta minutos después de llegar al hotel, le esperaremos en el *hall*. A *monsieur* Bérard le gustaría conocer la catedral, de la que ha oído maravillas.

—¡Estupendo! Allí estaré.

Los franceses suben a los coches y Montes de Oca toma a Araceli por el brazo con cierta alarma.

—¿Qué sabe usted de la catedral?

—Lo suficiente para que el señor Bérard hable de ella vaya a donde vaya.

—Me extraña tanta erudición, pero me alegro.

—Usted siempre tan animoso.

Montes de Oca no pregunta más y ambos toman el automóvil que los lleva al Hotel Norte y Londres. El hombre desaparece hacia el Banco y Araceli entra en el *hall* que preside una espléndida vidriera para esperar allí a los

franceses.

Por cierto, ahora que lo pienso, ponerme a mí al frente de la visita es como si me hacen alcaldesa cuando llego con el armario. Qué sabré yo de Burgos si no sé nada. Que llamen a don Constancio. Pero, no. Ha sido a mí, que tengo mucha más gracia. Arreglo uniformes, soy experta en catedrales, ¿qué será lo siguiente? ¿Cocinar para el Caudillo?

Dos jovencitas, muy peripuestas, descienden las escaleras centrales.

Léon Bérard se hospeda en la 224, una de las ocho *suites* con miradores circulares. Me lo han escrito en el informe. ¿Para qué? Lo digo porque estas dos que bajan, si no son pilinguis, poco les falta. ¿Vendrán de un servicio en las habitaciones? ¡Por Dios, por Dios! ¡Bérard está con su mujer! Me ha dicho Dictinio, el camarero, que la ciudad está llena de putas; de putas y de todo, porque los hoteles rebosan. Las casas particulares se alquilan o se toman por asalto, o casi. Una cama es un bienpreciado en todas partes, pero en Burgos es un lujo. También me ha dicho Dictino que al Condestable le llaman el Detestable, pero ya se sabe, no es por molestar, sino por el abarrote. Quizá de ahí que Montes de Oca incluya en el informe la habitación del senador, porque es como darle un título. ¡Tiene habitación! ¡No lo alojaron en una cochiguera! Voy a interrogar al conserje mientras no bajan. Por favor, ¿sabe si es de Burgos el autor de la vidriera? No, es de Maumejean. ¿Un francés? Exactamente. Estuvo en Burgos para hacer el rosetón de la catedral. ¿Y por qué al hotel no le pusieron Norte y París? No lo sé, eso fue el año catapún. Desde luego, preguntando se va a Roma. Este conserje tan amable me ha dado la primera oportunidad para lucirme ante Bérard. Ya bajan.

—*Bon après-midi. Mon nom est Araceli et je les accompagner pour visiter la cathédrale et les endroits que le sénateur choix. Sans quitter l'hôtel, je peux vous dire que cette belle vitrage, bien dites-vous cela? appartient à Maumejean, un artiste français qui vous pouvez aussi consulter les... leur œuvres a la cathédrale.*

—¡Ah! ¡Maumejean! —exclama el senador—. Sé que la familia abrió talleres en España.

Y Marie-Chantal añade:

—Los señores Bérard conocen perfectamente el español, y aunque su francés es perfecto, *mademoiselle* Araceli, ambos prefieren escucharle en castellano,

ya que así practican para los próximos días.

—¡Ah! Pues por mí encantada.

¡Qué alivio! Ya no será necesario reconocer que la parrafada la ha preparado durante toda la noche y que su francés no es tan bueno como aparenta.

Mientras caminan hacia el monumento Araceli despliega con el mínimo atropello posible todo cuanto recuerda del discurso de don Constancio, aunque sin la conciencia exacta de saber si su información es la correcta, o bailan los apellidos de los personajes, las fechas de los acontecimientos, o los títulos de los edificios. Bérard y su mujer asienten y eso le infunde confianza. Posiblemente les interese más la utilización del subjuntivo que la precisión en las descripciones, lo cual es una ventaja a todas luces.

Antes de entrar en la basílica metropolitana de Santa María, Araceli les plantea la pregunta del burro volando, y para su suerte, al matrimonio le entusiasma el juego.

—No lo sabe todo el mundo. ¿Quién espera ver un burro entre tanta maravilla?

—A veces los arquitectos, o los canteros, se entretenían con estas rarezas —dice Bérard—. Son guiños que nos han dejado a través del tiempo para que ahora abramos la boca.

—Muy aguda observación —lisonjea Araceli.

En el meollo de las conversaciones hispano-francesas se encuentra la devolución del oro de París, es decir, de la parte restante de las 175 toneladas de este metal enviadas por la República a Francia con las que se obtuvieron divisas para la compra de armamento. En aquellos momentos superaban el veinticinco por ciento de las reservas totales de España. Franco, el conde de Jordana y Goicoechea saben con meridiana exactitud que se pueden despedir de gran parte de ese oro, porque Francia ha pagado por él cuatro mil millones de francos. Para saber el montante del oro de París, hay que restar esa cantidad del total entregado y aplicar luego el precio del kilo. También salen a relucir los cuadros del Prado y las ingentes cantidades de joyas sacadas de España por sus propietarios, o por las cuadrillas de saqueadores que hicieron su agosto en nombre de la República, o del suyo propio en cientos de domicilios asaltados. Con eso ya ni se cuenta. Los más optimistas sueñan con

que, siendo gente afin al nuevo régimen, lo sacado regrese poco a poco, y lo robado... Bueno, lo robado es como lo que está en el fondo del mar. La prensa gotea desde el año pasado noticias sobre hallazgo de botines; ayer en Toulouse, hoy en el Bicêtre parisino. Los españoles se van a enterar mañana de que existen 40,2 toneladas de oro depositadas en Mont de Marsan, o sea, el 24 por ciento de lo enviado a Francia, el seis por ciento de todo lo que había y cuya parte sustanciosa se identifica fuera de fronteras como el *Moscow Gold*, y de puertas adentro, como el eterno oro de Moscú, tan traído y llevado que algunos hasta dudan de su existencia. Bien, eso es así y no hay vuelta de hoja. Como no la hay con el triunfo de Franco, convertido ya a ojos de los franceses en el nuevo y único gobernante en España. El reconocimiento es obligado, como lo será también que no hay más oro y que algunas onzas han podido despistarse en el trasiego. Añadamos que las delegaciones hablarán también de la devolución de buques y aviones. Bérard exige a cambio la retirada de los soldados alemanes e italianos, o lo que es más importante, que no se permita la instalación de bases, ni la presencia de tropas de Hitler en tierras españolas, y así se promete; aunque no por ello se excluyen por completo las ayudas y colaboraciones con Alemania. Una de ellas afecta directamente a la provincia de Araceli, la red de antenas para el sistema Sonne-Consol Beacon de seguimiento de submarinos que se va a instalar en Arneiro, al norte de Lugo, y que le valdrá a Ramón Ferreiro entrar en la *Ordens vom Deutsche Adler*, esto es, la aguerrida Orden del Mérito del Águila que concede Hitler y que precisamente premia la colaboración a tal fin prestada.

Bérard va y viene de París a Burgos mientras todas las piezas encuentran encaje. Inglaterra reconoce la victoria de Franco y España garantiza la neutralidad, aunque sin papeles de por medio. Se dedican otros veinte días al ajuste fino de las cláusulas y por fin se anuncia el acuerdo Bérard-Jordana. Derivado del éxito bilateral de esas negociaciones se espera que el francés sea el nuevo embajador en la capital, sea cual sea, pero Daladier se decanta por el mariscal Philippe Pétain, según dicen, a causa de una inamovible negativa del negociador, que no quiere torear más tardes con Franco después de tanta morcilla burgalesa. En cualquier caso, la aportación de Araceli, grande o pequeña, ha sido muy apreciada por Bérard, que se lo hace saber a Goicoechea mediante carta rimbombante.

Montes de Oca muda su rictus por otro mucho más afable.

–Superó todas las pruebas y le felicito. Desde mañana tiene usted una mesa en esta oficina.

–¿Con silla? –pregunta ella haciéndose la graciosa.

–Con silla, si deja de decir tonterías.

Burgos - El Espolón

Han pasado dos semanas desde su llegada y Clarita no ha dado señales de vida durante ese tiempo. Su madrina de guerra parece haberse esfumado, pero esa mañana hace por encontrarse con Juan en un tramo del Espolón que él recorre a diario con su cartera de enlace en la mano izquierda, a fin de que la derecha quede libre para saludar a los oficiales con los que pueda cruzarse. Eso, e ir impecablemente de revista, son las principales leyes de todo buen enlace. Mucho más que la puntualidad que acosa al resto de soldados, porque ¿quién puede saber las múltiples obligaciones que un enlace tiene antes de entregar la planilla del interventor al teniente de Intendencia? ¿Quién puede asegurar que no lo ha entretenido un comandante de Cuentas, o incluso un general con instrucciones de alto secreto? Los enlaces viven mejor que los generales. Lo dicen todos.

–Estaba preocupado. Creí que después del recibimiento en la estación ya no querías saber nada de mí.

El recuerdo de aquel beso en el portal basta para ruborizar a Clarita, que lo disimula con disculpas.

–No me hagas caso. Son manías y chiquilladas. A veces pienso demasiado. Por eso tengo que hablarte. ¿Cómo vas tú?

–Bien. No hago nada. Soy enlace. Voy de un lado para otro, pero no se puede decir que me canse.

–Me alegro. Ya no me necesitas como madrina y ahora soy yo la que te pide un favor.

–¿Tú a mí? Lo que sea. Sabes que solo deseo corresponder en parte lo mucho que hiciste por mí, aunque ignoro en qué te podré ayudar.

–En algo muy sencillo y un poquito raro.

–Si has pensado en mí, no lo será tanto.

–Verás. Mañana está en Burgos mi tía Josefina, una hermana de mi madre. Su marido, mi tío Guillermo, es muy amigo del gobernador del Banco de España y los ha invitado a cenar...

Pujol pone cara de no entender nada.

–... Y como solo se quedarán unas horas, a Josefina se le ocurrió que me invite a mí también, para vernos un ratito.

–Lo encuentro muy razonable.

–Y ahí apareces tú. Al gobernador le gustó la idea, pero dice que vaya acompañada. Que la mesa debe ser de seis, por razones de protocolo.

–Y me pides que yo sea el sexto. ¡Pero si no tengo ropa!

–Ya lo pensé. Ven de alférez, que estás muy guapo.

–¡Con el gobernador del Banco de España! ¡Ahí es nada! ¡Y tú, acompañada de un cualquiera!

–No hables así, Juan. Te aseguro que de todos mis conocidos, tú eres el más culto y la persona en la que más confío para compartir esa mesa. Te lo ruego. Hazme ese favor. Además...

–Además, ¿qué?

–Ya se lo he dicho y te esperan. Mi tía cree que estoy enamorada.

El rubor de Clarita crece y se desborda.

–Y no lo estás.

–Juan, por favor; las cosas no son blancas o negras. Cuando el otro día me besaste...

–... nos besamos...

–... Bueno, lo que fuera; actuabas como si ya hubiésemos hablado de todo esto, como si fuésemos una pareja...

–¿Consolidada?

–Sí, como unos novios.

–Lo siento, quizá me precipité.

–No, no; la culpa es mía, que soy así. Necesito verte más y que tú me veas. Por eso esta cena serviría...

–De alférez, dices. ¡Menudo timbre!

–¡Y a mucha honra! ¡Mi ahijado alférez!

–¿Dónde y cuándo hay que estar?

–A las nueve, en el Hotel Condestable.

Burgos - Banco de España

Goicoechea la llama a su despacho, y cuando la mujer entra, le permite que se siente en uno de los sillones frente a su mesa.

–Mire, Araceli; necesito que venga a cenar conmigo. Puede ser que le parezca una petición desacostumbrada, pero es un compromiso.

–¿Por qué iba a parecérmelo? Si usted me lo pide, seguro que es importante.

–Pues no, en realidad no es muy importante, porque si lo fuera, no andaría yo con tantos remilgos. Le explico. Mañana vienen a cenar conmigo el libretista Guillermo Fernández Shaw y su mujer, María Josefa Baldasano Llanos. Acudirán con una sobrina suya de la misma edad que usted y su acompañante. ¿Ha oído hablar de don Guillermo, no es cierto? Estrenó *La Cibeles* y *La tabernera del puerto* antes de la guerra, justo antes...

–A *La tabernera...*, la conozco, don Antonio; pero a don Guillermo, no.

–¡Ja, ja! Bueno, es igual. Procure enterarse bien de quién se trata, porque se sentará a su lado. También atienda a su sobrina y saque a colación algún tema de juventud. No sé, si vio últimamente alguna película, o cosas por el estilo. En cualquier caso, confío en que él nos deleite con su humor habitual. Como a mí me han dejado solo en Burgos y la mesa ha de ser de seis..., por eso se lo digo.

–¡Ah! Pues estupendo. ¿Y dónde se celebra?

–En un comedor privado del Hotel Condestable.

–¡Magnífico! ¡Yo vivo allí...!

–Lo sé.

En el armario de Lugo que ocupa la mitad de la habitación, hay tres trajes que sirven para la cita. Dos seriotos y otro, como de más fiesta. Con cualquiera de los dos voy de secretaria. Con el tercero, de pilingui. Ya está. Mezclo los tres y voy discretita con algún detalle llamativo.

Burgos - Hotel Condestable

Juan espera a Clarita en la barra de la cafetería que el Condestable tiene en el bajo de su edificio. Llega con tiempo suficiente para leer la prensa y echar un ojo a las autoridades del régimen que pululan por el hotel. Es un ejercicio que

realiza a diario desde que está en San Marcial y presume ante si mismo de reconocer a más de un centenar de políticos, militares o gente de alto coturno en la ciudad. Sin embargo, ese hombre que baja de las habitaciones llave en mano, con aspecto de *gentleman* inglés y ademanes de actor, no está en sus archivos. Por fuerza ha de ser alguien distinguido; por la soltura con que se mueve, no es un recién llegado, y por el porte, no es español. El desconocido se sienta al otro extremo de la barra, pide un Martini y se lo sirven. Juan no puede más y pregunta al camarero:

–El señor que ha pedido el Martini, ¿es el agregado de la embajada alemana?

–No. Es Kim Philby, el corresponsal de *The Times*.

–Muchas gracias.

El privado del hotel es un comedor de cortinones con una mesa central dispuesta para seis comensales. Los primeros en llegar, antes de las nueve menos cuarto, son Goicoechea y Araceli.

–¿Les sirvo un jerez?

–Un jerez nunca se rechaza –se adelanta Araceli para evitar que don Antonio acepte el alcohol, un detalle de gran protocolo que alguna vez oyó a su familia. «No es de caballeros admitir que se bebe alcohol, aunque es de gran elegancia dejarse invitar por una dama», decía una de sus tías paternas de mucha prosapia.

–Por cierto, Araceli, ¿sabe que Bérard ha rechazado la embajada en España?

–No. Tampoco sabía que se la hubiesen ofrecido.

–¡Ja, ja! Qué graciosa es usted. ¡La prensa comentaba que sería él! Pero sí, se negó en redondo. Me pareció un buen hombre y se fue hablando maravillas de Burgos y de la señorita que le enseña la catedral. Un día tiene que llevarme a mí. Me intriga saber todo lo que le contó a la visita.

–No creo que yo le pueda descubrir a usted nada sobre la catedral.

–Bueno, por si acaso. Me disgustaría saber menos del monumento que un franchute.

–Pues eso tiene fácil solución, don Antonio.

El matrimonio Fernández-Shaw hace su entrada en el comedor.

–¡Querido Guillermo!

–¡Antonio, el amo de los dineros!

–¡No exageres! ¡Gobernador, sí; pero sin gobierno! María Josefa, estás guapísima. Deja que te bese. Mirad, os quiero presentar a la señorita Araceli González. Acaba de llegar de Galicia y ya ha conquistado Burgos. Es una eficaz colaboradora del banco.

–Encantada, don Guillermo. Doña María Josefa.

Araceli saluda al matrimonio ante la atenta mirada de Goicoechea, que observa con satisfacción la soltura y modales de la muchacha, que aquella noche ha sabido resaltar todo su atractivo sin que su posible rival, en este caso María Josefa, pudiese echarle en cara un exceso en los afeites, ni un defecto en las hechuras.

–Así que gallega. Adoro esa tierra. Hace diez años estrenamos una zarzuela de las tierras del Ulla.

–Sí –interviene presta Araceli–, *La meiga*.

–¡Exacto! ¿No me diga que la ha visto? Se representó poco, aunque con mucho éxito.

–Me encanta la zarzuela –se escabulle la interrogada–. Y si la letra es de don Guillermo Fernández-Shaw y el argumento es gallego, resulta imposible no caer rendida.

–¡Antonio! Además de dinero en las arcas, ¿tienes una joya en la oficina!

Goicoechea ríe satisfecho ante los piropos de su amigo cuando por la puerta se recortan las figuras de Clarita y Juan, que luce sus mejores galas de enlace alférez. María Josefa Baldasano y Llanos se adelanta para besar a su sobrina.

–¡Clarita! Guapa. ¡Estás más delgada!

–Será la guerra, tía.

–No le hagas caso, chiquilla –se acerca también el autor–. Ya conoces a Josefina, todo lo mide en arrobas, como en los mercados. Dame un beso, que estás preciosa. Y haznos las presentaciones.

–Sí, él es el alférez Juan Pujol, mi ahijado de guerra. Es de Barcelona y ha estado en el frente de Teruel.

Juan se alegra de que Clarita no añada que también estuvo en el del Ebro, pero en el otro bando. Aunque pudiesen pensar que es un mérito, a los traidores se les juzga sin más preguntas.

Al cruzarse los saludos Juan clava sus ojos en los de Araceli. El corazón se

le altera. Se ha quedado inmóvil unos segundos, los suficientes para que ella se azore y todos se den cuenta del flechazo, o de lo que aquel silencio signifique.

–Yo soy Araceli.

–Y yo, Juan.

La muchacha le tiende la mano y el alférez, con la gorra de plato en posición de saludo, se acerca, se desentiende de inclinarse y le besa por dos veces las mejillas, un gesto que no pasa desapercibido al resto de los comensales. ¡Caray para los catalanes! ¡Qué lanzados!

–Encantado de conocerla, señorita.

Clarita, al lado de Goicoechea, observa el instante y sin remedio le abarca una tristeza infinita. ¡Qué tonta! Y yo pensando en pedirle que mañana viniese a buscarme, que oiríamos misa juntos y que luego pasearíamos hasta no sé dónde. Pero no puedo quejarme. Lo he traído de la mano y se la he puesto delante. Las bobas lo hacemos así. Pero qué descarado. ¡Si no le quita ojo! ¡Ni ella a él!

¿Qué tal tu padre, Clarita? ¿Papá? Bien, con sus achaques, ya sabes. Renegando del frío y sin querer ponerse la bufanda. ¡Esto se acaba, Guillermo! Inglaterra y Francia ya han reconocido la victoria y pronto nos abrirán los brazos el resto de países. Hay mucho que hacer y aunque bromees conmigo, somos pobres. ¡Pobres, pero honrados! ¿No es lo que siempre se dice? En muy poco tiempo vamos a tener una buena noticia, pero os ruego que el adelanto se quede entre nosotros. Cuenta con ello. Será solo por unos días, porque el Caudillo quiere darle todo el bombo que sea posible. ¡Cuenta, Antonio! Francia nos va a devolver cuarenta toneladas de oro, de ése que se llevaron a París. ¡Eso es fantástico! En fin, no es todo lo que salió, pero al menos recuperamos algo. El otro se lo gastaron en armas, eso dicen. Y Araceli tuvo mucho que ver en las negociaciones. ¡Qué va! ¡Yo no hice nada! Vaya, ya salió la guapa. Díganos, señorita..., hasta donde pueda, que ya sabemos de los muchos secretos de Burgos. Nada, don Antonio, que es muy generoso, cree que atendí muy bien a los miembros de la delegación francesa y por eso firmaron, pero de ahí a la verdad va un trecho. En realidad yo solo les di un poco de morcilla. ¡Eso está muy requetebueno! ¡Un poco de morcilla! ¡Me sirve para una zarzuela! «Y respondió la chiquilla, en realidad solo les di, un poco de

morcilla.» Guillermo, por favor, no se canta en la mesa. Araceli por aquí, Araceli por allá. ¡Los tiene a todos coladitos! Oye, Antonio, ¿y cómo fue lo de Batet? ¿No era un gran militar, católico y de los nuestros? Tú lo dijiste, lo era, pero jugó mal sus cartas y Franco no es de los que se compadezcan si la milicia está en juego. ¡Pero si se conocían de África! O eso creo. Sí, sí, pero de ahí viene la cosa. Os suplico discreción, pero ya no tiene remedio y por Burgos se hablan cosas que no son. Lo fusilaron de madrugada en Vista Alegre, mira tú qué paradoja, y él pidió al pelotón que le tirasen al pecho, al corazón. Se lo dijo como general, como una orden. Tuvo que ser muy dramático. ¡Y tanto! Nos extrañó a todos, porque aunque no se uniese al Alzamiento, otros tampoco lo hicieron y no los fusilaron. Bueno, Guillermo; tú sabes que a veces hay cosas peores que no estar en el mismo bando. Olvidaos de Batet, por favor, que les estáis dando la cena a los jovencitos. Dime, Clarita, ¿qué ambiente hay en Burgos? Con tantos soldados sueltos esto tiene que ser un hervidero.

A buena parte va María Josefa para que le cuenten los chismes de la capital. A la que menos sabe, a la que se muerde la lengua por ver a Juan gozoso, a la que desea salir corriendo y llorar contra la almohada las lágrimas que aquí reprime.

Tras los postres, Goicoechea les invita a levantarse y tomar el café en el salón de fumadores. Cuando se levantan, Guillermo se agarra a su brazo y le pregunta al oído.

—Ya vi que no querías abundar en lo de Batet delante de todos, pero a mí me lo sueltas, o de lo contrario soy yo el que invito a esta cena.

—¿Cómo lo voy a contar en la mesa, querido Guillermo, si es escandaloso?

—¡Pues por eso! Tú no te escapas.

Goicoechea se detiene y anuncia a Juan y a las mujeres:

—Guillermo y yo vamos un momento a saludar a doña Ana, la dueña. La señora Mata Manzanedo sabía que cenábamos hoy con él y desea conocerlo.

Y luego, en un aparte:

—Por cierto, a doña Ana le entusiasma el mundo de la farándula.

—¡Hombre! Muchas gracias. Yo, con el artisteo.

—¡Pues ya me contarás, Guillermo! ¿Quién les escribe sus papeles?

—Vale, vale. Conozcamos a doña Ana, pero desembucha antes lo de Batet.

Goicoechea mira a su alrededor para asegurarse la confidencia, baja la voz y le pregunta a su amigo cara a cara:

–¿Oíste hablar del expediente Picasso?

–Algo me suena de la prensa. Algo de hace años, ¿puede ser?

–Puede. Fue un informe que se le pide a Domingo Batet en 1921, después del Desastre de Annual. El general debe analizar la actuación de los militares españoles en África y no se le ocurre mejor cosa que poner a Franco a caer de un burro. Imagino que con razón, porque Batet era recto como una espingarda. Dicen, yo no lo leí, que allí describe lo poco militar que era, muy señorito, enemigo de sus soldados, que no se merecía la laureada; lo trata de cobarde, de corrupto y sabe Dios de cuántas cosas más. Franco lo lee, claro, y ya te puedes imaginar el resto. El propio Mola, que era muy amigo de Batet, lo traiciona antes del Alzamiento. Lo encierran, lo juzgan y ni siquiera Queipo, que intercede, puede salvarlo del fusilamiento.

–¡Pobre Batet! ¡Muerto por sincero!

En la oficina de recepción está la propietaria del hotel, enfrascada en sus papeles.

–Doña Ana, aquí le traigo a don Guillermo Fernández-Shaw, como le prometí.

–Un placer, señora.

–Lo mismo digo. ¿Han cenado bien?

–El cordero estaba como para dárselo a un bebé sin dientes.

–¡Ay! ¡Qué ocurrente es usted! ¡Como en sus zarzuelas!

–Lo mismo, solo que ahora sin intermediarios. Voy a besarla, señora.

–Venga, venga; que no todos los días tiene una en su casa al padre de *Doña Francisquita*.

II. PAISAJE

Lisboa, la forja de un espía

1939 1 de abril, sábado

Del alférez Pujol le han quedado grabados sus ojos vivarachos. Ojos con chispa, con un guiño de misterio que se clavaron desde el primer momento en los suyos y poco hizo por apartarlos. Y eso que iba con la chiquilla Baldasano; qué descaró y qué vergüenza. Descaró el suyo, vergüenza la mía. Pero peor fue la salida. Naturalmente, yo me quedo en el Condestable, pero él se iba, y entonces se da la vuelta, deja plantada a su acompañante, y me dice: Mañana es sábado y desearía verla, hoy apenas hemos hablado. ¿Hablado? Hablar hablan los novios, los enamorados. Mi madre siempre dice: Fulanito habla con Fulanita, y eso es como certificar que se han comprometido. ¿Y yo qué iba a contestarle? Que sí, que bueno, que a las seis salgo del banco. ¿Habrá sido mucho decir? En fin, por probar no pierdo nada y si hay que ir al cine, mejor no ir sola, que abundan los enamorados de trinchera.

En el cielo de Burgos hay pinceladas de plomo y el viento trae el primer calor de la primavera. Juan está a las puertas del banco y la saluda sin opción a las dudas.

—La habré sorprendido ayer.

—No, me ha hecho gracia —responde Araceli sin saber muy bien lo que dice.

—¿Le parezco gracioso?

—Pues la verdad sea dicha, sí. Se presenta con la sobrina del señor Fernández-Shaw y me pide a mí que hoy nos veamos. Un poco raro, ¿no?

—Clara es mi madrina de guerra. Me ha ayudado como no se puede hacer idea. Estaría dispuesto a matar un dragón por ella. Ahí se acaba todo.

—¡Un dragón! No es mal pago si tú eres la princesa.

Sin querer, cruzan la Plaza y toman Sombrerería hacia Diego Porcelos. Ni uno ni otro preguntan hacia dónde van, como si la catedral les atrajese por encima de sus voluntades, o se hubiesen dicho en algún momento que ése sería el destino de sus pasos, lo cual resulta de todo punto inexacto.

–Yo no tenía que estar en la cena de ayer.

–¡Ésa sí que es buena! ¡Ni yo tampoco! Me lo pidió el gobernador para hacer bulto.

–Y a mí Clarita, por los mismos motivos.

–Es decir, que somos dos muñecos que se ponen para que no haya sillas vacías.

–Visto desde esa frialdad, sí; pero estoy seguro de que el señor Goicoechea la aprecia más que a un fardo y no sienta en su mesa a cualquiera.

–Lo mismo puedo decir yo de su madrina. Aunque puestos a comparar, el aprecio que se adivina en la muchacha es de otra raza distinta al que pueda dispensarme a mí don Antonio, ¿me equivoco?

–No lo sé. Nuestra relación ha sido de madrina a ahijado, y viceversa. Y todo hay que decirlo, muy bonita además.

–Yo también he sido madrina de no sé cuántos. Les hacíamos paquetitos con tabaco, con bufandas, con lectura...

–Y con Franco y José Antonio.

–Sí, sí; con todos los requisitos. Con nuestra virgen de los Ojos Grandes y unos calcetines de lana que hacía mi madre, porque yo no calceto.

Y de Lugo a Barcelona; de los bailes al cine, de los pollos catalanes a las vacas gallegas. Cada uno habla sin pausa y sin reserva, o eso parece, porque Juan no cuenta todo, ni Araceli lo reclama.

Sin conciencia de haber caminado hasta allí, alzan la vista y descubren la imponente imagen de la catedral que se yergue ante ellos anunciándoles que ésa era su meta.

–Venga, Juan. Voy a proponerle un juego.

–¿Qué le parece si nos tuteamos?

–Lo estaba deseando.

–Dime entonces el juego.

–Hay que descubrir un burro volando en la puerta de Santa María.

–¡Ja! ¡Una gárgola!

–¿Lo sabías?

–No, ¿pero qué otra cosa podría ser?

–¡Caramba! Ahora sí que me has sorprendido.

–No, ahora te he chafado.

–Tienes razón, me has tumbado el juegucito. Pues a los franceses les gustó mucho.

–¿A qué franceses?

–A los del oro.

–¿Y tú sabes qué ocurrió debajo del burro?

–Algo me dijeron, pero no recuerdo. ¿Un asesinato?

–Buena memoria. Aquí mataron a un gobernador, pero no de los tuyos, de los dineros, sino de los civiles. Quería cumplir una orden del Gobierno y llevarse los libros de la catedral, cuando una turba sañuda se lo impide. Yo no sé si la orden era buena o mala, si el hombre era probo funcionario, o de la piel de Satanás; si cocinaba a los niños, o hacía obras de caridad. Solo sé que lo persiguen, lo acorralan y con furia sanguinaria hacen de él amasijo. Lo arrastran, lo castran y se acabó.

–¡Qué horror!

–No es una historia que guste mucho en Burgos, pero qué le vamos a hacer. Sucede así y el burro es testigo. Pregúntale a él.

Araceli busca al asno con la vista y se estremece en el recuerdo.

–Comienza a hacer frío.

–Te abrazaría. Pero con uniforme no nos dejan.

El ofrecimiento la deja sin palabras y sin embargo él, míralo, tan rufo, son su sonrisa y sus ojillos vivarachos. Conocí chicos rápidos en las proposiciones, pero lo de este Juan es cosa seria. ¿No me dice que me abrazaría aquí, en Santa María? Donde trocean al gobernador, con el burro volando y los curas de un lado para otro.

–Ven, te invito a algo calentito. Sé de un sitio en Trinas que dan un caldo mondongo muy sabroso. Y si lo prefieres, cenamos juntos. Hasta las once no tengo urgencias.

–Yo tampoco.

Araceli no sabe si ha contestado que sí, o le ha dado largas. Cree que van a cenar juntos, pero se ve inmersa en la incertidumbre. Solo sabe que han caminado hasta aquí y que ahora vuelven sobre sus pasos, impulsada ella por un movimiento irresistible.

–Pues vamos, está al otro lado del río. Ya verás qué simpático es su dueño, Elías Quintano, más conocido como el Patillas.

Desde su llegada a la ciudad, Araceli no ha cruzado el Arlanzón. Es otro mundo del que le habló don Constancio, pero que todavía desconoce. Al hacerlo ahora le sugiere la llegada de la aventura, el verdadero espacio que desea visitar cuando sale de Lugo y que no identifica con el Burgos por donde se ha movido, quizá porque en él está todo bajo su control. Hora es ya de perderlo, de perderse de la mano de este hombre que la trae y la lleva sin que ella, como venía haciendo desde niña, decida con su santa voluntad. Le va a presentar al Patillas, el no va más de un futuro que se anuncia extraordinario. Madrid ha caído y la gente está nerviosa. Esperan grandes acontecimientos, y aunque el mundo anda revuelto, lo que venga no puede ser peor que lo pasado, o eso piensa ella cuando ve las aguas del Arlanzón que discurren mansas con cadencia de calendario.

—¿Qué opinas de los fanatismos?

Juan no ha parado de hablar y sus palabras se mezclan con los pensamientos de la mujer, de modo que no sería capaz de repetir sino partes aisladas de su discurso. Sin embargo, esta pregunta le desconcierta. Ahora se ha callado y algo debe responderle, pero ¿qué espera escuchar él?

—Odio el fanatismo.

—Bien, bien..., con eso basta.

Basta ¿para qué? ¿Habré oído bien? ¿Me preguntará por el fanatismo, tal como yo lo entiendo, o por otra cosa?

—Lo que vi en las calles de Barcelona me horroriza. Solo hay ignorancia y bestialismo, lo peor del género humano. ¿Tengo yo que luchar para que esas alimañas se salgan con la suya? No lo puedo admitir. No, señor. Y no lo hice. Ahí comienza mi huida y todavía la mantengo. No te va a gustar lo que viene ahora, pero al llegar a esta otra orilla, al ver de cerca lo que construyen los vencedores, tampoco me agrada. Dirás que soy muy exigente, o que corren hormigas por mi cuerpo. Y no es verdad, no hay nada de eso. Mi padre me enseña a ser humilde, pero también a respetar y ser respetado. No digo que lo haya aprendido, pero lo intento. Vendrán días muy malos, se huele en el aire. Alemania es una amenaza porque ha llegado al poder un hombre sin entrañas, no hay más que oír el tono de su voz y sus mensajes, y lo peor es que somos sus amigos. Hitler no habla de paz, sino de guerra, de muerte y de poder. Es un loco y me produce miedo. He pasado meses solo, rumié las ideas una por una

y tuve muchas horas para mirar mi ombligo e intuir el suyo. A los dos los conozco bien. Ése es el caso. Duermo mal, no estoy tranquilo y tengo pesadillas.

–¿Con qué?

–Con el fanatismo. Veo morir a mucha gente y a quienes los matan sin que nadie haga nada por detener la carnicería. Entonces me despierto entre sudores y me pregunto si yo podría...

Araceli se adelanta dos pasos y le mira a la cara.

–Es normal que te suceda. En Barcelona viste lo que viste, y después, lo del frente y todo tu calvario... Muchos españoles tienen hoy malos sueños.

–En la guerra apenas vi violencia. Sí, estuve cerca de la muerte, pero esas imágenes no me atormentan. Son otras muy distintas. Los cuerpos se amontonan y una pala los recoge por docenas.

–¿Siempre el mismo?

–Casi siempre. Me vas a tomar por loco. Te invito a pasear y te cuento truculencias.

–No es el relato que esperaba, pero me agrada que te sinceres. Eso quiere decir que confías en mí, lo cual es un halago, así que vaya lo uno por lo otro.

Un coche negro con banderín que Juan reconoce del Estado Mayor los sobrepasa a gran velocidad. Es el único Aston Martin Headlam que circula en Burgos y el hombre intuye que conduce a alguien de vara alta.

–Espero que no me haya visto sin la gorra. Por las prisas que lleva no creo que anden a la caza de alféreces descubiertos, pero aprieta el paso y desaparezcamos.

Un poco más allá de donde están, superado el bulevar del Ferrocarril, se ha instalado Radio Nacional. Ocupa el Colegio de Sordomudos, chusco albergue para una emisora que ha de ser hablada y oída. Es también la antigua Casa de Beneficencia de San Agustín, y para los burgaleses, dicho en corto, el hospicio, donde los niños expósitos, los de padres idos o desconocidos, se ganaron el título de Hijos de San Agustín. Algo es algo. Un padre lejano, pero santo. Con unos pocos muebles y cuatro aparatos han convertido el local en la emisora que venía funcionando en Salamanca. Un transmisor portátil Telefunken que regalaron los negrillos, o sea, los alemanes; un mínimo control de circunstancias, cuatro mesas, dos locutorios y una luz roja que le da aires

de importancia. Es suficiente para la labor que hasta ahora se le encomienda, los dos partes diarios, al mediodía y por la noche, y la misa por las ondas, privilegio de Pío XI que ninguna otra radio disfruta con marchamo de validez a todos los efectos.

Cuando Araceli y Juan entran en el Patillas, llega a San Agustín el Aston Martin que traslada al teniente coronel Antonio Barroso Sánchez-Guerra, jefe de la sección de Operaciones del Cuartel General. En sus manos lleva el parte diario de guerra para ser leído a las diez y media, pero éste, a diferencia de los anteriores, lo ha escrito Franco con sus propias manos, en bata de griposo y luego de corregirlo varias veces. Ha de ser notable, pues antes de tenerlo Barroso, pasó por las manos del comandante José María Martínez Maza y del general Francisco Martín Moreno. El mecanógrafo Rafael Muñoz Navarro, presa de los nervios, ni siquiera es capaz de transcribirlo y lo hace su compañero, Eugenio Hernández López.

Ya están allí el filólogo e historiador Antonio Tovar, que sucede en la dirección a Miquelarena y a Arias Paz, el actor Fernando Fernández de Córdoba, que hace las veces de locutor, y el redactor Juan Hernández Petit. Barroso trae una botella de champán. Por eso y por llevarlo él en persona, los presentes adivinan su contenido. Le acompañan el teniente coronel Peral, el comandante Medrano y el teniente Melgar. Les suceden, en la llegada a San Agustín, Rufó Bañales, cornetín de órdenes; Dora Lennard, locutora de inglés; su marido, Antonio Alonso Hernández, locutor de francés; Arturo Monetti, de italiano; Bello, de portugués; el fotógrafo Miguel Cortés, y dos personas más. Hoy, Radio Nacional es un hervidero de personajes.

El Patillas manda callar a los que cantan y escucha las noticias como hace cada noche, sin dejar de atender a la pareja recién llegada.

—¿Qué les pongo? ¿Dos vinitos?

—Bueno, de momento.

—¡Silencio, cojones! ¡Que está a punto!

Se presienten novedades. El Patillas las presiente porque hoy ha estado por la tarde Hernández Petit y le ha soplado que estuviese atento al parte, aunque tampoco hacía falta, porque siempre lo está.

—Radio Nacional de España. Vuelven banderas victoriosas.

—¡Marcelino! ¿Quieres callar ya, o te estampo la jarra en los morros?

–¡Patillas! ¡Calderillas! –protesta el cliente achispado.

–¡Calla, hostia!

Suena un gong, el himno de la Falange y el toque de corneta.

–Esto no es normal –advierde Juan a Araceli.

–Y tanto –asiente ella.

Ahora es la voz potente, modulada y fácilmente reconocible de Fernández de Córdoba la que inunda la taberna en medio de un instante entre dos nadas.

–Parte oficial de guerra correspondiente al día uno de abril de mil novecientos treinta y nueve. Tercer Año Triunfal. En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

Y como anuncio de la nueva era, añade:

–Burgos, primero de abril de mil novecientos treinta y nueve. Año de la Victoria. El Generalísimo Franco.

Mientras suena el himno, los vivas a Alemania, Italia y Portugal, los vivas a España, el Franco, Franco, Franco, el Arriba final y la algarabía de los presentes, Juan le pregunta a la muchacha:

–¿Te alegras?

Y ella responde.

–Sí, claro. ¿Tú no?

Juan calla, acerca sus labios a los de ella y la besa suavemente durante instantes que a los dos parecen minutos. El hombre actúa consciente de que en un momento así no será rechazado y de que si ella acepta, habrán sellado un amor nacido al mismo tiempo que el fin de la guerra.

–Juan, eres un atrevido.

–Mujer, la guerra ha terminado. ¿Cómo recibir mejor la noticia que con un beso?

14 de julio, viernes

Burgos ya sabe que no será capital. En realidad unos lo saben, otros lo sospechan y el resto nunca lo creyeron. ¿Cómo la van a poner aquí? ¡Sois unos cretinos!, grita don Constancio Castro a los dos paniaguados que viven con él y que su hermana dio en regalarle como sobrinos. Ella creía que sí y que

acercándole sus hijos les daría carrera en Burgos, capital de España. Sí, carrera diplomática, no te jode vuestra madre, más panoli que vosotros. ¿Y ahora qué hacemos? Pues tenéis dos opciones, o volvéis con ella al pueblo, o marcháis a Madrid, a hacer fortuna. ¿No queríais capital? ¡Pues aquí no está! A don Constancio le agrada la soledad en la que vivía. Se levanta, estudia, escribe y lee. Solo se atiene a los horarios que le marcan los archivos y las bibliotecas, el resto es suyo; pero en los meses que llevan con él los dos cantamañanas que tiene por sobrinos el plan de vida se le ha truncado y le jeringa como una piedra en el zapato. Como dos. Si al menos me echaseis una mano con la cocina, pero quiá, a mesa puesta y a las horas en que tenéis el estómago acostumbrado, que si no, suenan las tripas y os ponéis como furias del Averno. Pero, tío; ya recogemos colillas y le liamos unos pitillos que bien ricos que le saben. ¡Alabado sean el Santo Cristo de Burgos y la Virgen Santa María! ¿Por siete cochinos pitillos, que más no me dais, voy a teneros toda la puta vida a la sopa boba? ¡Y la ciudad sin capitalidad!

Cuando dos burgaleses pasean por delante de la casa del Cordón, uno le dice al otro: «Mira, Asuntos Exteriores». Y éste le replica: «Y tan exteriores que se van fuera. Y con la Audiencia se va la Hacienda; y con la Diputación, Serrano, y con el Ayuntamiento, Raimundo».

–Tendríamos que decidir algo, lo que sea –le dice Araceli a Juan, un ciudadano civil a todos los efectos desde hace tres semanas.

Juan no recoge colillas porque ella cubre todas sus necesidades, pero se lo llevan los demonios pensando que es un mantenido.

–Ya sabes que no hago otra cosa. Decidir lo que decido y arrastrarme por las paredes hasta que lo sepa, pero creo que empiezo a ver una salida, una luz tras el largo túnel. Si no basta su aleteo, como dicen los chinos, será necesario que la mariposa estornude para que la bestia se aparte de su camino. No hay otro remedio. Y yo estoy dispuesto a acatarrarme.

–¿En qué piensas?

–Voy a Madrid. Allí tiene que ser más fácil.

–¿Qué? ¿Encontrar trabajo?

–Encontrar nuestro futuro inmediato.

–A mí tampoco me queda mucho tiempo.

–¿Te han dicho algo?

–Bastan las miradas. Por cierto...

–Dime.

–A final de mes llega el oro de París. Hasta esa fecha sé que vamos a estar aquí y que no habrá cambios. Estamos preparando todo para el recibimiento.

–¿Aquí?

–No, claro, en Madrid; en el Banco de España de Cibeles.

–¡Ves! Madrid otra vez. Hay que marcharse. ¿Y qué van a organizar?

–Nada, lo harán desfilan por los alrededores y lo meterán en la cámara, pero quieren que se note.

–Estaba pensando...

–¿Qué se te ocurre?

–Te va a parecer una tontería, pero ¿tú podrías facilitarme una acreditación para estar allí ese día?

Araceli da un respingo.

–¿Quieres robar el oro?

–No, mujer, es un capricho; mejor dicho, una corazonada. Ya sabes que a veces me dejo llevar por esas cosas y casi siempre responden a algo. Ahora, cuando te escuchaba, me vino a la cabeza, ya ves tú, que dinero llama a dinero, y que si estoy cerca del oro, la suerte nos va a cambiar.

–Yo estoy en un banco con mucho dinero y sigo cobrando lo mismo –le contradice la mujer con dificultades para contener la risa.

–¿Lo puedes hacer o no?

–No sé, hablaré con Zulueta; seguramente será él quien se encargue de la seguridad una vez que el convoy entre en el Banco de España. Si no ve inconveniente..., pero le va a parecer extraño. Tendré que jurarle por la cruz de Burgos que eres inofensivo.

–Dile que soy periodista. El corresponsal de un periódico francés y que quiero hacer una crónica distinta a las de mis colegas. Un reportaje desde dentro, donde hablaré muy bien del servicio de seguridad. Seguro que le gusta. Dile también que tú pones la mano en el fuego por mí.

–¡Cuánto honor! Eso sí que no me lo esperaba.

–¡Araceli! ¡En tu vida hiciste cosas mucho más peligrosas! Ésta no tiene el más mínimo riesgo. Basta que le echas un poco de cara.

–Un poco, dices. Total, para ver pasar el oro por delante...

–Si quieres, intento coger algo.

–¡Ni una broma más! No, si tú me conquistaste por lo travieso que eres. ¡Mira qué ocurrencias tienes!

–Y tú me conquistaste porque no hay otra mujer en el mundo que me divierta tanto, ninguna que pueda entenderme cuando le hablo de la mariposa y su estornudo.

Dionisio Ridruejo, que ejerce de jefe nacional de Propaganda, tiene que compartir vivienda con tres familias en un chalé de la Castellana. A don Constancio se lo dice Anuncita, la chica que le ayuda por las tardes en la casa, y cuando el hombre se entera, da botes de alegría. ¡Ja, y yo solo aguanto a dos sobrinos! Me empieza a gustar este régimen. Oye, de esto, ni palabra a los chicos, Anuncita; que si se enteran, traen a su madre, y aunque cocina bien la condenada, se pone muy rallante con Dios y las iglesias.

–¿Sabes que los franceses están muy interesados en el acto de Madrid? –le espeta Araceli a Zulueta haciéndose la encontradiza.

–¿Con la entrega del día 30?

–Exacto. Ya está detrás de información el corresponsal de *Le Figaro*.

–¿Y tú por qué lo sabes?

–Porque me lo han presentado.

–¡Caramba! ¿Y qué tal es el gabacho?

–Es español. Un caballero. Tiene una influencia bárbara en toda Francia. Contactos, conocimientos, puertas abiertas. Me ha invitado a París cuando yo quiera.

–¡Lo que daría yo por una semanita en París! ¡Pigalle! ¡Le Moulin Rouge! ¡Mujeres! ¡Champán y Maurice Chevalier! Me encanta ese hombre y cómo mira a las jovencitas. Así, así, y se caen todas rendidas. Ése sí que es un *chevalier*.

–Pues éste ni te cuento. Yo estuve a punto del desmayo.

–¿Y vas a ir?

–¿A París? Quizá. ¡Se ha puesto tan pesado! Oye, ahora que hablamos de esto. También me dijo que le gustaría hacer una crónica de la entrega desde dentro del banco, diferente a la de los otros. Si lo llevas contigo a ver cómo guardan el oro, seguro que te invita también a ti.

–¿Tú crees que haría eso?

–No te lo puedo decir con seguridad, pero haz la prueba. ¿Podrías pasarlo ese día?

–¿Quién, yo? ¡Pues claro! Una vez que el convoy deje la calle de Alcalá, yo soy el máximo responsable de su custodia. Lo que menda lerenda diga dentro del edificio del banco va a misa.

–Bueno, entonces prueba.

–Dile que sí, que eso está hecho, pero a cambio... no hace falta que pague el viaje, basta que me aloje y que me presente a alguna gachupina.

–Seguramente hoy coincido con él y se lo comento.

–Recuérdale quién soy, jefe de policía del Banco de España. No tendrá problemas ese día.

–Así lo haré. Seguro que acepta encantado.

29 de julio, sábado

Juan se pierde en las callejuelas cercanas a la Puerta del Sol. Es la primera vez que está en Madrid y le atrae el olor a fritanga y gallinejas que se funde en el calor intenso del verano. Hay mucha policía de patrulla. También abundan los militares. La prensa informa con gran despliegue que los cinco camiones franceses con el oro han pasado la frontera de Irún y a lo largo del día de hoy llegarán a Madrid. Él ha devorado todo lo que se publica y en sus cálculos no entra que la comitiva llegue antes del anochecer, sin embargo en Alcalá se forman grupos de curiosos desde primeras horas de la tarde. Es sábado y el espectáculo se anuncia gratuito. Algunos de éstos creen que saldrán funcionarios por las ventanillas y arrojarán monedas como si fuesen caramelos.

El hombre se acerca a un corrillo y luego a otro para escuchar con disimulo qué se dice del reintegro. Llega a la conclusión de que la gente se divide entre dos extremos.

Los crédulos.

–¿Nos lo dejarán ver?

–¿El oro? ¡Ni lo sueñes! ¡Jambalají, jambalajó y adentro!

Y los incrédulos.

–¿Quién te dice a ti que dentro va el oro? A lo mejor lo traen por otro lado

para evitar tentaciones.

—O a lo mejor no lo traen por ninguno y es todo una patraña.

Llega hasta Cibeles, cruza la plaza y sigue hasta la Puerta de Alcalá. Está contento de pisar Madrid y, sobre todo, de saber que Araceli lo espera en Burgos, enamorada. Ha sido muy hábil en el trato con Zulueta. Era una opción que contemplaba. No es solo una mujer guapa, sino que tiene arrestos para lo que haga falta. No ha fallado su intuición y de ello extrae conclusiones que le revolotean en la cabeza, aunque no logre concretarlas, ni sepa lo que busca.

Tomó pensión en Leganitos y duda si volver a ella y tumbarse un rato, pero a la vista del Retiro, se anima y sigue andando. La tarde invita al paseo y no está tan molido como para tirarse a la bartola. Lo que hará será sentarse cerca del estanque, al fresco del agua, en una sombra. Después de todo, son las seis y hasta las ocho no quedó en presentarse a Zulueta. En el bolsillo lleva el papel firmado por el policía. Lo saca y lo relee: «Don Daniel Zulueta Mayor, jefe de los Servicios de Policía del Banco de España AUTORIZA a don Juan Pujol García, periodista, para que permanezca en la zona acotada del edificio de la calle Alcalá el día 29 de abril de 1939, Año de la Victoria, a fin de desarrollar su labor informativa. Burgos...», a tantos de tantos del tantos. Es un triunfo, y no porque le reporte beneficios. Más bien ninguno. Sino porque demuestra hasta dónde es capaz de llegar en su osadía. Ya lo hizo en Barcelona y después, huyendo de la República. Lo hizo siempre, desde que era Tom Mix entre pistolas, el Bala entre patadas, o aquel Andreu que le regala el Socorro Blanco. Cosa distinta es que ni él mismo sepa quién es y para qué sirve sentirse dueño del engaño y diestro en la mentira.

Estira las piernas y trata de descubrir los nombres de los árboles. También hace cuenta de los soldados que pasean acompañados. Una lista de las suyas que entretiene la cabeza y la ejercita en informes a cuál más raro. Diecisiete milicos en total, al cabo de la tarde. Veinte, si admite a tres que charlotean con dos muchachas al mando de cinco niños. Diecinueve parejas, para ser exactos, lo cual quiere decir que los soldados vuelven con ánimo de formar familia, bueno, o de no formarla y hacer manitas. Y ellas, claro, con ganas de lucir palmito. Una generación entera de chicas y chicos que no hablaron de otra cosa sino de bombas, de estraperlo, de besugos mañaneros, tiroteos, el miedo en el cuerpo y toques de queda con olor a dinamita. La paz es lo que tiene. Te

relaja y lo ves todo distinto. Y entonces te crees capaz de hacer lo que antes ni siquiera has imaginado. Sobre todo él, un hombre bloqueado por la guerra, convertido en topo, un muerto en vida, aspira el calor del jardín y sueña por delante con un enorme muestrario de salidas, con la fuerza que le da sentirse libre. ¿Para qué me voy a presentar yo al dichoso policía? Voy bien trajeado, me cuelo, simulo que soy quien se me ocurra y si alguien me pregunta, entonces sí, saco el permiso. Mentira sobre mentira lo es menos.

Con esa decisión y ese riesgo, enfila ahora la calle de Alcalá. Anochece y en la puerta del banco, la que da al Palacio de Buenavista, se juntan autoridades. A los curiosos se les retiene en las aceras, pero él entrará de frente, con gesto serio, como si fuese el propio Goicoechea o alguien de su entorno. Es al único al que conoce y no lo ve. Estará en algún despacho. Tampoco importa, porque el gobernador no sabe que es el novio de Araceli y si lo reconoce de la cena en el Condestable, mejor. Le diré que ahora trabajo... para el Papa.

Cruza la calle perpendicular a la puerta. Ya lo ha visto algún policía, pero es tal la firmeza de su paso que nadie lo para, supera la acera y ya está en el portalón. Hay mucha gente, da la vuelta y se queda plantado como el resto, con la mirada puesta al exterior. Allí están Ramón Artigas, el subgobernador; el marqués de Amurrio, Aritio y Céspedes, que son consejeros. Un equipo de cine recoge todo cuanto pasa. Uno de los que más se mueve puede ser Zulueta, piensa Juan con acierto, porque lo es. Entra y sale pendiente de la hora y de lo que ocurre en la calle. Otro hay como él, jovencito y con pinta de funcionario. Va a abordarlo como una prueba más de su arrojo.

—Hola, nos conocemos de Hacienda.

—¿De Hacienda? Lo dudo. Yo soy del banco.

—¡Ah, claro! Yo también. De Burgos. ¿Su nombre?

—Tomás Rendueles.

—Encantado, yo soy Juan Pujol. Parece que tarda más de lo previsto.

—Sí, se ve que avanzan con prudencia.

Al decirlo, entra un bedel a la carrera, cuchichea con Zulueta y éste informa a los presentes.

—¡Ya están ahí!

Todos salen a comprobarlo. Son cinco camiones robustos, como no se ven en las carreteras de España. Con toldos y grandes faros encendidos. Poca

protección se adivina, aunque quizá por dentro vayan blindados. Dan la vuelta a Cibeles para hacerlo más solemne. Luego suben Alcalá y enfilan el banco. Dos consejeros, Martínez Fresneda y Arruche, viajan con ellos desde Irún, y el llamado Pelluo lleva la coordinación. Allí está el oro, casi veintisiete millones de dólares en monedas de veinte cada uno, un peso total de cuarenta y cuatro toneladas, mucho menos de lo que salió por esta misma puerta hace tres años, pero, como dice Rendueles, algo es algo. Se hacen a los lados y el primer camión emboca el patio. Despacio, como con miedo a romper lo que lleva dentro, avanza muy solemne. Detrás, los otros cuatro. Juan no pierde detalle y se regocija de su pequeña gran victoria. Incluso se atreve a tocar el tercero de ellos cuando se detiene un momento en el portalón. Tomás se percata y le sonrío.

–¿Supersticioso?

–Sí, un poco. A pesar de estar en el banco, nunca me acerqué tanto a cuarenta toneladas de oro.

–Cuarenta y cuatro. Yo tampoco.

Cuando termina el desfile, viene la desilusión. A la descarga y almacenaje del oro solo asistirán el subgobernador y los consejeros. Lo anuncia Zulueta.

–Bueno, no estuvo mal –le dice Rendueles–. Yo marché muy reconfortado.

–Por supuesto. Son lógicas las prevenciones.

–Bueno, a ver si coincidimos cuando manden el oro de Moscú.

–Sí, aunque no creo que suceda.

De Alcalá a Leganitos de una tirada. Está cansado. Compra un bocadillo de queso y se lo lleva a la habitación. Allí repasa los periódicos comprados por la mañana. En el *ABC* hay un recuadro sobre el que antes no ha reparado. «Gerente para hotel. Se necesita. Velázquez 49.» Arranca la página y se duerme.

30 de julio, domingo

Posiblemente llegue tarde. Los aspirantes han tenido todo el sábado que él dedica al oro. ¡Vaya tontuna ahora que lo pienso! Si hubiese leído el periódico como debe leerse, me habría dado tiempo a todo, pero hoy... ¡Bah! Por probar no pierdo nada.

–Vengo por el anuncio, aunque imagino que el puesto ya estará adjudicado.

–Pues no imagine tanto, porque sigue vacante. Mi nombre es Teresa Melero y soy la propietaria del Hotel Majestic. ¿El suyo?

–Juan Pujol García.

–¿Catalán?

–Sí, de Barcelona.

–Eso me gusta. Los catalanes tienen fama de ser buenos administradores.

–Sí, y de tacaños. Puede decirlo, no nos molesta.

–Bien, bien. En estos tiempos, quien no es tacaño de cuna, está obligado a serlo de oficio.

Teresa Melero es una mujer de mediada edad, bien conservada, de piel cobriza y ataviada con todos los afeites que en aquel momento son posibles. Labios gruesos de carmesí encendido. Uñas del mismo fulgor, pendientes de lágrima y dos collares que cuelgan sobre un escote generoso del que Juan deduce viudedad o soltería. No porque no conciba a un marido complaciente, sino porque ha dicho propietaria con el tono oportuno que se emplea cuando no se comparten responsabilidades.

Hablan en la conserjería de un inmueble al que se le adivinan glorias pasadas, con gruesos cortinones granates y cueros raídos por el uso.

–Venga, sentémonos en el *hall*.

Y cuando lo hacen, baja las escaleras un personaje que es el complemento a todo cuanto se dice de la estancia, de noble porte, pero decrepito de ropas y ademanes.

–Voy a tomar un vermucito –les dice con sonsonete musical.

–Estupendo, don Enrique. Hace una mañana de perlas.

Y cuando marcha, me informa.

–Es don Enrique Carreño, duque de la Torre del Homenaje de Santo Domingo, uno de nuestros huéspedes estables. Aquí siempre hubo clientela de mucho abolengo. También vienen por las tardes las princesas de Borbón, la baronesa de Tours, gente de postín muy largo y bolsillo estrecho, así es la vida. Pero hablemos de usted, que es lo que conviene. ¿Tiene experiencia? ¿Qué puede aportar usted al Majestic?

–Tengo experiencia en gerenciar varios negocios en la Barcelona de antes de la guerra. Mi padre era empresario. Sé por tanto lo que cuesta ganar una

peseta. Le prometo todo mi tiempo, trabajo e ideas.

Teresa mira fijamente a Juan, y luego del vuelo de una mosca, retoma el habla.

—¿Sabe lo que le digo? Que lo voy a contratar. No necesito hacerle más preguntas. Me parece usted un hombre honrado. ¿Qué me dice?

—Estupendo. Muchas gracias. No se arrepentirá.

—Hasta ver cómo se van dando las cosas solo le puedo pagar un sueldo de 950 pesetas, un mes de vacaciones fuera de verano y los domingos libres. Le sonará a poco, pero a mí el hotel no me da ni cuerda al reloj.

—Lo veo correcto.

—Muy bien. Si es así, le espero pasado mañana martes y empezamos. Además es uno de agosto, que siempre ayuda para estas cosas.

—Hasta el martes, entonces.

Ya en la calle Ayala piensa que el plan del oro no fue tan mala idea como creía Araceli. Ha conseguido trabajo y aunque novecientas cincuenta pesetas estén lejos de ser un dineral, él hará lo imposible por duplicarlas. Baja hacia la avenida de la Unión Proletaria, reconvertida ya en Generalísimo, y pasa frente al Café Roma. Un buen lugar para informarse. Se sienta en la barra, pide un té con limón sin azúcar y pega la hebra con el camarero aprovechando que aún no han llegado los domingueros del aperitivo.

—Me voy a alojar una temporada en el Majestic, ahí arriba, en Velázquez. ¿Elegí bien el hotel?

El camarero, sin volverse desde la cafetera, le responde con una nueva pregunta.

—¿Todavía no lo cerraron?

—No, vengo de allí. No me diga que...

—Por lo que oigo, y por lo que sé, el Majestic tiene de todo menos razones para llamarse así.

—Sí, lo he visto un poco desmochado por arriba y sucio por abajo.

—¿Un poco? Allí se ha destrozado lo que se ha querido. Estuvo ocupado y las francachelas se oían aquí, Serrano mediante. Hubo hasta disparos en las habitaciones. Y después está lo del *pecao*.

—¿Qué *pecao*? ¿Putas?

—Ja, ja, ja. Bien traído, pero no era ese mandamiento el más baqueteado,

sino el otro, el que prohíbe robar. Bien se nota que acaba de llegar a Madrid. En el Majestic se organizaron timbas de *pecao*, que es un timo de cartas de los peores. Escuche. Los ganchos de la banda olfatean a los pardillos en los hoteles, en las estaciones, en los burdeles, donde sea. En cuanto ven a uno con pinta de provinciano con la cartera llena, que los hay aunque escasean, se hacen los encontradizos y les cuentan mil historias de Madrid, de juergas, de mujeres, de dinero fácil. Cuando el pavo cree que ha llegado a Sodoma o a Jauja, le dejan caer, como de pasada, que saben de un sitio donde se gana parné a espuestas. Es un hotel muy serio, nada menos que el Majestic, donde se hospedan congresistas y aristócratas de leontina. Allí se celebran unas partidas de *pecao* y el gancho, qué casualidad, es amigo del crupier. Están compinchados y cuando él quiere, le enseña por debajo dos cartas que van al contrario. Es imposible perder la apuesta. ¿Cómo se juega?, pregunta el bobo. Eso no tiene misterio. Te dan una carta, se apuesta. Te dan otras dos y se vuelve a apostar. Tu jugada tiene que ser mayor que la del otro y sabiendo dos cartas tuyas, vas o no vas. Llévame, dice el tontainas. El gancho se resiste. El otro insiste. Y lo lleva. Vaya si lo lleva. Le dejan ganar hasta que está bien enganchado y, zas, en la jugada clave hay una equivocación del crupier y lo despluman. Hasta cinco al día pasan por el tugurio elegante. Nadie denuncia, pues si lo hacen, ellos también pasan por tramposos, ya que planean engañar al resto con el truco del crupier y las cartitas. Todo va viento en popa hasta que un día lían a un rudo ganadero de Salamanca, de Peñaranda de Bracamonte, por ser exactos, que sale del Majestic tan jodido que se va directo a la Policía sin importarle un huevo el qué dirán. Resultado, todos detenidos, juicio y trena. No se dijo que el hotel estuviese en el ajo, pero ya se sabe que de algo así nadie sale bien parado del todo. Añádale el destrozo de los milicianos y lo que le queda por delante es la fama del Majestic por detrás.

—Pues en menudo sitio me he metido.

—Bueno, tampoco gana nada si lo lamenta en exceso. Hoy Madrid está como está, agujereado.

3 de septiembre, domingo

A las once de la mañana de hoy finaliza el plazo dado por Inglaterra a Hitler

para detener el bombardeo a Polonia sin resultado positivo. En consecuencia, quince minutos más tarde, el primer ministro Chamberlain anuncia el inicio de la guerra con Alemania y la entrada en el gobierno de Winston Churchill, como primer lord del Almirantazgo, y de Anthony Eden, como secretario de los Dominios. Poco después se cumple también el ultimátum francés y Deladier procede de igual modo.

Juan permanece en el Majestic como ha hecho todos los domingos de agosto. Nada hay fuera que le llame la atención y en dos o tres semanas le pedirá a Teresa que le permita ausentarse el viernes y el sábado para viajar a Burgos y así ver a Araceli, de la que lleva separado un mes.

En esta ocasión, a diferencia de las tardes anteriores, se refugia en la cafetería, a donde llega también el que dice ser y llamarse duque de la Torre del Homenaje de Santo Domingo.

–Buenas tardes, don Enrique, ¿ha escuchado las noticias?

–¿Lo de la guerra? Estaba cantado.

–¿Y no le preocupa?

–Mire, Juan; a mi edad, poco puede preocuparme ya una guerra más o menos. He vivido la de Cuba, contra los yanquis, la del 14, la de Marruecos, la de Asturias, que casi lo fue, y la nuestra. Si ahora viene otra y la veo, será señal de que aún estoy vivo. Y no me quejo.

–Pero es terrible. Van a destrozar toda Europa. ¿Usted ve bien a Hitler?

–Hitler es un cabrón de marca mayor, aunque decirlo en España te pueda costar un disgusto. A mí ya me lo previnieron hace tiempo gente de Alemania, judíos de mucho dinero que escaparon como ratas de un naufragio. Y no digo que ellos lo sean, sino que se olieron la tostada nada más ver al pájaro y las simpatías que despertaba. Eran dos familias muy bien relacionadas, con fábricas y esas cosas que crean los alemanes. Ya no tienen nada, pero se han marchado a América y creo que allí reflotan. Uno era un tal Ptizzer, el otro, no me acuerdo. Estaban en contacto con círculos esotéricos y contaban con mucha información.

–¡Qué interesante!

–Si quiere, le cuento algo.

–Soy todo oídos.

–Bueno, pues pídamle antes un whisquicito. Un Rusty Nail con una jarrita de

agua fresca, ya sabe cómo me gusta.

–Espero que haya algo. Está fatal el suministro.

–¡Qué me va a decir a mí! Pero ayer tomé y quedaba media botella.

–Sí, ya sé que hay media de Lagavulin. Lo que no tenemos seguro es el Drambuie para combinar.

–¿Y la gotita de limón?

–Eso sí.

–Dios aprieta, pero no ahoga. Que venga el Lagavulin y hágase la luz sin más demora.

Juan se levanta para cumplir el encargo. La tarde que se presentaba gris anuncia cumplido entretenimiento. Hay, como adivina don Enrique, media botella de un dieciséis años de Islay llegado al hotel antes de la guerra. La coge, llena una tetera con agua, corta una rodaja de limón y regresa a la esquina de la cafetería, donde se abre un ventanal a la calle Ayala.

–Ya estoy aquí. Y en efecto, hay media botella.

–Llegará, pienso dejar parte y mitad para mañana..., si hace el favor de reservármelo. Debemos saber cómo dosificarnos en épocas de escasez. A propósito, ya hablaremos después de negocios. Seguro que usted me puede echar una mano.

–Será un placer, don Enrique.

–De modo que está interesado en Hitler.

–Digamos que me inquieta.

El duque se sirve un trago generoso del *scotch* y le añade un chorrito de agua para que el vaso presente el aspecto propio de las épocas ubérrimas.

–Yo tuve el privilegio de conocer a esos judíos de los que le hablaba. Vinieron a Madrid antes de saltar definitivamente a América y lo hicieron con buen tino, porque zarparon en abril del 36, diciéndonos a todos que tenían cohetes en el culo. Yo creo que intuían lo de Franco. O que lo sabían, porque los judíos siempre disponen de muy buena información, que es la madre de todos los negocios. Me contaron, y solo a vuelapluma, que conocen a Hitler en Múnich, siendo miembros, ellos y él, de la Sociedad Thule, un grupo ocultista del que se habla mucho desde entonces. Ahora dicen que Hitler no estuvo, que solo merodeó. ¡Échele un galgo al conejo! Aunque aquello ya atufaba a racismo, ellos justifican su presencia en las reuniones porque les interesaba

estar al tanto de secretos y movimientos conspirativos. No sé, quizás era por la cábala; el caso es que estaban cerca y que Hitler también. Al hombre lo describen en ese momento como muy misterioso e interesado en la *völkisch*, el estudio del folclore alemán, el romanticismo y el populismo. Se reunían todos los sábados en un hotel como éste que se llamaba... Sí, que se llamaba y se llama Vier Jahreszeiten, o sea, Las Cuatro Estaciones. ¿Usted sabe alemán?

—No.

—Bueno, yo tampoco presumo. Solo lo chapurreo. El caso es que de la literatura y de la cultura se fueron arrimando cada vez más a estudiar la raza aria. Claro, una cosa lleva a la otra. Si te miras demasiado el ombligo, puedes acabar creyendo que el tuyo es el mejor hecho, aunque en realidad sea tan feo como el de los demás. Y en eso, Hitler pasó de aprendiz a maestro. Me dijeron que llega a confesarles algo que los deja espantados. Y fue que a los quince años había sido poseído por el demonio y que Satanás le realiza fantásticas predicciones, nada menos que sería el gran líder esperado por su pueblo. Ocurrió a la salida de un concierto de Wagner y un testigo, su amigo Agust Kubizek, asegura que hasta le cambió la voz, como si otro ser se le hubiese metido dentro y fuese éste quien hablase. Por eso andaba detrás de una señal que se lo confirmara. ¿Qué le parece?

—¡Un plan diabólico!

—¡Y tanto! Porque el demonio, de estar en el ajo, no lo quería para hacer obras de caridad, como se puede suponer, sino para implantar el imperio del mal. ¡Para ser el Anticristo!

—¡Jesús!

—Exactamente.

—¿Y le dieron crédito?

—Bastante. Tenga en cuenta que de esa forma podrían confirmar todas sus teorías y también aprovecharse de su amistad, como en realidad ocurre, porque de aquel grupo han salido personajes muy cercanos al poder del III Reich. Ahí fue cuando los dos judíos plegaron velas y comenzaron a vender sus negocios para largarse mucho antes de que don Adolfo llegue al poder. Fíjese si eran listos. Ése fue el germen del NSDAP, el Partido Nacionalsocialista que él funda y del *Mein Kampf*, o la biblia nazi. Él les daría un pensamiento sólido y sin fisuras a todos aquellos que navegaban entre

el disgusto por la humillación del Tratado de Versalles, la crítica a los políticos anteriores y la avalancha de ideas prosoviéticas, liberales o simplemente democráticas. Que se olvidasen de todas, porque él tenía la solución para sentirse fuerte y sin temores. Entonces, o ya antes, descubrió que Nostradamus, ¿conoce a Nostradamus, verdad?, hablaba de la llegada de un tal Hister y se dijo: ¡Toma! ¡Soy yo! De Hister a Hitler apenas hay un baile de letras, con lo cual le daba lo mismo que fuese Nostradamus, el Diablo o el mismo Dios quien se lo dijese, porque el caso era saberse el elegido. Y mejor por los tres, que por dos.

—¡Hombre, don Enrique! Dios y el Diablo no pueden coincidir en sus designios.

—Porque usted lo dice, pero en una mente enfebrecida como la suya, todo cabe y todo encaja si le da por pensar así, si escoge la esvástica, que es cruz y cruz torcida al mismo tiempo; que es sol y oscuridad, que es símbolo de vida y de muerte. Todo muy complejo, muy complejo.

—¿Y qué más?

El duque de la Torre del Homenaje de Santo Domingo apura otro sorbito y contempla el paso de los domingueros que bajan alegres y ajenos a las declaraciones de guerra ya consumadas. Londres, París y tantas otras ciudades no acogen hoy escenas semejantes. No pueden estar llenas de juventud dispuesta a disfrutar el día de asueto. Seguramente están en sus casas, a punto de partir hacia sus regimientos, entre los lloros de sus madres y el rostro cariacontecido de los padres, si no son ellos mismos los llamados. Juan lo acompaña en la mirada y a él le vienen los mismos pensamientos, el recuerdo de los días que pasa en Barcelona a santo tapado, las mil y una argucias que se inventa para evitar que lo conviertan en carne de cañón. Ahora otros, por ser mejores o por inconsciencia, se aprestan a marcharse y morir a cientos.

—Hay un tipo, Erik Jan Hanussen, que se las da de vidente. Criado en circos ambulantes, logra fama en la materia y por medio de otro que se llama Hans Einz Ewers, o cosa parecida, conoce a Hitler y le dice que tendría Alemania a sus pies. En eso estamos. Cabe pensar que el tal Ewers, un mago de la palabra y la oratoria, sabía ya los delirios de Hitler y se los pasa a Hanussen para que éste le dé por el palo, pero el asunto es que Hitler cae rendido ante el circense. Ya tiene más de lo que necesita. El Diablo, Nostradamus,

Hanussen..., y él añade Dios, para que nadie falte. Estos dos canallas, Hanussen y Ewers, toman a Hitler de la mano y lo construyen, hacen de él el Anticristo prometido, el predicador que atonta a las masas y el mago que sabe lo que ocurre antes de que suceda. ¿Se acuerda cuando ardió el parlamento alemán, hace cosa de seis años?

–Sí. Lo leí en la prensa de Barcelona.

–Pues Hanussen lo predijo el día anterior. La conexión es fácil de establecer. Si Hitler fue quien lo planea, Hanussen es quien lo vaticina. Así se las ponían a Fernando VII, ¿no decimos eso en España? Pero para hacerle todos los honores al adivino, también hay que decir sin ahorro de elogios que en 1932 anuncia y publica que Hitler llegará a ser canciller, cosa que consigue en el 33, como bien sabe. De esto hay pruebas, la revista del visionario. La gente se ríe bastante, pero mis amigos, ya en España, saben que acertará. Lo que no saben, ni ellos, ni el profeta, es que tres meses después de verse realizada, van a encontrar a Hanussen medio enterrado en las afueras de Berlín. Días antes le metieron en el cuerpo todo el plomo que tenían, y como solo le echaron encima dos paletadas, con las primeras lluvias le asomó un pie en bandolera. Allí estaba Hanussen, con el horror pintado en su cara.

–¿Hitler?

–Con tanta exactitud no se sabe. Pongamos que entre Goering y Goebbels lo pasaportaron, e incluso que su amigo no se dio por enterado. Pero lo gordo vino después, cuando se descubre que Hanussen no era su nombre, sino Hermann Steinschneider, y que además... era judío.

–Favoreció su propia muerte.

–Sí. Ya ve qué historia. Y ahora nos toca a los demás soportarla.

–Don Enrique, ¿usted cree que este hombre es imparable?

–No, por Dios. No ha nacido quien lo sea. Pero sí le digo que está rodeado de fuerzas poderosas y que todos hemos sido un poco Hanussen. Sabiendo que el monstruo se acercaba, nadie le ha puesto la cadena, con lo cual, querido Juan, ahora va a costar que se contenga.

–Yo no voy a quedarme quieto.

–Me parece muy bien, pero antes de que se meta en faena, quería comentarle lo que ya le adelanté.

–Sí, ¿de qué se trata?

El duque, supuesto o real descendiente del general Serrano, a quien le conceden el título más largo de la Grandeza española, se acomoda en el sillón y se acerca al gerente del Majestic para evitar que su voz llegue a las otras mesas de la cafetería.

–Verá, don Juan –el tratamiento también es novedad–, unas amigas mías y yo mismo estaríamos interesados en hacernos con unas botellitas de whisky; seis, ocho, diez, las que fuesen. En España no hay dónde conseguirlas y sabemos que en Portugal, en Évora concretamente, se venden como aquí la achicoria. La misión no entraña el mínimo riesgo. Se lo diré. Se trata de dos princesas Borbón. Yo no les pregunto de dónde les viene el principado y ellas no se interesan por mi ducado, pero el caso es que tienen ese nombre, ese título y el dinero suficiente como para zampar todos los días. Lo que no tienen es whisky y, claro, amigo mío, una ausencia así es imperdonable. No podemos permanecer en seco mientras esto no se normalice y, además, entre nosotros no hay demanda del producto. Total, que vendrán a buscar nuestros fiambres y seguiríamos esperando el trago. ¿Se hace cargo?

–Me lo hago –contesta Juan mientras don Enrique empina el codo–. Ocurre, sin embargo, un pequeño problema que quizá no lo sea tanto.

–Abordémoslo.

–Carezco de pasaporte, y aunque sea Portugal país amigo, sin documentos no me arriesgo.

–Estoy de acuerdo. ¿Para qué jugársela, si podemos solucionarlo? Ellas tienen agarraderas en todas partes y un pasaporte para Portugal es cosa de hoy para mañana. Ya lo verá. ¿Y si hay documento, hay whisky?

–Cuenta con ello.

–Pues vaya preparando las fotografías. Ya sabía yo que acudía a buena parte.

13 de noviembre, lunes

El extranjero es un sueño, una meta o un lugar de paso. Solo al enunciarse la palabra, se encienden luces de verbena, huele a rosas el ambiente y se vislumbran horizontes que desde Madrid solo son barreras de aduanas. Pero qué extranjero es el de hoy, si más de la mitad está en guerra y la que no, aguarda su entrada inminente. Madrid, después de todo, es un lugar tranquilo

donde princesas de Borbón sirven whisky a unas amistades de copete. Eso les vale a ellas y a don Enrique, que tiene en su haber menos fuste, pero sabe el camino de las botellas. Un extranjero como el que anhelan Araceli y Juan para hacer de él su residencia está muy lejos, o está incendiado. Solo vislumbran que se tienen a sí mismos, que disponen de un armario con trazas de ataúd, un pasaporte casi en regla y un hotel desvencijado. Teresa Melero se niega a soltar ni un duro para que reflote, para que funcione la calefacción, se cambien los muebles y se repinten las paredes desconchadas. Primero, que vengan los clientes y luego ya veremos. Pero los clientes, si tienen guita, se van a otros que ya están en condiciones. Y si no la tienen, eligen cualquier pensión, como la que ha encontrado la guapa falangista en la Gran Vía. Limpia, céntrica y económica. Ideal para vivir el amor dos aventureros sin las cargas de un hogar y con un techo que les evita la intemperie. No me saco a los alemanes de la cabeza. Hitler se ha metido en ella y Radio Nacional le pone voz. Y no solo la emisora que oyen aquella noche del 1 de abril en que se besaron por primera vez. O que él besó a ella y no fue rechazado. Juan conoce el dial del aparato como la palma de su mano. Capta varias de Londres y París. Con suerte, alguna madrugada, llegan los ecos lejanos de otras europeas y en todas se detiene si la señal es buena, aunque nueve de diez palabras no tengan significado. Ya distingue a Hitler, a Churchill, a Eden y a los franceses. No solo por el idioma, sino por el tono de sus mensajes y las sombras reflejadas por cuatro frases en el fondo oscuro de su cerebro. Es como el desfile de vecinos en la Barcelona de su escondrijo. Ahora no los ve, solo los escucha, y eso le basta para hacer de todos ellos el teatro de la guerra, un conflicto que cada vez es más suyo, mucho más que la española ya pasada, y si antes escapó del frente como de la peste, ahora ansía estar, si no en el fregado, sí en la primera línea de retaguardia, o donde haga valer su ingenio, máxime cuando las mismas ondas le confirman la retirada de Dunkerque. ¡Le dejan Europa a su antojo!

A su lado está Araceli, una de las pocas mujeres, si no la única, que no saldría corriendo del lado de un hombre que le ofrece sueños tan extraños y tan pocas realidades. Tranquilo, Juan, por mí no te entristezcas. Cuando marchó de Lugo no es para encontrarme con la vida de casada, que para eso me quedo allí y malo sería no encontrar un pan para unas sopas. A mí me

gustas tú y lo que piensas. Me gusta que tengas esos sueños y que no sepas a dónde vamos, porque si ahora mismo me dijese que vuelva al banco, que tú haces horas extras en una gestoría, o que has visto un piso en Atocha, me doy la vuelta y te dejo como a Neptuno, al frente tú solito de tu carro. Ya lo sé, Aracelita. Lo sé y eso me ayuda. Con un poco de paciencia encontraremos que todo se avenga.

El casorio fue en la parroquia de San Martín, el de la capa, en la plaza de María Soledad Torres Acosta, antigua plaza de la Luna, en los trasteros de la Gran Vía. Boda de hongos. Pocos amigos, entre ellos, un hermano de Cachita. No hubo ni fotografías. Estaban ellos y sus planes.

1940 12 de octubre, sábado

En una carretera cercana a Florence (Arizona), muere Thomas Edwin Mix, nacido Hezekiah Mix, Tom Mix para los miles de seguidores en más de las trescientas treinta películas en las que participa. Uno de ellos, Juan Pujol, le comenta a su esposa:

–El mundo necesita otro vaquero que lo sustituya.

El actor sufre un accidente con su coche y a consecuencia del frenazo, se desplaza hacia él una maleta de aluminio que le rompe el cuello.

–Lo que no lograron mil bandidos lo consigue una maleta.

1941 10 de enero, viernes

Está decidido. La angustia por mantenerse en constante desequilibrio ni tiene sentido, ni futuro tiene. Lo han abordado cien mil veces. De hecho, no hablan de otra cosa, y siendo como es un plan sin etapas decididas, es hablar y no decir nada.

Aquella mañana Araceli saca de su armario un traje de chaqueta beige que no se ha puesto desde Burgos. ¿Fue el de la visita de Bérard? Sí, probablemente. ¡Qué barbaridad! Van a cumplirse los dos años. Se necesita una ocasión muy especial para ponérselo. No es de calle, ni de fiesta, ni de trabajo. ¡Es de diplomática! Sí, se lo pondría una embajadora, o la esposa del cónsul, visitando un hospital en el extranjero. ¿Por qué lo pienso? Pues porque

me miro y lo veo, embajadora de Perú de misión en Venezuela. Y si le clavo este broche en la solapa, lo bordo.

–Sé insistente, pero sin hacerte pesada. Tú sabes lo que digo.

–Confía en mí. Nunca me han llamado cargante.

El matrimonio, cada uno por su parte y el conjunto que se forma, llega al pleno convencimiento de que su férrea voluntad es requisito suficiente para alcanzar sus objetivos. En realidad, así es a lo largo de sus vidas, pues por muy azaroso que sea el camino, al final siempre les aguarda la meta. Y con esa fe en sus propias posibilidades, Araceli cierra la puerta de la pensión y baja a la Gran Vía. Su destino es la calle de Fernando el Santo, número 16, la continuación de Ayala, donde Juan ejerce de gerente. Es la dirección de la embajada británica en Madrid, el lugar donde concitan sus esperanzas.

Un joven funcionario, español, la recibe en su mesa de la planta baja, a la derecha de las escaleras.

–Buenos días, ¿qué desea?

–Es un asunto muy delicado –le responde Araceli haciendo gala de una sabia combinación entre seriedad y sonrisas.

–Le aseguro que todos los que se tratan aquí lo son –obtiene del hombre con rigor administrativo.

–Quisiera exponer un caso de cierta gravedad ante alguna instancia competente de la embajada. Le ruego que me exima de exponer ahora los detalles.

Su interlocutor duda un instante y decide hacerle caso.

–Documentación, por favor.

Araceli la exhibe y él toma los datos en la hoja de visitas. Se la devuelve y le informa.

–Al final de estas escaleras hay un pasillo donde se encuentran tres secretarías. Cualquiera de ellas le atenderá.

–Muchas gracias. Ha sido usted muy amable.

La actividad de la planta baja contrasta con el silencio del primer piso, donde, en efecto, existen tres mesas repartidas a cierta distancia unas de las otras. En la primera, la mujer atiende a una pareja con aspecto de ingleses, al primer golpe de vista; de modo que ha de elegir entre las otras dos, a izquierda y derecha de la primera. Opta por la mujer que tiene un aspecto más

juvenil en la creencia de que se entenderá mejor con ella. Cuando está a su altura, da en pensar que ha sido un error, que la mayor ha de tener más experiencia y que sería más sencillo, pero es tarde.

–Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

–Buenos días, ¿me sienta?

–Por supuesto.

–Le adelanto que no sé con exactitud con quién quiero hablar, pero estoy segura de que usted podrá ayudarme.

–Si se explica, lo intentaré.

–Mi marido y yo somos dos personas muy identificadas con la causa de Inglaterra y no queremos permanecer inactivos por más tiempo, sin aportar nuestro granito de arena.

–¿Se refiere a la guerra?

–Sí, sí, a derrotar a Hitler. Verá, él hizo la nuestra con la República, pero ya tiene todos los papeles en regla. A los dos nos parece que Alemania es hoy un peligro para las libertades en todo el mundo y creemos que nuestro deber es colaborar para que no sea así.

–Me está diciendo unas cosas muy raras. No sé quién podrá escucharle.

–¡Pues el Foreign Office!

–Señora, el Foreign Office se ocupa de asuntos de alta política. Como comprenderá sus miembros no están para atender directamente a los ciudadanos.

–¿Ah, no? Yo creo que deberían hacerlo. Les va el éxito en ello.

La contumaz defensa de su enigmática consulta vence este segundo escollo en el camino de Araceli y la secretaria se levanta de su puesto.

–Excúseme un momento.

Araceli se queda sola frente a la mesita, siendo objeto de las miradas que le dirigen las otras dos secretarias. No han podido escuchar la conversación, pero el hecho de que su compañera se haya introducido en las oficinas les llama la atención. ¿Qué tripa se le habrá roto a esa española tan elegante? Las dos arden en deseos de que Isabel pueda cuchichearles los motivos de la visita. Y va a ser pronto, porque la muchacha abre la puerta por donde entró y la invita a seguirle.

–Por favor, acompáñeme.

En la habitación se distribuyen ocho mesas idénticas. De una de ellas, la más alejada de la puerta, se levanta un hombre que rondará los dos metros de altura, tan alto como delgado, de gafas redondas y un ligero bigote que le confiere un aire distinguido.

–Mi nombre es Henry Root –le dice alargándole la mano, mientras Isabel regresa al pasillo con nuevas para sus ansiosas compañeras.

–Araceli González-Carballo González. Encantada de saludarle.

El gigantón compagina un perfecto dominio del castellano con el inequívoco acento isleño de quien lo tiene como segunda lengua.

–Haga el favor de seguirme.

Los dos recorren la oficina y al final de la misma se introducen en un despachito vacío para los encuentros confidenciales, o al menos tan confidenciales como el que ella propicia.

–Me dice la señorita que acude usted a la embajada para ofrecerse a colaborar. Usted y su marido.

–Así es, *mister* Root. Ya le he explicado a ella que nos sentimos profundamente conmovidos por el horror de la Alemania nazi y deseamos contribuir a que desaparezca del mundo cuanto antes.

–Me parece una intención muy loable y que coincide plenamente con la voluntad de nuestro país, que lleva empeñado en ello desde septiembre de 1939, como bien sabrá. Pero una vez establecida la coincidencia de nuestras miras, ¿cómo piensan ustedes que podría concretarse su ayuda en la guerra?

–Eso es lo que vengo a buscar en la embajada. Que ustedes nos digan de qué manera podríamos serles de utilidad.

–Pero, doña...

–Araceli.

–Doña Araceli, nuestro país está luchando en los distintos frentes contra el ejército alemán. Miles de soldados dan su vida a diario para detener el avance del III Reich allí donde es posible plantarle cara. ¿Quieren que les demos un fusil? ¿Es eso lo que pretenden?

–No exactamente. Creemos que los fusiles no son la única arma que se puede utilizar en este conflicto. Nuestro ofrecimiento va un poco más allá. Pensamos que bien dirigidos por ustedes, podríamos aportar resultados de interés para ese fin.

–Explíquese algo más, por favor.

–Al margen de lo que pudiese ser de utilidad, nos vemos capacitados para elaborar informes que pudiesen necesitar, averiguar cosas secretas de los alemanes, aquí en Madrid, o donde fuese...

–Señora Araceli, usted se está ofreciendo para ser espía.

–Sí, espía o lo que sea. Mi marido podría colaborar en las emisiones de la BBC en castellano, realizar trabajos de prensa, de propaganda. Hay muchas cosas en las que podíamos encontrarnos.

Henry Root mantiene fresco en la memoria el mensaje que el día de su llegada les dirige a un grupo selecto de funcionarios el nuevo embajador en Madrid, Samuel Hoare. No admitir, ni emprender nada que pueda poner en peligro su principal misión en este estratégico destino, cual es afianzar y garantizar la neutralidad de España en el conflicto. Nada, excepto el objetivo citado, es trascendente. Así de sencillo y así de fácil, si no se cometen errores. Y lo que habla esta señora, amén de disparatado, cuenta con todas las papeletas para que Hoare lo considere un riesgo, mínimo pero existente, en los esfuerzos por asegurar dicha neutralidad.

–Voy a ausentarme. Regreso en cuanto realice unas consultas.

–Aquí le espero.

Henry Root sabe lo que debe decirle a esa visita tan inusual, pero prefiere oírsele de labios del mayor Hamilton-Stokes, que en ese momento despacha con Kennet Benton, recién llegado a Madrid para reforzar los servicios de contraespionaje del M16.

–Tengo en el despacho a una mujer madrileña que se ofrece para hacer lo que le indiquemos en la lucha contra los alemanes.

–¡Excelente! Una española más que se aleja de Hitler –dice Benton.

–O que intenta acercarse –lo corrige Hamilton-Stokes, siempre receloso ante lo desconocido–. Supongo que sabremos toda su filiación.

–La propia de las visitas, poco más.

–Pues interróguela a fondo y despáchela como corresponde. Se lo comentaré al agregado Hillgarth, pero no creo que ordene otra cosa. Puede retirarse, Root.

Así procede el funcionario, con preguntas que abarcan desde su nacimiento hasta el día en que decide presentarse en la embajada. Araceli responde con

entusiasmo y resalta todo aquello que considera positivo para reforzar su ofrecimiento. Habla de Goicoechea, de Jordana, de sus contactos con la misión francesa, de los contactos reales y de algunos que no lo son tanto pero que lo perfilan como un personaje interesante para cualquier servicio secreto en el convencimiento de que Root ha recibido órdenes conducentes a su inmediata contratación. Sin embargo, cuando terminan las preguntas, solo escucha «Muchas gracias», seguido de «En cualquier caso, ya le llamaremos».

–¿Así, sin más?

–¿Qué quiere? Estas cosas llevan su tiempo. Yo no tengo competencias para decirle algo más concreto, en todo caso...

–¿Sí?

–Si sus ansias de colaborar con la causa son tan grandes como dice, siempre les queda la posibilidad de realizar una donación monetaria.

–Muchas gracias, lo tendremos en cuenta.

Antes de que Araceli regrese a la Gran Vía, Hamilton-Stokes tiene sobre su mesa el escueto informe sobre ella redactado por Root, donde la califica de bien intencionada, inocente y despistada. El mayor añade una coletilla: «Se desaconseja seguir en contacto con esa persona».

Juan da un brinco de la silla al oír el regreso de su mujer.

–¿Qué ha pasado?

–Nada. Nos han pedido dinero.

El hombre se deja caer en la cama. Tiene que superar el trago y prefiere amargarse sin tasa antes que guardarse el disgusto dentro. Araceli lo abraza sin pronunciar palabra. Sabe que él le agradece el silencio, los besos y el abrazo, pero que las palabras no servirían de nada.

Al cabo de quince minutos, Juan se despereza, la mira y dice:

–Hay que ponerse a trabajar.

Aquello es la señal de que la frustración inicial se ha evaporado. Toma su abrigo y se encamina al Majestic.

Araceli es la única persona que puede interpretar correctamente las palabras de su marido y descartar de ellas que se esté refiriendo al hotel. Todavía no es capaz de determinarlo con exactitud, pero el trabajo aludido ha de ser, por fuerza, otro. Aquella misma noche lo averigua. Juan ha decidido penetrar en el alma alemana, o para decirlo con mayor precisión, en el alma nazi. Estudiar el

papel como haría Tom Mix si se enfrentase a su primera película como vaquero y no llevase a sus espaldas cientos de ellas cuando muere. Para ello busca y encuentra a un colaborador necesario, Everad Kiechenbush, quien desde su piso de Andrés Mellado, cuando cree instruir a un nazi converso, ejerce de ayo con Pujol y le adentra en los fundamentos de la ideología que tanto odia.

22-25 de febrero

El Hotel Majestic sobrevive gracias a la falta de exigencia de sus clientes y a que todos prefieren callar sobre su estado antes de reconocer que se alojan donde es difícil conciliar el sueño las noches más crudas del invierno.

Al mediodía, cuando Juan sabe que nada va a importunarle, marca el teléfono de la embajada alemana en Madrid.

Al otro lado de la línea, una telefonista española le pregunta sobre el motivo de la llamada.

–Desearía hablar con el agregado militar.

–Imposible en estos momentos y durante toda la jornada de hoy. Si es tan amable, insista mañana.

Lo que en un principio podría interpretarse como un inconveniente, en la cabeza de Juan se transforma de inmediato en una invitación para contactar con ese personaje. Y así lo cumple al día siguiente, exactamente una hora antes que en el primer intento.

–Me dijeron que llamase hoy para hablar con el agregado militar.

–Un momento.

Juan combate el silencio de la espera con un vistazo al albarán del ultramarinos que le suministra algo de café, achicoria y azúcar. Pero la tardanza es mucho menor de la imaginada.

–Le paso.

Apenas unos segundos y ahí lo tiene, a su disposición. No puede perder aquella oportunidad y así se afana a intentarlo con la primera frase tantas veces repetida esta noche contra la almohada.

–Vaya por delante mi admiración por todo lo que está consiguiendo nuestro Führer. Me atrevo a llamarle así, pues aunque no soy alemán, me considero un

miembro más de ese valeroso pueblo que es capaz de liderar hoy el movimiento que sacará al mundo de la charca en la que tratan de sumirlo, por una parte, los estúpidos gobiernos occidentales, y por otra, el comunismo desalmado.

–Me alegro de oírle, caballero. No todos los españoles piensan como usted y reconforta saber que nuestro mensaje ha calado tan hondo, al menos en algunos de ellos, pero permítame que le pregunte por el auténtico motivo de su llamada. Me esperan graves obligaciones, como supondrá.

–Desde luego. Nada más alejado de mi propósito que importunar a un alto dirigente del III Reich. ¡Sería lo último que me perdonaría!

–¿Entonces?

–Le expongo mi pretensión de la forma más directa que conozco, como sé que es apreciado. En primer lugar utilizo el teléfono precisamente para no hacerle perder tiempo, ni perder yo el mío. Y esto es así porque quiero ofrecerme como colaborador de la causa alemana en todo aquello que se me ordene, sin oponer la más mínima objeción a lo que sea. Creo que no necesito ser más explícito. Como comprenderá, en las actuales circunstancias no daría este paso si no me animase el más sincero espíritu de trabajar por Alemania, el convencimiento de que puedo ser útil y la certeza de que actúo en la línea que nos aconseja nuestro Führer cuando se refiere a...

–Está bien, está bien. Ya veo que es usted una persona de firmes convicciones y eso siempre puede ser de nuestro interés, como usted dice. Le propongo continuar la conversación con uno de nuestros hombres y explorar con él sobre las formas y maneras en que podría establecerse su colaboración, tras las oportunas averiguaciones.

–Me parece lo razonable. No esperaba recibir otra respuesta que no fuera ésa.

–¿Conoce el Café Lion, en Alcalá?

–Sí, naturalmente.

–Bien, pues allí le esperará un hombre alto y de ojos azules. Llevará un gabán en la mano y estará sentado en el interior del local, a las cuatro y media de la tarde de mañana. Usted se acercará a él y se presentará. ¿A quién debe identificar?

–Esto... a López, al señor López.

–De acuerdo. No se olvide. Lion, cuatro y media.

–No hay problema. Tengo buena memoria, máxime cuando se trata de asuntos que atañen a mi seguridad y son en beneficio de Alemania.

–Señor López...

–Sumamente agradecido.

Juan cuelga eufórico. Se ha metido en la boca del lobo y él lo interpreta como la entrada en el paraíso.

–Doña Teresa, tengo que salir.

Araceli lo adivina en el brillo de ojos. ¿Lograste que te escuchasen? Sí, el agregado militar. Mañana tengo otra entrevista. Fantástico. ¿Qué dijiste? Nada en concreto. Creo haberle convencido de que soy un ferviente hitleriano, solo eso. Nos investigarán. Que lo hagan. No diré una palabra que no puedan comprobar punto por punto, ni otra que sea innecesaria.

Las horas transcurren lentas hasta las cuatro y media del día siguiente, cuando Juan entra decidido en el Lion, cuyas paredes son testigos de gentes y hechos decisivos para la historia de España en una extraña mezcolanza de literatos vanguardistas, redactores de *Mundo*, José Antonio y los primeros falangistas; Lorca, Miguel Hernández y los omnipresentes alemanes que allí instalan su *Zum Lustigen Walfisch* que encontrará prolongación española transformada en *La Ballena Alegre*. Su contacto no le espera en el sótano, donde se reúnen los alemanes, sino al fondo de la planta baja, en una mesa de mármol que él ocupa en solitario, con el gabán en la mano, como le anuncia el agregado, y unos luminosos ojos azules que él disimula con gafas oscuras cuando no trata de rendir con ellos la voluntad de alguna dama. Juan no duda y se dirige hacia él hasta sentarse sin pronunciar palabra.

–¿Sabe quién es el hombre de la mesa grande? –le recibe su contacto sin más preámbulos.

Juan mira hacia la entrada, lo ve y nada le dice, salvo suponer que esa persona está a la espera de varios contertulios que justifiquen sentarse en aquel rincón dispuesto con tres mesas unidas.

–No, no lo conozco.

–Es Melchor Fernández Almagro, un escritor y periodista de Granada. Acaba de volver a Madrid después de ocupar durante catorce días escasos el Gobierno Civil de Baleares. Se nota que no se avino con los cargos políticos

de las islas, ni con el maravilloso clima que disfrutaban. Escribe en *ABC* y en *Mundo*. En este café se citaba hace meses con su paisano Federico García Lorca, del que tiene una dilatada correspondencia a lo largo de treinta años. Seguramente intentará publicarla algún día. Mi nombre es el mismo que el del poeta, Federico, y usted, presumo, es el señor López.

–Efectivamente.

Federico, el nombre supuesto de aquel agente, o lo que fuese, no disimula sus amplios conocimientos sobre Fernández Almagro, ni tampoco su verdadera identidad, puesto que su nombre es Friedrich. Friedrich Knappe Ratey. Oculta, si acaso, su origen alemán y eso basta. Así lo deciden sus superiores en Madrid, el número uno de la Abwehr, Wilhelm Leissner, y el mayor Karl-Erich Kuhlenthal, transformado sencillamente en Carlos, o como es conocido en las cafeterías madrileñas, don Pablo. Quizá fuese norma general de la Abwehr, o simple ocurrencia de Carlos, pero funcionaba, dicen ellos, porque gracias a esa semejanza entre los nombres auténticos y los apodos, el agente responde con naturalidad al oír su nombre español.

–Estoy aquí para escucharle, señor López.

–A eso he venido. Desde hace semanas, meses tal vez, he madurado la idea de hacerlo. Aunque confío ciegamente en la habilidad de nuestro Führer y en la fuerza de sus razones, me angustia pensar que el advenimiento de la Nueva Europa pudiese estar en peligro si personas como yo, convencidas de la causa, no la apoyamos directamente, con algo más que una reverencia silenciosa en el fondo de nuestras almas, con una dedicación activa en lo que cada uno pueda ofrecer, de acuerdo con sus capacidades. Después será muy triste lamentar no haberlo emprendido. Y en esa zozobra es cuando llego a la conclusión de que debo llamar a la embajada y acabar por disipar las nubes que me atormentan.

–Todo lo que dice tiene fundamento. Los que ya estamos comprometidos con el III Reich participamos de esa fe y de esos temores.

–Yo podría serles de gran utilidad.

–Es probable. El caso es determinar cómo y en qué.

El camarero le sirve a Juan el té pedido y mientras lo hace, los dos hombres cambian de raíz el sentido de su charla.

–Me han dicho que van a estrenar dos películas excepcionales –comenta Federico para salirse de temas comprometidos.

–Yo no he vuelto a disfrutar en el cine como en los años de Tom Mix.

–¿Tom Mix? ¿El norteamericano?

El riesgo es calculado. Podría haber elegido a un héroe nibelungo, tan del gusto de los nazis, u otra cinta de sus factorías, como *El juicio Süß*, de la que están tan orgullosos, pero resultaría demasiado obvio. Con Tom Mix, Federico se iba a llevar una sorpresa.

–Sí, el vaquero. Siempre me pareció el prototipo del hombre de acción, el hombre implicado en una causa justa, que lucha en solitario con todas sus fuerzas con tal de conseguirla, y aunque muchas de ellas están viciadas del odioso liberalismo yanqui, su actitud ante la vida responde a los más altos ideales del nacionalsocialismo.

–Nunca lo pensé. Debo mejorar mi manera de ver el cine. Pero ya que se confiesa admirador de Tom Mix, hábleme algo más de su vida. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Compréndalo, tenemos que conocerle.

–No se disculpe, es lo lógico en un encuentro como éste.

Juan toma un sorbito del té y comienza a desplegar ante Federico la biografía que más puede favorecer su objetivo.

–Mi padre era industrial en Barcelona. Creó un tinte negro que fue la admiración de todos los fabricantes textiles y nos dio una posición desahogada. Estudié para hacerme técnico avícola, aunque la verdad sea dicha, sin convencimiento de que fuese mi vocación. Él nos inculcó los valores del orden, la obediencia y la justicia, y aunque no fui un buen alumno suyo durante mi adolescencia, pronto comprendí la sabiduría de sus palabras. La República y la guerra desbarataron todos mis planes. La República, con su anarquía, sus crímenes y su visión comunista de la sociedad consiguió asquearme. Luego, la guerra me obliga a empuñar las armas para defenderla y opto por desertar. Bueno, primero me oculto y luego, cuando veo el momento oportuno para pasarme al bando nacional, lo hago. En sus filas estoy el 1 abril de año pasado. La acabo siendo alférez gracias al servicio militar que hago en Barcelona.

–¿Le reconocen el grado?

–Sí, después de mucho porfiar, lo logro.

–Veo que es usted un hombre que asume riesgos.

–Y tanto. Si no es un exceso de inmodestia, diría que ése es el rasgo

principal de mi carácter. Ése y la contumacia en llevar a buen puerto lo que me propongo. Y para mí, estar sentado ahora mismo con un representante de Alemania, es haber cumplido la primera parte de mis planes. Lo que venga a continuación no está solo en mis manos, sino en las suyas.

La conversación se prolonga hasta las dos horas. Federico debe irse, pero ambos establecen continuarla al día siguiente en la cercana cervecería de Correos, por lo que Juan da por bueno todo lo hablado. Ha logrado interesarles y presiente que la cita de Correos puede ser decisiva.

—Sepa que tanto mis superiores en la embajada como yo mismo hemos desmenuzado su ofrecimiento y solo tenemos palabras para considerarlo de importancia. No es fácil encontrar fuera de Alemania ciudadanos con las ideas tan bien formadas como usted. En ese sentido, quiero transmitirle la felicitación más sincera del señor embajador y la mía propia. Sin embargo...

—No dirá que albergan dudas, porque puedo demostrarles todo cuanto les he dicho —reacciona Juan con firmeza.

—No, no es eso. Y no se moleste por lo que voy a decirle, pero una vez constatado su afán de colaborar, el problema que se nos presenta delante es saber cómo materializar su disposición.

—Tengo buenas relaciones y podría ampliarlas sin esfuerzo. También me considero capaz de desarrollar trabajos de investigación o periodísticos. Podría desplazarme a la ciudad que me indicasen, o tratar de infiltrarme en algún organismo de su interés, conseguir informes, lo que fuese.

—El régimen de Franco no nos preocupa. Tenemos toda la información que necesitamos, y la que no nos llega por nuestros conductos, viene de sus propios ministros o de gente destacada. Cualquier mejora en ese sentido es sencillamente inconcebible. En cuanto al periodismo, no es asunto de nuestra incumbencia. Puede suponer, señor López, que nuestro amado Goebbels ha organizado todo lo que el Reich precisa en ese campo.

—Pero algo tiene que haber que deseen mejorar.

—Sí, hay algo de lo que ahora mismo carecemos.

—¡Pues eso! ¡Dígamelo y lo haré!

La frialdad de Federico contrasta con el entusiasmo de Juan. El alemán trae instrucciones de hablarle sobre ese resquicio por donde la Abwehr estaría dispuesta a contar con él, pero se resiste a desvelarlo para que Juan descubra

la dificultad de lo que le sugiere.

–En estos momentos Alemania no tiene una información directa y solvente desde Inglaterra. Si alguien nos la ofreciese de forma regular, contrastada y en la dirección precisa, le aseguro que sería muy bien recibida.

–¡Claro! Lo entiendo perfectamente.

–Hágase cargo de las dificultades que conlleva un trabajo así. Para empezar, ¿dispone de documentación con la que entrar en ese país?

–No –Juan se ve obligado a decir la verdad. Sería absurdo responder lo contrario, pues Federico querría verlo y un pasaporte con visado no se saca de la manga así como así.

–Lo suponía. No son tiempos fáciles para moverse entre fronteras por mucho que los ingleses hayan reconocido a su gobierno.

–Quizá la propia embajada podría conseguir para mí la acreditación de algún periódico; no sé, algo en colaboración con Franco.

–Imposible. Demasiado arriesgado. Levantaría las inmediatas sospechas de los ingleses, y si no lo hiciese, al mínimo descuido saltaría su relación con nosotros. La embajada tiene que estar al margen.

–De acuerdo. No la tengo, pero la puedo conseguir –Juan no se resigna a perder la puerta que acaban de abrirle y lanza un órdago sin cartas.

–Desconozco a qué se está refiriendo, pero insisto en lo dicho. Si es capaz de entrar en Londres, estaríamos ante otra situación y podríamos seguir hablando, señor López.

Al salir, la plaza de Cibeles está rebosante de gente. Federico lo hace antes y se encamina Recoletos arriba, en busca de la embajada a la altura de Hermosilla. Él toma Alcalá, al encuentro con Araceli. Ahora sí lleva en el zurrón la pieza que ansía. Alemania lo acepta, solo necesita que Inglaterra lo haga como residente. Pero no parece un fácil objetivo.

10 de abril, jueves

La euforia inicial se desinfla a medida que pasan los días. El consulado inglés le deniega el visado por encontrar insuficientes las justificaciones que Pujol alega para desplazarse allí. Él les habla de unas negociaciones relacionadas con el comercio textil, herencia de los conocimientos sobre el sector de

cuando su padre era reconocido tintorero. ¿Pero hoy? ¿Dónde está hoy su fábrica o sus contactos? Por supuesto, no les desvela que es el marido de Araceli, aquella mujer que hace días se presentó ante ellos ofreciéndose a colaborar, y así se despide del funcionario que lo atiende con cara de gran disgusto, el que tendría cualquier comerciante al que se le cierran nuevas perspectivas de negocio.

Cuando vuelve a la calle, Juan se detiene ante un escaparate. Nada hay en él de su interés, pero quiere ver en el reflejo del cristal los movimientos de una mujer que ya estaba allí cuando entra en la embajada. En efecto, ella también se detiene en otra cristalera. Lo está siguiendo. Todavía no era consciente del mundo en el que ha metido la punta de la nariz, pero ahora experimenta en el cogote la frialdad de todas las amenazas. Tiene que ser alemana, por lógica. ¿Y si es inglesa? Solo hay una manera de averiguarlo, volver al lado de los alemanes. Con esa idea, Pujol baja hasta la avenida del Generalísimo y se encamina a Hermosilla. Una nueva parada frente a otro escaparate le permite confirmar que esa mujer sigue allí, tras sus pasos. Esta espía es una calamidad. O soy yo su primer trabajo, o deberían reservarla para pegar los sellos.

En el fondo de la inquietud que le causa ser vigilado, Juan alberga un espacio para el orgullo. Sí, está orgulloso de que una agente, sea inglesa o alemana, le siga sus andanzas, aunque si Federico le dice que no es una enviada suya, se verá en un grave aprieto. La solución es hablar con él e informarle que la ha descubierto, que sabe moverse en medio del peligro. ¿Será española? La posibilidad le aterra. No, española imposible.

Federico no se encuentra en la legación, pero al cabo de media hora de espera le recibe Emilio, otro agente que desde el primer momento da muestras de estar al tanto de su caso. Emilio es George Helmut Lang, y quizás el mote le venga de españolizar Helmut, quizá porque el nombre de Jorge ya estuviese asignado a otro compañero.

—Federico ha tenido que ausentarse. Acabo de hablar con él y me ha dicho que es una terrible imprudencia haber acudido a la embajada. Este comportamiento, señor López, o mejor dicho, señor Pujol, es intolerable. No lo repita a no ser que le llamemos nosotros. Si realmente quiere conseguir una colaboración eficaz tiene que madurar en su actitud. ¿Se imagina que su

perseguidora fuese inglesa? Viniendo aquí acababa de perder toda utilidad para nosotros.

–Lo siento. Me he confiado, pero me servirá de lección.

–¿Por qué ha ido al consulado británico?

–¡Ah! Entonces la mujer que me sigue... ¿es agente suya?

–Por supuesto. Se lo acabo de decir.

–Es un alivio. Por un instante sospeché que sería española, o...

–¿Y aun así vino hasta aquí?

–Pensaba arreglarlo con una nueva visita a los ingleses para disimular...

–Basta ya. Han sido muchos errores y muy graves. Creo que merecen una reflexión por su parte. En cualquier caso, las instrucciones de Federico para con usted son concretas. Debo someterlo a un exhaustivo interrogatorio que nos ayude a conocerlo mejor.

–Federico ya sabe todo de mí.

–En muy poco se valora, señor Pujol. Su informe apenas ocupa tres cuartillas. Las he leído con atención y estoy seguro de que falta mucho por decir. De modo que voy a aprovechar su inoportuna visita para completarlo. La primera pregunta ya se la he formulado y permanece sin respuesta. ¿A qué acude al consulado británico?

La insistencia de Emilio, lejos de incomodarle, le da una opción para reivindicarse.

–Intentaba obtener el visado de entrada y cumplir así los requerimientos del agente Federico.

–¿Qué le han dicho?

–No vieron la petición bien fundamentada. Les hablé de que intento realizar negocios en el campo textil gracias a la antigua actividad de mi padre, pero me pidieron contactos, empresas a las que pensaba dirigirme, y solo pude decirles que los establecería desde allí. Fue imposible.

Emilio toma las tres hojas redactadas a máquina por Federico. Juan observa que están subrayadas en rojo y con multitud de anotaciones.

–Usted dice en determinado momento que le emocionó la lectura de *Mi lucha*. El libro del Führer no se ha traducido todavía al español y en este idioma solo se conoce la versión que se prepara en México. ¿Lo leyó usted en alemán?

No se espera la pregunta, pero no le tiene miedo. Sabe que ése es su fuerte, mentir cuando las condiciones parecen más adversas.

—¡Oh, no! ¡Imposible! Todavía no tengo ni idea de su bello idioma, aunque en mis planes está estudiarlo, que conste. Leí *Mon combat*, la traducción francesa que publica Nouvelles Éditions Latines. Mi hermano, otro entusiasta del Führer, vive en París y pudo enviármelo uno o dos años antes de nuestra guerra. El francés me lo enseñaron los Maristas, que como sabe funda el sacerdote Marcelino Champagnat, y de ahí que se esfuercen en difundir su lengua. A ellos debo agradecerérselo, pues de lo contrario tampoco habría podido conocer el libro. Bueno, a ellos y a las clases particulares de francés que mi padre contrata para los tres hermanos.

—¿Recuerda algún pasaje que le hubiese impactado especialmente?

Juan miente en toda su justificación. Lo único cierto es que sabe un francés mediano gracias, sí, a los Maristas y a las pasantías de su padre. Para su fortuna, entre los ejercicios de acercamiento al nazismo en compañía de Everad Kiechenbush, *Mi lucha* ocupó no pocas horas de estudio a través de publicaciones españolas, pero jamás vio el texto completo delante. Aun así, confía en salir airoso de lo que se le pide.

—Lo que mayor huella deja en mí son los episodios en los que Hitler... —Al oír el apellido, le suena ramplón en los labios de un entusiasta nazi como él, pero Emilio permanece impassible, lo cual le da fuerzas para rectificar.

—... en los que Adolf Hitler —repite con mayor énfasis— incluye pasajes de su propia biografía, donde se ve el tipo de persona que es nuestro auténtico caudillo, y los razonamientos tan precisos que realiza para llegar a sus maravillosas conclusiones. El ejemplar lo tengo en casa de mi madre, en Barcelona. Si quiere pido que me lo envíen.

—No, no es preciso.

Menos mal. No existe tal libro en Barcelona. Tendría que pedírselo a Homero, un amigo exiliado en París, para que a revientacaballo se hiciese con uno en Francia, un encargo que hoy no resulta fácil de cumplir.

La conversación se extiende hasta que Emilio se da por satisfecho, convencido de que nadie podría mentirle tanto durante tantas horas. Ni siquiera ese extraño personaje de ojos brillantes que no se amilana ante ninguna pregunta y que contesta como lo haría un ario con certificado de

pureza a lo largo de todas las generaciones que se le requieran.

–Está bien, señor Pujol. Nos mantendremos en contacto, pero esfuércese en mejorar su cautela y olvide cualquier acercamiento a los británicos. Si ése ha de ser el camino para entrar en Londres, se lo indicaremos nosotros con instrucciones precisas.

–Así lo haré. Hoy he recibido una gran lección –reconoce Juan con humildad.

Y ahí no miente. Ahora tiene pleno convencimiento de que ya es un agente, admitido o no por la Amt Ausland/Abwehr im Oberkommando der Wehrmacht, que es el nuevo nombre de la Abwehr y su sección española, la Amtsgruppe Ausland, aunque Abwehr siga siendo la abreviatura utilizada por todos sus servidores por evidente comodidad y rapidez.

Ha quedado con Araceli para pasear por el Retiro. Fue idea de ella, que por alguna razón quiere disfrutar hoy del parque. Lo espera a la entrada, frente a la Puerta de Alcalá, pero Emilio lo entretuvo tanto tiempo, que llega tarde. No obstante la ve allí, en el lugar concertado.

–Perdón, fue imposible venir antes.

–Yo también me retrasé. Comenzaba a pensar que te habías ido.

–¡Qué va! Tuve de todo. Incluida una vigilancia por las calles. No cambies la mirada, pero sospecho que todavía lo están haciendo. Era una mujer, pero seguramente la habrán cambiado. Vamos a ir hacia el estanque. De vez en cuando te vuelves, me abrazas y comprobamos si viene alguien detrás.

–De acuerdo; eso lo hacíamos mucho en los paseos para controlar a los chicos que nos gustaban.

–¿Te gustaban muchos chicos?

–Lo normal. Seguro que tú te fijaste en más chicas.

Caminan hacia el paseo de las estatuas, y cuando han avanzado unos metros por él, Araceli se vuelve con disimulo.

–Nada especial, salvo que sean dos hombres muy bien trajeados.

–No lo creo. De todas formas, bordearemos el estanque hacia la derecha y después de unos cien metros, damos la vuelta hacia la izquierda, como si se nos ocurriese alquilar unas barcas.

–¡Y lo hacemos!

–Bueno; si quieres, navegamos un rato.

–¡Claro que lo quiero! ¡Lo hacen todos los enamorados!

La pareja avanza siguiendo el plan determinado sin que observen ningún sospechoso a sus espaldas.

–Araceli, ¿podrías contactar con Zulueta?

–Lo intento.

Las nuevas autoridades españolas han lanzado una campaña en solicitud de oro, joyas o divisas. Las arcas están exhaustas y todos los buenos patriotas deben colaborar en el sostenimiento del régimen. «España necesita oro –dicen los anuncios de prensa–. No podrá quedar ningún objeto de oro en manos de un español mientras que el Tesoro Nacional lo necesite». O éste, más conminatorio: «Español indigno. Entrega tu oro». Además del gesto solidario, a quienes tengan caudales en el extranjero se les facilitarán los trámites para legalizarlos dentro. Juan ya lo tiene en cuenta y es una de las vías de salida a la que le da vueltas, ahora que los ingleses le han cerrado definitivamente las puertas.

–Podría decirles que voy a recibir en Portugal una herencia familiar. Si puedo acudir para hacerme con ella, donaré parte al Estado.

–Eso es condenarte al fracaso –le advierte Araceli–. ¿Qué entregarías a la vuelta? ¿Aire?

–Estoy seguro de que tiene que haber una solución al alcance de la mano. Los alemanes están a punto de caramelo. ¡Es desesperante!

–¿En qué piensas, Juan? Cuando tú dices «desesperante» es que ya tienes un plan en la cabeza. Ni siquiera con todas las naves ardiendo vas a perder la esperanza. Podrás engañar a los alemanes, pero no a mí.

–¡Qué graciosa! Tú eres más lista que el servicio secreto alemán, que me sigue los pasos como si fuese alguien importante.

–Sí.

–Sí, ¿qué?

–Sí a todo. Soy graciosa y más lista que los espías de Hitler. Te siguen los pasos y eres importante. Todo sí.

A Juan no le queda más remedio que besarla como premio al halago. Han llegado a la taquilla de las barcas y alquilan una. Cuando están en medio del estanque, Juan le confiesa lo que ella misma le adelanta.

–Tengo un plan. Con el pasaporte que me consiguen las Borbón puedo llegar

a Lisboa. Eso creo. Allí trataré de solucionar la papeleta y no estaría de más que me echases una mano.

–¿Cómo?

–Te informaré de mis pasos. Con Zulueta, o ya veremos.

–Seguro que ya lo sabes.

–Prefiero esperar.

–¿Y el hotel?

–Lo he dejado. ¿Te importa?

–¿Por qué me iba a importar? Lo único que conseguías allí era perder el tiempo. Y lo necesitas por completo para hacer lo que consideremos prioritario, máxime ahora.

–¿Qué quieres decir?

Juan no entiende las dos últimas palabras de Araceli y pide que se las descifre.

–Máxime ahora, cuando vas a ser padre.

No lo esperaba. Es cierto que lleva semanas con la cabeza prestada a los nazis, pero siempre imaginó que conocería el embarazo de su mujer al mismo tiempo que ella. Pero es evidente, son cosas que no tiene bajo su control.

–Es maravilloso, no puedo competir con esa noticia.

–No tienes que hacerlo, simplemente disfrútala.

Juan sube los remos y la besa de nuevo. Varias ideas le cruzan el pensamiento, pero una de ellas puede sobre las demás. Es el recuerdo de su padre, lo feliz que se sentiría sabiéndose abuelo. Todavía abrazado a ella se le escapan dos lagrimones que Araceli nota sobre sus mejillas.

–¡Oye, Juan! ¡Que ésta es una noticia excelente!

–No voy a Portugal. Me quedo contigo.

–¿Qué tonterías dices? Haz lo que pensaste. Yo había programado irme unos días a Lugo. Hace tiempo que no veo a mi madre, ni a Blanquita. Ellas me cuidarán y si quieres que me encargue de algo, me lo haces saber allí.

Araceli está en lo cierto. No hay ninguna razón para variar los planes; acaso, una nueva y muy poderosa para acelerarlos. Sin trabajo y con la llegada del niño, la necesidad de obtener ingresos es perentoria.

–Eres muy buena conmigo.

–A lo mejor es que te lo mereces.

Y Zulueta, que ya ha dejado el Banco de España, pero mantiene los contactos, le habla del interés del Gobierno en localizar a un tipo llamado Dalamal, un personaje que evade pesetas a Portugal para convertirlas en libras esterlinas. Lo cuenta pero a los alemanes no les gusta la alternativa Dalamal. Demasiado complicada. Sería abrir nuevos frentes de sumo riesgo con resultados harto improbables. Eso, sin contar que ni siquiera creen en la existencia de Dalamal. A Zulueta sí lo conocen. Lo han hecho seguir y saben de sus relaciones con los Pujol. Juan ya no es un español del motón, sino el hombre que tontea con los servicios de espionaje. Un personaje a vigilar.

26 de abril, sábado

En el último contacto con Federico consigue financiación para viajar a Portugal e intentar desde allí romper el cerco. Es una excelente señal del grado de convencimiento que logró inocular en ellos. Mil pesetas. Las primeras que Juan gana con su nueva dedicación de falso espía, o como quieran llamarlo, si algún día la historia se ocupa de su caso. También logra de un pariente una cadena de oro que en Portugal podría vender por el equivalente de dos o tres mil pesetas, según sus cálculos a la vista del mercado. Su destino es el Hotel Suiso-Atlântico, de la rua da Glória, cerca de la Avenida da Liberdade, donde hace valer su condición de colega en el negocio hostelero y se gana la amistad de Benito Barreiro, su propietario, un gallego de reconocida habilidad para los negocios que ha hecho fortuna desde que se instala en la capital portuguesa.

—Lisboa le va a resultar familiar, amigo Pujol, porque también es una ciudad *bona si la bolsa sona*. Eso dicen en su tierra y eso digo yo después de los años que llevo por aquí.

—Me gustaría conocer españoles. Quiero establecer relaciones comerciales con residentes en la seguridad de que unos me llevarán a otros.

—¡Oh! Eso no tiene ninguna dificultad. Lisboa está llena de españoles. Los tiene de todas las clases. Ricos, pobres y arruinados. Republicanos en fuga y franquistas hasta las cachas, como decimos en Galicia. Nobles y plebeyos. Los hay intelectuales de prestigio y burros hasta lo indecible. Incluso hay putas, guitarristas y cantantes de fados. ¿Cuáles prefiere?

–A ser posible, ricos.

–Tenía que haberlo supuesto. No va a venir hasta aquí para conocer mendigos.

–Si quiero hacer negocios, mejor será que dispongan de posibles. ¿No le parece, don Benito?

–Le recomiendo que se dé una vuelta por el consulado. Allí se citan varias docenas de ellos cada día. Arreglan sus asuntos e incluso celebran reuniones en sus despachos.

–Así lo haré.

–Espere, ahora que lo pienso, tengo alojado en el hotel a un español, gallego también, que responde a sus exigencias, aunque desea marcharse pronto.

–¿A España?

–No, no; a América. Creo que a Argentina. Éste no vuelve a España ni a tiros, bastante tuvo ya.

–Muy interesante. Yo tampoco descarto América para ampliar negocios.

–Pues ya verá qué fácil es. Voy a llamarlo a la habitación. No veo su llave en el cajetín y lo más probable es que todavía no haya salido, cosa que hace todas las noches. Seguro que le encanta conocerle.

Barreiro marca la habitación del aludido desde la conserjería.

–¿Don Jaime? Soy el director; sí, Benito. Resulta que estoy con un compatriota nuestro recién arribado a Lisboa, *e falando falando*, llegamos hasta usted. Me pregunta si podría presentárselo y naturalmente le dije que sí... ¡Ah! Pues perfecto, aquí estamos.

El director sonríe satisfecho.

–Estaba a punto de salir y baja en un instante.

–¿Cómo se llama?

–Jaime, Jaime Souza.

A los pocos minutos, Souza aparece por las escaleras. Es un hombre corpulento, y al lado de Juan, mucho más. Sonríe y le extiende la mano con gran cordialidad mientras Benito Barreiro hace las presentaciones y se despide.

–Bueno, ahora que ya se conocen, me van a permitir que regrese a mis obligaciones.

–Por supuesto.

Souza lleva la iniciativa en la conversación, de modo que a Juan le basta con prestarle mucha atención.

–Vivo en Lisboa como una calandria en una jaula de oro. No sé si es un premio o un castigo. Llevo dos semanas a la espera de un pasaje para América, pero todavía no hay perspectivas de que lo consiga en las dos siguientes. La Pan American Airways está desbordada y se rifan los billetes como si fuesen palacios. Ya sabe que vuelan en hidroaviones Clipper y tienen mucho prestigio. Claro que yo no estoy dispuesto a entrar en ese juego y pagar una millonada por algo que no lo vale. Trescientos setenta y cinco dólares ya me parece un buen precio. De modo que paciencia. A su tiempo maduran las uvas. Los ricachones de toda Europa vienen por miles y pagan lo que haga falta con tal de salir pitando. Desde aquí, o desde Marsella, desde Foynes o Southampton. Eso tiene sus compensaciones porque Lisboa está llena de encantos. ¿Le gusta la juerga?

–Me gusta divertirme, como a todos.

–Pues aquí la hay de todos los calibres.

Juan sigue los pasos de su nuevo amigo en la seguridad de que él sabe su destino.

–Vamos a cenar en Zé dos Grelhados. Me encantó el otro día. Está en la rua João do Outeiro, en la Mouraria, un sitio típico donde los haya. Además me dijeron que el tal Zé era un gallego que abrió allí una carbonería a principios de siglo y del carbón se pasó a la parrilla, lo cual tiene su lógica. Zé era José y el tipo tenía que ser peculiar porque todos presumen de haberlo conocido, así que cuando les dije que yo también era gallego se pusieron muy contentos y me sirvieron a cuerpo de rey.

–Bueno, yo estoy casado con una gallega.

–¡Fantástico! Se lo diremos y que nos bailen una *muiñeira*.

A Souza le gusta comer, beber, escuchar fados e irse a la cama en compañía, por lo que Juan sospecha con acierto que en la Mouraria, además de bacalao y canciones, también irán en busca de mujeres. Y no de una cualquiera, sino de Mariazinha, a la que ya ha visitado en noches anteriores, porque la chica los recibe alborozada con un saludo inconfundible.

–¡Oh! *Meu grande amor galego de cauda travessa!*

–Mira, Juan; ésta es la guapa Mariazinha. ¿Quieres que te presente a una

amiga?

Pujol se zafa del compromiso putero con gran aplomo. No va a ser ésta la mentira más grande de su vida.

–Muchas gracias, pero acabo de llegar a Lisboa y estoy molido. Quizás otro día, cuando me reponga.

–Como quieras, pero estas chicas te dejan como nuevo. Nosotros subimos un momento y en cuanto Mariazinha me quite lo que me sobra, nos vamos. Tómate algo mientras tanto.

No habrían sido necesarias las presentaciones, porque a Juan lo rodean otras dos muchachas con manifiestas intenciones de establecer comercio.

–¿A que ninguna de ustedes sabe que el nombre de Lisboa viene de Ulises?

–*Mas o que você diria?*

Ni la historia de Ulises, ni la de Luso, que Pujol sabe al dedillo desde que decide este viaje, entusiasman a las hetarias de la Mauraria, que lo dejan en soledad con la copita de Porto que ha pedido por pedir algo. Ya verás cómo este cabrón se pasa media noche de besuqueos con la moza y me deja tirado como una colilla. Quince minutos más y me voy. Creo que sabré volver al hotel por el mismo camino que trajimos, y si no, pregunto. Pero no, Jaime aparece abrazado a Mariazinha con una gran sonrisa que indica su satisfacción.

–¿Tardé? ¿A que no? Hay que ser considerados con los visitantes. ¿Qué se debe, Catarina?

Juan intenta pagar su copa, pero su amigo no está dispuesto. Faltaría más. Encima de que te hago esperar a que remate la faena. De su bolsillo saca varios papeles doblados, la cartera y un pasaporte. Los ojos de Juan se clavan en este último y se lanza a interesarse por él.

–¡Qué curioso! Tu pasaporte es distinto al mío.

–Trabajo me costó conseguirlo. Tiene visa para toda Europa y América, excepto Rusia y México, eso sí. Y una autorización del Ministerio de Asuntos Exteriores para que no me pongan pegas. Una maravilla en los tiempos actuales, pero para eso hay que tener amigos hasta en el infierno. Y yo siempre presumí de los necesarios.

La vuelta hasta el Suíso-Atlântico es más placentera de lo que Juan supone mientras espera en el tugurio de Mariazinha. ¡Jaime es dueño del documento

ansiado! ¡Y con un refuerzo de Exteriores!

Está en buena racha. Durante la juerga de la noche siguiente, Souza le presenta a otro español, Dionisio Fernández, que, sin venir a cuento, les dice que aquella tarde ha recibido noticias de su familia en Sevilla a través del apartado de correos que ha contratado. Sin saber muy bien por qué ni para qué, aquella información suplementaria se graba para siempre en la mente de Pujol. Otra vez la suerte parece salirle al paso. Ahora solo resta encontrar el momento para hacerse con los maravillosos documentos de Souza.

28 de abril, lunes

Desde el hotel al Palace Mayer, en la rua do Salitre, apenas hay cinco minutos de recorrido que Juan realiza a primera hora de la mañana, mucho antes de que Jaime se desperece. Quiere aprovechar ese momento, no solo por ser horas de oficina, sino porque Souza le ha prometido una visita turística a los lugares más característicos de la ciudad, previa a la cena y a lo que él supone nuevas andanzas de *nightclubs*.

Salvados los pertinentes controles y con la excusa de encabezar una misión comercial de gran calado, logra lo que no esperaba conseguir en su primer acercamiento a la legación española, que lo reciba el secretario Luis Turiezno. Es uno de los que pertenecen al grupo conocido como la «Pandilla de Lisboa» y cuyo mérito reside en saber administrar las influencias del todopoderoso embajador, Nicolás Franco Bahamonde, hermano mayor del jefe del Estado. Colás está siempre dispuesto a meter la nariz en cualquier empresa de la que pueda extraer beneficio, tanto que en sus tres años de Lisboa se ha ganado el mote de Embajador Negociante.

Juan conoce en parte la fama de Colás Franco, pero, aun así, no confía en que la mera mención a un asunto de dinero sea el bálsamo de Fierabrás que venza todas las resistencias y le abra de inmediato las puertas de Turiezno, que lo recibe con sonrisa diplomática, sabedor de los asuntos que mueven a su compatriota.

–Siéntese, señor Pujol. Es una alegría saber que otro español se lanza a la aventura de los negocios internacionales. ¿De qué se trata?

–Mis socios y yo establecimos contactos en cinco países americanos donde

esperamos encontrar el capital oportuno para introducir nuestros productos textiles a gran escala, con precios sin competencia y crear así una cabeza de puente que nos permita ser líderes en todo el continente el día de mañana.

–¡Vaya! Eso suena muy bien. ¿A qué industria representa?

–En realidad somos varios fabricantes catalanes, se puede imaginar, no de los principales, sino empresas medianas; pero que unidas pueden ser muy grandes. Yo hablo en nombre de todos, aunque mi firma es Pujol y Cia. Todavía estamos en trámites para constituir la matriz con la que trabajaremos en el exterior, para respetar nuestra independencia interior. Discúlpeme que no sea más preciso.

Turiezno da por suficiente la explicación e indaga ahora sobre su presencia en Lisboa.

–Todo lo que dice me parece muy interesante, pero no acabo de ver el motivo de su visita.

–Estoy en Lisboa para realizar entrevistas en la misma dirección con empresarios portugueses, pero se ha dado la desgraciada circunstancia de que he perdido mi documentación y debo volar en un Clipper de la Pan Am la próxima semana, algo que no podré realizar sin ella.

–¿Dónde le expidieron el pasaporte?

–En Madrid.

–Pues entonces no le queda más remedio que regresar a Madrid y solicitarla allí de nuevo.

Juan decide jugársela a simular un enfado descomunal.

–¡Pero eso es imposible! ¡No tengo tiempo, ni documentación, ni dinero para alargar de esa manera mi viaje!

–No se altere, que los gorriones también se mueren de berrinches. Nosotros podríamos facilitarle un pase para que cruce la frontera portuguesa hacia España sin ninguna dificultad.

–¡Eso es lo mismo! ¿No se da cuenta de que perdería el vuelo y toda la operación se vendría abajo?

–Así son las leyes. Yo no puedo saltármelas por su caso.

–¡Esto es una vergüenza! ¡Estoy en la embajada española y tengo derecho a que aquí solucionen mi problema! ¿Ésta es la forma de ayudar a los empresarios? Me parece sencillamente una traición al régimen.

El gorigori que causa Pujol alerta a Nicolás Franco, cuyo despacho, tal como descubre ahora, es el contiguo al de Turiezo. El embajador asoma por la puerta interna que los une y se dirige al catalán en tono amable.

–Imposible no escucharles, caballeros. E imposible no entender su frustración, pero así son las cosas, como le expuso el señor Turiezo. De cualquier forma, dada la singularidad de su caso y los beneficios que España podría obtener de la buena marcha de sus gestiones, le prometo que personalmente realizaré una consulta ante el Ministerio, aunque debe comprender que un documento emitido en tal lugar no pueda ser enmendado por otro sin su conocimiento.

–Se lo agradezco –contesta Juan.

Posiblemente va demasiado lejos con su bravuconada. Si Colás Franco realiza alguna consulta a Madrid, algo dudoso, se dará de bruces con su realidad, que no ha tenido nunca el pasaporte que reclama. Y si el «hermanísimo» no mueve un dedo, a él solo le quedará la compleja opción que ya tenía, esto es, hacerse con el visado de Souza y falsificarlo. En cualquier caso, está obligado a actuar, y sin tardanza.

La vuelta al hotel le sirve para establecer los siguientes pasos. La opción Embajada, de producir sus frutos, tendría que ser apoyada desde España para no causar efectos catastróficos. Antes de llegar a la habitación, establece de un plumazo la relación, e incluso se mortifica por no haberla previsto ya en España. Es sencillo, llamada de Araceli a Goicoechea para que éste hable con Gómez-Jordana. Sí, hombre, aquella chica que te sacó del apuro de los uniformes de los ministros. Pues resulta que se ha casado y que a su marido le ha salido un negocio en América. Está en Lisboa y la embajada no le da el visado, que necesita con urgencia para volar a..., a Colombia. A ver si puedes hablar con el ministro Beigbeder y que se lo arreglen.

Ya desde el hotel la telefona a Lugo y se lo cuenta. Lo puedes hacer desde Galicia. Todo depende de Goicoechea. Jordana te está debido y Beigbeder no le va a negar el favor a su antecesor, que bien podría ser su sucesor y volver a tenerlo por encima. No sé, Juan. Tú lo ves todo muy fácil. Cierto, lo veo fácil porque te tengo a ti. Por mí no va a quedar la llamada, pero busca alguna alternativa. Ya la tengo. Es cuestión de asegurarlo. ¿Qué tal vas? Estupendo, me cuidan mucho y el bebé se porta muy bien. Apenas da la lata. ¿Te

alimentas? Como siempre. ¿Paseas? Aunque llueva. ¿Y tú? Bien. Ya te contaré sobre las amistades que he hecho. ¿Portuguesas? No, dos gallegos. ¡Vaya! Y también conocí a Nicolás Franco. ¿Al hermanísimo? Al mismo. Pues no pierdes el tiempo. Eso procuro. Mañana creo que voy a Estoril, al casino. Juega unas fichas por mí. No tentaré demasiado la suerte, que se gasta. ¿El dinero? No, la suerte. Muchos besos. A ti. Te quiero, dale muchos besos a Margarita, a Blanquita y a tus hermanos, si están por ahí. Sí, están. Se los daré. Estoy deseando verte.

Estoril es uno de los desplazamientos que Souza le anticipa para continuar su *dolce vita*. No le pone pegas, entre otras razones, porque se le antoja una situación más propicia para hacerse con el pasaporte. El casino es un lugar inmejorable para conocer otras personas que le proporcionen lo que necesita, aunque antes debe conseguir algunos útiles de trabajo.

–Señor Barreiro, abuso otra vez de su generosidad. ¿Podría ayudarme en dos asuntos?

–Venga, venga. No exagere. ¿Qué hotel no ayudaría a un huésped? Y si es un gallego-consorte..., lo que haga falta.

–Es usted muy amable. Verá, el caso es que un familiar, sabedor de mi viaje, me entregó una cadena de oro con el fin de venderla y, claro, no sé a quién dirigirme por miedo de que me estafen.

–Déjelo de mi cuenta. Como puede imaginar, no es la primera vez que un cliente necesita un servicio así. Conozco dónde hacerlo con garantías. ¿Cuánto esperaba conseguir por ella?

–Pues no lo sé con exactitud, pero al precio de mercado, sobre las dos mil, dos mil quinientas pesetas.

–Si le parece, le adelanto dos mil y cuando la venda, arreglamos cuentas. ¿Le valen escudos?

–¡Oh! Eso sería magnífico. Sí, sí; claro que me valen escudos.

–Pues aquí tiene, y ya me dará luego la cadena. ¿Algo más?

–Pues sí. También necesitaba alquilar una máquina de fotografía. Vamos a hacer unos recorridos turísticos y me gustaría llevarme algún recuerdo.

–¡Alquilar, alquilar! ¡Le dejo la mía y asunto acabado!

–Señor Barreiro, no tengo palabras para agradecerle lo que está haciendo por mí.

–Bueno. Siempre que venga a Lisboa, hospédese en el Suisso-Atlântico y yo estaré muy contento.

–Así lo haré.

29 de abril, martes

Juan y Jaime se alojan a media tarde en la misma habitación del Hotel Grande de Monte Estoril. Es una sugerencia de Juan como prueba de la confianza alcanzada y además, una medida de ahorro para sus menguadas posibilidades, pues está dispuesto a invitarle para corresponder de alguna manera a los pagos realizados por Jaime en sus correrías nocturnas por Lisboa. Está inquieto. Pan Am ya se ha puesto en contacto con el gallego para anunciarle que en breve tendrá plaza dentro de un vuelo del Clipper, y aunque no hay fecha, la marcha parece inminente. De hecho, Jaime advierte en conserjería que espera recibir un telefonazo urgente de la compañía. Si no está él en la habitación, les ruega que hagan lo imposible por localizarlo, o por tomar exacta nota del mensaje y comunicárselo a la mayor brevedad. Para que así sea, pone sobre el mostrador un billete de cien escudos que enseguida desaparece. Rellenan el *Boletim de Alojamento* obligado por la PVDE sin que Juan pierda de vista el pasaporte de su amigo, que regresa de inmediato a su bolsillo. Ya tiene algo en mente, pero mientras vaya con él a todas partes, la misión es imposible. Se acicalan, cenan y cuando Juan va a sugerir que vayan a la ruleta, es Jaime quien se adelanta.

–¿Tomamos café aquí, o vamos al casino?

–Mejor allí. Así nos ambientamos.

Nunca ha pisado un local donde el lujo se advierte en la distancia, en los jardines, en la entrada, y sobre todo, en el porte de los que allí concurren, representantes de las familias más encumbradas de toda Europa, millonarios, aristócratas y, cómo no, buscavidas como ellos tras ternos que esconden su escasez. Juan oculta su asombro por miedo a parecer un paleta a los ojos de Jaime, y éste hace lo propio, aunque su bagaje es similar.

–Hoy va a ser nuestra gran noche.

En el registro aparece de nuevo el pasaporte y dentro de él, el escrito con el permiso de Exteriores. Juan extrae el suyo con gran cautela.

–Pensamos venir los próximos días. ¿Debemos traerlos todas las veces?

–*Não será necessário. Com este documento nós damos-lhes, podem entrar livremente por um mês.*

Es lo que quería oír y que Jaime lo oyese para que dejase el pasaporte en la habitación. Si lo hace, el único peligro es que la Pan Am lo llame con la sirena del apremio.

Una vez dentro comprueban que no se han precipitado. Las mesas están repletas y todo está en gran actividad, como de madrugada. Van al bar y piden algo. Hay que hacerse al local, aunque solo sea para matar el rato, porque lo que más ansía Juan no es ver cómo rueda la bolita, sino que pase la noche y sea mañana.

–Esto está de bote en bote –comenta Jaime la evidencia.

–Sí, no lo sospechaba tan efervescente.

–¿Cuántos millones habrá aquí reunidos?

–Cualquiera sabe. Quizá se puede comprar con ellos media Europa.

–Ja, ja, ja. ¡Alemania!

–Sí, o la otra media.

No lo saben, pero han entrado en la sala el vicealmirante Sir John Godfrey y un funcionario de los Servicios de Inteligencia Naval Británica, llamado Ian Fleming. Los dos se hacen pasar por miembros del consulado, pero ambos están en misión secreta. Pasan frente a ellos y a Juan se le ocurre un comentario muy acertado.

–Éstos pueden ser espías de los ingleses. ¿No te fijas qué estirados?

Tampoco lo saben, pero el segundo de ellos, Ian, acaricia la idea de dejarlo todo y dedicarse a la novela, a contar aventuras de un agente para el que ya toma apuntes. Lo va a conseguir dentro de diez años y en la primera aventura recordará aquella noche en Estoril. La titula *Casino Royale*, y su protagonista se llamará James Bond, como un biólogo norteamericano.

–Vamos a comprar fichas. Malamente seremos millonarios si no lo hacemos.

Crean un fondo común de 20 000 escudos. A Juan le parece una cantidad desorbitada para perderla en la ruleta, pero no sabe que la suerte va a sonreírles. Salen de allí con más dinero del que llevaban.

–¿Qué te dije? Que iba a ser nuestra noche.

30 de abril, miércoles

La segunda visita al casino es obligada. La noche ha sido un éxito y nada contradice pensar que se repita. A la entrada, Juan trata de confirmar que van sin documentación.

–Me dejé el pasaporte en la habitación.

–Yo también –dice Jaime–. Pero con la tarjeta que nos dieron no habrá problema. Nos lo aseguró ayer el portero.

–En cualquier caso, me acerco un instante al hotel y los traigo.

–Ya verás como no es necesario.

Y efectivamente, no lo es. Pasan sin problemas y se van lanzados a la mesa de ayer, la de la suerte, aunque el crupier no es el mismo.

–*Rien ne va plus!*

El 17. Impar y manque. Doblan las dos apuestas realizadas. Se miran y sonríen.

–¡Buen comienzo! –exclama Jaime.

–No tan bueno para mí.

–¿Y eso?

–Ha comenzado a dolerme el estómago de mala manera. A lo mejor cené más de la cuenta. Pero no te preocupes, es algo habitual y tengo el remedio en el hotel. Voy a tomarlo y vuelvo enseguida.

–Te acompaño.

–Ni se te ocurra. Hemos empezado bien y vamos a continuar la racha. En menos de media hora estoy de vuelta.

–Nunca te había pasado.

–Estos días no, pero es como una bomba sin espoleta que llevo dentro y explota sin avisar.

–Bueno, pues aquí te espero.

–A ver si me das un alegrón a la vuelta.

–¿Qué año naciste?

–El 12.

–Ésa será mi próxima apuesta.

Juan se lleva la mano a la altura del abdomen y abandona la sala en medio de un dolor que solo existe en el pensamiento de Souza, dispuesto ya para realizar una triple inversión a par, manque y 12.

Apenas doscientos metros separan los jardines del casino con los del Monte

Estoril. Pide la llave de la habitación y sube con los nervios contenidos por acariciar ya el objeto de sus deseos. Abre y se encierra por dentro, como cuando buscaba los paquetes de joyas en casa de Estruch. En el improbable caso de que Jaime regrese de forma inopinada, le dirá que cierra para salvaguardar su intimidad mientras va al servicio, pero lo ve improbable.

Busca el pasaporte en la maleta de Jaime y lo encuentra en el portadocumentos. Extiende y alisa el escrito de Exteriores ayudándose de frascos de colonia y dos vasos para eliminar en lo posible las marcas de las dobleces. También fotografía las páginas del pasaporte. Repite por tres veces los disparos, recoge con cuidado todo lo que ha movido y sale de la habitación convencido de que será imposible detectar sus manipulaciones.

En la ruleta, Jaime lo recibe de muy buen humor.

—¿Sabes que tu año era bastante bueno? Salió el 14, par y manque. Llevo unos dos mil escudos de ganancia. ¿Qué tal tu estómago?

—Bien, comienza a remitir.

2 de mayo, viernes

Los acontecimientos se suceden de la forma más favorable a los intereses de Juan. Jaime, nervioso ante la inminencia de su viaje, prefiere acortar la estancia en Estoril para atender los últimos asuntos en Lisboa, entre ellos, una visita de despedida a la cariñosa Mariazinha, que realiza en solitario. A Juan nada le retiene allí y por el contrario debe actuar en la capital con la máxima celeridad si no quiere que Federico se olvide de su existencia. De modo que los pasos a dar son precisos y sin interrupciones. Revelar el carrete y conseguir que las fotos estén aquella misma tarde mediante un sobreprecio que ajusta sin dificultad. Con ellas en la mano, localizar a un fabricante de sellos de caucho y encargarle la reproducción del que figura en el escrito de Exteriores, con la disculpa de pertenecer al Consulado español, donde el que tienen ya está muy gastado. Hubiera dado igual la razón, porque el trabajo se paga por adelantado y así nadie pregunta.

A la espera del sello, Juan se dirige también al número 7 de la Travessa da Condessa do Rio para contratar con la imprenta Bertrand Irmãos la realización de doscientas copias del oficio fotografiado a Souza. El engaño vuelve a ser el

mismo que en la ocasión anterior. Son impresos del Consulado, se han agotado y no pueden esperar a que se los envíen de Madrid. No necesita doscientas, por supuesto, pero es la cantidad que supone lógica en una reposición de ese estilo.

Mientras espera en el Suiso-Atlántico a tener el sello y los impresos, Benito Barreiro le informa de novedades en su ausencia.

–Han llamado de la embajada española. Dicen que vaya mañana por allí.

Juan se sobresalta. Con todo lo que está haciendo en nombre de la diplomacia española, teme haber sido descubierto, pero al instante se tranquiliza. Si fuese así, no lo avisarían por teléfono, sino que tendría la visita de la policía para detenerle. Por lo tanto, han de ser buenas noticias.

–Muchas gracias, don Benito. Mañana voy.

–Y otra cosa, don Jaime Souza se ha marchado por fin hacia Argentina. Recibió un aviso urgente y me encargó que le transmitiese su más fraternal despedida.

–Yo también le deseo la mejor suerte del mundo.

3 de mayo, sábado

En el *hall* de la embajada le informan que quien le ha llamado es el secretario don Luis Turiezno. Deja su filiación y sube hasta donde ya sabe que se encuentra su despacho.

–Don Luis lo recibirá en unos minutos.

La espera se prolonga y Juan trata de distraer los nervios con la lectura de unos folletos propagandísticos de la Nueva España. Molinos de la Mancha, unas sevillanas brazos en alto y el rostro de un Cristo que reconoce como catalán. Por fin lo reclaman.

La bienvenida de Turiezno es hosca, pero al mismo tiempo, sumamente tranquilizadora.

–¿Qué personas influyentes ha estado moviendo, señor Pujol? ¿Qué amistades tiene en las altas esferas?

–Gente de peso, como usted afirma –dice Juan sin decir nada.

–Ayer hemos recibido de Madrid un telegrama en el que se nos indica que le proporcionemos visados para toda Europa y América, con excepción de Rusia

y México; vamos, lo que usted solicitaba. El telegrama lo firma el propio ministro de Asuntos Exteriores, el coronel Beigbeder. ¡Ha tenido que tocar palos muy altos!

–En fin, son personas que me aprecian.

¡Araceli! Ha funcionado la llamada a Goicoechea y la de éste al conde de Jordana. Tal como supuso, el grato recuerdo dejado por su mujer le facilita ahora la mejor de las soluciones, y si al pasaporte y los visados, le sumamos la falsa recomendación de Exteriores, de la noche a la mañana se convierte en el español con más libertad de movimientos que pueda darse en el régimen, casi la misma que cualquier diplomático. Eso quiere decir que dejará a Federico sin argumentos para no confiarle cualquier misión, la que Alemania desee.

–Nos hemos adelantado a su visita y el documento, a falta de su firma, ya está preparado. Mi secretaria le conducirá a la oficina donde se encuentra. Por mi parte, solo me resta felicitarle por las relaciones de las que disfruta. Consérvelas y hágase merecedor de su confianza.

–Pierda cuidado, señor Turiezo. Ése es mi objetivo.

12 de mayo, lunes

Juan se siente otra persona. En su caminar por las calles madrileñas el paso ha cambiado de ritmo. El de ahora es más vivo, con la firmeza de un triunfador y el garbo de un galán. También se permite concebir planes de mayor audacia, como por ejemplo alquilar un Dodge del 39 en el Autotodo de la calle Marqués de Cubas, a donde ha ido por la mañana en compañía de Andresito, el hijo de su patrona de la Gran Vía.

—Mira, Andresito. Voy a verme con un señor en el café Negresco, ya sabes, en el arranque de Alcalá. Yo iré a las cinco. Quiero que vengas a buscarme con el coche a las cinco y media. Solo eso. Me gustaría impresionarlo para un negocio que tenemos parado. A cambio, estos cinco duros son tuyos y te quedas con el coche el resto del día. ¿Comprendes?

—A las mil maravillas. ¿Quiere que lleve gorra?

—No, no hace falta, pero no te olvides la americana y la corbata. ¡Ah! Y cuando llegue, sales del coche y me abres la puerta. Con eso bastará.

—¡Delo por hecho, don Juan!

Sabe que la entrevista con Federico en el Negresco será decisiva, pero también que no ha conseguido nada y que de él se espera la perfección en cada palabra. No debe aparecer Araceli, ni la embajada, ni Jaime Souza. No debe aparecer ninguna pista que les conduzca a una investigación fructífera, entre otras razones, porque desconoce el nivel de información que los alemanes puedan disponer de los españoles, o incluso de los ingleses, pues si él se infiltra en la Abwehr, también pueden haberse colado gente del MI5, o viceversa. Madrid, cada vez con mayor motivo, no es un escenario cómodo por mucho que lo pise decidido.

La cita se establece en el piso superior del Negresco, donde antes de la guerra las emisoras retransmitían en directo la música de las orquestas contratadas. Así fue posible trasladar a cada hogar el ambiente de uno de los locales más exquisitos de Madrid, donde Jacobo Schneider instala un sistema de ventilación que evita humos y humedades, la última palabra en modernidad y el último grito en decoración exterior que le proporciona en consonancia con su nombre el mármol negro Bélgica elegido por Jacinto Ortiz. Tras las lujosas escaleras, frente al espejo que le permite ver sin mirar quién asciende, se acomoda Federico. Juan, minutos después, da la espalda a la entrada.

—Están subiendo mucho las temperaturas.

–Las primaveras de Madrid pueden venir muy calurosas.

No se trata de ninguna clave, sino de un ensayo sobre el tono y la altura de las voces, como profesores de una orquesta antes del concierto que prueban sus instrumentos. Juan debe ser el primero en abandonar los tópicos y lo hace con contundencia.

–El viaje ha sido un éxito. Estoy en condiciones de ofrecer todo lo que se me ha pedido.

–Bien. Explíquese.

–Finalmente llevé a cabo la operación que me solicitaban los hermanos Zulueta.

–¿Hermanos? Nunca se habló de dos personas.

–Ni yo lo sabía, pero son dos y trabajan en los mismos cometidos. Tuve que localizar a Dalamal, un nombre falso, como era de suponer. Llevaba el contacto de un tal Varela, policía de la embajada española en Lisboa, que me presenta a Domínguez, un contacto de los portugueses para asuntos de divisas. Me hice pasar por residente en Lisboa y después de la operación, obtuve esto.

Juan deja sobre la mesa el escrito de Exteriores, perfectamente relleno con sus datos. Federico lo toma, lo desdobra y lo lee con atención.

–¿Y el pasaporte?

–Resuelto. Los Zulueta tienen buenos contactos en todos los ministerios. Sus delicadas misiones en el extranjero serían imposibles de otra forma, de modo que me lo dieron con solo sugerirlo para moverme por Inglaterra, porque Dalamal también lo hacía y podría perderle si no estaba armado de papeles.

El alemán le devuelve la hoja y hace un gesto con los dedos para que le entregue el documento.

Juan lo saca y se lo acerca en silencio, arrastrándolo sobre la mesa con lentitud peliculera. Federico lo abre por las páginas principales y lo halla conforme, aunque...

–Ha sido todo demasiado fácil, ¿no le parece?

–Mientras lo perseguía, nunca tuve esa sensación. Quizás aquí, desde una elegante cafetería, se vean las cosas de manera diferente –comenta Juan para hacerle ver que discrepa de su juicio.

–No se pase de listo, señor Pujol. Se ha movido muy bien, pero no hay nada decidido.

–Allá ustedes, pero yo no me he jugado el pellejo para que ahora surjan nuevas reticencias. El Führer no debe desaprovechar esta oportunidad.

–Nadie ha dicho que no lo vayamos a hacer –recula Federico viendo que Juan se muestra firme–. Simplemente he expresado mi sorpresa por lo bien que ha sabido manejarse.

–Cuando me ofrezco a ustedes sé lo que estoy haciendo. En ningún momento lo tomé como una broma.

–Lo imagino, lo imagino...

Juan observa por el rabillo del ojo que Andresito acaba de aparcar el Dodge en Alcalá, el lugar ideal para que Federico Knappe Ratey lo vea sin esfuerzo.

–¡Ah! No se lo dije, pero me vienen a buscar del Ministerio. Quieren que les informe de mis pasos, pero pueden estar tranquilos. Todo será en conveniencia a nuestros planes. Espero cobrar algunas pesetas y luego desapareceré de su vista, como si jamás me hubiesen conocido.

Federico se fija en el Dodge y ahora es Juan quien domina la situación.

–Está bien, mañana a la misma hora en el Aquarium, y no venga con tanta prisa, pues tendremos que hablar con calma.

–Se lo prometo.

Se chocan las manos y Juan desciende la escalera satisfecho de cómo ha salido la entrevista. El golpe final del coche le parece una genialidad. ¿Demasiado efectista? ¡De ningún modo! Jugamos fuerte y a Federico le encantará comprobar que su hombre sabe moverse en España y en el extranjero.

Andresito le abre la puerta como estaba convenido, mientras el alemán sigue desde arriba todos sus movimientos. Juan se vuelve antes de entrar y saluda hacia la cristalera, donde adivina la silueta de su contacto. El coche se pierde Alcalá abajo, cuando Juan le pregunta al muchacho, intrigado por su paseo:

–¿A dónde has ido?

–A la Cuesta de las Perdices. Ida por vuelta. ¡Menudo cacharro hemos alquilado!

–¿Bueno o malo?

–¡Cojonudo! Subiendo se pone a cien como si nada.

–Me alegro. Tampoco fuiste tan lejos.

–¿Y para qué? Pasada la cuesta nadie me conoce.

- ¿Y qué? ¿Te vieron muchas mujeres?
- Las dos que me interesan. La Paqui y la Juani. Se quedaron loquitas.
- ¡Joder, Andresito! ¡Las conquistas a pares!
- Sí, don Juan. Siempre conviene tener reserva.

23 de mayo, viernes

La del Aquarium es la primera cita de otras cuatro en las distintas cafeterías que existen alrededor de la Puerta del Sol; en Calatravas, en la Maison Dorée, o nuevamente en el Negresco. Son los encuentros que marcan el fin de las reticencias, donde Pujol y Federico viven la primavera madrileña delante de una mesa de mármol, entre peces de colores atrapados en un estanque, o enmarcados por la suave belleza del *art déco* y sus formas. El lujo español de la postguerra es el decorado de conversaciones con fines perversos, como son los de encontrar resquicios en la seguridad inglesa por donde el III Reich pueda colar su zarpa y completar la conquista de Europa como paso previo a otros avances que todavía no se mencionan. Juan les ha mostrado sus bondades y la Abwehr decide apostar por él, convencidos sus dirigentes de que un español de sus características es una joya incrustada en la City londinense. Ahora se trata de que él los escuche para empararse de sus prioridades y pronto pueda rendir informes valiosos. Así Madrid presumirá ante Berlín de que la mejor información de Londres, o quizá la única, es el resultado de un trabajo suyo. Algo que en esos momentos el Fremder Heere West, los Ejércitos Extranjeros del Oeste, la cúpula del espionaje alemán, solo ve como un sueño utópico e irrealizable, una completa fantasía.

–La información de interés está en cualquier sitio. Detalles que puedan parecer nimios son de suma importancia. Ni usted al recogerlos, ni nosotros al recibirlos sabremos darles el valor que esconden, pero llegará el momento en el que se revelen con toda su intensidad. Su intuición le guiará, pero piense siempre en los cambios que se produzcan. Si hay nuevas indicaciones sobre horarios, sobre costumbres, movimientos de barcos, concentración de tropas, medidas antiaéreas, arsenales improvisados, lo que sea. En el más breve plazo posible debemos establecer un sistema de comunicación fiable, tanto para sus envíos como para los nuestros. Hay mucho que hacer.

Pero las reuniones de cafetería agotan pronto su utilidad. Lo que viene a renglón seguido no se puede mostrar sobre un velador del Aquarium, ni en un banco del Retiro.

–Mañana nos vemos en mi domicilio. Calle Viriato número 73.

–De acuerdo.

La casa de Federico se encuentra en la manzana enmarcada por Modesto Lafuente y Fernández de la Hoz. Nada hay dentro ni fuera que la distinga. Federico es español de nacimiento y sus recuerdos también lo son, razón de más para camuflarse en el paisaje madrileño.

–Utilizaremos tinta simpática para la transmisión de los mensajes. Tiene el riesgo de que cualquiera puede hacerla visible si se detecta, pero tendrían que examinar toda la correspondencia y sabemos que en España no se establecen esos controles. Por otra parte, el envío puede ser todavía mucho más discreto. En ese sentido quedamos a la espera de lo que usted logre establecer. Por el contrario, un texto criptográfico es difícil de descifrar, pero nada más verlo se descubre que se trata de un mensaje secreto y, por lo tanto, levanta inmediatas sospechas. Como comprobará, señor Pujol, los dos sistemas tienen ventajas e inconvenientes.

–Se pueden utilizar conjuntamente. Es decir, escribir mensajes encriptados con tinta invisible.

–Sí, claro; ése es el quid y también lo hacemos, aunque en el caso de ser interceptados corremos otro riesgo.

–¿Cuál?

–Si cae en manos del enemigo, no solo les sirve para localizar a quien lo emite, sino también el código que utiliza. Lo dejan pasar y nos hacen creer que no lo saben, cuando en realidad tienen las claves de nuestra escritura secreta, que nosotros seguiríamos utilizando con toda tranquilidad, aunque ya estemos en sus manos. Si en algún momento podemos establecer una conexión radiofónica segura, hablaríamos de otros métodos. Eso y cambios constantes en los códigos.

Knappe Ratey se levanta, sale de la habitación y regresa con una botella de tres cuartos de litro y unas holandesas.

–Este envase contiene prusiato amarillo. Una de las muchas tintas simpáticas que se pueden utilizar.

Juan siente una profunda emoción al contemplar la botella. Es el primer instrumento que avala su profesionalidad como espía, más allá de los documentos conseguidos, como si le diese más mérito a la tinta por venir de manos de Federico. Pronto será un experto en ellas, tanto el prusiato, como el zumo de limón, el acetato de plomo, la leche, el sulfato de hierro y todas aquellas llamadas de *boy scout*, porque ya los exploradores las usan en sus simulaciones. Knappe Ratey también le habla de algodones y de cómo pasarlos en los controles metidos en las orejas, de pastillas que se disuelven en ginebra o vodka, o de papel encerado que se graba como el *offset*.

–Primero vaciaremos un poco de líquido en un plato, o en un recipiente pequeño, mejor con una boca, como los exprimelimonos, para recuperar el líquido que no hayamos utilizado. A continuación tiene dos posibilidades, o bien utilizar un plumín, o fabricarse un puntero con algodón enrollado en un palillo. El primero nos proporcionará una escritura más fina, y el segundo, de mejor lectura. Con el plumín podremos dejar menos espacio entre las líneas, con el algodón necesitaremos más. Hagamos una prueba. Escriba una carta a un amigo. Bastarán cinco o seis líneas.

Juan realiza el encargo sin vacilación. Para ello improvisa una frase de lo que podría ser el contenido de un mensaje, lo primero que se le viene a la cabeza, mientras Federico se aprovisiona de un plato, palillos, un plumín y algodón. Cuando regresa, la carta está finalizada.

–Bien, ahora intente escribir con el prusiato amarillo en los espacios que ha dejado y piense que no podrá rectificar nada que lleve a confusión, por eso le recomiendo tener el texto final en un papel aparte.

–Usaré primero el plumín.

–Como quiera.

Federico se separa para no ver la operación. Cuando finaliza, extrae de un cartapacio un segundo papel de una marcada tonalidad verdosa. Se trata de vitriolo verde, el reactivo que provoca el revelado del prusiato y que se manifiesta en tonos parduzcos.

–Esperamos a que seque bien y en cuanto eso ocurre, el misterio se desvela: «Una sección de tanques ha partido esta mañana de Londres con dirección a la costa sur de Inglaterra. La forman cuatro batallones de...».

–Creo que lo he entendido perfectamente –se alegra Juan al escuchar la frase

escrita.

–Sí, yo también lo creo.

–¿Y en cuanto a los códigos?

–Conocerá tan solo uno de los más básicos. Ya le indicaremos si debe usarlo o no, o cómo funcionan otros más complejos, más enigmáticos –en alusión a la máquina Enigma–. Quizá le desilusione, porque lo podría haber creado un niño instruido en lectura.

–Seguramente, aunque supongo que ningún niño sabría leerlo.

–No, por supuesto que no, salvo su inventor.

Federico se hace ahora con tres tiras de papel que guarda en el mismo cartapacio. Son del largo de una holandesa y de la anchura del meñique. Las pone sobre la mesa y le pide a Juan que las interprete.

–¿Qué ve?

–Una de ellas contiene el alfabeto ordenado y las otras dos, dos alfabetos desordenados.

–Exactamente. Si las disponemos en paralelo, con la que está en orden por arriba, vemos que cada letra se corresponde con otras dos distintas. Como comprobará, está pensado para escribir en español, pues contiene la Ñ. El segundo papel que debe ser colocado inmediato al alfabeto es el que precisamente comienza con esa letra, y a continuación, el tercero. El mensaje ha de escribirse en grupos de tres letras, de forma que no se sepa cuándo comienza o termina cada palabra. Para ello procederemos eligiendo el equivalente de cada letra verdadera que se encuentre en la primera tira. Así, para escribir HOLA, vemos que la inmediata inferior a la H es la C. Para representar la O bajamos a la segunda tira y nos encontramos con la R. Ahora debemos poner L y volvemos a la primera, donde nos encontramos con la B, y finalmente, para la A, volvemos a la segunda y tenemos una G. Por lo tanto, HOLA sería CRBT. Pero si HOLA está en medio del texto y nos coincide empezar con la tira de abajo, la misma palabra se convierte en OWJÑ. Con este sistema conseguimos que la A pueda ser Ñ o T, según la posición que le corresponda al ser utilizada sin seguir una secuencia matemática, sino aleatoria. Naturalmente prescindimos de puntos, comas y los restantes signos. La única excepción a esta regla es la utilización de la M y la P. Como puede comprobar, las dos letras están debajo de la X. Si queremos escribir

EXTERIOR usaremos M o P, según el orden en que nos coincida esa letra, pero al ser la de menor uso en la lengua castellana, se ha escogido para señalar el comienzo de una palabra que exija la mayúscula, pues puede ser importante que el descifrador sepa que se escribe así, especialmente los topónimos y los nombres de organismos.

—Sí, lo entiendo. Delante de mayúscula, M o P. Se parece a una regla gramatical del castellano.

Federico se detiene un instante para entender el pequeño chiste de Pujol, pero no le hace caso y continúa:

—Por lo tanto, cuando el descifrador ve una X —es decir, una M o una P—, que no encaja en la construcción de una palabra española, sabe que a continuación viene una mayúscula, y la siguiente X le indicará que el nombre ha terminado. Un ejemplo podría ser FOREIGN OFFICE, es decir XFOREIGNXXOFFICEX. Como ve, en el medio escribimos dos X para indicar que ha terminado la anterior y que viene otra mayúscula. Pero como debemos formar grupos de tres, la escritura de ese nombre ha de presentarse así —Federico lo hace sobre el papel—: XFO REI NGX XOF FIC EX, o sea, en su equivalente de clave, MIR NOW KSM PRI BED UM. En este caso, a las cuatro X les ha correspondido en tres ocasiones ser una M y en una, ser una P. Aquí se acaba la explicación del código ¿Alguna duda?

—Creo que no. En cualquier caso, voy a intentar comunicar un mensaje, y si lo consigo, es que lo he entendido, ¿no le parece?

—En efecto. ¡Ah! Se me olvidaba algo de vital importancia que debe cumplir a rajatabla. Guarde los tres papeles en tres sitios distintos. En el caso de caer, les complicamos la posibilidad de que encuentren las tres piezas.

—Así lo haré, aunque no pienso ni por un segundo que den conmigo.

—Pues hace mal. Ya le he dicho en otra ocasión que a partir de su llegada a Londres todos sus movimientos deben guiarse por esa premisa. Pueden estar detrás de usted y solo teniéndolo presente podrá evitar un fallo en su seguridad. Creyéndose libre de peligros no nos favorece. Ni a nosotros, ni a usted.

—Es cierto. Me precipité en el optimismo.

—Pues aplíquese la medicina. Y otra cosa. Cada cierto tiempo se renueva la clave. Para ello bastará utilizar la segunda tira de papel como si fuera la

primera y viceversa.

–Sencillo.

–Eso espero. ¿Quiere que repasemos todo lo expuesto?

–Sí, pero ahora se lo explico yo a usted.

–De acuerdo, mucho mejor.

Dos horas más tarde, el maestro y el alumno se dan por satisfechos. Los rudimentos sobre los que asentar el trabajo indispensable del espía que Alemania espera obtener de Juan Pujol ya obran en su poder. Las claves las guarda en un libro que Frederich Knappe Ratey ha comprado especialmente para él, *Don Juan. Ensayo sobre el origen de su leyenda*, de Gregorio Marañón, publicado el año anterior. Pujol agradece con un abrazo el guiño literario que su instructor le dedica.

–Confío no defraudar la confianza que el Führer deposita en mí.

–Ése es el pensamiento que nos mueve al dar este paso trascendental. Ahora debemos esperar a alguien que quiere conocerle. Vendrá en unos minutos.

Federico se refiere al mayor Karl-Erich Kuhlenthal, alias *Carlos* o *don Pablo*, su superior en el Amtsgruppe Ausland de Madrid, junto con Leissner.

Los dos hombres aprovechan la espera para concretar asuntos crematísticos que a Pujol le interesan sobremanera, pues está en las últimas y por nada del mundo quiere que la llegada de su primer hijo se produzca en precario. Por eso, y porque delante de Araceli quiere presentarse como aquel triunfador del que hablaron en Burgos, cuando recuerda a su padre y se juramenta para que, llegado el momento, pueda sentirse orgulloso de él. Ciertamente es, piensa Pujol, que si ahora lo ve convertido en espía del III Reich, el anciano señor Pujol iba a experimentar cualquier cosa, menos la de sentirse complacido con su hijo. Pero tanto él, como el resto de la humanidad con la que Juan se compromete, deben esperar acontecimientos. Eso, o verle fracasar, algo nada disparatado.

–Se le darán tres mil dólares para hacer frente al traslado y los primeros gastos. ¿Considera suficiente esa cantidad?

Juan explota en alegría en su interior, pero la disimula.

–No lo sé, pero me encargaré de que alcance. Por otra parte, la asignación que se acuerde por mi trabajo quiero que se ingrese en la oficina principal del Banco Pastor de Lugo, a nombre de Ramón González-Carballo González con la justificación y el remitente que se decida. Les sugiero algo que suene a

textil.

–Eso todavía no se acordó, pero evidentemente nos ocuparemos de que se realice con la mayor discreción.

En ese momento suena el timbre y el alemán se levanta para abrir la puerta. La visita precede a Federico, que hace las presentaciones con Juan puesto en pie.

–Mayor Kühnlenthal, don Juan Pujol.

El personaje es bien conocido de los servicios de inteligencia ingleses, en cuya ficha se realiza una minuciosa descripción de su aspecto, un hombre de «cara ovalada y carnosa. Mejillas llenas. Tez saludable, pómulos encarnados. Nariz curva, aguileña. Ojos grises, inquisitivos...». Quizá lo más sobresaliente, o aquello en lo que Juan repara nada más verle, sea su nariz, similar a las que los dibujantes de cuentos adjudican a las brujas, pero que en su caso, en medio de ese rostro redondo y de expresión amable, no induce a pensar en harpías, sino en alguien amante de los niños y la vida hogareña.

Su sonrisa se agranda a la hora de ofrecerle un cordial saludo.

–Así que usted es el famoso señor López.

–Creo que sus hombres ya conocen perfectamente mi identidad.

–¡Oh! Sí, por supuesto. De otra forma no estaríamos aquí, ¿no cree?

–Debo decirle que he recibido de ellos un trato exquisito y me han demostrado la profesionalidad de los buenos patriotas alemanes.

–Me han relatado su vida y su gran amor por Alemania... –le alaba el mayor mientras toma asiento e invita a Juan para que también lo haga–, por la Nueva Europa, habría que decir para ser precisos, por el III Reich que crece y crece como un río desbordado.

–Así es. Estoy convencido de que estamos ante el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad desde la creación.

–¿Cree en Dios, señor Pujol?

–Creo en el Dios que ha señalado a nuestro Führer para que rescate a los hombres y los conduzca por el buen camino. Eso me basta.

–No es mal credo, pero para llevarlo a buen término hay que trabajar sin desmayo y ahora el destino ha querido que usted sea una pieza importante en esa misión. De alguna forma le envidio, porque va a tener en sus manos la posibilidad de colaborar en conseguirla con mayor trascendencia que la mía.

A mí me podrán relevar en cualquier momento, o mandarme a otra responsabilidad, pero usted, hoy por hoy, es insustituible. Nadie hay al que podamos encomendar los objetivos que se le asignan. Debe tenerlo presente y cuidarse de que siga siendo así por mucho tiempo. Sí, mucho tiempo. No le oculto que los planes del Führer prevén una larga duración del conflicto. Incluso puede ser que nos sobreviva a todos y sea la siguiente generación la que alcance a ver los resultados finales. O la próxima, o tres más allá. Lo que Adolf Hitler ha comenzado no concluye con su propia vida y ahí radica parte de su grandeza. Es un plan universal y, como tal, lento, difícil y peligroso. Lo importante es que todos los días avancemos, da lo mismo que sea un milímetro o cientos de kilómetros. La caída de Inglaterra es cuestión de meses, quizás años, y se logrará con su esfuerzo y con las valiosas informaciones que esperamos obtener de su trabajo.

–Es un honor.

–Bien, bien. Le supongo al tanto de todos los extremos, pero hay algo más que me gustaría añadir antes de su partida, agente Alaric.

–¿Se refiere a mí?

–En efecto. Hemos decidido darle ese *codenamen*. Si en algún momento repasa la biografía del personaje es posible que encuentre la justificación. Tampoco es asunto en el que me haya detenido especialmente, pero suena bien para abatir un imperio como el británico. ¿No opina lo mismo?

–Alaric es un buen nombre.

Si me hubiesen preguntado, piensa Juan, me habría inclinado por el de Tom Mix, pero comprendo que un vaquero norteamericano no es el personaje más apropiado para ser agente de los nazis. Si ellos quieren que sea Alaric, lo seré.

Ignora en ese momento que también es V-Mann 319 para los archivos de la Abwehr, o sea el *Vertrauensmann*, el hombre de confianza número 319. En breve también será CATO para el fichero central del Fremder Heere West, en Zossen, un entramado de difícil explicación y fácil comprensión.

–Ya le hablé de la prolongación en el tiempo que va a tener la actual situación de guerra. No será por nuestra voluntad. Cuanto antes se alcance la paz, antes podrán beneficiarse los pueblos del orden y la prosperidad que el Führer les anuncia. Repito esta idea para sugerirle la conveniencia de que no

se limite a sus propias fuerzas para obtener información. Su misión se vería reforzada si logra captar gente como usted, convencida del imparable establecimiento del III Reich y dispuesta a colaborar. Por otra parte, usted no podrá estar al mismo tiempo en todos los puntos de interés.

–Pero eso costará dinero.

–El dinero nunca será un problema. El caso es que sus hombres y mujeres sean realmente útiles a la causa y no supongan un peligro.

Juan trata de acomodarse a la sugerencia, una novedad en sus planteamientos, ocupada como estaba su cabeza en lograr su propia contratación.

–Algo así tenía en mente, pero ahora que se lo oigo decir comprendo mejor la necesidad de llevarla a cabo. En la medida de mis fuerzas comunicaré los avances que consiga.

–Le informo también que el periodista Luis Calvo colabora con nosotros y puede servirle de ayuda, tanto él como su sistema de comunicación, que incluye la valija diplomática.

Con eso no contaba y la mera alusión al periodista le repugna. No sabe bien por qué, pero le repugna. Quizá porque contactar con él supondría una falta de independencia. El caso es que reacciona de forma airada.

–Me va a permitir que haga oídos sordos a esa información. No trabajaré con nadie que no haya contrastado su fidelidad personalmente. Por otra parte, preferiría no saber el nombre de ningún otro colaborador y les rogaría que el mío se mantuviese en absoluto secreto, incluso para ellos. Creo que es una precaución imprescindible para llevar a buen puerto el trabajo. Mis resultados demostrarán quién realiza mejor su cometido.

–Está bien, está bien –refunfuña Kùhlenthal–. Es posible que me haya excedido al revelarle la identidad del periodista. Lo cierto es que cada maestro tiene su libro. ¿No dicen eso ustedes por aquí?

–Algo similar.

–En fin, Alaric; le veo con fuerzas para emprender viaje. Aquí en Madrid poco más podemos hacer juntos. Nos deseo suerte, porque de tenerla usted, sería tanto como tenerla nosotros –añade Kùhlenthal al tiempo que, ya de pie, posa sus manos sobre los hombros de Juan.

–Sí, de eso no cabe duda.

–¿Cuándo tiene previsto viajar?

–Desconocía el contenido de la reunión de hoy, por lo tanto no manejaba ninguna fecha. Debe arreglar asuntos con mi mujer, para la que también solicito la máxima protección. Tardaré unos días. Prefiero dar pasos en firme, sin precipitarme.

–Claro, claro –asiente el mayor con palmadas en sus espaldas y un apretón de manos.

Federico lo abraza como señal de máxima confianza. Luego le entrega la botella de tinta simpática en una bolsa y un sobre con el dinero. Juan mete en la misma bolsa el libro de Marañón con las claves y se guarda el sobre en el interior de la americana. Antes de abrir la puerta, se da la vuelta hacia sus mentores y los ve en actitud de saludo.

–*Heil Hitler!*

Creía haberse librado del enojoso rito, pero comprueba que no. Sin atisbo de duda, se cuadra, deja libre su mano derecha y responde con tono firme, pero apagado por las circunstancias del domicilio donde se encuentran:

–*Heil Hitler!*

29 de mayo, jueves

El tren nocturno de Madrid se detiene a primera hora de la mañana en la estación de Lugo. Le llaman el ascendente porque, vaya a donde vaya, parte de Madrid, que es el km 0 y el eje central del sistema. A medida que avanza, llega a puntos kilométricos con valores más altos, es decir, asciende; de la misma forma que por la tarde partirá hacia la capital el descendente, porque los mojones kilométricos van de más a menos. Juan lo sabe perfectamente porque se lo explicó un domingo su padre a pie de cama, pero esta noche un compañero de departamento se lo discute. El hombre porfía en que son otras las causas.

–Es ascendente porque vamos hacia el norte. Si fuésemos al sur, sería el descendente.

–Siento contradecirle, caballero; el tren Madrid-Málaga va hacia el sur y también es ascendente.

El hombre se calla y así duermen un poco hasta Ponferrada.

Aunque ya está avanzada la primavera, esa parte de la ciudad que ocupa la estación llamada Friás se desdibuja por la niebla que sube del río cercano y el único paisaje que existe es el inmediato.

No avisó de su llegada, así que nadie le espera allí. Cuatro pasajeros suben para continuar viaje ascendente hasta El Ferrol del Caudillo, como se cuida de expresar Renfe con todas las letras. Otros siete bajan con él, lo que le permite observar efusivos recibimientos a pie de andén. Juan ha preferido reservarse la sorpresa para llegar al domicilio de Margarita, la entrañable Mamá Lugo, minutos antes de que Araceli se haya levantado de la cama. Rechaza los servicios de un taxi que se le ofrece. Prefiere caminar por la ciudad y descubrirla a medida que desaparece la niebla, pues tras una escalinata por donde le indican que debe subir a ella, el día se la muestra soleado e incluso con una fresca templanza mañanera, propia del año que avanza. Esa sensación le recuerda su paso por Teruel, y con ese recuerdo le vienen atropellados todos los que ha vivido desde entonces hasta llegar a lo que es hoy, el agente Alaric, al servicio de la Alemania nazi. Cada vez que lo piensa, le sube a la garganta un nudo de emoción y miedo a partes iguales que desata y recompone de inmediato. En la maleta lleva sus escasas pertenencias, a las que debe añadir los dos trajes que Araceli le coge para hacerles unos arreglos. Durante la noche, además de discutir el nombre del tren o de dar cabezadas, una incertidumbre que le reconcome sin remedio viene una y otra vez a su cabeza. ¿Debería haberse presentado ya con la tinta y las claves a los británicos? Con tales pruebas no dudarían de que estoy infiltrado en la Abwehr. Tontos serían si no lo ven. Pero ¿y si no me creen? ¿Si me toman por lo contrario? ¿Y si los alemanes tienen gente camuflada entre ellos? Sería mi perdición. Rechazado por los aliados y perseguido por los nazis. El fin de todos los planes. Hay que dar tiempo al tiempo y esperar a que me haga fuerte para atacar desde posiciones más consolidadas. Ésa es la solución final y a ella se aferra. Lo ha repetido cien mil veces, pero ahí sigue su duda y lo machaca inmisericorde.

Penetra en la ciudad por la puerta abierta en el muro para hacerlo quienes lleguen en tren como él. La conocen como la de la Estación y existe en el monumento lucense desde la llegada del ferrocarril. Ante ella se abre General Franco, que antes fue de Emilio Castelar. ¡Vaya! Y al terminar, la plaza de Santo Domingo. Debe cruzarla en recto, porque al fondo está otra más

pequeña, la de la Soledad, y una vez allí verá la casa y la famosa galería de la que Araceli huye para no verse atrapada por la rutina provinciana. La reconoce sin esfuerzo y llama.

–Soy Juan. Acabo de llegar a Lugo.

Margarita le abre presa de los nervios. Es el padre de su nieto, el brillante industrial de Cataluña que realiza grandes negocios, que viaja y que ama su hija con delirio. Suegra y yerno se abrazan por primera vez y la mujer le franquea la entrada.

–Araceli aún duerme. Si quieres, la despierto.

–Gracias, si no le importa preferiría hacerlo yo..., como sorpresa.

–¡Por supuesto! ¡Qué tonta soy! Ven, te enseño su habitación.

Margarita lo acompaña por el pasillo y se la señala muy silenciosa. Antes de que Juan entre, se retira dando pasitos cortos, para que el silencio sea absoluto.

Él la adivina entre penumbras y se acerca con igual sigilo. La besa suavemente y se despierta.

–¡Juan!

La mujer responde al beso. Luego, con una gran sonrisa, se lo recrimina.

–¡Qué malo eres! ¡No me dices nada!

–¿No prefieres la sorpresa?

–Prefiero lo que tú prefieras.

Juan descubre las sábanas y observa el vientre de su mujer. Ha crecido más del doble desde que no la ve.

–¿Cómo estás?

–Estupendamente. Aquí todos me cuidan como si fuera la única embarazada del mundo y la supervivencia de la raza dependiese de mí.

–¡Qué exagerada!

–Ni por asomo. ¡No sabes cómo son mi madre y mi hermana! ¿Y tú? ¡Dime tú! ¿Muchas novedades?

–Muchas.

–¿Buenas?

–Excelentes.

–Tenía que haberlo supuesto. Con esa carita de pillo y viniendo a Lugo no podían ser malas. Tienes mucho que contarme.

–Sí, y mucho que consultarte.

–Ya sabes, yo siempre adelante. Ya me cansaba de tantos mimos.

–Eso es lo primero que debemos pensar, en el parto.

–Bueno, bueno; no te precipites. Quiero saberlo todo y después lo decidimos.

–Tu gestión con Goicoechea fue fabulosa.

–Eso ya me lo habías dicho.

–Sí, pero quería repetírtelo. Eso no hay nada que lo pague.

–Espérame con mamá, voy a levantarme. Dile que nos prepare un café. ¿Desayunaste?

–No. Vengo directamente del tren.

Margarita y Blanca se muerden la lengua mientras comparten mesa y mantel para que de sus bocas no salgan todas las preguntas que desean hacerle. Araceli les ha prevenido contra ello. No le atosiguéis. Él contará lo que quiera contar. Es muy reservado para sus cosas y la industria textil es un poco como los gobiernos, que unos se espían a otros y los hace ser muy comedidos.

Aun así, es Juan quien aporta las novedades.

–Nos tenemos que marchar al extranjero.

–¿Ahora? ¿Antes de que Aracelita dé a luz? –se asusta Mamá Lugo.

–Eso dependerá de ella, pero mi viaje es inaplazable.

–Yo voy a donde tú vayas, faltaría más.

–Vosotros sabréis, pero me parece una temeridad. Ella podría tener aquí al niño y luego, con toda tranquilidad, viajar a donde estuvieses.

–Bueno, mamá; tú no te preocupes. Todavía hay días para decidirlo. Juan se quedará dos semanas con nosotros.

–¿Y a dónde sería el viaje? –se arriesga a saber Blanquita.

–Aún no está señalado en firme, pero probablemente a Inglaterra.

La precisión causa más espanto que la anterior.

–¡Qué horror! ¡Inglaterra! ¡Pero si la bombardean día sí y día también!

Juan comienza a sentirse incómodo con la cháchara y Araceli se lo nota.

–¿Pero para qué vamos a adelantar acontecimientos si os está diciendo que ni él lo sabe?

Lo que la mujer pretende cuanto antes es quedarse a solas con su marido y que juntos puedan contemplar con el mayor detalle el panorama que tienen por

delante. Apura la taza hasta agotarla y se levanta.

–Voy a arreglarme.

–Termina las tostadas, que tienes que comer por dos.

–Eso era antes, mamá. Ahora las embarazadas somos personas normales.

–Bueno, bueno...

Juan se queda con las dos mujeres sin volver sobre el enojoso viaje hasta que Araceli regresa dispuesta para salir a la calle.

–Ven, daremos la vuelta a la muralla. Te va a encantar.

–¿Se puede pasear por arriba? –pregunta Juan, despistado sobre las características del monumento.

–Se puede y se debe. Es una experiencia única en el mundo, si de murallas romanas hablamos. ¿No te lo había contado?

–Creo que no.

–Claro, es que para nosotros viene a ser como para el Papa vivir en el Vaticano.

–¡Qué cosas dices, Aracelita! No os canséis –aconseja Margarita.

Salen a la Ruanova para enfilear la fuente de San Vicente y las callejuelas que llevan a la plazuela de la catedral. Desde allí se accede a una rampa que sube a la muralla, es la puerta de Santiago. La mujer solo le habla de los lugares por los que pasan, pero una vez en la abierta intimidad del monumento, se hace toda oídos.

–Soy agente alemán y me llamo Alaric.

Araceli reacciona con una sonora carcajada.

–¡Lo conseguiste!

–Lo conseguimos.

En los minutos siguientes Juan le pone al día sobre sus movimientos desde que marcha a Lisboa, aunque algunos de ellos ya son de su conocimiento y otros los sabe mejor que él por haberlos protagonizado.

–Entonces... ¿tenemos mucho dinero?

–Mucho.

–¿Y cuándo piensas que nos marchemos a Londres?

Juan detiene su paso y observa la ciudad desde aquel mirador de centinelas. A su derecha, fuera del recinto amurallado, se alza el Sanatorio Alonso Pimentel; a la izquierda, el Círculo de las Artes y la comisaría de Policía.

—Ésa es la incertidumbre en la que vivo desde entonces y para la que todavía no tengo solución. Por un lado estás tú y el niño. Por otro, la tentación de volver ya a los ingleses, y finalmente, el peligro de Londres. No solo por los bombardeos, sino porque allí será muy difícil ocultarnos de la vigilancia británica, y entonces todo habría acabado. ¿Cómo decirles, una vez caído, que intentaba trabajar para ellos siendo doble agente? Primero me fusilan y después preguntan.

—¡Uy, uy, uy! Me da en la nariz que tú ya lo has decidido. Cuando me planteas tantas dudas es porque sabes qué hacer y quieres que yo te diga lo mismo.

—Eres terrible. No se te puede engañar fácilmente.

—Tú me acostumbraste. Yo era una inocente chica de provincias...

—¡Ja! Muy inocente. Tú ya tenías tantas conchas como yo. ¡O más!

—Lo que prefieras, pero ahora dime: ¿en qué piensas? Lo siento, pero no lo voy a adivinar. Tengo que reservar todas las energías para el niño.

Juan reinicia la marcha en silencio y tres pasos más allá descubre sus cartas.

—Nos vamos a instalar en Lisboa.

Araceli no da crédito y desparrama su asombro.

—¿Cómo? ¿Qué me quieres decir con eso?

—Lo que oyes. No iremos a Londres, sino a Portugal.

—¿Y qué pintamos allí?

—Seremos sus agentes en Inglaterra, con la diferencia de que no viviremos donde ellos creen, sino mucho más cerca.

—¿Y qué vas a espiar desde Lisboa? ¿Los ingleses que acuden a escuchar fados?

—No. Razona conmigo. Ni tú ni yo íbamos a espiar nada que realmente les fuese a ser de utilidad. No lo haremos ni en París, ni en Roma, ni en ninguna parte. ¿Estarás de acuerdo en eso?

—Visto así...

—Se trata de engañarles; por lo tanto, que el engaño sea total. Que no sepan ni dónde estamos. O se lo creen todo, o no se creen nada. Y para los ingleses, lo mismo. Si alguna vez dan con el agente Alaric, lo buscarán en Londres, pero no donde estemos. Es una primera protección que nos garantiza seguridad. Tampoco podemos quedarnos en España porque no sé cómo hacerles creer que

las informaciones vienen del extranjero. Portugal es la pantalla perfecta para nosotros.

–¿Y tú te sientes con fuerzas para conseguirlo?

–Por supuesto. De lo contrario, ni se me ocurriría comentártelo. No obstante, falta por despejar una incógnita. Tú y el niño.

Araceli responde airada:

–No digas tonterías. Yo iré a donde vayas tú.

Juan calla con una sonrisa. Aunque imagina la reacción de su mujer, está preparado para la que fuese.

–Tenemos que aleccionar a tu madre y a tus hermanos para fabricarnos la tapadera. Ramón ya sabe lo del Pastor, así que ésa es la mentira a seguir. Desde este momento, somos dos viajeros en tránsito a Londres.

–Déjame de mi cuenta.

Araceli y Juan han consumido casi dos horas en dar la vuelta completa a la muralla. Está cansada, pero ni su marido ni su madre oirán de ella una queja. Sería tanto como ponerles en bandeja razones para no emprender un viaje que en aquellos momentos podría ser considerado el más peligroso que una mujer embarazada podría emprender, un viaje a la ciudad que Hitler quiere ver arrasada para que el mundo se arrodille ante la esvástica.

–Vamos a sentarnos en las terrazas del Centro. He quedado con unos amigos que quiero presentarte.

–No quiero conocer a nadie.

–No seas ñoño. Él es el director del periódico.

–¡Encima!

El café-bar Centro está desde 1903 en la plaza de España, el cuarto de estar de la ciudad, y cuando llegan, después de atravesar la catedral por sus naves interiores, ya los esperan allí su amiga y su marido.

–Mira, te presento. Eva y Puro. Somos casi parientes, o sin casi. Éste es Juan, mi marido.

–Encantado.

–Nos hemos retrasado porque lo llevé a dar la vuelta a la muralla.

–¡Qué valiente! En tu estado.

–Vengo molida. ¿Tú para cuándo?

–A primeros de julio, eso me han dicho.

- Pues estamos las dos para ir de baile.
–¿Lo vas a tener en Lugo?
–No, nos vamos.
–¿A dónde?
–Díselo tú, Juan.
–A Londres.
–¡Madre mía!
–Obligaciones. Juan es ingeniero textil y le han salido buenos contactos, de modo que no puede desperdiciarlos.
–Sí, pero ¿y tú?
–Ya me conocéis. Yo soy una aventurera sin remedio.

Julio

El día 6, la familia Pujol-González festeja en Lugo el veintisiete cumpleaños de Araceli. Es una celebración agri dulce porque en otra habitación reposan ya las maletas que el matrimonio ha comenzado a llenar para su travesía. Margarita devora las noticias que llegan del frente y la última que ha leído le sugiere terribles presagios. Aviones de la RAF han bombardeado Bremen y Colonia. No necesita más detalles para imaginar que Alemania vengará esas incursiones con nuevos ataques a Londres. Sin embargo, desde hace días ha agotado las palabras y los razonamientos. Por motivos que no quiere entender, su hija está persuadida de que irá a esa terrible ciudad. Ella intenta que Juan le permita descubrir el secreto de Lisboa, pero también comprende la validez de los argumentos en contra.

–Para tu madre y para nosotros sería mucho más peligroso que supiese la verdad. Si los alemanes averiguan que estamos en Lisboa, nos costará la vida a los tres.

Los brindis son apagados y doña Margarita reconoce en su tristeza que la niña ha sido difícil de atar en corto desde que correteaba por Vilalbite. Le consuela admitir que siempre ha sabido salir bien parada, aunque en esta ocasión, piensa ella, de poco vale la astucia para evitar las bombas. Contiene el llanto hasta el día de la partida, y entonces sí, afloran las lágrimas porque no necesita explicar si vienen de la despedida, o de dónde vienen.

El paso está dado, pero aun así Juan intenta un nuevo acercamiento a los ingleses por medio de Araceli, que en Lisboa es una completa desconocida. Ralph Jarvis, el responsable de inteligencia de la capital lusitana, le dedica buenas palabras aderezadas de escepticismo. Este tipo me toma por loca de atar. No cree ni una palabra de todo lo que le digo. Jarvis la mira como a un mal mago que destapa sus trucos. Y encima con el barrigón de embarazada. Qué vergüenza.

A partir del nuevo y fracasado intento no caben más dilaciones. O Federico recibe noticias suyas, o todo lo conseguido hasta ahora se vendrá al traste.

El plan se elabora sobre la marcha porque las necesidades llaman a la puerta con insistencia. La más urgente es conseguir un domicilio seguro. Ambos optan por alquilar una pequeña casa de pescadores cerca de la playa do Poço, en Cascais, el lugar menos sospechoso de albergar en su interior a un espía con información sensible de interés para los alemanes. La segunda se agranda de día en día y es evidente, deben estar preparados para un parto que no tardará, y la tercera, hay que establecer la comunicación con Madrid, documentarse sobre Inglaterra y enviar el primer mensaje. Para asegurar esto último, visita a Dionisio Fernández, el español que conoce la segunda noche de juerga con Souza. Espera encontrarlo en su piso de la rua Barata Salgueiro, mientras Araceli toma un helado en una cafetería cercana. Aunque no sabe el número de la casa, confía que algún vecino reconozca a Dionisio, un español rechoncho, de marcado acento andaluz, engominado y leve bigotito, como explica a una señora que pone cara de no entender nada.

La deja y avanza por Barata Salgueiro cuando lo ve salir de un edificio con el paso vivo que le caracteriza. La alegría por el rápido hallazgo se traduce en una llamada a varios metros.

—¡Dionisio!

—¡Juan!

Los dos hombres se acercan y se dan un gran abrazo.

—¿Dónde te metes? —pregunta el sevillano.

—He vuelto a España y regresé ayer para una larga temporada.

—¡Ah! Entonces tenemos que vernos y quemar Lisboa alguna noche.

—Ahora va a ser más difícil, porque vengo con mi mujer; pero ya me escaparé y quemamos lo que quieras.

–Claro, claro; esta vida sin alegrías es una mierda.

–Precisamente venía en tu búsqueda por algo de eso.

–¿No te habrás enganchado al juego? ¡Eso es lo peor! Me enteré de que fuiste con Jaime a Estoril.

–No, no; nada de ruleta. Incluso ganamos algo. Imagínate. Estoy libre de perder la cabeza por la bolita, sin embargo...

–¡No me digas más! ¡La perdiste por otra mujer!

–Tú lo has dicho. Hay otra mujer de la que mi esposa nada sabe.

–¡Hombre! ¡Las explicaciones sobran! ¿Pero no te sacaré los cuartos?

–No, tampoco. Es muy buena y estamos metidos en un lío.

–Pues ya me contarás en qué puedo ayudarte, porque yo con las mujeres ¡soy un peligro!

–El día en que nos conocimos nos dijiste que venías de recoger una carta de tu familia en un apartado de correos que tienes aquí; y ahora, cuando he vuelto, pensé en pedirte que me lo dejes utilizar para que ella dirija su correspondencia ahí y así despistar a mi mujer.

–¡Por Dios, Juan! ¡Eso no es ni un favor! Apunta: Dionisio Fernández, Post Restante, Restauradores, Lisboa. Y aquí está la llave. Tengo una copia en casa.

Alaric toma nota sin dejar de hablarle.

–Muchas gracias, Dionisio. Las cartas vendrán a tu nombre y debajo pondrán «Para J. P.». De modo que cuando veas una, la dejas, y ya la recojo yo. Si no te importa, también es posible que lo utilice para otra correspondencia comercial, al menos mientras estemos de pensión. ¿Podría ser?

–¿Podría ser, podría ser...! ¡Pues claro! Si los españoles no nos ayudamos en el extranjero, no va a venir Franco a hacerlo, ¿no te parece?... –y luego de una pausa, añade–: ¡Por muy bueno que sea Franco!

–Eres un buen amigo, Dionisio. No sé cómo pagártelo.

–Yo sí. Sácame de farra cuando puedas y nos lo pagamos mutuamente.

–Eso haré.

–Y aquí está mi casa, el número 17, segundo piso izquierda. Las tardes las tengo ocupadas, pero las noches...

Nuevo abrazo de despedida y Juan baja hacia la Avenida da Liberdade, donde le espera Araceli.

–Hecho.

–¡Qué pronto!

–Fue una suerte. Di con él en la calle. Ven, vamos a la Livrería Bertrand. Es una de las más antiguas del mundo, si no la decana.

Toman un taxi, porque el recorrido es demasiado largo para Araceli, que al llegar prefiere sentarse en un banco cercano y contemplar el paisaje lisboeta. Se fija en los vestidos de las mujeres. Trajes sastres, escasos dobladillos para ahorrar tela, las chaquetas más ajustadas que en España, y profusión de drapeados. En ellos, muchos overoles grises y azules. Las actuales circunstancias no dan para más. También escucha a los niños que corretean entre gritos y ella juega a adivinar si descubre palabras parecidas al gallego de Vilalbite. Y no son pocas.

–Buenos días. Necesito información sobre Londres –Juan se dirige a uno de los empleados de la librería que reparte en los anaqueles los ejemplares de un libro llegado aquella misma mañana

–*História, cavaleiro?*

–No, al contrario, lo más actual que tengan. El Londres de hoy.

–*Eu entendo, o que você quer é um livro que irá servir como um guia.*

–Sí.

Después de varios minutos bajo un letrero que anuncia Viagem, Juan abandona la Bertand llevando en las manos la novena edición de *Gran Bretaña*, el libro que firma Karl Baedeker y que en este caso corresponde a Londres y sus alrededores. También ha comprado un horario de trenes Bradshaw, una de las guías creadas por George Bradshaw, y un mapa del Reino Unido. Eso bastará.

Para su primer mensaje apenas utiliza sus adquisiciones. Comprueba los horarios de la BOAC, la British Overseas Airways Corporation, entre Poole Harbour, en Inglaterra, y Cabo Ruivo, en Portugal, y se arma de imaginación para dar comienzo a una aventura de la que desconoce absolutamente todo, aunque es en ese abismal vacío donde encuentra mayores dosis de placer, como si hubiese cargado sobre sus espaldas la inmensa tarea de salvar al mundo sin que nadie, salvo Araceli, pudiese ser digno Cireneo de ayudarle.

–Te voy a hacer un regalo.

–¡Qué se te habrá ocurrido!

–Kühlenthal me recomienda que organice una red de agentes que trabajen a

mi servicio desde distintos puntos de Inglaterra. Como comprenderás, tal como él la imagina es imposible. Pero ya que quiere una red, la tendrá.

–¿Y ése es mi regalo?

–De alguna manera, sí. He pensado en bautizarla como la red Arabel en tu honor.

–¿En mi honor? –se sorprende la mujer.

–Quien quiera descifrarlo tendrá que leerlo bien, porque ese nombre significa ARAceli BELla y además, el agente número 1 llevará tu apellido, Carballo; bueno, le pondremos Carvalho, para disimular.

La mujer se ríe de la ocurrencia y cuando lo hace siente un pinchazo en el vientre que le obliga a llevar las manos hacia él.

–¿Qué pasa? –se intranquiliza Juan.

–Creo que al niño le ha llegado la hora.

–¡Rápido! ¡Voy a buscar un coche!

–No te apures. Aún falta tiempo. Esto es solo un aviso. Y siendo primeriza, más.

Todo acaba mucho antes de lo que Araceli imagina. Juan está encantado con su paternidad y llama a Lugo para tranquilizar a la familia. Araceli y el niño, al que llamarán como él, irán muy pronto a Galicia para que todos lo conozcan. Margarita le agradece las noticias y le oculta la inmensa preocupación que le corroe a diario sabiéndolos en Londres. Para qué, si ya está todo dicho.

La cabaña de Cascais, de una sola planta, tejado de paja y paredes de madera desdibujada en azules que algún día fueron rotundos y brillantes, se revela a los pocos días como un lugar inadecuado, tanto por el niño y las dificultades para calentarla en el invierno, como por el trabajo que debe desarrollar Juan. Lisboa es una opción mucho más sensata para atender esas necesidades, incluso la de favorecer el anonimato, puesto que ahora forma un grupo familiar resistente ante cualquier sospecha con esposa y un recién nacido a su cargo.

La búsqueda del piso que cubra todos sus requisitos se realiza desde otra casita en Estoril, donde son más llevaderos los rigores del verano y donde Juan, por fin, estrena la tinta simpática para el bautismo de fuego y escribir el primer mensaje a Federico con un palillo de naranja recubierto de algodón. Es

el 15 de julio. El mentiroso se conjura a sí mismo para que la mariposa acabe por estornudar.

—«Salí el día 12 en avión. Le hablaré del viaje otro día. He contactado con un español que me recomendaron en Lisboa y esta persona me ha presentado a un oficial de la compañía aérea que hace la línea Inglaterra-Portugal. Le expuse razones urgentes para enviarle el correo a mi mujer y el hombre me prometió hacerlo llegar a Lisboa sin pasar por la censura británica. Cobra un dólar por cada carta. El sistema parece rápido y fiable, según me asegura el español mencionado, quien también envía correspondencia por esta vía porque es un catalán exiliado. Ya pensé en incorporarlo a la red, pero, claro, es de ideas izquierdistas. Cuando reciba usted esta carta, respóndame cuanto antes para que pueda verificar la eficacia del método. Diríjamela a Dionisio Fernández (para J. P.), Post Restante, Restauradores, Lisboa. Este caballero la hará llegar al oficial aéreo. Espero que usted tenga en cuenta siempre a mi mujer. Alaric.»

La envía por correo ordinario a la calle Viriato, entrelineada en un texto anodino sobre Londres y la campaña inglesa. Es la única manera de realizar la primera comunicación, pero nada hace temer que levante sospechas.

La respuesta de Federico se demora dos semanas que Juan vive con total desasosiego.

Finalmente, el 29 de julio, en el apartado lisboeta de Dionisio encuentra la respuesta:

«Recibí tu carta del día 24 –fecha de la recepción porque Pujol retrasa la suya hasta el 19–. El método de comunicación es bueno y la carta no planteó problemas. Esperamos más noticias con interés. No te olvides de numerar las cartas. Tu esposa está bien y atendida. Saludos cordiales y buena suerte. Federico Knappe.»

Juan descubre dos cosas. Que el correo funciona y que a los alemanes, tan mentirosos o más que él –ya que Araceli está a su lado–, se les pilla antes que a un cojo. Que él mienta bien no evita que ellos también traten de engañarle. Ahora tiene en sus manos pruebas suficientes para interesar al MI5 británico, al MI6 y al mismísimo Jorge VI. La copia del envío hacia el agente Federico y su respuesta son demoledoras, así que telefonea pidiendo ser escuchado por el agregado militar, por Jarvis, o por quien tenga oídos para entender un asunto

de suma importancia. El telefonista le pasa con un funcionario que no se identifica y él aprovecha la llamada para soltarlo todo de una vez, con calma, pero sin interrupciones.

–Estoy en contacto con los alemanes y tengo pruebas en el bolsillo de que es así. Necesito protección y alguien que me escuche. Solo pido a cambio que a mi esposa y a mí se nos facilite un pasaje para los Estados Unidos. El contacto lo utilizan ustedes como convengan y precisen.

–Señor, lo que me cuenta tiene para nosotros un valor extraordinario, pero comprenda que no es el momento ni el camino más oportuno para tratar estos temas. Díganos un lugar fuera de la embajada y una hora. Allí acudiremos para atender su asunto.

El primer lugar que a Juan le viene a la cabeza es el Bar Inglés de Estoril. Parece obvio.

–Mañana, a las cinco de la tarde.

–De acuerdo. Allí enviaremos a una persona. ¿Cómo habrá de reconocerlo?

–Estaré leyendo *The Times*. ¿Lo considera suficiente?

–No habrá duda.

–Hasta mañana entonces.

Juan espera inútilmente toda la tarde. Le da vueltas al *The Times* y lo airea, pero nadie acude al reclamo. Quizá me vigilen. Cuando vean que me levanto y hago por irme, será el momento en que decidan acercarse. Sí, será eso. Media hora más y me muevo. Pero llega su plazo, paga y abandona el bar. Sin embargo, nadie le interrumpe. Se asoma a la avenida Marginal, observa el mar y un tren que pasa. Lo han vuelto a despreciar estos imbéciles. No pueden ser más torpes. Si actúan así con todo, a Hitler no le costará hacerse con toda Europa con dos manotazos.

Agosto

Juan necesita varios días para olvidar a los ingleses y volver a los planes iniciales. Ya envió la llave del apartado y ahora busca contenidos e informantes. Cuantos más diga que ha reclutado, mayor amplitud dará a sus mentiras y más cobrará por ellas. No va a ser un problema de dinero, le prometieron; pero él tampoco quiere ser un manirroto. A sus agentes les

promete 25 dólares por cada información de interés, y para que no se desanimen, les entregará otros dos dólares diarios en concepto de dietas. Si les acepta tres noticias de cada uno al mes, Juan se embolsará 135 dólares extra, y esa cantidad hay que multiplicarla por el número de agentes inventados. Todo consiste en llevar al día la ficha de los informantes, un trabajo para él más sencillo que reflotar el Majestic, que gestionar una granja de pollos, o que rentabilizar sus cines de Barcelona.

De acuerdo con lo prometido, la primera incorporación a la red Arabel sería la de Carvalho.

Delante del mapa de Inglaterra, Juan escudriña el canal de Bristol y su importancia estratégica. Le parece demasiado obvio que Carvalho resida allí mismo, de modo que lo sitúa en la otra orilla, en Newport, en el condado tradicional de Monmouthshire. Será portugués, como su apellido aconseja, viajante de oficio y estará convencido para la causa por extrañas razones que no piensa exponer, salvo que se las pregunten. Carvalho tiene una función clara en el área que domina, pero Pujol le adjudica Cardiff, Bristol, Newport y la entrada del canal, a lo largo de Devon y Cornualles. El segundo será británico, pero de ascendencia suiza, para acercarlo a Alemania y a sus supuestas simpatías filonazis. Su nombre apunta en esa dirección, pues es bautizado como William Maximilian Gerbers. Si ellos supieran que solo le añade una S al nombre de la compañía suiza Dr. Gerber e Hijos quizá lo hubiesen puesto en un apuro, ya que ningún suizo se apellida con ese plural macarrónico, pues el plural de *Gerber*, curtidor, es *Gerbereien*, curtidores. Cada uno se escribe su apellido como quiere. Eso se dice para justificante cuando meses más tarde descubre su fallo. Por fortuna ningún alemán vio nada raro en el apellido. Pudo ayudar a Pujol el hecho de que también su *Propagandaleiter und Wahlkämpfe* se llama Goebbels y no Goebbel.

El caso es que Alaric sitúa a Gerbers en Bootle, a las afueras de Liverpool, dominando el Mersey con posibilidad de estar atento al mismo tiempo a movimientos desusados de barcos, barcazas, tropas y pontones, tal como le han aconsejado. El tercero será Pedro, venezolano y antiguo estudiante en la universidad de Glasgow, donde se queda a vivir por motivos que tampoco están muy claros, ni para Alaric, ni para Federico. Mejor así. Demasiada información lleva a la sospecha. Él lo imagina de familia pudiente relacionada

con el petróleo. Digamos que le gustó Glasgow y echó raíces por no volver a Caracas. Cualquiera pensaría que Inglaterra está infestada de hitlerianos. Ha sido llegar y en dos patadas han salido tres en otros tantos lugares estratégicos. ¿Cómo hace este hombre? Aterriza en la ciudad y pregunta de pub en pub quién suspira por el III Reich, quién está dispuesto a jugarse el cuello por unas docenas de dólares que les pagará un señor calvo que habla español, pues no tiene ni puñetera idea de inglés, ¡ni de alemán! Es de locos plantearse, pero Juan lo describe con tanto ahínco, con tanta fe, con tal lujo de detalles que primero Federico, y luego toda la cadena de mando, caen en el engaño y se dejan entusiasmar por su hombre en las islas, un ejemplo de fidelidad contrastada, pues remite mensajes entusiásticos debajo de sus informaciones, como cuando les escribe: «No quiero acabar esta carta sin enviar un Viva Victorioso a nuestras valientes tropas que combaten en Rusia para aniquilar a la bestia bolchevique». Eso no lo pone negro sobre blanco cualquier patizambo que juega a las carreras; eso es propio de un auténtico *Übermensch*, del superhombre del que hablaba Nietzsche, tan del gusto del Führer.

Carvalho, Drake, Gerbers y Pedro. La red ya tiene tentáculos que le cuentan, que le dicen, que le informan. No da su vida por ellos, pero tampoco tiene motivos para sospechar de que vayan a traicionarle. Son buenos chicos que desprecian la flojera de las democracias y no quieren perderse la oportunidad de prestar apoyos para que se derrumben como un castillo de naipes, una detrás de otra. Y lo más importante, frente a cualquier espía en tierra extranjera, a éstos, como a él, jamás van a localizarlos, porque sencillamente no existen, una salvaguarda definitiva e invencible, casi tan valiosa como la que le proporcionan a sus informes, pues si en algo se equivoca, son estos fantasmas los que han errado, los pobres hacen lo que pueden y él, con lo poco que les paga, tampoco está en condiciones de exigirles que arriesguen el bigote, o que metan las narices más allá de lo que consideren prudente.

Así Inglaterra pasa a ser asunto de estudio diario para Knappe Ratey y los hombres de la Abwehr en Madrid. Una información que va más allá de la que obtienen por otras fuentes. Bien mirada, es una Inglaterra extraña, donde los obreros sueñan con ahogar sus penas en vino, cuando es una bebida tan alejada de sus gustos, sueldos o aficiones, como el sake entre los catalanes, pues si

Pujol leyese que en Manresa se espera el sábado con impaciencia para tragar grandes cantidades de sake a la salida de las fábricas, pensaría con buen criterio que quien lo escribe jamás pisó Manresa, ni traspasó siquiera la línea fronteriza. Les habla de que los londinenses escapan a las playas del sur, como si fuesen madrileños que suben a la Concha, y describe algunos precios que no hay forma de pagar en moneda inglesa, así convierta los chelines en dos reales, los peniques en cinco duros o las libras en pesetas con Franco a la cabeza.

Los alemanes tragan, o eso parece, porque se emocionan por ser ellos quienes pasan a Berlín el aviso de que llegan barcasas al fiordo de Clyde y que luego distribuyen tanques y armamento pesado por todo el país para evitar ser atacados, lo cual, si no es cierto, es muy creíble, y si no lo es, no pasa nada. Y en eso trabaja Alaric con sus agentes de la red Arabel hasta que Madrid se mosquea.

Septiembre

Federico requiere datos sobre suministros. Datos concretos, sin vaguedades, qué artículos son adquiridos por agencias importadoras, cómo se abastecen y cómo está organizado el Ministerio de Alimentación. Demasiada concreción para sus medios. Necesito tiempo, necesito que Inglaterra lamente lo que se pierde conmigo por engreída. Y sin embargo, necesito inmediatez para que la prolongación del engaño no dinamite el edificio que con tanto esfuerzo se está levantando.

Juan escribe un nuevo mensaje sobre barcos que van y vienen para que se entretengan un rato y, una vez finalizado, anuncia a Araceli el órdago que prepara.

—Madrid está precioso en septiembre.

—No me digas más. Y quieres verlo.

—Tengo que verlo. Lo necesitamos. Ya sé a quién dirigirme en la embajada británica, David Thompson; él me escuchará, seguro, y daremos el salto al otro bando.

—Como tú en el Ebro.

—Sí, como en el Ebro, pero esta vez no perderé la dirección en el río.

–Me parece bien. Un viajecito nos vendrá de maravilla, y además, si no tienes inconveniente, después aprovecho para ir a Lugo con el niño. Los imagino comiéndose las uñas por conocerlo.

Juan no contesta y Araceli se alarma. Algo he dicho que no estaba en sus planes. El viaje a Lugo, desde luego.

–¿Te molesta que vaya a Galicia?

–No. ¿Cómo me va a molestar? Ni siquiera creo que sea una imprudencia. Sin embargo, hay otro asunto...

–¡Pues suéltalo! ¿Qué haces con él todavía dentro?

–Quiero pedirte un favor muy, muy grande.

–Si está en mis manos no lo será tanto.

–Te lo contaré en el tren. Ésta es otra sorpresa. Ya tengo los billetes en el bolsillo y hay que hacer maletas. ¡Son para esta noche!

–¡Un día me matas con tus secretos!

La familia Pujol toma el Sud Expresso en Santa Apolónia, y cuando Juanito se duerme con el traqueteo, su padre expone el favor que busca de Araceli.

–Quiero que vayas a ver a Federico...

Apenas duermen hasta Madrid. El viaje se convierte en un ensayo general sobre la representación que Juan le pide a su primera actriz y ella, que se encuentra cómoda sobre el escenario, disfruta con esa nueva oportunidad teatral, allí donde se sabe hábil e invencible.

Dos días después, la mujer contacta por teléfono con Federico en la embajada. Debe entregarle una carta de su marido para él.

–Podría enviársela por correo, pero he venido a Madrid con el expreso deseo de verle personalmente por un asunto que me inquieta –le dice con un tono de voz apesadumbrado y misterioso.

–¿Trae la carta en su poder?

–Sí, claro. La tengo conmigo.

A Federico no le hacen ninguna gracia los cambios de planes que Pujol impone a la trágala, pero es su esposa y sin duda le interesa conocer eso tan importante que se trae entre manos. La mujer no suelta prenda por teléfono, pero aunque acepte recibirla, Alaric no se libraría de un sonado rapapolvo, aunque sea a distancia. Estas tonterías de pareja no se pueden consentir. Parece ignorar la importancia de la lucha contra el mundo en la que ha querido

participar. Cualquier fallo lo pagaremos muy caro; él, el primero.

–Está bien. Hoy a las siete podré recibirla en mi domicilio de la calle Viriato, número 73, el segundo piso. Pero escúcheme bien, venga sola y no hable con nadie sobre el lugar a donde acude. ¿Hará falta insistir en eso?

–¿Ocurre algo grave? –pregunta ella haciéndose la despistada.

–No, no ocurre nada. Pero si desea que nos veamos, debe seguir mis instrucciones a rajatabla. ¿Comprendido?

–No se preocupe, señor Federico. Nada diré. Se lo prometo.

–En eso confío.

Araceli despliega con habilidad su dotes de actuación. Se ha marcado el papel de amante esposa, fiel compañera, ignorante de lo que en el mundo sucede y sin afeitar el pelo de la dehesa. Quiere aparentar que es una desvalida ama de casa superada por unos acontecimientos de los que ni ha oído hablar, ni entendería si se los explican. Una esposa que vive al margen de todo cuanto pueda llevar a cabo su marido fuera de casa.

Con esas armas y la carta en el bolso, llama al piso donde Juan fue adiestrado en tintas y claves, como ella sabe perfectamente.

–Es un placer conocerla, doña Araceli.

–Lo mismo digo, don Federico; aunque las circunstancias no son todo lo felices que me gustaría para esta ocasión.

–Bueno, veamos lo que ocurre. Pase hasta el saloncito y me lo cuenta con calma, que la veo acalorada.

La mujer se adentra por el pasillo con la timidez que cabe suponer en una persona poco ducha en relaciones fuera de su entorno. Llega a la habitación indicada, la misma que sirvió para las clases de espionaje, y espera a que su anfitrión le indique.

–Si le parece, puede sentarse ahí, en el tresillo.

–Muchas gracias, don Federico. Es usted muy amable.

–En fin –dice éste, mientras toma asiento a su lado–, la verdad es que tengo un compromiso inmediato y dispongo de muy poco tiempo. Si pudiésemos ir directamente al asunto, se lo agradecería.

–Claro, claro, señor Federico. Le voy a entretener lo mínimo posible, pero el caso es que llevo unos días que no soy yo. Desde que nació nuestro hijo me paso las horas llorando por todos los rincones de la casa, sin saber qué hacer

ni cómo calmarme. Por eso, cuando he recibido esta carta de Londres pidiéndome que se la haga llegar, porque trae no sé qué cosa de su interés, decidí presentarme a usted. La he leído por delante y por detrás y nada vi que le pueda interesar a otra persona que no sea yo misma. Son las pequeñas noticias que mi marido me cuenta de Londres, y también... miles de mentiras, señor Federico, miles de mentiras que trata que yo me crea. Y eso es imposible, señor Federico, porque a una mujer, y más a una mujer enamorada como yo, no se le engaña tan fácilmente...

Araceli va del sollozo a la lágrima viva ante la atónita mirada de Knappe Ratey, que se ve inmerso en un drama que no esperaba y que le hace balbucear frases sin sentido.

—Pero, señora Pujol; no llore.

—Yo no sé qué tiene mi marido con ustedes, pero sí sé que ahora mismo está con otra mujer en Londres. Lo sé porque no hay manera de disimularlo. ¡Fíjese qué tragedia, don Federico! ¡Con su primer hijo recién nacido y yo, tirada aquí, en España!

Araceli redobla su congoja y hace que el alemán se arrepienta mil veces de haberla recibido. Cuando trata de calmarla, ella crece en su indignación.

—Quizás esté estableciendo conclusiones precipitadas. Su marido, por lo que yo sé de él, es una buena persona.

—¡Un adúltero! Eso es lo que es. Y usted no lo defienda, porque también sé que le está sirviendo de tapadera. ¿A qué vienen esas cartas misteriosas, esas citas secretas, esas medias verdades y esas toneladas de mentiras? Son tal para cual, pero yo no me quedaré de brazos cruzados. Juan tiene unas responsabilidades y unos deberes que cumplir.

Knappe Ratey se alarma con lo que escucha. ¿Qué querrá decir esta mujer cuando promete no quedarse de brazos cruzados? Sea lo que sea, nada bueno que favorezca la misión; incluso, que acabe por arruinarla. Debe frenar de inmediato aquella locura, pero no está autorizado para hablarle abiertamente. Sus prisas, esas obligaciones a las que alude, y que por supuesto son inexistentes, se borran por completo. Dedicará al asunto el tiempo necesario para zanjarlo esta misma tarde, antes de que la llorona salga de su piso.

—Señora, si me permite unos minutos, estoy en condiciones de aclararle todas las dudas sobre su marido. Palabra de honor.

–¿Qué nuevo engaño se le ocurre?

–No se trata de ningún engaño. Confíe en mí, al menos durante unos minutos. Vamos a hacer una cosa. Si me da la carta de Juan y me promete esperar aquí hasta mi regreso, saldrá de esta casa muy aliviada en su dolor. Déjeme intentarlo.

Araceli se seca las lágrimas y se recompone en el tresillo, mientras abre el bolso y extrae de él la última carta de Juan, escrita todavía cuando ambos estaban en Lisboa.

–No sé qué pretende, pero por mí no va a fracasar en su intentona. Aquí le esperaré sin pestañear.

–Mire, aquí tiene varias revistas, por si desea echarles un vistazo, pero, por favor, aguarde a mi vuelta.

–Ya se lo he dicho, don Federico. Nada tengo que hacer, salvo salir de mi angustia.

–Saldrá, mujer; saldrá.

El agente corre hasta la embajada. Por una parte, quiere leer cuanto antes el contenido de la carta, y por otra, solicitar permiso para hablarle con claridad a la señora Pujol y que deje de sufrir, la pobre, ignorante como está de las neblinas londinenses bajo las que escribe su amado Juan.

A esas horas ya no hay público, pero en su oficina se trabaja todavía a buen ritmo.

–Quiero descifrada esta carta de Alaric al instante –ordena sin detenerse hasta que entra en el despacho de *Herr Kühnlenthal*.

–Vienes desencajado –le dice éste cuando lo ve aparecer.

–Encendido es más exacto, y te lo explico en dos palabras porque urge tomar una decisión.

–¿La esposa de Alaric?

–Exacto. Como te adelanté, la recibo en mi casa y nada más llegar, Araceli, que así se llama, se deshace en lágrimas porque cree que la engaña en Londres con otra mujer.

–Ja, ja, ja. Nuestro hombre no pierde el tiempo.

–Puede ser, pero intuyo que es falso. Son fantasmas que ella se crea porque no le ha dicho qué hace en Londres y le habla sin claridad.

–Si es así, le honra su fidelidad a nosotros, aunque ya sabe que los

españoles son muy fogosos. En cualquier caso, no le veo el peligro, son cosas de ellos.

–No, mayor. Son cosas nuestras porque Araceli está dispuesta a todo para presionar al marido.

En ese momento llaman a la puerta.

–Adelante.

–Mayor, ya hemos acabado.

–Es el mensaje de Alaric –le informa a Kùhlenthal al tiempo que lee la transcripción la carrera.

–¿Qué dice? –se interesa su superior.

–Movimientos de barcos y transportes. Hay que analizarlo con detenimiento. En la parte escrita le cuenta a su esposa que va a colaborar en la BBC y detalles de su vida cotidiana. Mañana la pasaremos a Berlín. O mejor, vuelvo en una hora y lo hacemos.

El descodificador sale del despacho y los dos hombres retoman su conversación.

–La señora Araceli puede ser un gran problema.

–Y tanto. Por eso vine hasta aquí. Creo que lo mejor será cortar de raíz ese conflicto matrimonial contándole todo para que sopesa la gravedad de la situación y el riesgo de que los ingleses fusilen a su marido. Para eso pretendía mostrarle la carta con la tinta invisible.

–¿La juzga capaz de irse de la lengua?

–No es probable. Si realmente está tan enamorada como aparenta, hará bien en extremar la prudencia.

–De acuerdo, adelante. Después le enviaremos a Alaric una seria reprimenda. Que domine a su mujer y que no se le ocurra volver a utilizarla como intermediaria. ¡Ah! Y si tiene una querida, que aprenda a ocultarla. Muy listo para espiar al Imperio Británico y muy tonto entre sábanas.

Federico está a punto de abandonar el despacho de regreso a su domicilio, pero Kùhlenthal añade:

–Bueno, agradézcale también su discreción por habérselo ocultado a su esposa, no es cosa de quedarnos sin nuestro hombre más valioso.

–Pienso lo mismo, mayor.

Federico regresa a Viriato. Ha tardado veinte minutos en resolver el

contencioso, o al menos, en tener los medios para lograrlo, porque Araceli lo recibe con cara de pocos amigos.

—¿Qué? ¿Ya sabe las nuevas mentiras que va a contarme? —lo recibe enfurruñada.

—Por favor, señora. Hablamos de algo muy serio que nada tiene que ver con los fantasmas que usted imagina.

—¡Ah! ¡Encima me insulta y me llama loca!

Federico reprime la ira que le produce escuchar a esa mujer despechada y que antepone su vulgar felicidad conyugal a la gran obra de instaurar el III Reich para lo que su marido trabaja con tanto ardor y tanta eficacia. Por eso limita sus palabras a lo imprescindible y le ofrece la carta que ella misma ha traído media hora antes.

—Lea.

Poco puede leer Araceli entre los reglones de la misiva. Ve, eso sí, que han surgido nuevas líneas parduzcas de caracteres incomprensibles.

—¿Y esto qué es?

—Voy a decírselo con toda claridad. Su marido es un colaborador nuestro en Inglaterra, donde desarrolla una labor de absoluto secreto. No le descubriré nada nuevo si le digo que es un apasionado seguidor de la causa alemana.

—Sí, eso no lo ocultó nunca. ¡Desde antes de nuestra guerra! —enfatisa ella para que la admiración venga de lejos.

—¿Ve? Él nos envía informaciones camufladas en cartas sin interés aparente. No ha querido causarle ninguna molestia y se lo ha callado. Debería agradecersele.

Aun así, Araceli se mantiene tozuda.

—¿Juan un agente secreto? No me haga reír. ¿Y qué espía? ¿Las palomas de los parques? ¡Si no tiene ni idea de inglés!

—Ésa es una prueba más de su astucia. Sin nociones del idioma ha conseguido formar una red de informadores que nos proporcionan datos de validez incuestionable y estamos muy orgullosos de que así sea. Y usted debería estarlo también, porque colabora para que la guerra se prolongue lo mínimo posible, y cuando acabe, le aseguro, señora, que será considerado un héroe.

Araceli ya tiene lo que quería. La confirmación de que Juan goza del máximo

aprecio por parte de la Abwehr. No dudan ni por un instante de que se encuentra en Londres y lo defienden a muerte frente a su propia mujer, una entrometida, celosa y antipática que amenaza con tirar por la borda un plan del que presumen entusiasmados. Es hora de aflojar su incredulidad.

–Pero entonces, Juanito... está en peligro.

–Por supuesto, en grave peligro y cualquier movimiento que hagamos en la dirección equivocada puede acarrearle contratiempos de trágicas consecuencias. Le recomiendo que hable con él con la mayor discreción, que le informe de la conversación que ha tenido con nosotros y que le ayude a mantener la farsa delante de todas sus amistades. ¿Ha comentado el caso con alguien?

–Mi madre sabe que estoy preocupada.

–Pues dígame que fueron celos infundados. Que su marido está bien y que usted sigue tan enamorada de él como antes de partir. Ha sido un error por su parte utilizarla de correo y así se lo haremos llegar.

–Tiene que perdonarme, don Federico. Me dejé llevar por sentimientos equivocados. Le prometo que estaré tranquila y que Juan no debe temer por mi causa.

–Ésas son sabias palabras –le halaga el agente solicitándole con un gesto la devolución del mensaje.

–Me siento ridícula.

–Tranquila. Ya verá con el tiempo el valor de lo que estamos consiguiendo.

Araceli le entrega la carta y hurga en el bolso en busca de algo.

–Así las cosas, mejor será esperar a que él se ponga en contacto conmigo. No quiero ser causa de nuevos problemas. Bastantes quebraderos de cabeza he ocasionado con mi torpe conducta. Por eso, señor Federico, le ruego que le haga llegar esta fotografía de nuestro hijo Juanito. Es la última que le hicimos y él no la conoce –Araceli solloza de nuevo con unas lágrimas que ha reservado para la traca final–. Si no les causa molestia le alegrará saber que le esperamos con todo el amor del mundo.

–No hay inconveniente. Se la enviaremos por conducto seguro.

–Se lo agradezco.

–Nosotros estaríamos en condiciones de ofrecerle un trabajo que pudiese realizar sin gran esfuerzo, algo que le permita una vida mejor..., en Madrid,

claro.

–¡Oh! Es usted muy amable, pero no lo necesito. Bien entendido, no me vendría mal, pero vivo cómoda con mi madre. Y además el niño todavía requiere todas mis atenciones. Muchas gracias de cualquier forma.

–Es lo mínimo que podríamos hacer.

–Muy agradecida, lo pensaré, y si me decido, le llamo.

–Todo con el mayor secreto. Su madre, por ejemplo, no debería saber nada de lo hablado.

–Lo comprendo –concluye Araceli levantándose.

Federico le extiende la mano y la mujer baja las escaleras de Viriato 73. Luego, siguiendo instrucciones de Juan, toma un taxi y se asegura de que no es seguida, ordenándole al conductor que se detenga en una calle donde puede observar si algún coche hace lo mismo. No hay tal. Los alemanes no necesitan confirmar lo que saben, o creen saber.

El taxi arranca de nuevo y la conduce hasta Moncloa, donde se han instalado en un hotelito con jardines. Allí está Juan con el niño. Los candiles ya están encendidos, pero el calor aconseja permanecer al aire libre el mayor tiempo posible.

–¿Qué tal el pequeñajo?

–Como un señor, aunque comienza a reclamar la cena. Cuéntame tú, que estoy en ascuas.

–¿Qué quieres que te diga? Te tienen en un altar y piensan que al final de la guerra serás un héroe. Ya te contarán lo que hablamos porque los tuve un rato más preocupados por mí que por toda la Royal Navy.

–Eres fantástica.

–Digamos que sé seguirte.

Al día siguiente se invierten los papeles y ahora es Juan quien se acerca a la embajada inglesa, camuflado bajo gafas y barba que adquiere en una tienda de disfraces cerca de la plaza Mayor.

–¿David Thompson?

–Está fuera de Madrid.

–¿Sabría decirme cuándo regresa?

–Tardará varios días.

Inglaterra se sigue resistiendo. Juan no encuentra el resquicio por donde

hacerse valer. Pero no desespera, ahora que sabe la admiración que despierta en el bando contrario. Y sin haber pisado Londres. Hay que aguantar como sea.

Araceli y el niño van a Lugo, como estaba previsto, mientras él regresa al *downtown* de Lisboa.

Noviembre

El apartado de correos se acaba. Dionisio debe volver a España y ya no lo necesita, por lo que va a cancelarlo. Podría pedirle que lo mantuviese como un favor, pero le parece demasiado arriesgado. Juan idea cómo sustituirlo mediante una caja de seguridad en el Banco Portugués do Continente e Ilhas, donde le adjudican la número 122 a nombre de Joseph Smith Jones. Federico solo debe añadir «para JP» y el correo funcionará como antes. Tom Mix añade otra personalidad ficticia a su onomástica fantasmal y lo hace con un descaro evidente. ¿Qué otro nombre más común se le ocurriría a alguien con leves conocimientos del idioma, si no Joseph Smith Jones? ¿John de primero? Demasiado cerca de su Juan.

Con igual descaro ocupa uno de sus mensajes en sugerir a los alemanes que está en condiciones de organizar atentados en Londres. Él no los llevaría a cabo personalmente, pero se ha rodeado de tipejos fáciles de convencer por cuatro perras. Es un negocio redondo. Si los alemanes aceptan, bastaría esperar a que se publique alguna noticia susceptible de ser transformada en un ataque terrorista y adjudicárselo a su organización. Si por casualidad explota una bomba, si se declara un devastador incendio en algún edificio relevante... Incluso puede meter en el saco un asesinato que se preste a ello, o transformar como propios los desastres causados por los bombardeos. No todos, claro, pero siempre habrá daños colaterales que bien aderezados con su fértil pluma simpática se puedan vender como diseñados en su cabeza. Que vayan luego a Londres para averiguar la verdadera autoría de la catástrofe. El plan resuena en sus pensamientos con los timbales de la excelencia. ¡Cobrar como terrorista sin mover un dedo! Algo así es propio de los faquires, los ilusionistas o los genios. La red vandálica le proporcionaría literatura para escribir a Federico relatos pavorosos de la realidad londinense cuyos detalles vendrían

certificados en las páginas de los periódicos, evitándole mentiras que son difíciles de pergeñar, aunque nada hay que se le resista, pues es capaz de transformar una epidemia infantil declarada en Monmouth, tal como publica la prensa de Francia, en un informe sobre la salubridad censurado por Churchill. Y si por casualidad los alemanes dan con la noticia francesa, será la confirmación de lo que él anunciaba. Ya os lo decía. Monmouthshire está plagada de virus y bacterias. Los niños se mueren por docenas y a vosotros solo se os ocurre dudar de mí.

Es una lástima, pero el ofrecimiento de la red Arabel para sembrar el terror en las calles de Londres no tuvo una buena acogida. Quizá se pasó de listo, quizá temen ser engañados, o simplemente, tal como le contesta Federico, no esperan de él sabotajes. Solo quieren preservarlo para que siga siendo la envidia de la red de información, el infiltrado que se entrena bajo la vigilancia y el control de una sección hasta ahora despreciada en el gran juego del espionaje, la española. De modo que olvídense de reclutar terroristas y mantenga los ojos abiertos sobre acantonamientos de tropas, suministros de víveres, racionamientos y otros detalles que puntualmente se le inquieran.

Federico le dirige dos preguntas en un microfilm especialmente inquietantes a las que Juan no puede dar respuesta. Dicen así: ¿Teme Inglaterra que Japón atente contra alguna de sus bases en Asia en el transcurso de las próximas fechas? Y pegada a ella, una segunda cuestión premonitoria: ¿Qué ayuda espera recibir Inglaterra de los Estados Unidos? Aquellas dos preguntas habrían servido para alertar a los norteamericanos de lo que se estaba preparando, pero él no es nadie para sacarles utilidad. Solo por aquellas preguntas, pensará Juan a toro pasado, les hubiese compensado hacerle caso, porque sesenta días después las páginas de los periódicos se llenan de titulares que repiten y combinan estas cuatro palabras: Pearl Harbor, Japón, EE. UU. y guerra. Estos cabrones alemanes me adelantan lo de Pearl Harbor dos meses antes de ocurrir y yo no puedo avisar a Inglaterra de que ya lo sabía.

En esos días quiere ofrecerles otro tipo de precisiones y la cabeza le bulle plagada de garbanzos. Sé dónde mantienen recluido a Rudolf Hess. Se refiere al amigo, secretario y lugarteniente de Hitler, aterrizado en paracaídas el mayo anterior con dudosas intenciones. Mejor dicho, sé quién lo diría a cambio de

dinero.

La osadía de Pujol no parece tener límites. Ignora si Hitler está detrás de la operación Hess, si prefiere verlo muerto o liberado, si es público y notorio el nombre de su prisión, o si los propios alemanes conocen de antemano dónde lo encierran. Le da igual, se siente tan fuerte que desafía todas las prevenciones. Deduce que se trata de una prisión de Londres, bien custodiada. De Londres, porque si lo someten a constantes interrogatorios es preferible tenerlo cerca. El lugar concreto no lo ha decidido todavía. Es una mentira que se reserva para cuando Federico le conteste entusiasmado por conocerlo, pero Juan se lleva un gran chasco, otro tan grande como cuando es rechazado su plan terrorista. Berlín no está interesado en saber el paradero de Hess. O quizá ya lo saben, pero ni se va a lanzar una bomba, ni habrá un comando para rescatarlo, asesinarlo o colgarlo de la viga maestra. Si no lo matan los ingleses, Hitler le promete un final tortuoso cuando entre en la City y camine hasta la catedral de San Pablo rodeado de esvásticas. Ese loco idiota verá la caída de Inglaterra como la suya propia y será tratado como el peor de los enemigos del Führer ya eliminados. Una muerte digna de la payasada de mayo, pero ahora ¿saber su cárcel? No, no damos ni un dólar por esa información. El razonamiento de Federico chafa las expectativas de Juan, en graves dificultades para atender otros requerimientos informativos que Madrid considera mucho más prioritarios, de modo que la euforia de unos momentos contrasta con el abatimiento de otros.

Araceli regresa a Lisboa con Juanito y con noticias. Está embarazada de nuevo. Lo confirma en Lugo. Él se alegra porque el reencuentro se produce cuando más necesita a su mujer y a su familia. Por momentos flojea de ánimos, y al ser rechazados sus ofrecimientos, han regresado a su cabeza las mismas dudas que le atormentaban antes del paripé de los cuernos. La situación no se puede prolongar. Sus informaciones, por mucho que las documente, por mucho que arriesgue en los detalles, acabarán siendo descubiertas como falsas y entonces darán con él en Lisboa y lo asesinarán. A él, a Araceli y al niño, que a partir de ahora serán dos. La pesadilla es recurrente. Alguien lo reconoce en la calle, lo fotografía y esa imagen llega a poder de Kuhlenthal. ¿Este vecino de Lisboa es nuestro hombre en Londres? ¡Maldición! Acaben con él de dos disparos. Uno por enemigo y otro por traidor.

Pero Araceli es un bálsamo contra los malos sueños. Ella se encarga de despejarlos y de darle confianza. En Lisboa estamos protegidos contra esas amenazas que te mortifican. Ni por un segundo pueden sospecharlo y, en todo caso, si desconfían de ti, te buscarían en Londres.

—Sí, lo sé, pero el terror es superior a la certeza; me domina y deseo arrojar la toalla, no veo otra salida. Araceli, en tu ausencia he llegado a la conclusión de que debemos huir a Brasil y comenzar allí una nueva vida. Ya verás, podría ser tan emocionante o más que ésta. De hecho, en los últimos días me informé de los trámites y del traslado.

—¿Brasil? ¿Y qué se nos perdió a nosotros en Brasil? Nunca estuvimos ante los alemanes en una posición mejor que ahora y si te retiras es cuando ellos pueden ordenar que nos persigan. ¿No te das cuenta de que en Brasil también soñarás que te matan? Los gallegos sabemos, y tú también, que quien resiste, gana. Necesitamos resistir un poco más y esperar a que suceda lo que tiene que suceder. Si te inquietas por las noches, me despiertas y charlamos. ¿Me lo prometes?

Juan se avergüenza de su inconstancia al atar de los trapos.

—Te prometo que no haré ninguna locura sin tu parecer.

—Eso me basta. ¿A dónde nos llevas a cenar? Tengo un hambre loca. En Lugo me dieron las bodas de Camacho y la costumbre de comer bien es mala de olvidar.

—¿Un *bacalhao* al lado del mar?

—¡Humm! Suena delicioso.

Diciembre

El humor de Juan, como la bolsa en tiempos de inestabilidad, dibuja dientes de sierra. Ora arriba, ora abajo. Y a medida que avanzan los días, son más los que está hundido y los que repite como una letanía el nombre de Brasil en clave de destino.

Este hombre va a terminar sus reservas de paciencia, que nunca tuvo mucha, ni sabe el significado de la palabra. Es minucioso, ingenioso, audaz, arriesgado, valiente, fulero y cabezón, pero cuando hubo de repartirse la paciencia, se agotó al llegar su turno. Y ya lo dice el saber popular, si el

remedio no alcanza a la dolencia, la mejor medicina es la paciencia; pero cuando no hay, no hay.

Confiada en sus capacidades dramáticas y en su sangre fría contrastadas, Araceli decide tomar cartas en el asunto y cambiar el país de sus ofrecimientos. Una mañana pretexta que debe realizar varias compras en el centro, se encasqueta sus mejores galas y se encamina hacia la Quinta do Pinheiro, que en Lisboa no es ya lugar de arboleda, sino la sede de la embajada de los Estados Unidos de América.

Llega al filtro y se anuncia con la fórmula de siempre.

–Es un asunto confidencial y de suma importancia.

Araceli se ha engalanado para la ocasión. Quiere dar la imagen de alguien que sabe el terreno que pisa, que tiene la vida resuelta y que si se presenta allí es porque en las manos lleva auténtico material sensible. Y para que así lo parezca se ha armado de una pieza golosa a los ojos de cualquier servicio de inteligencia mundial, por torpe que éste sea.

–En unos minutos la recibirá el agregado naval.

–¿Podría decirme su nombre?

–Contraalmirante Edward Rousseau.

–Muy amable.

Rousseau es hombre de experiencia, difícil de engañar, pero también dotado de un notable sentido diplomático que le permite aguantar una visita inoportuna si con ello consigue evitar el conflicto más nimio. El hombre ideal para atender a Araceli, teniendo en cuenta que ella no acude a su encuentro con las manos vacías.

–Me anuncian que es usted portadora de un asunto sensible y confidencial.

–Así es, contraalmirante Rousseau. Es algo que llevo conmigo desde hace días y que no quiero, ni puedo, ocultar por más tiempo.

–Usted dirá.

Rousseau acomoda a la mujer en uno de los sillones auxiliares de su despacho mientras él brujulea alrededor con las manos a la espalda. Los servicios secretos saben que de esa forma se consigue desconcertar a los mentirosos, preocupados por conocer los movimientos de su interlocutor y mantener al mismo tiempo la consistencia de su embuste, lo que les lleva a balbucear, o a cometer errores en su discurso que un hábil interrogador detecta

a cada paso. Está en los manuales. Pero a Araceli no parece afectarle la estratagema, que solo es útil en los primeros instantes de las entrevistas, ya que luego, una vez que se acostumbran al espacio, los paseos pierden poco a poco toda su eficacia intimidatoria.

–Desde hace semanas sé que uno de los huéspedes de mi pensión es un espía de los alemanes.

Esa primera revelación, tan directa y contundente, sorprende y alerta a Rousseau. Le sorprende por la naturaleza del asunto, pero le alerta ante un posible caso de los que en el oficio denominan «histerias bélicas», personas dispuestas a ver complots, sospechosos o agentes secretos detrás de cada vecino, afectadas como están por una evidente y comprensible situación de riesgo. Y aunque Lisboa no es una ciudad característica para que se produzcan en ella estas reacciones, a Rousseau no se le escapa la evidencia de que la guerra está ahí y, además, esta española muy probablemente viene de vivir otra de funestas consecuencias en su propio país.

–¿Qué le lleva a esa conclusión?

–Primero, las sospechas sobre su actitud; luego los indicios, y finalmente, las pruebas.

Esta mujer puede ver fantasmas como los afectados por el síndrome de las histerias bélicas, pero su manera de exponer los hechos no responde en absoluto a los parámetros habituales, lo que sumado a su porte distinguido y su culto lenguaje la aparta del diagnóstico inicial.

–Comencemos por las sospechas.

–Bueno, en Madrid he vivido situaciones calcadas, debido a mi anterior trabajo en el Banco de España, donde me ocupé de informar sobre clientes e inversores. Este hombre del que le hablo me recordó desde el primer instante a alguien que se hacía pasar por lo que no era –miente Araceli con la contundencia de un picapleitos–. No sabría decirle con exactitud qué fue, pero se me posó la mosca detrás de la oreja nada más verlo. Los indicios vinieron días después, cuando por casualidad lo descubro en el puerto mientras toma notas sobre unos barcos militares atracados allí. Fue como si se confirmasen de golpe todas las conjeturas que me venía haciendo.

Rousseau también se ha sentado, convencido de que debe olvidar el síndrome y escuchar a aquella mujer que destila envidia.

—¿Y las pruebas?

—No quisiera aparecer ante sus ojos como una mujer aprovechada, pero algo sé de este negocio. Por ejemplo, sé que lo conseguido con riesgos para mi vida vale mucho. A ustedes no solo les costaría obtenerlo grandes cantidades de dinero, sino también meses o años de trabajo. Por otra parte, el dinero será también la demostración de su propio interés. Creo que me explico.

El agregado naval se mueve en el sillón con cierta incomodidad, pero acaba por apartar los razonamientos de la mujer e ir al grano.

—¿De qué cantidad hablamos?

—Doscientos mil dólares.

—¿No le parece mucho?

—¿En cuánto estima usted la vida de cientos de personas? ¿En cuánto la vida de una sola? ¿De un soldado?

Araceli no duda en ninguno de los pasos que da. Tanto es así que ahora Edward Rousseau ya no sabe qué tipo de visita tiene delante. Si es una atrevida estafadora o alguien que va a proporcionarles una gran ayuda en estos momentos de incertidumbre, cuando los Estados Unidos no han adoptado todavía el acuerdo de entrar en guerra, o al menos, no lo han anunciado.

—Me va a perdonar unos instantes.

Rousseau abandona el despacho al que no volverá en cuarenta minutos. El tiempo necesario para contactar con Harry Greenheart, un agente británico del MI6 con el que abordó varios casos de interés mutuo.

—¿Te podrías acercar por la embajada? Tengo en mi despacho a una mujer que me despista enormemente. No sé si es Mata Hari o la mayor farsante del mundo.

—¿Guapa?

—Sí, muy atractiva. A lo mejor es una actriz.

—*Wow!* Voy corriendo.

Rousseau se reúne con Greenheart en otro despacho cerca del suyo, donde ha dejado a Araceli pensando que su destino es ser abandonada en las habitaciones en cuanto abre la boca. ¡Si al menos me hubiesen puesto unos taquitos de jamón! ¿Pero qué van a saber estos gringos de jamón si comen fatal, con esos trozos de carne picada que pasan por la plancha y dicen que la han cocinado?

El del MI6 conoce ya los antecedentes de la visita, pero está ansioso por ver a la mujer y precipita el final del informe.

–Vamos allá y que me lo cuente ella.

Cuando regresan al despacho, Araceli está de pie frente a la ventana. Observa los paisajes de la Quinta do Pinheiro y, sin dejar de hacerlo, bromea sobre la tardanza.

–Creí que ya me darían la nacionalidad norteamericana.

–Perdón –se excusa Rousseau–, el señor Greenheart atendía otros asuntos.

Se dan la mano y el contraalmirante les invita a sentarse en la gran mesa de reuniones que hay al otro lado del despacho. A petición de éste, Araceli repite todo el relato sobre el sospechoso hasta que llega el momento de mostrar las pruebas.

–Doscientos mil dólares es una cantidad que justifica informaciones trascendentales –dice Greenheart con el retintín de quien no se las cree.

–Lo sé, pero no creo que les defraude.

–Veámoslas.

Araceli abre el bolso y extrae una carta como las que Juan manda a Federico. Está en francés y ella se la acerca a Rousseau. Uno tras otro la leen con detenimiento. Es el relato a una esposa de los lugares que su marido visita en Lisboa, suponiéndola a ella residente en otra ciudad europea. Ninguno de los dos diplomáticos encuentran nada de interés en el texto.

–¿Y bien?

Araceli exhibe ahora el reactivo de la tinta simpática y lo aplica con un algodón sobre la carta. Poco a poco aparece entre líneas un segundo texto, y cuando está en condiciones de ser leído, se la vuelve a pasar sin pronunciar palabra.

El mensaje oculto, también en francés, ha sido redactado por Araceli y dice:

«El agente 172 de Chicago informa de que tanto él como sus agentes de Detroit esperan sus órdenes, pues ya han dispuesto lo necesario para iniciar de inmediato el sabotaje en todas las fábricas elegidas».

–¿Esto es todo? –le pregunta Greenheart, mientras Rousseau se mantiene en silencio.

–¿Le parece poco?

–Poco, no. Es una mierda.

Rousseau se molesta ante el tono del inglés, pero se mantiene en silencio a la espera de la estrategia que pretende seguir el agente.

—Mire, señora —añade Greenheart mientras arroja sobre la mesa una moneda de veinte escudos, que baila unos instantes frente a ella antes de detenerse—. Esto es lo que vale su información.

Araceli se indigna. Rousseau se disculpa. Greenheart la mira desafiante.

El gesto ha sido el peor insulto que podría esperar de aquella reunión. No es incredulidad, sino un desprecio y una humillación que revuelve las tripas de la mujer, sabiendo como sabe el tesoro que tiene en sus manos. Ciertamente su mensaje es una patraña con la que intenta ganar su atención, pero el premio estaba detrás, a poco que el interrogatorio hubiese seguido por los cauces esperados. Aquello era insoportable hasta para una mentirosa contumaz como ella y no puede marchar de allí sin dejar constancia del tremendo error que han cometido, un error que les desea con prontitud para que se les caigan los palos del sombrero y sean señalados de por vida como los peores agentes en la historia del espionaje. Todos esos sentimientos se hacen huéspedes de su estómago en aquel instante y juntos provocan que explote en una bocanada.

—¡No existe el vecino sospechoso! ¡Es cierto! ¡Yo soy la esposa del agente alemán Alaric, el jefe de la red Arabel! ¡Cuando se enteren de la verdad suplicarán a sus países que no les deporten a una isla desierta para ser pasto de caimanes!

—¡Señora —trata de calmarla el norteamericano—, disculpe el gesto! El señor Greenheart no ha tenido la intención que usted le da.

—¿Ah, no? Pues ahí se quedan ustedes con su buena intención.

Son sus últimas palabras. Sin esperar a que le indiquen la salida, Araceli recoge la carta, el reactivo verde y hasta el algodón empleado, lo guarda todo en el bolso y sale por la puerta con la indignación a flor de piel.

Antes de reunirse con su marido, entra en una cafetería cercana, pide un café y se dirige a los retretes. Se encierra y deja que fluyan gruesos lagrimones que retiene desde que abandona la embajada. Allí, en la soledad de aquel servicio, se libera de la carga y recupera su entereza. Juan no debe enterarse si no quiero que se derrumbe como un árbol seco que recibe el viento de costado.

Mal que bien, con un viaje a Lugo en Navidades, Juan y Araceli mantienen el engaño y el ánimo. De lo primero se encarga él, de lo segundo, ella. Con Federico hubo sus más y sus menos. Están ganados por el embuste, pero redoblan en exigencias. La lista de agentes en la red Arabel ha crecido hasta nueve y todos reportan lo que la imaginación de su jefe es capaz de sonsacar en la prensa, en los informativos cinematográficos y en los propios escaparates de Lisboa, pues cada novedad, por nimia que parezca a los ojos de sus clientes, se transforma en la percha de la que Alaric cuelga todos sus descubrimientos. Ha cesado de pronunciar Brasil, pero es una falsa sensación. Sabe que a ella le molesta y se calla, pero en el fondo de sus pensamientos Brasil subsiste como idea recurrente. No hay salida, o así lo piensa. Solo una certeza lo mantiene en el oficio. El peligro que representa Alemania ha despertado por fin a los Estados Unidos. Pearl Harbor, con todo su desastre, consigue que vean en el Eje su terrible dimensión. Si abandona y no cumple objetivos, nada habrá que lo consuele, ni en Brasil existen selvas al amparo de la cruz gamada.

–Federico se ha vuelto a enfadar –le dice a Araceli mientras salen de paseo con el niño a la fresca de Lisboa, en una primavera que se anuncia calurosa.

–¿Qué mosca le ha picado ahora?

–Le presionan para que envíe informaciones de más calado, como siempre. Y él me las transmite a mí, claro.

–Pues mándaselas –resuelve la mujer al tiempo que orienta la capota del coche para que el sol no le dé a Juanito en la cabeza.

–¡Caramba! Lo tuyo me deja por los suelos. Les miento a cada paso y tú me pides que les pase las órdenes exactas del ejército británico. ¡No sé de dónde! Ya sabes que miento lo que puedo.

–No, no digo eso, Juan; pero yo los entiendo. Te tienen en Londres y quieren algo sustancioso, algo que les lleve a un buen golpe. Pues bien, dáselo.

–¡Caray! ¡Qué fácil!

–Naturalmente. Elije una zona de conflicto. Dime tú.

–No sé. El Mediterráneo.

–Ahora busca en él una base inglesa. ¿Malta no es una?

–Creo que sí. Malta puede ser. La bombardean cuanto pueden.

–Bueno, pues ya lo tienes. Organizan un gran despliegue hacia Malta. Envían

un convoy, muchos barcos con tropas y suministros. Malo será que en unas semanas no ocurra algo así. Tampoco te sientas mal por decirlo. Tú no sabes nada. Si ocurre, es porque ocurre. Y si no pasa nada, es porque han dado marcha atrás, los muy cabritos del Almirantazgo. O que todavía lo preparan, o que no es Malta, sino Italia. Lo que quieras.

–No sé si darte un beso, o salir corriendo.

–Dame un beso. Estás más guapo cuando besas que cuando corres, que lo haces fatal, tú ya lo sabes.

Juan la besa.

–Además no tiene mérito. Tú me lo enseñaste hace meses, en Lugo. Si vamos a engañarles, engañémosles completamente, que en eso no te van a hacer rebaja por andar con medias verdades. Ni los unos, ni los otros.

–Vámonos a casa.

–¡Pero si acabamos de salir y hace una tarde magnífica! Son solo cinco días, pero ya se nota la primavera.

–Quiero preparar lo que me has dicho.

Araceli mueve la cabeza como si hablase con un adolescente.

–¿Qué prisa tienes? Disfruta del sol y de tu niño. Esta noche te pones con los mapas y mañana lo tienes listo. No seas fuguillas. ¿Quieres un helado? El otro día me tomé uno de *açaí com morango* y estaba delicioso.

–Bueno, siempre me ganas.

Por la noche, Juan elabora el siguiente mensaje:

«Transmito con urgencia informe agente número 2 entregado en persona.

»Convoy compuesto quince unidades, de ellas nueve mercantes, han salido hoy, 26.3.42 puerto Liverpool, punto concentración. Composición de un barco carbonero de 2000 toneladas, un petrolero de 2000, cinco grandes barcos tonelaje 5000 a 10 000, cargamento de material de guerra, granadas, cañones antiaéreos desmontados y otro armamento, los otros tres, artículos alimenticios, otro barco de tonelaje medio, transporta técnicos y especialistas del cuerpo de aviación, RAF, para agregarlos a unidades existentes en Malta, otro tonelaje aproximado de 1500, artículos sanitarios y ambulancias, resto cargamento bélico. Dirección Malta por Gibraltar con escala probable en Lisboa según conversación oída, antiguo oficial vapor griego *Nea Hellas*, actualmente de servicio Gran Bretaña.

»Mando urgentemente carta por si pueden observar composición antes de llegar a destino. Continúo en cama, mejorado, espero pronto poder informar extensamente.

»Saludos Arabel.»

Marzo (II)

De repente, todos los agentes de los aliados saben que existe Arabel. El sistema ISOS ha interceptado el mensaje sobre Malta de Madrid hacia Berlín y están que trinan. ¡Alemania tiene un agente que informa desde Londres! Eso contradice todas las suposiciones anteriores que consideran Inglaterra como un territorio libre de espías. El peligro es evidente, porque Alaric, Arabel o como se llame, es un tipo que estará infiltrado en cualquier organismo, aunque todo hay que decirlo, construye unos informes un tanto raros, con errores propios de quien no conoce a los ingleses, con datos sobre Londres que no existen, con decisiones que nunca se adoptaron, con misiones que nunca se tomaron. Esas primeras conclusiones no rebajan categoría a la amenaza. Quizá son mensajes que se envían para que sean interceptados. Documentación falsa con la que juegan al despiste. Datos tan encriptados que los ingleses descifran erróneamente y donde dice Malta, en sus claves, es Suecia. Todo es posible y todo puede tener varias lecturas excepto una, que existe una persona, hombre o mujer, que informa desde Inglaterra. Qué pensarían si supiesen que por siete veces lo han tenido a un palmo de sus narices. Qué diría Kim Philby al averiguar que ha compartido barra con él en el Condestable de Burgos. En la actualidad y con lo poco que conocen, hay una sola orden. Es prioritario localizarlo.

—Madrid dice que V-Arabel informa de un convoy en Caernarfon.

El llamado convoy Caernarfon no existe. Es una realidad insoslayable. Pero también averiguan que Alemania se prepara para atacarlo en el trayecto a Malta. Un agente nazi engaña a Berlín y Berlín le hace caso. Es un completo disparate. Ni en ésta, ni en ninguna guerra que se estudie en los manuales de estrategia hay un antecedente parecido, lo cual no ayuda a la tranquilidad de Desmond Bristow, ni a la de ninguno de sus hombres. Podrían ponerse a trabajar en la dirección equivocada y hacer lo que desean los alemanes. Lo

cierto es que nadie mueve cientos de hombres, ni gasta galones de combustible para atacar un objetivo que ellos mismos saben que es falso. La alarma se suma al desconcierto.

Caernarfon les lleva a Gales del Norte. Allí puede estar el informante y allí lo buscan durante días con resultados negativos. ¿Un marinero atracado en Liverpool? Puede ser. ¿Un español falangista de la embajada que transmite a Madrid y luego es rebotado a Berlín? Factible. ¿Un irlandés que prefiere a Hitler antes que a la monarquía de Jorge VI? Admisible. ¿Un superviviente del antiguo clan de los galeses? Eso nunca sorprendería a nadie.

Una comunicación de Lisboa afirma que el teniente Demarest, a las órdenes del mayor Rousseau como agregado naval de los Estados Unidos, sabe de una española y de un supuesto marido que se ofrecieron como contactos de los alemanes. Fueron rechazados por Jarvis y por Greenheart por falta de interés. La mujer dijo ser la esposa del jefe de la red Arabel. ¡No se puede ser más inepto! Ella se llama Araceli GC y él es Juan PG.

En la oficina de Londres hay una conmoción general. Los más avisados, como Kim Philby, se pitorrean de que han encontrado el origen de los extraños informes... ¡De casualidad! ¡Porque ha ido su mujer a decirlo, que, si no, ni se enteran! ¡Un agente alemán que quiere ser aliado y que informa de Londres aunque está en Lisboa! El disparate es mayúsculo para cualquiera que se tome la guerra en serio.

–¿Pero qué zopencos tenemos por agentes? –brama Bristow, que a veces maldice en castellano por haberse criado en Huelva, hijo de un ingeniero de Riotinto–. ¡Me cago en los ojos del Wadiana!

–Yo me encargo –le tranquiliza Philby.

Al otro lado del teléfono, en Lisboa, atiende su llamada Ralph Jarvis, jefe de la estación del MI6 portugués y uno de los que pueden presumir de haber conocido al hombre deseado, aunque también uno al que se le puede achacar haberlo considerado un trasto inútil. Por prudencia, no alude a su entrevista con Juan, pues supone que en aquella tesitura no es mérito de medalla.

–Hay que localizar a ese hombre del que hablan, el tal Juan Pujol. Es urgente, pero requiere absoluta discreción. No sabemos qué clase de persona es, pero quiero toda la información ya. Es prioritario preguntarle sobre el informante del convoy a Malta, pero sin desvelarle si esa información es

cierta o falsa. ¿Comprendido?

—A la perfección —contesta Jarvis limpiándose el sudor que le produce haberlo dejado escapar—. En cuanto sepamos algo, reportaremos.

El agente mejor considerado para el contacto es Eugene Risso-Gill. Por fortuna conservan en el archivo los datos de Pujol y la comunicación con él es inmediata. Al menos Londres no podrá dudar de la celeridad en el encargo.

Juan contiene su alegría al hablar con el capitán Benson y a la hora de establecer la cita insiste en el mismo lugar donde meses antes fue rechazado, el Bar Inglés del Casino de Estoril. A ver si a la segunda.

Cuando cuelga, se vuelve hacia Araceli con una gran sonrisa que lo dice casi todo.

—¿Quién era? —se adelanta ella.

—La embajada británica. ¡Quieren hablar conmigo!

—¿Sabes lo que eso significa?

—¡Claro que lo sé! Estoy temblando.

—¡Has triunfado! ¡Les interesas!

—Sin ti jamás lo habríamos logrado.

Los dos se abrazan como hacía tiempo y Juan gimotea. Araceli ni siquiera trata de impedirlo porque sabe lo mucho que reconforta ese lloro, lo mucho que limpia a su paso, las fuerzas que va a obtener de él.

Luego viene un beso y Juanito que gatea entre las cuatro piernas. Risas y más abrazos. Es el día que esperaban. No puede ser otro el motivo. Y entre suspiros y alegrías, a ambos les llegan, como en catarata, las imágenes de todas las negativas, los fracasos y el precipicio de la renuncia que a punto está de consumarse.

—¡Y tú querías escapar! ¡Imagínate que ya no hay nadie para contestar a esta llamada! ¡Te mato, Juan, te mato! —bromea la mujer.

—Eso, como tantas otras cosas, te lo debo a ti.

—Bueno, voy a pensar que supiste escogerme; ¡pero yo también te elegí a ti para vivir la aventura! ¿Qué otro hombre me iba a dar estos momentos?

—Es cierto. Hicimos un gran equipo. ¿Sabes cuántas cartas escribí a los alemanes?

—No, si no me lo dices.

—Treinta y nueve. El año en que nos conocimos.

–No se me podrá olvidar en la vida. 1 de abril de 1939, Día de la Victoria.

–Sí, bueno, te conocí un día antes.

–Y me besaste veinticuatro horas después. No se puede decir que no tengas éxito con las mujeres.

–¡Vamos a cenar por ahí!

–¿Al sitio del otro día?

–Sí, nos trajo suerte.

La cena es un continuo cruce de miradas, de risas sin sentido. Son la envidia de las otras mesas porque su felicidad es contagiosa. Apenas hablan de lo importante. Cualquier descuido sería imperdonable. Charlan de Barcelona y de Galicia, de sus padres, de cosas ya habladas o de aquello que les gusta, pero, al mínimo silencio, vuelven a mirarse y se escapan las sonrisas. Tras una de las escasas pausas, Araceli, que cumple el quinto mes de embarazo, descubre el chiste en el que piensa.

–Nuestros hijos no vienen con un pan debajo del brazo, sino con un billete.

–¿Por qué lo dices?

–¿Qué otra cosa planean los ingleses si no es llevarte a Londres?

–Sí, bueno, quizá.

Están bebiendo más que de costumbre y Juan pisa el freno.

–Mañana tengo que estar fresco.

–Y lo estarás.

El primero en llegar al Bar Inglés es Gene Risso, prueba evidente de que ciertas cosas han cambiado, pues aunque Juan se presenta antes de la hora convenida, Risso-Gill le dobla en antelación. La puntualidad en este caso demuestra que el interés en el encuentro es mutuo. Está nervioso y observa con disimulo todos los puntos desde los que podrían estar apostados agentes alemanes, pues Jarvis le previene contra la posibilidad de que se trate de un engaño y de que el bar se haya convertido a esa hora en un avispero de nazis. No lo cree, le dice Jarvis, porque la única presa que se llevarían de toda la operación sería la cabeza del agente inglés que acuda. Pero ese consuelo no es suficiente para evitarle el miedo, porque la cabeza a la que se refiere su superior es precisamente la suya.

Por fin, un hombre que responde a las características descritas penetra en el Bar Inglés, se sienta en la barra y pide un té con limón, sin azúcar. Risso no

duda en la identificación y le lanza la clave convenida para el primer contacto.

–Las vistas desde la escalera que baja a la playa son espectaculares.

–Lo sé. Deberíamos sentarnos allí.

Juan indica al camarero que le sirvan el té en ese lugar y dos hombres se trasladan en silencio a una de las mesas exteriores. Se sientan y Juan espera a que sea el inglés quien rompa el fuego. Éste confirma que no hay nadie sospechoso en los alrededores y se decide a hablar.

–Creo, señor Pujol, que en esta cita yo solo he venido a escuchar.

–Pues adelante.

Juan prepara con toda la parsimonia el té que acaban de servirle y aprovecha para ordenar las ideas iniciales. No piensa ni por un instante descubrir todas sus cartas, ni decir toda la verdad. Ni es su estilo, ni está acostumbrado. La mentira ha sido y será algo más que su herramienta de trabajo. También es, por criticable que parezca, su seña de identidad. El canciller Bismark le habría comprendido, pues suyo era el criterio de que nunca se miente tanto como en una campaña electoral, en una guerra o después de una cacería. Él no caza, ni hace política, pero sí está en una guerra, y de las gordas, porque en ella le va el futuro.

–Mi historia no es nada convencional. Por eso no le pido que la crea como si se tratase de una confesión. Usted tendrá que trasladar a sus superiores la impresión que yo le haya producido y también lo hará con juicios y palabras, aunque yo no los considere los correctos. Eso es propio de la vida y de los hombres.

Gene Risso escucha sin entender lo que Juan le advierte. Si le anuncia que le mentirá, o si su verdad es tan absurda que no la entenderá. De cualquier forma no tiene alternativa, sino escuchar.

–Yo tengo que informar favorablemente de usted. Al menos, supongo que ése es el resultado que desea obtener de esta entrevista, bien porque intente engañarnos, bien por lo contrario. De modo que la pelota está en su tejado.

A Juan le gusta el planteamiento. Este hombre, al que ni siquiera pregunta cómo se llama, no parece mala persona, ni uno de aquellos funcionarios engreídos que ha soportado hasta el momento en las embajadas. Si el toro está ahormado, la suerte debe comenzar.

–Mi padre me enseñó a distinguir el bien del mal. No es mala herencia,

aunque sea la única. Yo no estimé su valor hasta que él murió. Suele pasar. Pero también es cierto que por tardía o a destiempo, caló más en mi ánimo ese compromiso. Renuncié a la República española porque la vi oficio de gañanes y cambié de bando. Nueva decepción. No podría decir que ninguna de las dos Españas había ganado mi confianza y eso era fundamental para ser fiel a mí y al recuerdo de mi padre. Creará que soy un ingenuo y se lo permito. Solo confío en que cambie de opinión al final de mi relato. Cuando acaba la guerra ya estoy del lado de los ganadores y echarme al monte no era mi sino, pues aunque fui soldado de rojos y de azules, presumo de no haber disparado un tiro con ninguno de ellos, ni de mandar a la tumba a uno de mis compatriotas. No acuso de asesinos a quienes lo hayan hecho. Simplemente, no va conmigo. Ocurre sin embargo que con nuestra paz surge otra guerra, la de ustedes, y por extraño que parezca, ese hombre que iba por la vida con la bandera de no matar a una mosca, decide en un momento que el nuevo conflicto no le es ajeno, que no puede ser neutral como pretende el país donde vive, por mucho que le disculpe venir de desangrarse. Hitler no amenaza a Inglaterra, sino al mundo.

–Bueno –le interrumpe Risso–, la neutralidad de España deja mucho que desear. La División Azul tomó partido...

–Bien, bien. España y Alemania combaten el comunismo, por lo tanto están en el mismo bando.

–Y no solo eso. Tenga en cuenta las bases, las redes de comunicación, el *wolfram*..., muchas cosas.

–De acuerdo. No está siendo neutral, ni se pone del bando que yo siento como el mío. La lección de mi padre no deja lugar a dudas. Hitler encarna al mal. De eso me convencí sin temor a estar equivocado desde antes de iniciar sus invasiones. También lo hice de otra idea. Si en el futuro veía triunfar el nacionalsocialismo, jamás me perdonaría no haber hecho nada por evitarlo. No podría mirar a mis hijos a la cara cuando me preguntasen: Papá, ¿por qué dejasteis que ocurriese? No podría.

–Veo que usted es un hombre con gran respeto por la familia.

–¡Claro! ¿Quiénes van a garantizar la enseñanza de las nuevas generaciones en el camino recto? ¿El Estado? ¿El Estado alemán, por ejemplo? ¿Los políticos vendedores de humo? ¿El comunismo y sus desgracias? ¿Los

dictadores? ¿Los enseñantes al servicio de esos mismos estados?

–Los católicos piensan que de eso también se encarga la Iglesia.

Juan duda sobre la objeción.

–Sí, sí. Las buenas iglesias y también los buenos estados, pero no todos lo son.

–Ni todas las familias.

–Las que son dignas de llamarse así, sí.

–Bien, nos desviamos de su relato. Habíamos quedado en que usted se convence de la maldad de Hitler...

–Sí, eso es correcto. He de añadir que en este momento encuentro a una mujer que me permite realizar ciertos planteamientos que son, por decirlo rápido, fuera de lo habitual. Nos casamos y, sin que exista un plan predeterminado hacia una dirección concreta, acabamos por ofrecernos a su embajada en Madrid para lo que consideren conveniente. En concreto es ella la que se presenta. Supongo que allí habrá registro de su visita. Nos dan con la puerta en las narices. Una y hasta siete veces más. En Madrid, aquí en Lisboa, en la norteamericana, en todas partes; pero no logran desanimarnos. Bueno, diré que están ustedes a punto de hacerlo, así es más exacto. Entre una negativa y otra, tengo la intuición, el presentimiento, la inspiración, no sé cómo llamarlo, de convertirnos antes en espías de los alemanes.

Risso se atusa los cabellos. Está recibiendo una historia para la que todavía no tiene adjetivos adecuados. Es un chiflado, un héroe, un visionario, un místico o un mártir. Es un portento de inteligencia, o un simple al que la suerte le ha favorecido hasta ahora, y teme, por las prevenciones con las que acude al Bar Inglés, que esté siendo víctima de un fabuloso engaño, porque si vuelve con esta historia le pueden reír en sus narices cuanto les dé la gana.

–¿Y se ofrecen a ellos?

–Así es. En Madrid. No fue fácil, no se crea. Son tan mirados como ustedes a la hora de admitir colaboradores, pero quizá les pierda ese convencimiento en la victoria y ese fanatismo con el que encaran la conquista del mundo. En tal sentido yo tenía una ventaja. Si demostraba ser tan fanático como ellos acabarían admitiéndome. Los ingleses, por el contrario, se saben poseedores de la razón y quieren que todo venga a través de ella.

–¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué método es el mejor?

–Para conquistar el mundo por las armas, el fanatismo. Sin duda.

–Mal futuro nos augura.

–No crea, porque la guerra no se está haciendo para conquistarlo, sino para reconquistarlo, o liberarlo. Y entonces lo mejor es actuar con sensatez.

–Menos mal –se atreve a opinar Risso, aunque le han prohibido manifestarse en ningún sentido–. Pero su historia no ha hecho más que empezar.

–Sí, o acabar; porque una vez que me aceptan, tras graves dificultades que detallaré si me lo solicitan, puede decirse que el siguiente capítulo sucede hoy.

–¿Pero usted ha estado en Lisboa todo este tiempo? –se asombra el agente.

–Por supuesto. Yo nunca tuve intención de servir a Alemania. Nunca quise espiar para ellos. Y siendo así, ¿qué importaba estar en Lisboa, o en Londres, o en Cuba? Mejor aquí, sin conflicto bélico y sin que ni ellos ni ustedes pudiesen localizarme en Inglaterra.

–¿Y los mensajes?

–Les he mentado siempre.

–¿Les ha hecho creer que vivía en Inglaterra y que sus mensajes eran ciertos?

–Como lo oye. De otra forma sería un traidor a mi causa.

–¿Y el convoy a Malta?

–¡Ah! Ya veo. Es el mensaje que han interceptado.

–No me está permitido dar detalles.

–¡Ja, ja, ja! Ahora es usted el que quiere engañarme. Bien, el convoy a Malta es una mentira más, una invención. Jamás supe si se preparaba, o si tenían intención de ir allá, aunque no sería nada extraño, ¿no le parece?

–¡Increíble! –exclama Risso contraviniendo de nuevo órdenes que le prohíben intervenciones de opinión, o mucho menos, de entusiasmo–. ¿Y cuáles son sus pretensiones?

–¿Las mías? Ninguna, por supuesto. Lo que ustedes digan.

–Bien, en fin, no sé qué más decir... Como comprenderá, tengo que informar de lo hablado. Aunque mis superiores querrán conocer su trayectoria con detalle, yo ya tengo lo que se me ha pedido y solo me resta advertirle que permanezca en el mismo lugar de contacto. Nosotros le indicaremos los nuevos pasos a dar.

–Pierdan cuidado, ahora que conseguí lo que deseaba, no voy a salir

corriendo.

—¡Ah! Y no se comunique con los alemanes hasta ese momento.

—No pensaba hacerlo.

—Me marcharé yo primero. Espere cinco minutos y entonces salga usted.

—Así será.

La tarde amarillea el mar con el sol que cae sobre el horizonte en arrebol. Juan desobedece las indicaciones y pide otro té. Apenas ha probado el primero y ahora está frío e intragable. Se encuentra a gusto en aquel lugar y si en vez de cinco permanece veinte minutos, que venga el rey Jorge a echarlo. Jorge no es mal nombre para el hijo que esperan. Al fin y al cabo, el niño les indica el camino de Inglaterra, o eso imagina sentado frente al rojo ocaso de un Portugal que también toca a su fin. Juan piensa en su padre y en lo presente que lo ha tenido durante toda la conversación. Está a punto de culminar su hazaña y él lo estará viendo, orgulloso de haber traído a este mundo al Bala, a Tom Mix, a Andreu, al señor López, a Alaric, a Arabel, a Joseph Smith Jones, a CATO, a todos esos nombres que lo han conducido hasta este Atlántico donde él libra la batalla más importante de su vida.

En los dos días inmediatos apenas sale. Y si lo hace él, es Araceli la que permanece en casa. La llamada puede llegar de noche o de día. Está seguro del interés causado, pero la espera ha sido tan larga que de repente el corazón le da un vuelco ante el temor de que no se produzca el contacto.

Una breve conversación con Gene Risso pone fin a la incertidumbre.

—Quieren que vaya cuatro semanas a Inglaterra.

—¡Qué barbaridad! —exclama Araceli sin poder remediarlo—. En cuatro semanas les puedes contar toda tu vida varias veces. Confío en que sea un cálculo exagerado. De cualquier forma, hoy tenemos que estar contentos. ¿Te acuerdas cuando hablamos en Burgos por primera vez de todo esto? Yo no sabía ni lo que decías, te lo juro. Más bien, que estabas loco.

—Siempre fui un poco orate.

III. PAISAJE

Todo desembarca en Normandía

Juan y Jorge, los hijos de los Pujol, duermen en un lujoso chalé del municipio real de Kensington. Lo hacen en unas cunas cercadas por barrotes más altos que ellos y amarrados con gruesos cinturones para que no puedan abandonarlas si en medio de la noche se despiertan asustados por el fragor de un bombardeo, el estrépito de un edificio que se derrumba, el chirrido de las sirenas o el clarín de las alarmas. Si lo supiese su abuela Mamá Lugo se llevaría las manos a la cabeza y pondría el grito en el cielo, pero es una precaución utilizada por las familias de Londres en la seguridad de que impide accidentes. Si la bomba impacta de lleno en el edificio, la tragedia será inevitable; pero si solo son explosiones lejanas, el niño estará a salvo en aquella cárcel infantil, propia de animales. Y si se ordena evacuar, lo liberarán los adultos a su cargo. Nadie pretende negar que es una medida cruel, pero es que la guerra es así y cada día se lleva por delante cientos de cunas con dos o tres niños dentro, madres a punto de parir, jóvenes que apenas han dejado la escuela, hombres que soñaban con volver...

A efectos oficiales, su padre es Juan García, trabajador de la BBC en materias y cometidos que ningún reportero, ni siquiera sus redactores jefes, serían capaces de describir con precisión. Lo saben dos o tres altos cargos de informativos, pero se les ha dicho que es un asunto fuera de sus competencias. De las tuyas y de las de nadie que no trabaje directamente para el MI5, el MI6, dentro el círculo cercano a Churchill, en el Alto Mando conjunto, o que sea colaborador inmediato del general Eisenhower.

Juan perdió su primer apellido de Pujol para dificultar su localización por parte de los alemanes e incluso de los españoles. Por el contrario, ha ganado dos nuevos apodos, Bovril, que es la marca de un concentrado de carne de vaca, y Garbo, el sobrenombre artístico de la actriz sueca Greta Lovisa Gustafsson, a quien todo el mundo reconoce como Greta Garbo. Su traslado desde Lisboa a Londres, hace casi dos años, consta de dos etapas. La primera

en barco, hasta Gibraltar, donde permanece unos días al cuidado de Donald Darling, miembro del MI9, la dirección de Inteligencia Militar encargada de favorecer las fugas de los prisioneros británicos en manos de Alemania a través de Europa. Donald escucha de sus propios labios el periplo seguido por el matrimonio Pujol, su vida oculta en Lisboa y su habilidad para engañar a los nazis, por lo que se le ocurre que aquel español menudo y entusiasta es la personificación del concentrado cárnico con el que él adereza todas sus sopas, el Boveril que los aliados necesitan para reforzar su dieta y doblegar así la imponente maquinaria bélica del III Reich.

–Si pudiésemos trasplantar la mitad de su ingenio y de su energía a los nuestros, la guerra se acabaría en una semana –le dice Donald una tarde que suben juntos al mirador de la Roca–. Es usted el Boveril que me tomo yo cada noche para no desfallecer.

Juan ríe la ocurrencia y la almacena en la memoria, al lado de los otros nombres que fue y no fue al mismo tiempo. Pero el símil que pergeña el agente del MI9 va a tener corto recorrido, no más allá de las ocho horas de vuelo que lo acercan a su nuevo destino el 24 de abril de 1942. Nada más llegar a Inglaterra en un hidroavión Sunderland y tras las primeras entrevistas con Thomas Argyll Robertson, Tomás Harris y Cyril Mills, este último da en decir que Pujol es Garbo, un nombre masculino y femenino a la vez en el que se funden las habilidades dramáticas de un pareja que asombra por donde pasa.

–Garbo no es Greta, es más que eso.

A Thomas Argyll Robertson, conocido por todos como Tar Robertson, le entusiasma la alusión a la actriz sueca. Él controla a los agentes de la Doble Cruz, los que juegan con las dos cartas, y supone que es una gran ventaja para ellos contar con la habilidad de una Garbo, aunque solo sea por el chiste.

Cuando Araceli se entera del apodo que Mills adjudica a su marido, también se alegra, pues siente que de alguna forma ella está representada en ese nombre. Y tiempo después, si alguien le hace ver que guarda cierto parecido con Ava Gardner, lo cual es cierto, Araceli contestará con tono enigmático e incomprensible para su interlocutor:

–Pues ya ve, yo me siento más cerca de Greta Garbo.

En aquel lejano abril de 1942, cuando el matrimonio debería celebrar su aniversario de boda, el Sunderland despegaba de Gibraltar. Va a realizar el

mismo recorrido que durante su estancia en Lisboa Juan imagina para su inexistente piloto catalán, el encargado de llevar las cartas desde Londres a la capital portuguesa para dar credibilidad a su patraña inglesa. ¿Pero quién se puede creer semejante embuste sin un fallo, sin un cambio en las rutas de este hombre, sin un incidente? Esa pandilla de crédulos solo es posible por el fanatismo nazi que los empapa. Y cuando se entera de que la Luftwaffe derriba en Galicia el avión donde viaja el actor Leslie Howard y en el que mueren todos sus ocupantes, Alaric se atreve a gritarles con voz de mando: No me jodáis el espacio aéreo entre Londres y Lisboa. ¿No veis que un ataque vuestro podría derribar el hidroplano que lleva mis mensajes? Y los alemanes cesan al instante los ataques atlánticos. ¡Es Alaric quien lo solicita! ¡Ahí es nada! ¡El espía más grande que tenemos!

Juan ameriza cerca del dique de Mount Batten, en Plymouth. De ahí lo trasladan a la Royal Victoria Patriotic School para recibir una etapa de instrucción, y pronto, a un piso franco del número 35 de Crespigny Road, en Hendon. Más adelante, con Araceli y Juanito ya en Londres, se les acomoda en el chalé de Kensington, y luego estarán en Elliot Road, 55, también de Hendon, la zona residencial del norte de la capital. Las cuatro semanas de permanencia en la ciudad que tanto asustaron a Araceli se han visto ampliamente superadas. No han sido cuatro. La cuenta ya va por las noventa y seis, y tanto tiempo mina la paciencia de la mujer, hoy totalmente prescindible en el trabajo de Garbo.

Las primeras semanas se centran en estudiar los treinta y nueve mensajes enviados desde Lisboa entre julio de 1941 y marzo del 42. Hay que mantener el estilo, los errores, la red Arabel, reforzarla con nuevos hombres en la sombra hasta completar la treintena, atar cabos, convertir a Garbo/Alaric en el perfecto espía que los alemanes quieren y en el superhombre que los ingleses necesitan. A su lado está desde el principio Tomás o Tommy Harris Rodríguez, dicho así, en castellano, porque el agente Tomás no es como Bistrow, un inglés criado en España, sino que es medio inglés, medio español. Su madre, Enriqueta Rodríguez, además de haber nacido al sur de los Pirineos, es gitana, y esa sangre le da aires de misterio en aquella sociedad de espías y mentirosos que es el MI5. Tommy Harris, erudito hispanista y experto en Goya, hereda de Lionel, su padre, la afición a la pintura. Antes de morir aplastado dentro de un coche en una carretera de la propia isla, Tomás llevará los paisajes

mallorquines a sus lienzos.

Su llegada al MI5 se había producido a través de Guy Burgess, Anthony Blunt y Kim Philby, tres de los agentes que con Donald Maclean forman el grupo de los Cuatro de Cambridge, espías dobles al servicio de la URSS, por lo que durante años pesará sobre él la sospecha nunca confirmada de la traición.

El MI5 se preocupa de preparar a Juan para una larga estancia, nada que ver con esas ridículas cuatro semanas de las que hablan. Nada de eso. El tal Pujol es una joya en bruto, un apoyo sobre el que presionar la palanca de las mayores intoxicaciones. Además, el hombre que susurra al oído de Hitler comparte con ellos el afán de destruirlo.

Lo primero, como cualquier recién llegado a Londres, es por fuerza hacerse con el idioma. No porque vaya a necesitarlo para sus transmisiones, que seguirán siendo siempre en español, sino para pedir agua en los restaurantes. Todas las tardes, como un alumno más, Pujol se desasna de su ignorancia políglota en la prestigiosa academia Berlitz sin que ninguno de sus compañeros sepa qué hace en la capital del Imperio aquel español de sonrisa maliciosa.

Hay que mantener el sistema utilizado en Lisboa, al menos de momento. Por eso, a través de la Sección V lisboeta, Harris encarga a Eugene Risso que se haga cargo de la caja en el Banco Portugués do Continente e Ilhas. Nada puede indicarles que Alaric ha cambiado de ciudad. Él sigue en Londres, como siempre.

Con todo y eso, Juan advierte que los ingleses guardan hacia él rescoldos de desconfianza, la misma con la que reciben sus primeros ofrecimientos de colaboración en los indecisos tiempos de Madrid. No puede ser. Me he abierto en canal para ellos. La joya es tan valiosa que la estiman y la desprecian al mismo tiempo, escépticos de haberla obtenido. Son tan grandes sus pamemas, tan dilatado el tiempo del engaño, que ahora temen ser ellos las víctimas de una mentira y cometer un error que pueda ser fatal. ¡Ja, mentiras! Vais a saber lo que es mentir, mamarrachos.

Juan es consciente de que toda su correspondencia, al margen de la que se prepara para mantener vivo el interés de los alemanes, es sometida a estricta vigilancia; así que el 1 de mayo, días después de amerizar en Plymouth, toma

la pluma y se dispone a escribirles el disolvente que arrastre de una vez por todas con sus dudas. Por supuesto, se trata de una nueva trola de las suyas y la inicia con una declaración de amor a su mujer:

Mi más muy con mucho querida queridísima Araceli:

Aquí estoy, esforzándome cada día en responder a las obligaciones que mi nuevo trabajo en la BBC me exige. Todos me tratan muy bien y creo que lo lograré en poco tiempo, aunque todavía el idioma se me hace cuesta arriba.

Sin embargo, la felicidad no puede ser completa, no solo por tu ausencia, que sobrellevo con la mente puesta en el reencuentro, sino también por la desgracia que ahora aflige a mi familia. Mi hermano Joaquín, que como sabes permanecía en París pese a los consejos que le dimos para que la abandonase a la primera oportunidad que tuviese, ha sido ajusticiado por los asesinos nazis. Y escribo ajusticiado en el convencimiento de que no pudo haber justicia alguna en su muerte. No sé con exactitud las circunstancias. Creo que fue detenido y fusilado en una acción de represalia contra quintacolumnistas. Eso pude saber a través de Homero, su amigo, que sí logró escapar y que casualmente tropecé con él la otra tarde en Trafalgar Square. Estoy muy apenado, pero con más ganas que nunca de que derrotemos a esos canallas. Si antes ya era mi ilusión, imagínate ahora, sabiendo que el pobre Joaquín ha sido víctima de su maldad. Por eso te ruego también que encargues al menos una misa ahí en Lugo por su eterno descanso. Yo rezaré por él y pronto lo haremos juntos.

Te quiere y te besa:

Juan

La carta es leída como el resto de la correspondencia y Pujol recibe las condolencias de todos los agentes con los que tiene contacto. No hay motivo. Joaquín, su hermano, va a seguir viviendo felizmente en España. Aquella muerte anticipada que idea Juan servirá para que los ingleses despejen dudas sobre la inquebrantable fidelidad de su incipiente agente Garbo.

A los pocos días llegan a la capital británica Araceli y Juanito. Han tenido que solventar la falta de pasaportes, ya que los dos están incluidos en el de Juan. Lo que ella ignora es que los ingleses establecen medidas restrictivas sobre su capacidad de movimientos. Su íntimo deseo de hacer en esta vida lo que le dé la real gana, expresado con esa vulgaridad, pero también con esa firmeza, sufre el primer contratiempo desde que abandona el hospital de sangre, lo cual quiere decir que amenaza tormenta. La oyen hablar de viajes a Lugo y se horrorizan. ¿Qué dice esta mujer? Esto no es una residencia de vacaciones en la que cada cliente decide la duración de su estancia.

Van a informar a los alemanes de que los Pujol se han afincado en la capital inglesa. Lo acuerdan en sintonía Juan y sus instructores del MI5. Consideran que así se evitan contradicciones y se cubren las espaldas ante la eventualidad de que pregunten por ella en España. Las razones del traslado ofrecidas a Federico por Alaric son muy simples. Además de haberse confirmado su segundo embarazo, Araceli le servirá de pantalla en Londres para aparentar que constituyen una familia tradicional. Eso despistará a los ingleses sobre su presencia allí, aunque ya sea colaborador de la BBC y tenga las espaldas cubiertas. Federico acepta la nueva situación, como también admitirá con gran alegría que las comunicaciones puedan establecerse por radio mediante claves seguras y los códigos establecidos. Para ello Garbo cuenta con la ayuda del operador Charlie Haines y la emisora Almura, su nombre en clave para la estación Centro de Madrid. La radio dará a sus mensajes la inmediatez que se le reclama, porque sus dossiers de Alaric son cada vez más precisos, más ajustados a las necesidades, como si los escuchase directamente de los dirigentes aliados, lo cual es tan exacto en su planteamiento, como erróneo en sus contenidos.

Lástima que no sea algo más rápido, porque muchas de sus informaciones son perfectas en cuanto a número de unidades, cantidad de tropas o trayectoria de las mismas, pero llegan con retraso, cuando los soldados alemanes no pueden cortar ese avance, sorprender al convoy, bombardear las caravanas. Es el tiempo que el MI5 calcula para que las noticias de utilidad bélica sean buenas, pero lleguen desactivadas al cuartel general de Zossen, a 32 kilómetros de Berlín. De esa forma, el prestigio de Juan como espía crece como la espuma y Madrid está orgulloso de haberlo fabricado. Para reforzar

la red, Harris y Garbo crean entonces la figura del informador inconsciente, un hombre bien posicionado en ámbitos de decisiones que va a justificar la posesión de datos sensibles, un personaje que se verá traicionado en su buena voluntad y que rendirá un servicio impagable. Solo le afea un inconveniente en su contra. Al no ser agente de la red, no cobra, y Juan no puede embolsarse el mismo dinero que percibe por cada uno de los otros.

Quieren los nazis saber dónde dirigir mejor los bombardeos sobre la ciudad y él se encarga de que los objetivos sean lo menos dañinos, allí donde se avisa para proceder al desalojo, o donde la ciudad ya es una ruina de antemano. Para contentar sus ansias de éxito y reivindicar la precisión de Juan, se ha dispuesto un servicio de trucaje fotográfico que distribuye imágenes de zonas de Londres llenas de cascotes y destrucción, cuando en realidad allí no ha caído ninguna bomba, o lo ha hecho en la época del Blitz, en el arranque de los cuarenta. Juan está entusiasmado con el método. Es lo que siempre soñó. La fabricación de la mentira con pelos y señales. Un equipo de mentirosos que trabajan para él. O él para ese equipo. Algo rayano en la perfección.

* * *

Ahora, cuando han pasado tantos meses juntos, Tomás y Juan se han hecho inseparables, indispensables, mucho más que Araceli, cuyo papel en las nuevas circunstancias ya no es el de cómplice tradicional como hasta ahora, sino el de callada y aburrida esposa, que no siempre resulta de su agrado. La competencia de Harris, unida al forzado exilio londinense, forman un cóctel explosivo. Tomás y ella no congenian, como si ambos se disputasen a Garbo; y si no en el amor, sí en el trabajo.

–Cada día estamos más lejos.

–Mujer, no digas eso. Es el trabajo.

–Por el trabajo lo digo, no por otra cosa.

Aquella noche comienzan a caer sobre Londres las primeras V1, las temidas armas de represalia Vergeltungswaffe 1, los misiles guiados que la Luftwaffe crea en Peenemünde, rebautizados con el eufemismo de Flak Zielgerät; es decir, aparato para puntería de la defensa antiaérea. No hay tal defensa, es un ataque con todas las letras. Madrid recaba información sobre los resultados y

los dos agentes examinan cuál ha de ser su respuesta.

–Han causado enormes destrozos. Hay docenas de muertos. Debemos minimizar esos efectos como sea –establece Harris con carácter de urgencia.

–Solo se me ocurre lo de siempre, mentir –opina Juan dando vueltas alrededor de la mesa.

–Sí, mentir, desde luego; pero tan importante es no poner en riesgo tu fama. ¿Cómo se dice en España? No vestir al cura para desnudar al santo.

–Decimos algo parecido, pero lo entiendo. Se me ocurre sugerirles unas coordenadas al este de la ciudad, desalojarlo, por supuesto, y evitar que caigan en el centro.

–Sí, eso es evidente, pero no llega. Los ataques pueden prolongarse semanas y será insostenible engañarles una y otra vez.

–Podríamos arriesgar una doble jugada, una Doble Cruz como la que nos identifica –dice ahora Juan, con un esbozo de sonrisa colgándole de los labios.

–A ver, suéltalo; porque con ese semblante que pones no puede ser nada malo.

–No sé si es una genialidad o una locura, pero ¿qué te parecería si me tomo unos días de vacaciones?

Tommy reacciona como Juan espera, con un brinco y una broma todavía mayor.

–¡Ah, magnífico! Yo también me voy contigo a Malibú, porque supongo que a la vuelta no habrá nadie que nos espere. Acaso, un pelotón de fusilamiento.

Juan, que paseaba como oso enjaulado, se sienta con el respaldo de la silla hacia adelante y le increpa con la confianza de una amistad consolidada.

–Cuando acabe de hablar quizá no pienses lo mismo. ¡Atiende, cabeza de chorlito! Hoy mismo les informo de los daños causados y les indico que fueron escasos, que apunten más al este. Desalojamos las viviendas que puedan estar en ese área y les anuncio que al día siguiente iré a ver las consecuencias. Les hablo de grandes destrozos, todo un éxito, que machaquen ese objetivo. A continuación enmudezco. Me habéis detenido por sospechoso cuando recorría las zonas bombardeadas. Y de esa forma insistirán en esas coordenadas y no tendré que transmitir hasta que se aplaquen los ataques.

–¿Y cómo se enterarán de que fuiste detenido?

–No hace falta hasta mi vuelta. Bastará el silencio.

Harris ya no se ríe de las vacaciones de Juan. Se calla, se palpa la barbilla y tras unos segundos le habla.

–Me gusta, pero tengo que consultarlo.

La primera parte del plan no solo se aprueba con todo entusiasmo, sino que coincide con las previsiones de Bevan, que ya ha consultado a la London Controlling Section cuáles son las mejores zonas para que Garbo haga su labor de desinformación y logre que Londres sea bombardeada sin serlo. En cuanto a la detención del agente, le cuesta más trabajo apreciar las ventajas, pero después de llevarlo ante el comité de los Veinte, el núcleo duro del MI5, todos acaban por convenir que es lo mejor. Se acercan fechas decisivas en las que su agente estrella tiene que mantener intactas las posiciones ganadas y una detención temporal es una garantía de lograrlo.

–Que enmudezca hasta nueva orden –indica Bevan a Harris–, y que su último mensaje sea muy preciso en los datos.

–Va a enviarles dos. En el segundo anunciará su visita a la zona castigada y entonces será detenido.

–Dígame una cosa –se interesa Bevan–, ¿se le ocurre a usted o es un plan de Garbo?

–De él por entero. Apenas iniciamos la jornada y ya tenía el as debajo de la manga.

–¡Qué bárbaro! Realmente este hombre ha nacido para la desinformación.

Hasta siete mil londinenses son víctimas de las V-1. Una nimiedad frente a la masacre que se hubiese producido con informaciones correctas. Garbo insiste en preguntar a Harris, antes y después de su falsa temporada en prisión.

–¿Cuántos muertos calcula el LCS que evitamos?

–Puedes estar tranquilo, cincuenta o sesenta mil; es difícil establecerlo, pero siempre diez veces más de los que fueron.

Al cabo de los días descienden las oleadas y se reanudan los contactos. Juan se disculpa ante Madrid por la torpeza cometida. «Me detienen cuando compruebo las consecuencias del último bombardeo. Ahora comprendo que debí ser más cauto, o enviar a algún agente para que hiciera el reconocimiento. Pero Berlín se alegrará al saber que no solo me dejan en libertad después de certificar que estoy limpio, sino que he logrado establecer contactos muy provechosos. Gente que simpatiza y que ha prometido reportar todo cuando

vean. Casi puedo decir que ha sido una gran ventaja pasar esos días encerrado. Lo que lamento es no haber podido informar sobre los siguientes bombardeos. Ahora vuelvo a estar operativo. ¡Viva el III Reich! *Heil Hitler!*»

Madrid le anima. Están contentos con los resultados y sí, se alegran de que Alaric vuelva a estar en condiciones de comunicar. El plan ha salido redondo y el calendario avanza inexorable.

* * *

–Vivimos días apasionantes –comenta Tommy a Juan frente al gran mapa de Europa que han clavado en una de las paredes de Jermyn Street, al lado de otro enorme panel con el croquis de la red Arabel, las características principales de los falsos agentes, las ciudades que controlan y las vicisitudes familiares que cada uno de ellos acumula con el paso del tiempo. Juan incluso les añade las veces que van al dentista y sus nuevas citas.

–¿Apasionantes? Y los anteriores, ¿qué han sido? ¿Aburridos? –le replica Juan, sorprendido del calificativo.

–No, desde luego que no. Especialmente desde que te conozco. Nunca he disfrutado tanto de mi trabajo como al imaginar la cantidad de decisiones erróneas que provocamos a los generales de Hitler.

–Sí. A veces yo también lo pienso y los veo reunidos en tiendas de campaña sorprendidos por lo que les dice Berlín. Y luego, tirándose de los pelos porque Berlín sabe más que ellos del terreno que pisan.

Harris se sienta en la mesa central y remueve la taza de café, que se ha quedado fría. Juan se mantiene fiel al té, lo cual, allí en Londres, es una gran ventaja. Tommy prefiere el café. Es más español.

–Repito, Juan; vivimos días trascendentales.

–No insistas en el circunloquio –dice Juan, que se sienta frente a él–. Tú me quieres contar algo y das vueltas como perro en olisqueo.

–¡Claro! ¡Quiero que tú lo adivines! ¿No eres la cabeza mejor amueblada de la inteligencia mundial?

–No te burles. Suéltala, y si, como parece, es buena la noticia, la disfrutamos juntos. ¿Nos hacen corresponsales en Hawai? ¿Ha preguntado por nosotros Greta Garbo?

–Frío, frío.

–Ya. No me veía con la barriga al aire en la playa de Kolekole el resto de la guerra.

Harris regresa al café, le da un trago largo y, aunque están solos, baja el tono.

–Se prepara algo muy gordo.

–¿Cómo de gordo?

–Gordísimo. Lo máximo que puedas concebir en estos instantes.

Es un desafío imposible hasta para Juan, que se desespera con su amigo y compañero.

–¡Vamos a matar a Hitler! –dice Juan como *boutade*.

Y para su sorpresa, Tommy da por buena la respuesta.

–¡Exacto! Vamos a intentarlo.

–Bueno, en eso llevamos todo este tiempo, digo yo –se desilusiona Juan.

–Ven. –Harris conduce a su amigo hasta el mapa–. ¿Por dónde organizarías tú un desembarco a gran escala en el continente partiendo de Inglaterra?

Garbo repasa las costas y concluye:

–¿Por Francia? Parece lo más sencillo.

–Pues no. Lo más sencillo es a veces lo más complicado. Toda la costa francesa está fuertemente fortificada y conquistar cada palmo de terreno costaría cientos de bajas. Se va a hacer a través de Noruega y para enmascararlo añadiremos un surtido de escaramuzas que los tengan muy ocupados en otros puntos. Basta que permanezcan en sus destinos actuales los 250 000 soldados de Escandinavia para que la operación se considere un éxito. Y uno de los principales instrumentos con los que cuenta el Comité de los Veinte para conseguirlo es...

–La red de Arabel.

–Exacto.

–Los tengo a todos en alerta. Bien lo sabes tú. Así que ardo en conocer los pormenores.

Al plan lo bautizan Cockade, es decir, Escarapela, y consta de tres actuaciones principales que reciben otros tantos nombres que las distinguen. Starkey serán las incursiones a través del canal de la Mancha y Calais, tal como adivina Juan; Wadham es el ataque norteamericano en Bretaña y Tindall,

la invasión de Noruega.

La engrasada maquinaria Arabel se pone en marcha y a los pocos días ya sabe qué esperan de él. Nada especial que no hubiese hecho cien veces desde su llegada a Inglaterra.

–He visto muchos soldados con ropas de abrigo indicadas para soportar fríos intensos. Sugiero relacionar este dato con una posible puesta en marcha de la invasión hacia el norte, de Noruega, por ejemplo –transmite Garbo en uno de sus mensajes inmediatos.

Harris le informa sobre el efecto a conseguir y le proporciona la información que debe recibir la estación Centro. Él la desmenuza en bloques que reescribe en fichas individualizadas. Una vez que los datos están convenientemente troceados, extiende todas las fichas sobre la mesa y adjudica a cada agente aquellas partes que mejor se ajustan a sus características o a su localización. Cuando alguno es difícil de encajar, provoca un viaje casual y es en el transcurso del mismo cuando sus espías fantasmas se enteran por casualidad de lo que conviene saber hasta completar la desinformación. Solo si el puzle es de difícil encaje, repite la operación con Harris delante.

–¿Cómo va a saber nadie que parte del personal de las formaciones norteamericanas en el Mediterráneo regresa a Inglaterra para instruir a los nuevos batallones sin experiencia?

–¿Por qué no? –replica Tommy–. Basta que un familiar de uno de ellos haya sido reclutado en los últimos días. Cuando conoce que no será entrenado por ingleses, pregunta extrañado quiénes se van a encargar y se lo dicen, norteamericanos destinados en Italia. Es muy sencillo, no sé de qué te alarmas.

–No tengo ningún agente con familia en condiciones de ser reclutada. No me gusta. Suena a falso.

–Están presentándose ciudadanos de todas las edades. Puedes decirlo, sale hasta en los noticiarios cinematográficos.

–No sé, prefiero aumentar la red y crear a un informador que se ajuste. ¿Te imaginas a uno de nuestros agentes con un cuñado que vuelve de ser reclutado y le dice: ¿Sabes, vienen norteamericanos de Italia a enseñarnos la instrucción? Yo, no. Se supone que este tipo es pronazi y que toda la familia lo sabe.

–¿Y Dick? ¿No ha dicho otras veces cosas familiares?

–A Dick lo tengo muy quemado. Incluso pensaba en matarlo en un accidente aéreo.

–¡Vaya! Te has levantado hoy de mal humor. ¡Hasta matas a tus agentes! ¿Pasa algo?

Juan camina nervioso a lo largo de la habitación con las manos en la espalda y cara de mil demonios, como cuando no le salen las cuentas.

–¡Pasa! ¡Claro que pasa! Araceli está cada día más irascible. Yo no sé si son celos o lo que es, pero temo que haga algo.

–¿Algo? ¿A qué le llamas algo?

El catalán detiene su caminata y alza los brazos en señal de desconocimiento.

–¡Si yo lo supiese! Ahora está empeñada en que vayamos con los Guerra a una recepción que da el Club Español a la embajada y a toda la colonia. Imagínate. Dice que la tenemos prisionera.

–No debéis ir. En las actuales circunstancias es un peligro sin sentido. ¿Los niños no te sirven de excusa?

–¡Qué va! ¡Está la *nurse*! Podemos ir a donde queramos, pero yo también veo el peligro y no quiero.

–Trata de razonar con ella, convéncela del riesgo que supone. Eres el único que puede impedirselo.

–También hay otro tema.

–¿Cuál? –se asusta Harris.

–Quiere irse con los niños a España. Dice que ya no aguanta Londres.

–Por lo poco que la conozco, creo saber lo que le pasa. Araceli es una mujer que ha hecho siempre lo que le ha dado la gana. Y no cosas menores, ¡qué te voy a contar a ti! Incluso cuando estabais en Lisboa ha sido libre de moverse. Por lo que tú me cuentas, iba y venía a Lugo siempre que le placía y ahora está sometida a otras obligaciones. No te queda más remedio que encararlo. Vamos a dejar este mensaje para mañana. Hoy se ve que no tienes la cabeza para grandes invenciones. Habla con ella. Habla mucho y que desahogue. Habéis llegado hasta aquí. Es vuestro éxito. Que no lo tire por la borda.

Juan regresa antes de lo habitual y presencia la cena de los niños. Les ha comprado dos muñecos mecánicos, un músico de circo que anda y toca el

bombo, y un elefante que se pone a dos patas encima de una mesa. Los niños están encantados con los autómatas y la cena deriva en informalidades que *miss Helen*, la *nurse*, no consiente a diario, pero está presente su padre y calla resignada. Ella no sabe quién es este español tan importante al que se le pone servicio, un chalé como solo tienen las familias de abolengo y un Rolls a la puerta para uso del matrimonio. Es igual. Helen también pertenece al Foreign Office y sabe que si el español merece el trato, ella debe darlo sin rechistar.

Araceli contempla las bajadas de los niños de la mesa, cómo Juanito vuelve a dar cuerda al elefante, sus carreras, la cara de palo de la *nurse* y las sonrisas de Juan, satisfecho de que su compra haya sido tan bien recibida. La mujer calla y deja hacer sin una mueca, ni una risa, ni el mínimo comentario, hasta que los dos acaban el postre.

–Acuéstelos y puede marcharse. Hoy no hace falta que se quede.

–Como ordene la señora.

El matrimonio ya está solo y Juan confirma lo que sospechaba. La situación no solo no ha mejorado, sino que tiene visos de tormenta.

–Yo no puedo seguir así, Juan. Me muero de pena por las esquinas. Tommy no nos da los papeles para el viaje y me desquicia. Tú no haces nada y dejas que mande en nuestras vidas. Esto no era así, ni es lo convenido. Estoy hasta la coronilla. ¿Sabes lo que te digo? ¡Harta de estar encerrada!

–Nadie te encierra, Araceli.

–¿Ah, no? ¿Cómo se llama entonces a no dejarte mover? Me habéis metido en esta jaula de oro y me queréis conservar como a un oso. ¿Y sabes qué hacen los osos enjaulados? Se enfadan y se rebelan. Sí, eso hacen. Se enfadan y se rebelan.

–Mujer, tienes que entender las circunstancias en las que nos hallamos, la gravedad de...

–¡Entiendo que tú lo pases estupendamente en el juego de la guerra, pero no entiendo qué pinto yo en medio! Nadie me habló de que venía a una cárcel. Nadie me lo dijo. Y además, si toda tu red es falsa, si la tienen como suya, ¿por qué no te liberan? ¿Por qué no te sustituyen? ¡Cualquiera puede hacerlo con su información! ¡Mira que no hay soluciones!

La mujer llega a menospreciar la aportación de su marido en todo el tinglado y lo sabe, pero se ha desbordado y, una vez que ocurre, es difícil contener el

curso del agua.

–Si no pones algo de tu parte es imposible que...

–¡No, si al final voy a ser yo la culpable! ¡La que no colabora desde antes de saber lo que era! ¡Por lo menos te habrán dado permiso para ir mañana a la recepción del Club Español!

Juan pierde la paciencia y también eleva el tono de su voz.

–¡Pues, no! Ni me han dado permiso, ni yo creo conveniente que vayamos. Es una medida de seguridad elemental. La embajada está plagada de pronazis.

Araceli se enfurece ante la negativa de su marido. Estaría dispuesta a rebajar el tono de su protesta, pero al oír que ni siquiera tendrá oportunidad de asistir al cóctel y confraternizar con la colonia española, se sume en un profundo desencanto y llora sobre un diván con el desgarró de una tragedia decimonónica. En ese momento, *miss* Helen baja las escaleras y se despide, sin que la mujer amaine por ello en su desesperación.

–Ya están dormidos. Me voy. Hasta mañana.

–Hasta mañana, *miss* Helen –le responde Juan en nombre de los dos, con la tristeza reflejada en su rostro por la evidencia de que su mujer gimotea detrás de las manos con que se tapa la vergüenza–. Dígale al chófer que tampoco lo necesitaremos esta noche.

–*As you wish. Good night.*

La marcha de la *nurse* hace que Araceli detenga su llanto y se arroje escaleras arriba hacia su dormitorio, donde se encierra. Busca en el listín el número de Tomás Harris y lo marca en el teléfono de la mesilla.

Cuando lo tiene al otro lado del aparato, Araceli no deja que el hombre reaccione y le espeta:

–Si mañana no me entregas mis papeles en regla para poder abandonar este país inmediatamente, iré a la embajada española. Sé que me puede costar la vida, con esto te digo hasta dónde estoy dispuesta a llegar... Asumo el riesgo. Conozco perfectamente qué hacer y qué decir para causaros problemas, a ti y a mi marido. Al menos me quedará la satisfacción de haber estropeado todo. ¿Me entiendes? ¡No quiero vivir ni un día más en Inglaterra!

Y cuelga.

Un pequeño ruido en el teléfono de la planta baja alerta a Juan de que Araceli ha hecho una llamada. No duda ni por un instante quién es el

destinatario, su querido enemigo Tomás Harris. Seguramente su mujer seguirá encerrada toda la noche, de modo que dejará pasar unos minutos y se pondrá en contacto con él. Pero no hace falta. Vuelve a sonar el teléfono y lo atrapa para evitar que sea Araceli quien lo coja. Posiblemente se esté dando una ducha y ni lo ha oído.

Quien llama, por supuesto, es Tomás Harris.

—¿Juan? He hablado con Araceli. Mejor dicho. Solo habló ella. Dice unas cosas terribles. Como que va a largarlo todo en la embajada española, que no le importa mandar el plan a la mierda... Está desquiciada.

—También a mí me ha impresionado. No sé qué hacer, ni qué decirte...

—Tranquilo. La llamaré a primera hora de la mañana para adelantarle que tendrá los papeles a las siete. Sí, de mañana mismo. Eso nos dará tiempo para frenarla, después estudiaremos cómo actuar. También voy a poner un hombre para que vigile la embajada, por si se le ocurre ir. Tendrá órdenes explícitas de detenerla. Lo siento. Como comprenderás es inevitable. Lo único que te pido es que la controles esta noche, que no salga de casa, ni haga llamadas telefónicas.

—Déjalo de mi cuenta.

A favor de Araceli y de su histérica reacción pesa como una losa funeraria el hedor a muerte que Londres desprende a cada paso, las agrias bocanadas de aires impregnados de heces, podredumbre y carne quemada; los niños como los suyos que saltan hechos pedazos, la demora a su petición, que no llega; las cuatro semanas iniciales convertidas en un centenar. En contra hay dos razones fundamentales. La más importante, que en este suplicio no es ella la única, ni la que más padece. Y dos, que su marido, a quien pretende destruir después de haber ayudado a crearlo, trabaja para el bando que garantiza a sus niños un futuro menos tenebroso que el del enemigo.

Si Harris conociese mejor a su Garbo de lo que cree, sabría que tras una noche en vela como la que le espera por delante, el amanecer no va a ser ni parecido. Es inconcebible en Juan la frase: «No sé qué hacer, ni qué decirte...», salvo para ganar tiempo y perfeccionar el embuste. Quizás es la primera vez en su vida que la pronuncia, y si lo ha hecho ahora, ha sido por el gran impacto que le causa ver a su mujer enloquecida. Ella que tantas veces ha sido la solución, el consuelo, la colaboradora...

En la oficina de Jermyn Street hay un gran revuelo. A la llegada de Garbo ya se encuentran todos en plena faena. Tommy los ha convocado de urgencia hace dos horas. Buscan cómo afrontar un caso sorprendente e inédito.

Juan escucha, casi sin querer, que se pretende avisar a la embajada española de que anda suelta una chiflada que amenaza con matar al embajador de Madrid en Chesham Place, a la sazón el duque de Alba. Y, claro, se lleva las manos a la cabeza.

—¿Pero a quién se le ha ocurrido esa barbaridad?

Todos callan y Harris disculpa el plan sin apartar la vista de la suya.

—No hagas deducciones precipitadas. Se han puesto encima de la mesa toda clase de estrategias y ésta es una como otra cualquiera, nada más. No estaba previsto un conflicto de esta naturaleza.

—Tú lo has dicho, de naturaleza doméstica.

Otros han propuesto hacerlo víctima de una amenaza de la Gestapo, y que Tar Robertson, el coordinador de agentes dobles, le ponga las peras al cuarto a la mujer. Esto último es inevitable, porque tres minutos después de que Juan abandone su domicilio, Tar habla con Araceli en tono de filípica.

Garbo toma a Harris por el brazo y se lo lleva a la habitación de los mapas, donde ahora, debido al revuelo, no hay nadie.

—Se han vuelto locos. Claro que comprendo la inquietud creada, pero, por favor, vamos a considerarlo un conflicto familiar que me afecta a mí en primer lugar y por lo tanto debo ser yo quien lo resuelva.

—Sí, pero ayer por la noche me dijiste que no sabías qué hacer.

—Ayer por la noche estaba tan ofuscado como ella. Pero las noches son largas y hoy ya lo sé perfectamente.

—Pues tú dirás cómo actuamos.

—Escucha. Esta tarde, cuando cierre el consulado español, alguien le llevará un mensaje en el que se le informa que he sido detenido por insubordinación. Ahora mismo estoy siendo recibido por Liddell. Él me comunica que se acabó Garbo, que ya no se puede confiar en mí por el peligro que ella ha provocado. Debo escribir una carta a Federico poniendo fin a mis servicios. Se está pensando una excusa que todavía no se ha determinado. Yo he pedido explicaciones muy alterado y Liddell me dice, ojo, me dice textualmente que mi mujer se ha vuelto loca y que es un riesgo absoluto para la seguridad de los

aliados. Entonces yo me enfurezco hasta el extremo de que agredo a Liddell en defensa de la honorabilidad y cordura de Araceli. Ante el alboroto, acuden más agentes y me detienen. Me conducen a Cannon Road, o al campamento 020, donde prefiráis. Es posible que me espere allí una larga temporada, si no la ejecución. Estamos en guerra y no hay miramientos para una reacción como la mía. En el momento oportuno, debe llevarme varios objetos personales, el pijama, el cepillo de dientes... Solo podrá salvarme si se compromete con firma documental a callar, colaborar y olvidarse.

—¿Estás seguro de querer someterla a semejante tortura?

—¿No te lo estoy diciendo? Ella se lo ha buscado.

—Jamás te lo perdonará si averigua que es otra de tus creaciones.

—Estoy acostumbrado. Tampoco me lo perdonarán los alemanes, pero la conozco y sé que es el camino más eficaz para asegurarnos su silencio.

—Voy a evacuar consultas y nos ponemos en marcha, porque hagamos lo que hagamos, debe ser cuanto antes.

El plan Señora Garbo, como de inmediato se bautiza la operación, comienza con la llegada del agente Len Burt al chalé de los Pujol en Hendon.

Araceli lee la carta y se encoleriza con el mensajero. ¿De modo que ése es el trato que recibe quien lo da todo por la causa? ¿Y qué esperaban? ¿Que firmase ese papelito para certificar que estoy loca?

¿Ella? ¿La mujer que ha arriesgado su vida por meterse en la boca del lobo nazi? Telefonea a Harris para advertirle de la tremenda equivocación cometida con la detención de su marido. Y una segunda vez, para arremeter con sus amenazas de marcharse. Y a Charles Haines, su operador de radio, pidiéndole que acuda al chalé.

Lo que Haines encuentra en el domicilio de los Pujol supera todas las conjeturas. Araceli está en el suelo, sin sentido, y en toda la casa hay un fuerte olor a gas. Haines lo apaga y reanima a la mujer, que se recupera en poco tiempo. ¿Intento de suicidio, o una nueva mentira propia de este matrimonio imposible de controlar ni siquiera cuando tienen a toda la Inteligencia británica a su alrededor? El MI5, el MI6, el MI9 están desconcertados. Le han dado el mando a Garbo y los acontecimientos se suceden cada vez más absurdos. Harris es el más proclive a pensar que la mujer juega con cartas marcadas. Solo los conoce desde hace unos meses y su trayectoria los

convierte en tan impenetrables como la propia cáscara del Führer, en la que todos aseguran haber rascado, sin que nadie certifique todavía qué hay dentro. Incluso llega a dudar si detrás de todo este disparate esté el propio Juan. ¿Para qué? No lo sé. Porque son unos mentirosos empedernidos y porque ella quiere volar a España, eso está claro.

–¡En mi vida he visto algo parecido! –exclama Liddell ante Harris y otros agentes que permanecen atentos a las órdenes–. ¡Nos rifamos la guerra con dos insensatos!

–Garbo es una pieza muy valiosa –trata de reconducir Harris la esencia del conflicto.

Liddell, sin embargo, eleva el tono de su enfado y lo mira desafiante.

–¡Ya lo sé! *I don't give a shit what you think, you are a piece of shit!*¹ ¿Crees acaso que si no lo supiese estaríamos ahora mismo perdiendo el tiempo con este par de gilipollas?

–Intentaba no perder el hilo.

Liddell se arrepiente de sus insultos.

–Perdóname, Tommy; pero esta mujer acaba con los nervios de cualquiera.

Len Burt interrumpe la conversación con dos golpes en la puerta.

–¡Adelante! –grita Liddell, de nuevo de malos modos.

El agente entra y, nada más hacerlo, comunica a todos la noticia que trae.

–Ha vuelto a intentarlo.

–¿Cómo? ¿De qué hablas?

–La señora Garbo volvió a abrir el gas.

–*Fucking shit!* ¿Estamos atontados o qué pasa? ¡Que alguien vaya a vigilarla y que le hagan firmar su compromiso de una puta vez. ¿Garbo está en la cárcel?

–Sí, espera novedades.

Y éstas se precipitan. Churchill es informado por la vía habitual, Bevan despacha con Ismay y éste con él. La presión que ejerce Araceli termina por ceder y firma el documento que se le solicita. A cambio pide que se libere a su marido, como le han prometido, aunque le advierten que no podrá producirse de una manera automática, que nada evitará ser juzgado y que luego, quizá, quién sabe.

Juan lleva tan lejos su mentira que esa misma tarde redacta una declaración

dirigida al supuesto Tribunal que debería juzgarle con el fin exclusivo de que la lea Araceli. Len Burt vuelve a ser el encargado de acercársela y cuando llega a Hendon teme que la mujer insista en hacerle objeto de su ira.

Por suerte para él, se le han suministrado calmantes y reposa en la cama matrimonial. *Miss Helen* se ha llevado a los niños y es el chófer quien anuncia su presencia.

–El agente Burt quiere entregarle una carta de su marido, doña Araceli.

–Que se la dé a usted y que espere respuesta.

Aunque tiene órdenes de entregársela personalmente, Burt accede y se queda en el salón, a la espera de que finalice la lectura.

Éstos son los principales puntos del pliego de descargos:

«Me considero responsable de todos mis actos y de los realizados desgraciadamente por mi esposa, aunque en los de ella no puede haber motivo alguno para dar un paso tan draconiano y riguroso. Hay dos acusaciones contra ella y deseo refutarlas ambas, pues aunque se pronunciasen las palabras, son los hechos los que condenan [...] La acusación contra ella tendría como consecuencia, en primer lugar, el desastre para su familia de España y, sobre todo, responsabilizaría a su marido y a sus hijos, que viven en el país ofendido. [...] Descubrí interrogándola que no fue a la embajada española. [...] Estoy dispuesto a firmar el documento haciéndome responsable de todas sus futuras acciones que se relacionen directa o indirectamente con los servicios que presto voluntariamente para este país.

»Yo, que he combatido arduamente, que he puesto verdadero amor en el trabajo, que, como es el producto de mi esfuerzos, el hijo de mi industria, el fruto de mis hazañas, me parece bueno y lo quiero bien, más aún, lo adoro, oí brotar en los labios de mis amigos y colaboradores palabras que resultaron duras de oír (traidor) y que traspasaron el corazón.

»Estaba ciego. Confieso que perdí la razón y dije palabras que, debido a la elevada condición de aquéllos a quienes iban dirigidas, y debido a que no era caballeroso pronunciarlas, debí habérmelas tragado.

»Pero me enfurecí cuando vi destruido en unos segundos un trabajo tan grande. [...] En aquel momento no me importaban las consecuencias de mi acción, ni que perdiese en un segundo la laudable reputación adquirida, ya que la gloria lograda de una forma ruin no perdura y es pasajera. [...] Invoco en mi

apoyo mis afanes y penalidades, todas mis vicisitudes y mis pasados sufrimientos y peligros, para que me otorguen su perdón aquellos a quienes ofendí involuntariamente. Estoy tranquilo, sé que apelo a un Tribunal caballeroso y confío en su decisión. Líbrenos el Señor de que el poder vaya unido a la mala voluntad; afortunadamente este país, ajeno a artificios y subterfugios, administra con escrupulosa legalidad el bienestar de su pueblo y de quienes colaboran con él».

Araceli termina de leer el pliego con el ánimo compungido. No se puede decir que sea una excelente pieza literaria, por rudimentaria y reiterativa, incluso con errores en concordancias que oscurecen el mensaje, pero en su mente suena tan íntima y sincera que consigue en la mujer el efecto deseado. Aunque conoce la especialidad de su marido, Araceli no descubre en ella el monumento a la mentira más grande que Garbo jamás ha escrito hasta ahora, porque con él no trata de engañar a los alemanes, sino a su propia esposa. ¿O es a los ingleses? ¿O es a todos? Harris, el que presume de estar más cerca de él, no apostaría un chelín ni a rey, ni a Roque.

Si aquello se convierte en una guerra de tramposos, como dijo Liddell, Juan demuestra tener más pericia en el manejo de las patrañas; o éstas son las trazas de aquella escena ridícula compuesta por un espía arrepentido de un delito que no comete, y una esposa humillada por alcanzar un deseo al que no renuncia.

Araceli llama al chófer y le pide que transmita su respuesta.

–Dígale que no moveré un dedo sin el visto bueno del alto mando. Si es eso lo que buscan, ya lo tienen.

¿Era su renuncia? No. Después de la visita, cuando todavía muchos piensan que Garbo puede acabar su trayectoria como una anécdota de guerra sin importancia, su mujer llama al alto mando de verdad, a un hombre llamado Winston Churchill, y tres días después, cuando Juan ya se ha reincorporado a su rutina, llega a manos de Araceli la confirmación de que el primer ministro del Reino Unido acepta recibirla en audiencia a las cinco de la tarde del día siguiente. A tal efecto, un coche la recogerá en su domicilio media hora antes, advirtiéndole que no debe comunicar a nadie la celebración de la misma, ni el lugar, ni la hora, aunque el primero de los datos ni siquiera va a obrar en su poder. La exigencia es común a todos los que acuden a los subterráneos de Great George Street, donde se ha instalado el gabinete secreto de Churchill,

así como un amplio sistema de oficinas. No obstante, para este tipo de entrevistas el *premier* utiliza un despacho a ras de calle.

Tras un almuerzo en solitario, como de costumbre, sube a su dormitorio y se cambia. Llevará una falda plisada, una blusa de seda y una sobria chaqueta de tela negra que le viene pintiparada para la ocasión. Ya vestida, espera a que llegue el automóvil. Se entretiene con pruebas del tocado que mejor se ajusta al conjunto. No lo decidirá ella, sino el aviso del coche. El que tenga en la cabeza en ese momento será el elegido, aunque hace trampas y cuando se ve atractiva con uno azul celeste que ladea a la izquierda, intencionadamente *demodé* para el gusto de las londinenses, se dilata en el tiempo hasta que ve aparcar el coche del *premier*. Es un modelo robusto. Desde allí no sabría decir si un Bentley o un Vauxhall. Al sentarse en la parte trasera se percata de que tiene los cristales tintados y de que existe una separación con el conductor que también es opaca. Hay una luz encendida. En un revistero a la altura de las rodillas le han dejado la prensa del día. Vaya, es un detalle. Que no sepa por dónde va, pero que conozca por dónde va el mundo.

Arranca y treinta minutos más tarde, cuando sospecha que solo dan vueltas sin sentido por la ciudad, el vehículo se detiene y alguien le abre la puerta. Es un jovencito muy sonriente con traje Príncipe de Gales de tonos oscuros, infrecuente de ver por las calles. Le parece de gran elegancia e imagina a Juan con uno. Le sentaría bien.

El joven la conduce hasta una secretaria con la que hace antesala mientras no aparece Churchill. Y aunque cree estar preparada para el encuentro, lo cierto es que la presencia de aquel hombre que camina con paso firme para convertirse en mito, le impresiona tanto como le sobrecoge.

El primer ministro la saluda con la mano tendida y le franquea una puerta cercana para que sea ella la primera en entrar. Es una habitación diminuta, o ésa es su impresión si la compara con el lugar donde cree que será recibida. Una mesa de despacho, una silla y frente al conjunto, un diván de dos plazas y un sillón de cuero con aspecto de ser muy confortable. Ella va a ocupar el diván y el político se sienta en esa pieza que parece haber sido arrancada de su club para que el hombre se encuentre cómodo.

—Me va permitir que encienda un cigarro. Siempre lo hago cuando acudo a este lugar para que nadie me riña.

–Me encanta el olor del buen tabaco –acepta ella en busca de complicidad, aunque lo cierto es que le horroriza, no por el olor, sino porque los fumadores dejan la ceniza a lo largo de la casa. Bueno, por lo menos este despacho no va a tener que limpiarlo.

Churchill ejecuta el ritual del encendido con gran parsimonia, tal como repite once veces al día, el promedio de su consumo de puros Romeo y Julieta. Araceli lo observa en silencio y, en esa espera, recuerda la anécdota que un día escucha de labios de Harris, según la cual, cuando un diplomático presume ante Churchill de no beber, de no fumar y de dormir mucho para estar al cien por cien, el *premier* le replica diciendo que él bebe una enormidad, fuma habanos sin parar y duerme poco. «Por eso estoy al doscientos por ciento.»

Araceli se sonríe levemente y cuando el hombre obtiene la primera bocanada de humo, ella insiste en su adulación hacia el tabaco.

–Es admirable. Disfruto tanto como usted al ver con qué cariño trata al cigarro.

–¿Ah, sí? Pues debería probarlo. En la Breña y en la Caldera de Taburiente, allá en su país, se cultiva una de las mejores hojas del mundo. Las he catado y no tienen nada que envidiar a las cubanas. En fin, como no fumo por los oídos, los tengo dispuestos para escucharla.

La señora Garbo, como Churchill la conoce, ríe ahora el chiste con franqueza e inicia el discurso que trae preparado.

–En primer lugar vengo a presentarle mis disculpas. Le supongo informado de algunos acontecimientos muy desagradables que he protagonizado hace unas semanas e imagino que se ha formado sobre mí una opinión nada favorable. No solo lo comprendo, sino que le doy toda la razón. Me he portado como una irresponsable caprichosa y egoísta.

–No se castigue tanto, señora Garbo, si me permite llamarla así. Hay veces en las que los humanos perdemos los estribos y no somos dueños de nuestros actos. Usted está reconociendo que pasó por uno de esos momentos y que lo censura. Eso le honra. No todos estamos dispuestos a reconocerlo.

–Mal, muy mal. Actué como un basilisco desatado.

–Está bien. Si le consuela saber que el Reino Unido la perdona, sepa que yo, como su representante, la perdono. Olvidaré los incidentes, pero le ruego que antes de caer en nuevas tentaciones, se ate la lengua las veces que haga falta.

No están los tiempos para frivolidades, pues nuestros muchachos mueren por cientos en los campos de batalla. Sé lo que ha hecho para convertirse hoy en una magnífica colaboradora de la libertad y no estaría justificado que lo estropease con conductas que no son propias ni de patriotas, ni de luchadores en el bando de la democracia.

Araceli se enjuga una humedad incipiente que brota de sus ojos tras la reprimenda, cuando observa que al *premier* se le ha caído la ceniza del habano al tropezar con la solapa. Cesa en su fingido llanto, se acerca a él y se la limpia con dos ligeros golpes de mano.

—¡Uy, señor Churchill! Se ha manchado.

Al hombre le hace gracia la actitud de Araceli. En ella ha sido un acto reflejo, como cuando en su casa anda con la palma abierta detrás de quien fume, pero en este caso no es el suelo lo que barre, sino la chaqueta del primer ministro.

—¿Es usted feliz en Londres? ¿Necesita algo?

—Ahí está el quid de la cuestión, señor Churchill, pues sucede que no, no lo soy. Mire, le explico. Cuando ustedes se traen a mi marido, le dicen que la estancia no se va a prolongar más de un mes, que a mí ya me parece una barbaridad, pero bueno. ¡Llevamos dos años aquí y no hay trazas de que cambie la situación! Yo decía que ahora que ya está bien construido Garbo, lo sustituyeran por otro de ustedes, pero se ve que es imposible, y además él no lo permitiría, bien lo sé. Y yo lo que quiero es irme con mis hijos a Galicia. Solo eso. No creo que sea tan raro.

El primer ministro se remueve en su asiento. Esperaba el planteamiento y lo temía.

—Raro, no. Peligroso.

—Si se refiere a mi comportamiento, le aseguro que puede estar tranquilo, señor primer ministro. Mis labios han estado sellados mucho tiempo y así seguirán por el bien de mi marido y de la causa. Lo sé perfectamente. Lo sé y lo asumo. Así lo he firmado. Por otra parte, Lugo es una tranquila capital de provincias donde nadie puede relacionarme con Garbo.

—¿Nadie? ¿Y los alemanes? —objeta el hombre.

—Los alemanes no tiene por qué enterarse. En tres años no se han preocupado por mí, salvo cuando yo misma fui a verlos. Garbo es creído a pies juntillas y

así se mantendrá.

El primer ministro calla al escuchar sus últimas palabras. Comienza a pensar que sacar a Araceli de Londres tiene sus riesgos, pero también supone una gran ventaja, porque Garbo quedaría libre para dedicarse por entero a lo que le viene encima, algo que el agente desconoce todavía por completo.

–No le prometo nada, pero tampoco me niego a considerarlo. En los próximos días recibirá la respuesta definitiva.

–Se lo agradezco en el alma. Sea cual sea su decisión, la acataré sin rechistar. Ha sido usted muy amable al recibirme y guardaré de esta entrevista un gratísimo recuerdo.

–De esta entrevista... –puntualiza el *premier*–, que no se ha celebrado.

–Eso es. Un recuerdo borrrable.

Churchill se ríe. Aquella mujer que le han descrito como el paradigma de los caprichos no parece nada tonta y tiene sentido del humor, una característica que él valora entre las más notables.

Duda si apagar el habano o llevárselo consigo. Finalmente opta por despedir a la señora Garbo y quedarse en el despachito para fabricar alguna voluta más de humo mientras medita el peligro de que Araceli viva en España y no le da importancia.

La secretaria la lleva hasta un patio entre viviendas donde la espera el automóvil. No recuerda haber aparcado aquí al entrar. Creyó que era una calle. ¿O entró por otra puerta? No sabría explicarlo y es una ventaja, ya que si no identifica el lugar, de ninguna manera podrá traicionarlo. En el interior del coche está también la prensa del día, pero han cambiado los ejemplares por otros nuevos y bien doblados. Ahora ni los coge. Prefiere cerrar los ojos e imaginarse llegando a Galicia.

Su marido apenas menciona la sucesión de incidentes. No fueron plato de buen gusto y cuando algo así ocurre, Juan despliega un mecanismo inconsciente con el que logra olvidarlos aparcados en su memoria como trastos viejos en el *rocho* del que habla Araceli en idioma lucense. A ella le parece un nuevo truco de mentiras, pero es verdad. Por las noches, cuando vuelve a casa, ya no recuerda si aquella mañana hubo gresca entre ellos. Por el contrario, si le ha ocurrido algo agradable, podrá contarle con pelos y señales por muchos años que pasen desde que lo haya vivido. Lo tuyo no es

memoria selectiva. Lo tuyo es caradura. Llámalo como quieras, pero no me acuerdo.

* * *

Garbo está enfrascado en uno de los argumentos previos al envío de información. Al guión le falta protagonista, pues se trata de un tema muy delicado para cualquiera de sus falsos agentes. Tommy entra en la habitación y lo ve pensativo.

–¿No te sale la novela?

–¿La novela? ¡Ah, claro! ¡Ya está!

–¿No me digas que te he inspirado?

–Y tanto. Me acabas de convertir en un don juan despiadado.

–Explícate.

–La casualidad, o mis fisgoneos por los *pubs* cercanos a los ministerios, me han llevado a intimar con la tediosa existencia de..., por ejemplo, Olivia Wilde, una veterana secretaria de la War Office. En cuanto conocí su oficio, a pesar de que Olivia es feílla y aburrida, me lancé a su conquista como un ciervo en celo, con la buena fortuna de que en la segunda cita ya me la he llevado a la cama. Y allí, entre sábanas y arrumacos que ella desconocía, ha comenzado a soltar la lengua. ¡Y qué mujer! ¡Lo sabe todo de la War Office y de otros departamentos! Total, que nos hemos hecho amantes y la cuido como la niña de mis ojos. ¿Qué te parece?

–Brillante. Aunque ¿no es muy precipitado que comience a darte información el primer día de cama?

–No, porque ya son varias semanas de relaciones. No dije nada a Madrid. No sabía si iba a resultar. Además, ella lo hace de forma consciente para caerme en gracia y llevarme a los altares. Me he presentado como hombre soltero y representante de una fábrica de... de...

–De armamento –le ayuda Harris.

–No, demasiado evidente. Una fábrica de reactancias y componentes eléctricos. Si yo tengo información sobre las necesidades de la War Office, el jefe me lo recompensa, y si ella me tiene contento, yo sigo acostándome con Olivia hasta que me presente a sus padres y la casa donde pasa su infancia,

que eso une siempre mucho.

Harris mantuvo la sonrisa todo el tiempo. En su cabeza aparece Garbo y la secretaria desnudos en la cama de una pensión barata. Ella le cuenta el día de trabajo y él toma notas en una libreta. La imagen le sugiere mil picardías. Como por ejemplo, que una información relevante le va a costar más esfuerzo de cama conseguirla, y cosas así.

–En Berlín se alegrarán de que seas un *gigoló*.

–Y yo. De hecho puedes traerme toda la información sensible que quieras. Olivia la blanquea al instante.

* * *

Hace tiempo que la operación Escarapela ha dejado de interesar al alto mando y eso les cuesta la reputación a varios agentes de la red Arabel, que son discretamente despedidos. Ni Harris ni los superiores en la organización lo ven necesario, pero Garbo/Alaric siempre ha sido inflexible con sus hombres y no hay razones para cambiar de actitud. El que la hace, la paga. Son las reglas, gusten o no.

Escarapela, con todos sus errores, abre la puerta a una nueva estrategia de falsificaciones, el mundo ideado por Garbo, y pronto comienza a hablarse *sottovoce* de otros nombres encubiertos. Los de *overlord*, Fortaleza y Guardaespaldas, cabeceras de centenares de planes subordinados que tienen como común objetivo la rendición sin condiciones de los países del Eje, tal como se acuerda en la Conferencia de Casablanca, celebrada entre el 14 y el 24 de enero de 1943. Allí, en el Hotel Anfa del protectorado francés, con la presencia de Franklin Delano Roosevelt, Winston Churchill y los generales Charles de Gaulle y Henri Giraud –rivales ambos en abanderar la Francia Libre–, se habla de mayo del 44 como la fecha más probable para el asalto definitivo al castillo europeo, un objetivo que jamás se alcanzará si no es envuelto con el celofán de miles de embustes; o como dijo entonces el propio Churchill, «en tiempos de guerra, la verdad es tan preciada que debería ser atendida por una guardia de mentiras». Y para ello, aunque ni Churchill ni el resto de los aliados sean plenamente conscientes, cuentan con un especialista redomado en desinformación. Un profesional de la mentira. El hombre que

jamás ha espiado y al que llaman el mejor espía de todos los tiempos.

* * *

Se van a producir movimientos y concentraciones de tropas imposibles de disimular, como tampoco lo es el hecho de que se prepara una invasión al territorio europeo. Por lo tanto la prioridad es saber qué se transmite, cuándo y con qué grado de certeza, porque la norma general ordena que el prestigio de Alaric tiene que mantenerse y crecer hasta el punto de que la palabra del agente sea ley en el Estado Mayor alemán.

Uno de los mensajes, en su parte especulativa, asegura que puede descartarse una actuación inmediata en ese sentido. Ni hacia Noruega, ni hacia Calais. Alaric afirma con contundencia que garantiza esa falta de decisión de los aliados durante las siguientes semanas e incluso meses. Ese criterio es rebotado desde la estación Centro de Madrid al poco tiempo de emitirse y en Berlín es distribuido, como de costumbre, a los generales.

Uno de los más jóvenes es Kurt von Crüwell, recién llegado al generalato tras la campaña de Francia y ahora de regreso a la capital para coordinar la defensa de las posiciones conquistadas. Von Crüwell toma en su despacho la hoja de Alaric, la lee con todo detenimiento y repite para sus adentros la parte sustancial del último comunicado: «Los aliados no han decidido ni cuándo ni por dónde será el desembarco».

Le acompaña su asistente, el coronel Ludwig Knispel. Cuando finaliza, se la pasa a éste y le comenta.

—¿Se ha dado cuenta, coronel? En los últimos meses hay una persona que manda más que todos los generales del Führer juntos; y no es militar, ni alemán, ni nadie lo conoce.

Knispel asiente sin dejar de leer las últimas líneas de la información de Madrid. Luego, cuando termina la lectura, responde a Von Crüwell.

—Sí, general. Esa persona es Alaric. El Führer y el Oberkommando des Heeres tienen fe ciega en él. Es decir, todos nosotros la tenemos.

—Lo pensé días atrás, pero a la vista de lo que dice hoy, me ha dado un vuelco el corazón.

—¿Por qué, mi general?

–¿Y si es un doble agente? ¿Y si le dictan los mensajes los ingleses? Hay que reconocerle una gran exactitud y una información muy variada en todos los campos, en todos los puntos de Inglaterra e incluso fuera de ella. O es un genio, o nos apuñala por la espalda sin que nos demos cuenta.

–La duda es trágica. No quiero pensar lo que supondría confirmarla.

Von Crüwell se levanta hacia el mapa de operaciones que utilizan para preparar los consejos y donde se refleja la situación diaria de cada frente.

–Si algo tengo claro es que no voy a ser yo quien siembre de sospechas una reunión del Alto Mando.

–No, sería una enorme torpeza –corroboró el coronel.

–Salvo que disponga de pruebas –le dice ahora con un tono de voz que anuncia sorpresas–. ¿Se acuerda de Rudolf Hess? Perdón, claro que se acuerda. Todos lo tenemos clavado como una espina imposible de arrancar. Si ahora le hablo de él es por ponderar su vuelo. De noche, en silencio, fue capaz de burlar alarmas, antiaéreos y cañones de luz. Su Messerschmitt Bf 110 hizo un viaje perfecto, solo falla en el aterrizaje, y tampoco, porque no se le conoce un rasguño.

–¿Qué cavila?

–Usted disfruta de muy buenas relaciones dentro de la Luftwaffe. Si convence a un general acerca del secreto de la operación, podríamos lanzar a un hombre sobre una zona deshabitada y colarlo en Londres.

–Me parece muy arriesgado.

Von Crüwell señala en el mapa la Bretaña francesa.

–No lo sería tanto como el vuelo de Hess. Él partió de Augsburgo. El nuestro podría hacerlo desde la Bretaña, entrar por Escocia, soltar al pájaro y regresar. No más de tres horas como mucho. Ésa es otra ventaja, no hay que aterrizar y, además, ya tengo al hombre.

–Lo cual quiere decir que lo viene preparando desde hace tiempo –se extraña Knispel.

–No, no lo crea. Es hoy cuando me decido. Ciertamente, se me pasó alguna vez por la cabeza porque en Francia coincidí con la persona idónea para un plan así.

–¿Quién es?

–Dígame antes que usted se compromete.

–¡Si Hitler lo descubre...!

–Si Hitler se entera y estamos en lo cierto, él y Alemania nos deberán haberla salvado.

–¿Quién es?

–¿Se compromete?

–Si es una orden suya, la cumplo sin rechistar.

–Eso me llega, coronel Knispel. Nuestro hombre es el antiguo agente Joergan Ter Traak, el último del clan de los galeses; ya sabe, infiltrados nuestros de los primeros tiempos. Es holandés, vivió en varios lugares de Inglaterra, domina el idioma como un nativo, conserva varias documentaciones sin antecedentes y carece de escrúpulos a la hora de eliminar objetivos. Un auténtica alma de caballo. Cuchillo y pistola son sus especialidades, aunque también se maneja a la perfección con explosivos. En París comete varios atentados antes de la conquista. Cuando me los relata estando allí, añade que desea regresar a Inglaterra para vengarse. Tres amigos suyos del clan de los galeses fueron pasados por las armas y no lo olvida. ¿Qué mejor candidato para visitar a Alaric y descubrir de dónde obtiene tanta y tan excelente información? Joergan se llevará una alegría cuando se lo proponga.

–Parece el hombre idóneo, desde luego.

–Entonces, no hay más que hablar.

–Esta noche ceno en casa del general Günther Koller...

Von Crüwell sonrío al oír ese nombre.

–A esa amistad me refería antes.

–Si lo ve conveniente, lo llamo para solicitarle que usted se una a la cena.

–Sería fantástico.

–Lo telefono y regreso.

El general se queda solo y escudriña el mapa en busca del lugar adecuado para el paracaidista. De hecho, es un ejercicio que ya ha realizado varias veces y cree haberlo encontrado. Son apenas dos minutos, porque en ese tiempo Knispel ya está al aparato.

–¿General? Todo arreglado. Koller nos espera.

–¿Se lo adelantó?

–No, solo que usted quería hablarle. ¿Debería...?

–No, no; perfecto.

* * *

El enorme salón del comedor donde el general Koller y su esposa reciben a los invitados se enmarca en tapices con temas romanos de distintos orígenes. Una fragua de Vulcano, una batalla irreconocible de caballos, lanzas y soldados abatidos, y el asesinato de Julio César, el más burdo de los tres, porque nadie podría suponer que el magnicidio pudo suceder así, con aquellos fantoches que gesticulan como actores sin pulir. El cuarto flanco de la habitación da a una chimenea y a los sillones que la rodean con sus cuatro grandes patas torneadas en arabescos interminables. Sobre ella, el general Koller, o su esposa, han tenido el mal gusto de colgar un retrato de Hitler, no porque el hombre no sea digno de sitial en aquel hogar de fe incombustible, sino porque cualquier admirador del Führer sabe que el lienzo no es tal, sino una edición impresa en serie para figurar en departamentos de segundo nivel a lo largo de todas las tierras conquistadas. Un pastiche de propaganda que Goebbels regala a las visitas y que todas cuelgan en sus despachos ante el temor de que un día les pregunten dónde lo han metido.

El general Von Crüwell y el coronel Knispe ocupan los lugares que el protocolo les ha reservado frente a los respaldos de sus sillas, a la espera que lo haga la señora Koller, que se entretiene en la puerta con el jefe de camareros y las últimas instrucciones para el correcto discurrir de la cena.

El señor de la casa se deshace en alabanzas por la marcha de la guerra mientras devora el caviar que le han servido desde el frente ruso, al que también le presta gran atención.

—Observen que en sus servicios de cubertería disponen de cucharas de nácar. No es un capricho culinario de mi mujer, sino el utensilio indispensable para llevarse a la boca el caviar rojo de Siberia del que hoy disponemos en esta humilde casa. Es de salmón y muy difícil de obtener, sobre todo cuando estás en guerra con el país que lo produce, ¡Ja, ja, ja! A lo que íbamos. Una cucharilla de metal, ni siquiera las de oro, no dejaría jamás las huevas en libertad de sabor como las traslada el nácar. También sirve el mármol para esa operación, pero es más poroso y se impregna antes de sabores extraños que acaban por fastidiar el caviar. Y sobre todo, si llegan a disponer de él en estas épocas convulsas, no traten de congelarlo, porque solo conseguirán una pasta

informe de sopa de salmón. Hagan que viaje sobre el hielo, eso basta para que después explote en la boca con toda su delicia. Así. A mí me gusta apretarlo contra el paladar y esperar que se derrame por toda la boca antes de tragarlo.

Su mujer le afea la información sobre el plato.

–Querido, tú siempre has defendido que es una ordinariéz para un anfitrión hablar sobre los platos que se sirven.

–Y lo mantengo; si les digo esto es para que nadie se extrañe de la presencia del nácar. Además, creo que nuestros invitados no han venido hasta aquí por nuestros gustos culinarios, sino porque traen una historia que contarme.

–Así es –dice Knispe–, el general Von Crüwell se la expondrá.

–No voy a andar con rodeos, admirado Koller. Mi departamento ha recibido instrucciones para extremar la coordinación de la defensa en toda Francia, y dentro de ese cometido juzgo conveniente..., imprescindible, introducir un agente en Inglaterra y hacerlo con el máximo sigilo, tanto en sus líneas como en las nuestras. Ni el Führer debe saber de esta misión, por precaución ante el fracaso. Ya sabe cómo le irrita el mínimo contratiempo. Por el contrario, si tiene éxito, quienes la hayan promovido... En fin, se puede imaginar el honor. Con el silencio nos garantizamos que solo se conozca en caso de que nos favorezca a sus ojos... –dice señalando el retrato del líder–, y de lo contrario, basta con mantenernos callados.

–¿Cuál es el objetivo? Comprenda que no me lo puede ocultar.

–Comprobar que el espía Alaric, infiltrado en Londres, ni es un agente doble, ni ha sido captado para la Doble Cruz.

–Loable, muy loable. ¿Y cómo piensa llevarla a cabo?

–Lanzando al nuestro en paracaídas. De ahí esta entrevista.

–Ya veo –sonríe Koller–, seguiríamos el método Hess.

–Más sencillo, puesto que el avión no tiene que aterrizar ni estrellarse, sino regresar.

–¿Y dónde ha previsto el salto?

–En los descampados que existen al oeste de Brundish, entre esa pequeña población y Crown Corner. Es un área libre de vigilancia, pero lo suficientemente cercana para que el hombre se infiltre entre la población la misma noche de su llegada.

Koller se interesa por ese lugar, que se encuentra a quince millas de

Dunwich, en la costa, y a ciento diez de Londres. Su primera deducción es muy favorable a los planes de Von Crüwell.

–Nuestros aviones de reconocimiento sobrevuelan Dunwich cada dos por tres. Ni siquiera sería necesario preparar un vuelo específico para la misión. El inconveniente es la altura a la que lo hacen. Habría que rozar los máximos de altura, soltar el paquete y torcer con toda rapidez antes de cruzar de nuevo la costa.

–¿Qué aviones son?

–Los mejores. Acabamos de incorporar los Heinkel He 111 Spaten. Le imagino conocedor de la fama de los Heinkel. No son Spitfire, pero lograremos superarlos. El *Spaten* puede seguir en el aire después de tres impactos. Aún no conocen la primera baja. Y en cuanto a la maniobra a realizar, mañana tendrá la respuesta exacta.

–Magnífico. Respecto a los otros detalles de la misión...

Koller interrumpe a Von Crüwell con cabezadas negativas.

–No me interesan. Sé por el coronel Knispe los méritos que le han llevado al generalato. Son suficientes para mí. Y además, ¿no ha dicho que requiere el mayor secreto? Ya disfrutaremos de su éxito..., si todo sale bien. Brindo por ello.

–Por Alemania.

–Por Hitler.

Las copas de los tres oficiales chocan en el aire como pacto de complot y de silencio. La señora Koller solo acaricia el borde de la copa y los observa con una leve sonrisa de precaución. Ha escuchado lo suficiente como para sospechar que al Führer no le haría gracia enterarse de ese vuelo.

* * *

En Londres, Alaric ha recibido un mensaje inquietante. Federico le propone el envío de un agente de refuerzo. Tan entusiasmados están en Berlín con sus informaciones que quieren protegerlo de cualquier eventualidad. Bueno, no todos. A Van Crüwell le ocupa la cabeza todo lo contrario.

Harris y Juan coinciden en la necesidad de detener cualquier movimiento en ese sentido. Si ambos conociesen las intenciones del joven general, se reirían

con ganas de estos extraños alemanes que quieren mandarle a Londres guardaespaldas y asesinos a partes iguales. Sería muy divertido comprobar cómo el guardaespaldas de unos eliminaba al agente de los otros. Pero lo ignoran, claro, y se afanan solo en buscar la manera de mantener su estatus sin variaciones.

–Hay que contestarles hoy mismo. Propongo un tono alterado –sugiere Harris.

–Por supuesto. Algo así como diciendo: Ahora que lo tengo todo bien organizado, no me vengáis con cambios que lo puedan echar por tierra.

–Sí, sí; muy alterado; que vean que te has llevado un buen susto con su ocurrencia, y que bien te vales solo para cuidarte.

Al rotundo enfado con el que recibe las noticias sobre el envío de refuerzos, se unen referencias explícitas sobre la presencia de tropas norteamericanas en suelo inglés. Son fuerzas de la 1.^a División de Infantería de los Estados Unidos procedentes de Italia. Es el reconocimiento de Overlord y de que se prepara una invasión que no podrá ser ocultada a ojos de los alemanes, pero sí disfrazada y reconducida. Esos soldados veteranos vienen a instruir novatos, dirá Alaric en el próximo envío; o lo que es lo mismo, se dedican a una tarea todavía muy distante de lo que significa preparar una acción inminente de invasión. Su amante ficticia de la War Office y uno de los miembros de la red Arabel entran en contradicciones severas respecto a las fechas del desembarco. Así se disimula mejor el engaño, algo lógico en un espía con tantas fuentes como él.

Alaric recibe mensajes de tranquilidad por parte de Federico.

–No te preocupes, seguramente los ingleses divulgan contradicciones entre ellos mismos para despistarnos.

–Es un gran alivio ser consolado por la propia Abwehr –comenta entre risas a Harris.

* * *

Esa misma noche Alaric informa por radio sobre la presencia de carros acorazados y tanques de la 6.^a División norteamericana en la estación ferroviaria de Ipswich, sin sospechar que apenas diez millas al norte de esa

ciudad, un avión de reconocimiento Heinkel Spaten ha entrado en la isla con una carga desusada, pues al lado del operador de cámaras viaja el antiguo agente holandés Joergan Ter Traak Guttmann, con documentación falsa a nombre de Colin McAfee, que lo identifica como varón de cuarenta y cinco años, vecino de Londres, mutilado de guerra y retirado del servicio tras uno de los bombardeos de 1941. Los hombres de Von Crüwell se han hecho con un recorte de *The Times* donde se informa de lo ocurrido esa noche. Lo guarda en la cartera, al lado de un pasaporte extraordinario, concedido a instancias de la War Office por méritos de guerra a ese nombre ficticio, un libro de códigos, una pala de zapador y una receta médica para la compra de analgésicos, el documento que más les ha costado falsificar, por miedo a incurrir en contradicciones con la legislación farmacéutica inglesa. Si es preguntado por ello, dirá que ha pasado los últimos meses reponiéndose de sus heridas en la casa familiar de Greenock, desde donde ahora regresa a Londres para rehacer su vida fuera del Ejército, después de pasar varias semanas haciendo el golfo en Dennington. Ésa es su biografía pillada con alfileres, aunque confía en no tener que contársela a nadie.

Para transformar al galés Joergan en Colin le han cortado el pelo hasta reducirlo a un manto uniforme que le da aspecto enfermizo, o de prisionero en un campo de concentración, lo que contrasta con su cuerpo atlético y bien cuidado. El más mínimo examen de su anatomía tiraría por tierra la posibilidad de que ese hombre hubiese sido víctima de graves heridas, y mucho menos, de las causadas en un bombardeo que lo hace inútil para el ejército. Pero no es esa contradicción lo que le preocupa, sino encontrar a Alaric y confirmar que se trata de un nazi convencido y sin fisuras.

También le cambian sus gruesas patillas por un leve bigote que deberá cuidar mientras dure la misión. Tiene los ojos azules como un lago polar, lo que le dota de gran atractivo entre hombres y mujeres, aunque a más de uno le cuesta la vida haber reparado en ellos, pues el holandés no solo cumple con eficacia los encargos que se le ordenan, sino que disfruta con especial saña los más abyectos placeres sexuales del sadismo y reserva para ellos el uso del cuchillo, especialmente activo una vez iniciados los estertores del orgasmo en sus víctimas. Desde los años de los galeses en las islas, ha logrado ocultar sus gustos a la policía inglesa y a los propios alemanes. Una cosa ayuda a la otra.

Pero quien conociese sus pasos y sus atentados sabría que en cada una de esas ciudades queda aquella misma noche un crimen sin resolver. Un hombre o una mujer rajados de abajo arriba, desde el pubis al xifoideas, y con síntomas evidentes de haber tenido sexo hasta la llegada de la muerte. Se le llamó con todo merecimiento «El Hijo del Destripador», *The Son Ripper*, y su leyenda se interrumpe cuando Inglaterra se ve libre de los *galeses*. En cuatro comisarías del Scotland Yark existen carpetas abiertas bajo el nombre de *The Son Ripper*, y en ninguna de ellas se contiene otra documentación que los informes periciales sobre los cadáveres.

El Spaten inicia un descenso hasta los cuatro mil pies, altura en la que permanecerá diez segundos sobre el objetivo, para volver a ascender y girar hacia el este.

—En un minuto estaremos sobre el lugar del salto —le informa el piloto a Joergan/Colin.

Éste se coloca en cuclillas frente a la portezuela mientras espera la definitiva indicación. Es una plácida noche de primavera sin luna llena, tal como se buscó, pero demasiado despejada para el gusto del agente. El paracaídas ha sido teñido con manchas oscuras irregulares que enmascaren el blanco, aunque Joergan/Colin confía más en que nadie dirija la vista al cielo a esa hora. El aparato sobrepasa Brundish y el piloto alza la mano. El falso Colin está en tensión cuando aquél la baja. No hay nada que pensar y se lanza al vacío. La tela se abre tras pocos metros de descenso. Le recomiendan que espere algo más, pero Colin prefiere arriesgarse a permanecer por más tiempo en caída libre. Tras reponerse del tirón del freno por la resistencia del aire, observa que el avión ha tomado altura y se aleja para describir una curva ascendente. Lo hace en un sorprendente silencio que solo lo altera con el roce del aire. Ahora se fija en la tierra que le espera. No distingue construcción alguna, tal como estaba previsto, pero la bajada le parece más lenta que en el único salto de entrenamiento realizado en Oostende, de donde parte el Spaten que lo trae. Aun así, los metros que le separan de Inglaterra se acaban de repente. Ha hecho un buen salto, pero no evita chocar con todo el cuerpo en tierra. Cae en medio de un cultivo de gramíneas, quizá cebada. La tela le acompaña suavemente hasta reposar alrededor y por unos instantes permanece inmóvil, a la espera de cualquier ruido que no sea su propia respiración. Nada

parece haber alterado la tranquilidad de la noche, de modo que inicia la segunda parte de la operación. Recoge el paracaídas y sale del sembrado procurando no pisotear las últimas plantas para evitar las huellas. Luego camina hasta encontrar un lugar que le parece apropiado y fácil de excavar. Entonces toma la pala de zapador que lleva amarrada a la espalda y la hunde en tierra hasta conseguir un hoyo de treinta centímetros de profundidad, y de dos metros por uno. A esa conclusión llegan los días de prácticas. Una vez que lo consigue, arroja en él el paracaídas y por último, tras taparlo con la tierra removida, oculta también la propia pala.

Va vestido con un tres cuartos de abrigo, que, como el resto de su ropa, es de fabricación inglesa, incluidos dos bolígrafos, un cuchillo y una Webley Scott de pequeño calibre que lleva cargada y atada al muslo izquierdo. La prevención sobre el origen del fabricante es absurda, pues si se descubre que porta una Webley Scott, de poco le servirá que sea inglesa o rusa, pero a Von Crüwell le pareció preferible en caso de tener que usarla contra Alaric para entorpecer la investigación. Colin hubiera preferido una Luger y decirles a la cara que lo han ejecutado ellos, por traidor. Pero, bueno, no es asunto al que vaya a dedicar mucho tiempo.

Los únicos objetos de procedencia alemana son el libro de códigos y una hoja escrita a mano por él mismo donde se recogen todas las características de Juan Pujol García que le pueden servir para localizarlo. La lleva escondida en el dobladillo inferior del pantalón, plegada cinco veces a lo largo de éste para que se ajuste su tamaño. La conoce de memoria y confía en que ni siquiera tenga que repasarla. Le han adjudicado 10 000 libras y a su regreso le esperan otras 10 000 si el hombre es fiel a Alemania, o 20 000, si es un traidor y debe eliminarlo. Colin desea ardientemente que así sea, no solo por el beneficio de cobrar una cantidad mayor, sino para dejar alguna muerte a su paso, lo que ansía llevar a cabo sea cual sea el resultado de sus investigaciones. De esa forma *The Son Ripper* renacerá de sus cenizas nunca apagadas.

Tiene por delante una caminata de dos horas, o quizás algo más. Toma la brújula y establece el camino a través de los sembrados. Tiene tiempo suficiente. Llega a Dennington en el tiempo previsto y allí espera adormilado el paso del primer autobús a Londres, a las diez en punto de la mañana.

* * *

A esa misma hora, el coronel Alexis Von Roenne, el jefe de los servicios de inteligencia FHW (Fremde Heere West), despacha en su sede de Zossen con el almirante Canaris, que se mantiene como jefe de la Abwehr. Solo desea hacerle una única pregunta.

–Almirante, en su criterio, ¿cuál es nuestro agente más fiable?

–Hay dos que superan todas las suspicacias. Un polaco al que le adjudicamos la clave V Mann Armand, y V Mann Arabel, un español, que también usa el *codename* de Alaric.

–¿Y si tuviese que confiar solo en uno?

–El español. Su trabajo es sólido como una roca. El tiempo lo ha demostrado.

–Muchas gracias, almirante.

Roenne no añade ni una palabra sobre la causa de su consulta. Está al tanto del plan de Von Crüwell y le interesan sobremanera sus resultados, aunque por distintos motivos. Desea que Alaric sea un doble agente y que lo siga siendo, ya que él es uno de los nazis convencidos de que Hitler los llevará al desastre y trata de evitarlo, aunque le queda poco tiempo antes de ser descubierto, condenado y ahorcado.

* * *

Ya en Londres, Colin realiza varias compras. Ropa, perfumería y una maleta con la que poder presentarse en el hotel. No escatima los tiros largos y se instala nada menos que en The May Fair, inaugurado hace algo menos de veinte años por Jorge V con fama instantánea de representar el máximo confort de Londres. Paga tres noches por adelantado y advierte que prefiere hacerlo así. Si transcurrido ese tiempo decide prolongar su estancia, lo comunicará; aunque en su cabeza está buscar un piso de alquiler donde el control sea menor, si es que se prolonga su estancia en la City. Por eso anuncia en Recepción que le llegarán mensajes telefónicos que él mismo produce con el fin de conocer en cada momento si su presencia allí ha despertado la sospecha del Scotland Yard. The May Fair es un lujo que se permite tras curarse de las heridas de guerra, o eso diría si alguien le pregunta.

* * *

En la otra orilla del Támesis, a pocos metros del hotel, Harris acaba de llegar a la oficina de Jermyn Street y trata de ordenar la información de toda la noche. Son las primeras horas del día y desde hace unas semanas suelen estar ya los dos delante de sus respectivos cafés con leche y tés sin azúcar que consumen nada más ponerse a la brega. Antes Juan llegaba una hora más tarde que Tommy, pero ahora hace falta todo el tiempo para que el flujo de información no acabe por devorarlo.

–Desde que estoy en este oficio –le dice Tommy–, divido el cerebro en tres habitaciones. En una meto los datos auténticos, o sea, los que nos dan como tales. En la segunda, los falsos, y en la tercera, la mezcla de los dos anteriores que debemos pasar a los alemanes.

Juan dibuja en su rostro una mueca de perplejidad ante lo que oye mientras sube y baja de la taza la bolsita de la infusión.

–Yo también llevo años haciendo algo parecido, no creo que eso me lleve un gran esfuerzo. Es más, yo utilizo una cuarta habitación.

–¿Para qué? –se intriga Harris.

–Para meter todo aquello que un día se considera inútil, en el convencimiento de que mañana puede sacarnos de un apuro.

–Vamos, un trastero.

–Sí. Donde nació mi mujer usan un nombre que le viene al pelo, el *rocho*. En todas las casas hay un *rocho* donde van a parar los trastos. Bueno, pues yo también tengo uno.

Solo los dos hombres, y pocas personas más, poseen datos reales y globales de lo que se está moviendo a su alrededor. Quizá Churchill, Eisenhower, el jefe del Estado Mayor Imperial, Alan Brooke; el coronel John Henry Bevan; el jefe del Servicio de Inteligencia de la Armada, Ewen Montagu; el general jefe del Estado Mayor del primer ministro, Hastings Ismay, y cinco o seis colaboradores cercanos del mando conjunto aliado, como el mayor general G. F. M. Whiteley, y gente de la LCS, la London Controlling Section, pueden presumir de manejar el mismo grado de conocimiento sobre el volumen total de la operación, porque las dimensiones alcanzadas por ella desde la conferencia de Casablanca del año anterior tampoco lo permiten.

Con todo, Juan aparenta ser más dominador que dominado. Solo así podría mantenerse en condiciones intelectuales de rendir desde que decide actuar contra Hitler, cuando Dunkerque le convence de que Europa queda sin defensa. Qué locura. Y he aquí donde se encuentra. Siendo la punta de lanza con la que tratan de abatirlo, el filo que hiere la política de información del enemigo, el mayor homenaje que podría imaginar entonces para sentirse orgulloso ante su padre. Un premio que ya nadie le podrá arrebatar, aunque para conseguirlo su matrimonio haya entrado en barrena y amenace con grietas irreparables.

—He realizado algunos cálculos y tú me corregirás, pero hablamos de seis mil barcos, dos millones de soldados, trece mil aviones y unos veinte mil vehículos —calcula Juan, asombrado de sus propias deducciones.

—No llegué a tanta precisión, pero viniendo de ti, seguro que son datos exactos.

—Vamos a hacer un repaso a los agentes y vemos cómo ejecutar la tarea de hoy.

* * *

—No va a funcionar —dijo Alan Brooke cuando se comienza a diseñar la operación del desembarco aliado—, pero, por Dios, tenemos que intentarlo.

Eisenhower consume cuatro paquetes de cigarrillos diarios y Churchill mantiene su ritmo de habanos, pero dentro de sus cotas más elevadas. La gran mentira solo saldrá adelante si se parte de medias verdades, eso es lo que quisieron expresar Brooke, Churchill e Ike cuando se llevan las manos a la cabeza al imaginar el posible fracaso de su apuesta y la enorme cantidad de muchachos que dejarán sus cuerpos inertes allí donde se decida lanzarlos.

* * *

Las informaciones de Garbo desgranar los movimientos de tropas sin saber con exactitud la dirección exacta a dónde se encaminan, hasta que un día todo cambia y las habitaciones en las cabezas de los dos agentes encuentran la decoración adecuada.

Fue Harris el que le trae la buena nueva a Juan.

—Ya está. Se acabó la incertidumbre y te va a gustar.

Juan lo mira con los ojos como platos.

–¿Hasta qué punto me va a gustar?

–Hasta el entusiasmo. Ni tú habrías podido concebir semejante engaño.

–Pues si se trata de arrearles un buen castañazo, ya tardas en soltarlo.

–Despacito, que tú eres muy goloso.

–¿Tomo apuntes?

–Mejor espera a que venga por escrito, pero atiende. ¿Tú has oído hablar del First United States Army Group (Primer Grupo de Ejército de los Estados Unidos)?

–Pues sí y no. Sí, porque no me sorprende que exista, y no, porque no sabría decirte exactamente qué ni cómo es.

–Así me gusta. Ante todo, humildad –bromea Harris–. Pues agárrate, que te lo cuento. Hace meses que se prepara y se refieren a él como el FUSAG, sus iniciales. Lo manda el general George Patton. ¿Qué te parece?

–Me parece normal. Me imagino que será una gran unidad de fuerzas conjuntas para el desembarco.

–¡Ja, ja, ja! –responde Harris con una carcajada, como si acabase de escuchar un gran chiste.

–¿He dicho alguna barbaridad?

–Has dicho lo mismo que dirán los alemanes cuando se enteren.

–Pero no es así, por lo que intuyo.

–No, ni muchísimo menos, por la sencilla razón de que el FUSAG no existe, ni existirá nunca.

–Ahora sí que me has destrozado.

–Eh, muchacho! ¿Dónde está tu olfato de espía? Tienes tres segundos para darme la solución.

–Puestos así... –Juan pierde tiempo para pensarla.

Y al cabo de unos segundos:

–Solo veo una alternativa. Que sea un invento para que los alemanes lo crean real.

–¡Muy bien, Garbo! ¡No esperaba menos de ti! El FUSAG es un ejército que se concentra entre los ríos Stour y Orwell, al norte de Dover, cerca de Ipswich, una zona que señala en línea recta el Pas de Calais. Han fabricado hinchables de goma con forma de aviones, de tanques Sherman, *jeeps*,

camiones, antiaéreos..., miles de ellos, y ya comenzaron a distribuirlos sobre la campiña de Dover. Creo que fue una idea de Bevan, pero no estoy seguro. ¡Es genial! ¡Parece una mentira tuya! Varios tanques verdaderos transitan por las noches para dejar en la arena las rodadas de cientos de vehículos. Allí se amontonan cajas vacías de supuestas municiones, bidones igualmente sin gota, ambulancias que son coches pintados y tiendas de campaña donde solo hay estufas de mala combustión para que produzcan el humo de las supuestas cocinas. Poco a poco se irán alineando falsos barcos de aglomerado en pantalanés de juja y chicha para que formen los inexistentes puertos de cartón piedra. Todo ello se dejará fotografiar por los aviones de reconocimiento de la Luftwaffe. Hay cientos de reservistas de la Guardia británica que se encaminan hacia Dover para ser vestidos de soldados y que así deambulen por entre los hinchables como harían los miembros de una gran unidad estacionada a la espera de órdenes. Han desplazado máquinas de viento que levantan el polvo para simular la actividad de una enorme obra que visitará el propio Jorge VI. ¡El rey revisa una construcción que no existe y las fotografías estarán en todos los periódicos! ¡Un ejército fantasma para que tú lo manejes! Bueno, en realidad se lo adjudicaron al general Omar Bradley, pero ahora tenemos que pasarles a Madrid una información muy jugosa. Nada menos que han puesto al frente del FUSAG ¡al mismísimo George Patton! ¿Capici la jugada? ¡A Patton, un hombre de prestigio que bien podría comandar el desembarco! Y día tras día lo haremos crecer hasta que el FUSAG sea más grande que el 21.er Grupo de Ejército de Montgomery. Con ellos y con nuestra ayuda, los generales alemanes no dudarán de que la gran invasión se producirá por el Pas de Calais, frente al que se despliega el FUSAG...

–Cuando en realidad...

–No será por ahí. ¡Atención...! ¡Sino por las playas de Normandía!

–¡Vaya! De verdad que se han acabado las especulaciones. Tenías razón, me gusta. Me gusta mucho *overlord*.

Juan participa del entusiasmo de Harris cuando conoce la magnitud y el secreto más preciado de la farsa.

–¿Te das cuenta? ¡Seremos las piezas clave de toda la operación! El mayor movimiento de tropas de la historia! Bueno, en realidad la pieza clave de la

desinformación la serás tú, lo será Garbo.

–*Alaric, Arabel...*

–Sí, todos juntos. Tu sueño hecho realidad. Y no hay tiempo que perder. Ahora sí puedes apuntar las unidades que lo forman para chivárselas a tus amigos de Berlín.

–¡Lo que van a disfrutar cuando lo descifren!

Harris toma una extensa lista donde se incluyen las denominaciones de las fuerzas que el mando aliado quiere que Alemania crea como integrantes del FUSAG y se la dicta a su amigo tal como debe ser transmitida, incluso con algún error consciente que sea achacable a un despiste de Alaric, o de alguno de sus falsos agentes.

–... Tercer Ejército... Vigésimo Ejército... VIII Cuerpo de Ejército... XII Cuerpo de Ejército... 4.^a, 5.^a y 6.^a División Acorazada... 28.^a, 35.^a y 80.^a divisiones de Infantería Motorizada... 83.^a División de Infantería... Y del Ejército británico, 2.^a División Aerotransportada y 55.^a División Motorizada... Y por parte canadiense... Primer Ejército... II Cuerpo de Ejército... 2.^a División Motorizada y 4.^a División Acorazada. ¡El FUSAG!

Alguien recuerda a Bevan los magníficos hinchables que recorren las calles de Nueva York el Día de Acción de Gracias. Son personajes Disney o animales, castillos y vehículos fantásticos. ¿Quién los hace? Dos fábricas de la misma ciudad, Goodyear Tire y Rubber & Goodrich, en Akron. Pues si cualquier molde es susceptible de ser un hinchable, ¿por qué no hacer tanques y cañones?

Pero no todo van a ser armas de juguete. También es necesario bombardear los lugares a donde llegarán las tropas fantasmas para demostrar así que se desea allanar su camino. Los efectos de ese nuevo engaño los sufrirán las poblaciones de Equihen-Plage, Le Portel y Touquet-Paris-Plage, donde los muertos no solo son alemanes, sino civiles franceses. La muerte de cientos para salvar la vida de miles, dice Juan para sus adentros, como si se perdonase por una decisión que en cualquier caso nunca fue suya.

* * *

Al mismo tiempo que los habitantes de Equihen-Plage y las otras localidades

se sorprenden al saberse objetivo de los aviones aliados, Colin McAfee realiza un extraño recorrido por las calles céntricas de Londres. Va en busca de un *pub*, *tavern* o *brewery* que reúna ciertos requisitos muy diferentes a los que aprecian en ellos sus posibles clientes. Ha de disponer de amplios ventanales hacia la calle, de forma que pueda verse la barra desde ésta. También se asegura de que un coche pueda permanecer estacionado en la acera contraria sin incurrir en infracciones, y tras tomar las direcciones de dos establecimientos que responden a sus exigencias, se da de bruces con la Igloo Tavern de Berners Street, cerca de Oxford Circus.

Colin recorre varias veces la calle y determina que, en efecto, la localización es insuperable. Entra, pide una Guinness Kilkeny, da dos sorbos y cuando advierte que el camarero está desocupado, le reclama su atención.

–Tengo un pequeño problema que seguramente usted puede resolver –le dice con su mejor acento inglés.

–Usted dirá. Si está en mis manos, cuente con ello –le responde con suma amabilidad Albert, el barista, un hombre que aparenta unos sesenta años y que luce una notable papada que se mueve al hablar y que le confiere un aspecto entre respetable y cómico.

–Acabo de llegar a Londres para pasar aquí varios días, pero me comunican una desgracia familiar y debo partir.

–Cuánto lo siento.

–En fin, así es la vida. Por fortuna se trata de una persona de edad avanzada y hoy no escasean tragedias mucho peores –se consuela Colin con gran cinismo.

–Tiene toda la razón, señor –asiente un Albert solícito ante un cliente en apuros.

–El caso es que pasado mañana debería encontrarme con una persona para hacerle una entrega y, naturalmente, no va a ser posible. Entré aquí de casualidad en busca de una solución. Si usted fuese tan amable de quedarse con el paquete –le pide en voz baja mientras coloca un billete de cinco libras sobre el mostrador–, yo le diría a esa persona que pasase por aquí para recogerlo:

El camarero retira la extraordinaria propina sin dudarle un instante y responde:

–Eso no va a suponer ningún problema. Al contrario, será un placer atender a su amigo.

Colin extrae de su tres cuartos un envoltorio con papel de regalo y las inequívocas hechuras de un libro. Son los códigos que trae desde Oostende. El paquete se remata con una hoja de abedul pegada en un extremo y refuerza su secreto con un cordón de seda atado en lazo. Sobre el papel se ha escrito un nombre: Arabel.

–¡Ah! –exclama Albert tras leerlo–. Será una señorita quien lo recoja.

–No lo sé. Quizá lo haga otra persona. En cualquier caso, preguntará por el libro de Arabel.

–¿Sabe a qué hora lo hará? Lo digo por entregárselo yo personalmente.

–Dígamela usted.

–Pasado mañana podría ser entre las cinco y las nueve de la tarde. ¿Le viene bien al señor?

–Perfecto. Y no se extrañe si le pregunta por mi aspecto. Hace tiempo que no nos vemos y es posible que le pique la curiosidad.

–Muchas gracias por la advertencia. Le diré que es usted un completo caballero.

Colin se lo agradece con una mueca mientras se dispone a escribir una nota en la tarjeta que extrae de la americana, por lo que Albert se retira con discreción. En aquel papel, tras pensar durante unos segundos cada palabra, se lee finalmente «Colin Interesa Gerencia Locales Obra O Traspaso Alquiler Vacíos Establecidos Región Norte. 173005». Se la guarda y reclama de nuevo a Albert.

–¿Qué le debo?

–¡Oh! No es nada. Tengo el placer de invitarle.

–Agradecido. Volveré pronto y charlaremos otro rato.

–Eso espero. Buen viaje y reciba mis condolencias.

Colin deja la cerveza sin terminar y sale de la Igloo Tavern con paso decidido hacia la calle, donde toma el primer taxi.

–Lléveme a la Printing House Square, frente a la fachada de *The Times*.

Una vez en el periódico, se dirige a la sección de *Advertisements*, los anuncios por palabras. Quien estuviese al tanto de sus intenciones podría leer en la tarjeta su nombre de Colin en clave, y a continuación, las iniciales de

IGLOO TAVERN, así como una hora, las 5 de la tarde, y un día, el 30 de mayo.

–Desearía publicar este texto en la edición de mañana. Sección Traspasos.

La señorita que lo atiende cuenta las palabras y luego le hace una sugerencia.

–Podría suprimir la O y ahorrarse unos chelines, pues debo considerarla como una palabra.

–Considérela. Ya sé que es una palabra.

La oficinista no espera la brusca negativa de Colin, por lo que no insiste y realiza la contratación sin volver a mirarle. Él hojea la *Weekly Edition* del periódico que está sobre el mostrador con la mayor naturalidad.

–Como usted quiera. ¿Un solo día de inserción?

–Sí, mañana. Si necesito ampliarlo, volveré.

La recepcionista mecanografía la frase y se la pasa para que le dé el conforme.

–Está bien.

Colin satisface el importe, sale y espera el paso de un nuevo taxi. Ahora solicita que le lleve hasta un local de *rent-a-car*. Uno cualquiera, a ser posible cerca de The May Fair, su hotel. El taxista lo conduce entre callejuelas hasta la Boyd Brethren Rental Car, la agencia que los hermanos Boyd abren hace años al olor del éxito, pero que la guerra, como ocurre con tantos negocios, ha venido a interrumpir sin miramientos. El sicario no pierde tiempo en la elección del automóvil y se decide por un Hillman negro de principios de los treinta, discreto, común y con aspecto de manejarse bien en la ciudad. Deposita la fianza, el pago adelantado de dos días, y recibe las llaves.

–Daré unas vueltas por los alrededores. Si no vuelvo en una hora será señal de que estoy conforme.

Henry Boyd, el único hermano que sigue al pie del negocio, acepta y lo despide satisfecho. Hace dos días que no entra un chelín en la caja y la agencia solo se sostiene gracias al concierto con dos ministerios cercanos que han prescindido de parte de su flota y alquilan vehículos en caso de necesidad. Henry está a la espera de que sus dos hermanos menores regresen con vida del frente. Otros dos miembros de la familia murieron en Dunkerque y un quinto ha vuelto ciego y sin una pierna.

Colin no regresa. Ni siquiera piensa recuperar la fianza por si el coche es detectado en algún momento. Lo abandonará en cualquier sitio cuando finalice su trabajo. Ahora solo le preocupa dedicar la tarde a actividades más placenteras con las que sueña desde que Von Crüwell le plantea la posibilidad de regresar a Londres. Se encamina hacia el West End, donde en sus años de clandestinidad contrataba prostitutas, tres de las cuales rindieron a sus caprichos los últimos servicios de sus vidas, como las víctimas de Jack *The Ripper*.

La zona por la que solía moverse ha cambiado bastante desde aquellas visitas de entre guerras. Dos de cada tres manzanas son hoy ruinas y los efectos de las bombas se perciben también en la calzada, perforada en ocasiones con grandes boquetes que servirían de trinchera para cuatro o cinco soldados. Aquellas calles donde las profesionales del sexo fluían como percas en estanque son hoy el paradigma de lo que allí llaman *bomb sites*, prueba de que la tan nombrada flema inglesa es una realidad demostrable. Los niños juegan a la guerra entre los escombros. No se puede decir que se les aleccione para otra actividad menos violenta, ni que carezcan de ejemplos en los que fijarse para saber en qué consiste un conflicto armado. Si sonase la alarma, todos saben el lugar hacia dónde correr, y a veces no dejan de jugar mientras se refugian. ¡Nos ataca el enemigo! Un grito que les sirve en la vida real y en sus ficciones bélicas. También deambulan por allí voluntarios de patrulla con el casco de la LCS, que miran al cielo como en los peores días del Blitz de 1940, los cincuenta y tantos días seguidos en los que las bombas caían por racimos con puntualidad alemana y abundancia criminal.

Colin imagina que la población de meretrices se ha desplazado a las zonas de concentración de soldados y que allí nadie hace ya comercio de la carne, pero de repente ve salir de una casa a una muchacha que bien podría responder al oficio. Alta, desgarbada, con el pelo desordenado y poca prisa en el andar. Acerca el Hillman a su altura y se asoma por la ventanilla.

—¡Eh, chiquilla! ¿Tú sabes hacer feliz a un hombre?

La joven cambia de dirección, da dos pasos hacia él y se agacha hacia el conductor que le habla.

—¿A quién? ¿A ti? —le dice con desparpajo.

—Por ejemplo.

–¿Tienes dinero?

Colin le pone en la mano un billete que la muchacha no ha visto desde hace muchos meses, salvo en poder de otros.

–Yo no, que soy muy joven para abrirme de piernas. Pero sé quién hace lo que dices y mucho más por este dinero. Aparca y ven conmigo. Yo te llevo.

Colin obedece y cuando está a su lado, comprueba que la mujer le supera en dos dedos de altura.

–¡Caray! ¡Qué larga eres! ¿Qué te dan de comer en estos tiempos?

–Trago todo lo que encuentro, por mi alimentación no te preocupes –contesta ella con gran descaro, pues no oculta que quiere hablarle con doble lenguaje.

A Colin le gusta la frase. Es propia de putas. Ha encontrado lo que buscaba, de eso no cabe duda. Y si no es ella, sabe su pista.

–¿Cómo te llamas?

–Sandy.

–Oye, Sandy; esa amiga tuya que hace tantas cosas, ¿vive sola? No me gustan los mirones, ni los que escuchan. Ni siquiera las que se hacen las tontas y se rascan cuando follo.

–¡Ja, ja, ja! ¿Te ha pasado muchas veces eso? ¿Alegrarle la tarde a una mirona? –se interesa mientras avanzan por la calle del encuentro.

–A veces pasa. No sería la primera vez.

–Creo que hoy no será uno de esos días.

–Mejor.

Doblan la primera esquina y ante ellos se abre una segunda calle, tan castigada o más que la anterior. Superan dos solares reducidos a cascotes y un tercero que conserva casi intacta la estructura y la fachada. Un voluntario pasea con desgana por la otra acera, o por lo que queda de ella.

–Espera –le dice Sandy–. Háblame de cualquier cosa.

La pareja se detiene frente al edificio mientras el del casco los supera y Colin cumple el encargo.

–Deberías asociarte a tu amiga y hacer la carrera juntas. Tienes un cuerpo de los que enloquecen a los hombres. Cuando acabe con ella te daría otro tanto, aunque solo sea por tocártelo.

–Te ves muy fuerte para tantos esfuerzos.

–Lo estoy, me cuido mucho.

El hombre del casco desaparece, y aunque varias mujeres atraviesan en ese momento la calzada, a la chica no parece importarle.

–Ven.

La larguirucha toma de la mano a Colin y juntos penetran en el portal del edificio. Sin soltarlo, inicia el ascenso por unas escaleras repletas de escombros y cascajos. Tras superar los primeros peldaños, se descubre que la parte trasera de la casa ha desaparecido para dejar al aire las plantas y las habitaciones. En el primero de los pisos la destrucción es más evidente. A la izquierda se corta en hierros y cemento, a la derecha se mantiene el corredor y varias puertas reventadas. Se van hacia una, ella la empuja y dentro se abre lo que pudo haber sido una oficina, desnuda de cualquier objeto, salvo papeles por el suelo y restos de madera apilados en una esquina, frente a un círculo negro de carbones y cenizas.

–¿Éste es el lugar? –pregunta Colin sin saber a ciencia cierta si desea que la chica lo confirme, o que detrás exista un domicilio, o al menos una cama.

–Éste es. ¿No te gusta? ¿No querías que nadie te mirase? Aquí no vas a tener ese problema. Se han ido hasta las ratas.

Colin no contesta. La mira de arriba abajo. Trata de adivinar las partes más mollaras de aquel cuerpo desgalichado, y lo que ve le atrae.

–Tu amiga no existe, claro. ¿Por qué mientes? ¿No te consideras lo bastante guapa como para engatusar a un hombre?

–No, no es nada de eso. Siempre lo digo porque soy menor y si la policía me tiende una trampa, sale más a cuenta tener a mano una amiga puta que serlo.

–¿Menor? ¿Cuántos años tienes?

–Catorce para quince.

–Sí, lo uno lleva a lo otro.

Colin calla y se enrosca a la chiquilla. La besa, le sube las faldas y busca sus glúteos. Ella deja, retrocede y se apoya en la pared. Él va a sus pechos. Lo detiene y se abre el corpiño. Colin los observa y se funde entre ellos a lametones. La toca por abajo. La excita con furia y le dedica nuevos besos. Es un fiero amante, piensa Sandy. En poco tiempo ha logrado que lo desee. Él sigue muy activo. Quizá venga de la guerra y esté muy burro. No es el primer soldadito que la niña se hace contra estas paredes, o abajo, en lo que fue la portería, cuando ellos ni quieren, ni aguantan la espera de subir hasta el

primero. Pero éste es distinto, hace todo por excitarla y consigue llevarla al cielo. Su furia es contenida, amarga y salobre como una nube que la envuelve. Sin duda es el primero que le hace olvidar el trato comercial establecido y es tan placentero que se abandona, suspira y jadea. Se muere por tenerlo ya bien dentro, así que le busca la pretina, se la abre y le alcanza el pene, mientras él sigue un ritmo de dulzura. La mano le transmite una sensación inesperada. Aquello que suponía duro y dispuesto a insertar es un trozo de carne desvaído e informe.

—¿Qué pasa? ¿No te gusto?

Él le lleva los brazos hasta la pared y ella entiende que lo espere. Se deja manosear, pero enseguida regresan las ansias y se pierde como nunca lo ha hecho sin tener al hombre dentro.

Pero también eso es diferente, porque al mismo tiempo que se va en dulzuras y espasmos, nota un dolor frío y desconocido que poco a poco se apodera del placer que hasta ahora era hermoso y lo suplanta. La joven mira hacia su vientre y ve cómo sube hacia sus ojos el cuchillo de Colin, que se alza fuerte y rígido sin que nada detenga su ascenso.

—¿No querías verme dentro? Pues aquí me tienes, en tus entrañas.

La vida se le va en chorros de sangre que hacen charco y el grito que no sale le ahoga en un mareo extremo. Le queda tiempo para escuchar ahilada la voz de su asesino, que se relame de un sabor azucarado, intenso y frío.

—Lo siento. Eras muy simpática. Pero en esta vida los lobos siempre se comen a los corderos.

Cuando el filo de la hoja tropieza con el hueso, Sandy no tiene apoyos para mantenerse en pie y se derrumba como un fardo. Él completa la faena y se masturba, no sin esfuerzo, sobre el cadáver. Es lo único que puede hacer desde que la sangre de sus víctimas sustituye la fuerza de la suya.

Le ha manchado el tres cuartos, los puños y el pantalón. Se quita el abrigo, lo dobla con el forro hacia afuera y prueba que con él tape lo más evidente. Los chafarrinones del pantalón son bien visibles, de modo que comprará otro en el primer comercio. Cachea a la muchacha y encuentra el billete que le acababa de dar, también tiene una libra y calderilla. Se hace con todo, limpia el cuchillo con su falda y sale hacia el Hillman. Buscará la tienda y se irá al hotel. Mañana ya no piensa dormir allí. No conviene permanecer en el mismo

alojamiento cuando Alaric reciba el mensaje. Si realmente ese hombre es un traidor, los ingleses pueden sospechar que anda suelto un nazi peligroso.

* * *

La sección de anuncios de *The Times* tiene al día siguiente un atento lector en uno de los departamentos del Oberkommando des Heeres, el de la coordinación de la Defensa de Francia que encabeza el general Kurt von Crüwell. Es su amigo y asistente, el coronel Ludwig Knispel, quien no tarda en localizar el mensaje, que esperaban para hoy, o a más tardar, mañana.

–Lo tengo general. Joergan ha cumplido su objetivo con rapidez. Los códigos están en la Igloo Tavern. No especifica la calle, por lo que supongo que es un dato sin relevancia. El contacto debe producirse mañana, a las cinco de la tarde.

–La hora del té inglés –reacciona Von Crüwell con una sonrisa.

–Joergan nos ha salido humorista.

–No lo creo –rechaza el general–. Tiene la cabeza tan llena de sangre que es incapaz de concebir el sentido del humor. Estoy seguro de que solo se trata de una coincidencia. Hay que llamar inmediatamente a Madrid.

–¿Quiere que lo haga yo?

–No, no. Prefiero hablar directamente con Leissner. Ordene lo pertinente y cuando Madrid esté en condiciones de recibir, me avisa. Ojo, no me vale nadie que no sea el propio Leissner. No me fío de Kühenthal.

–Así será. Con su permiso, voy al locutorio.

–Sí, sí; vaya.

El coronel Knispel pide al operador que establezca contacto con Leissner y veinte minutos después avisa a Von Crüwell de que puede hablar con la estación Centro madrileña. El general entra en la habitación con un papel en la mano donde ha escrito el mensaje. Su asistente le pone los cascos y él se sienta ante el micrófono.

–Tome buena nota, jefe Leissner. El siguiente texto debe ser transmitido hoy al agente V-Mann 319 de Londres con absoluta urgencia y con prioridad sobre cualquier otro, sin añadidos, eliminaciones ni comentarios de ningún tipo: «A las 17.00 horas de mañana, día 30 de mayo, debe recoger en Igloo Tavern –

deletreo I G L O O T A V E R N—, Libro de Códigos cuya entrada en vigor se comunicará en mensaje posterior. Envío a nombre de Arabel». Fin del mensaje.

Von Crüwell ha sopesado la evidencia de la trampa. El envío de un Libro de Códigos a un personaje como Alaric, pidiéndole cita en un bar, es absurdo y temerario, pero ¿cómo podría negarse un agente a ir? Si es un traidor, se delata no acudiendo. Y si es fiel, obedecerá sin riesgos. En cualquier caso, Colin podrá seguirlo y comprobar su comportamiento.

Aun así, Leissner no puede reprimir su estupefacción.

—¡Pero, mi general! ¡Esto es un suicidio!

—Sin comentarios, Leissner; sin comentarios. Son instrucciones superiores y se exige el máximo secreto.

—¡Pero V-Mann 319 podría caer en manos del enemigo y vivimos momentos trascendentales! ¡El mensaje contiene información peligrosísima! El agente protestará de forma airada y a mi juicio, con razón.

—Le acabo de decir que el mensaje no admite ni la más mínima alteración. Es una decisión que ni a usted ni a mí nos corresponde juzgar. Límitese a cumplir órdenes o aténgase a las consecuencias.

Wilhelm Leissner comprende que sus prevenciones son inútiles y finalmente acata las órdenes de Berlín.

—Se hará como manda.

—*Heil Hilter!* —escucha por último.

—*Heil* —responde sin entusiasmo.

Leissner quiere deshacerse cuanto antes de lo que para él es un enojoso y torpe cometido, por lo que decide no comentárselo ni a Kühenthal, ni a Federico, ni a nadie, salvo al operador, que en esta ocasión pondrá también la voz. Cuando haya sucedido, se lo presentará a todos como inevitable y entonces escuchará las lamentaciones de ambos y las del propio Alaric, que a todas luces explotará en indignación.

Sus previsiones no solo son acertadas, sino que van mucho más allá de lo que imagina, porque el mensaje, una vez que obra en poder de Juan, provoca la llamada inmediata a Harris.

—¡Se han vuelto locos! ¡Lee lo que me dicen!

Tommy se hace con la transcripción y a medida que penetra en ella muda la

expresión de su rostro hasta reflejar un profundo desconcierto.

—¡Y tanto! Esto huele mal desde lejos, pero no por locura, sino por trampa. Alguien desconfía de ti y te quieren localizar. ¿Cómo se atreven a transmitir un lugar de contacto con fecha y hora explícitas? ¿A quién se le ocurre utilizar tu nombre en clave? ¿Qué es eso del nuevo libro de códigos secretos? ¡En este momento...! ¡Cuando se juegan el ser o no ser del III Reich! ¡Es un auténtico disparate desde su punto de vista!

—¡Y desde el nuestro! —razona Garbo—. Al menos si pensamos que mantienen su confianza en mí; pero no si tratan de ponerme a prueba...

—Claro, claro. Tan tontos no son como para arriesgar su fuente informativa con una entrega absurda, por lo tanto solo nos queda apostar por la segunda opción, la mala. Y si es así, hay otra conclusión insoslayable.

—¿Qué deduces?

—Lo único que le da sentido a todo esto. Han introducido un hombre en Inglaterra, que espera verte y localizarte en esa Igloo Tavern.

—¿Dónde está? ¿La conoces?

Harris no responde. Despliega el mapa de Londres y busca en la guía telefónica la dirección del bar.

—¡Ajá! Berners Street. Sí, he estado alguna vez. No creo que sean sospechosos de nada. Si la eligen será por alguna circunstancia que les favorece tu seguimiento.

—¡Joder, joder, joder! —exclama Juan con palabras inusuales en sus labios.

—Sí, es tan jodido que ni siquiera me atrevo a plantearlo más arriba. ¡Imagínate si les vamos con éstas! ¡Se les cae el mundo encima!

Harris y Garbo saben que la invasión es cuestión de días, quizá de horas. Si el engaño sobre el Pas de Calais a favor de Normandía quiebra, podría darse marcha atrás y aplazarla. Quién sabe, quizá meses. Eso acarrearía consecuencias que son inimaginables ahora mismo. Todo el trabajo de años tirado por la borda. Todas las mentiras que Churchill exige para guarecer la gran verdad solo serían un montón de flores secas barridas por el viento. Un abismo que los dos hombres comparten en soledad y silencio durante varios minutos con sendos nudos apretándoles los estómagos, como si soportasen una pesada digestión.

—Nos corresponde afrontarlo a nosotros. No nos queda otro remedio —dice

Juan tras la pausa—. Tenemos una ventaja. Con toda seguridad este hombre tiene dificultades para comunicarse con Berlín. Mientras no confirme sus sospechas estaremos a salvo, e incluso, si lograra su objetivo, pasarán horas hasta que la reputación de Alaric se resquebraje, y antes de que lo haga, hay que eliminarlo y actuar como si nada hubiera pasado.

—Comparto el planteamiento, pero analicemos los pasos a dar. El primero, ¿ir o no ir a por los códigos? —pregunta el agente angloespañol.

—Ir. Lo contrario sería corroborar la sospecha ante quien la plantee.

—De acuerdo —admite Harris—. Segunda cuestión, ¿cuándo? ¿A la hora que te indican o antes?

—La hora es una engañifa. Seguramente ese hombre ya está en este momento a las puertas de la Igloo. Al menos, yo lo haría así.

—Y yo, naturalmente. Bien, despreciemos la hora y centrémonos en el quién. ¿Vas tú, voy yo, o va una tercera persona?

—Debo ir yo. Si Alaric piensa como un espía de verdad y recibe una cita de este estilo, no es lógico que delegue en alguien extraño. Podría ser Araceli, pero en estas circunstancias... ¿Estamos de acuerdo? Distinto será que ponga el grito en el cielo de Madrid por arriesgar de forma tan torpe mi cobertura y mi organización. Lo haré como lo haría Alaric, en solitario y con todas las precauciones para no ser seguido.

—¿Y si te localizan?

—Si vinieron para eso y nos sale mal..., ya no sé qué decir. Pero en ese caso estoy seguro de que será uno solo. Lo descubriremos si me sigue, y tú vas tras él. No se moverá con agilidad por Londres. Y una vez localizado es cuando avisamos al Scotland Yard. No tendrá tiempo a confirmar sus dudas, ni a comunicarlas.

* * *

A las cuatro y media de la tarde, Juan está a dos manzanas de la Igloo Tavern. Han decidido que entre y salga andando. Si permanecen emboscados dentro de un coche, antes o después están obligados a moverse. Para vigilar al supuesto agente, Harris se encuentra en la galería de un primer piso desde el que observa bien todo el escenario. Pertenece a los Starkey, un matrimonio de

ancianos que no han puesto ninguna objeción a colaborar, más bien todo lo contrario, pues ya es el segundo té que la mujer le sirve para entretener la espera. En las dos horas de control nada ha levantado las sospechas del agente, que escudriña cada coche y cada peatón con unos prismáticos de campaña que le dan una excelente cercanía de todo cuanto se mueve en Bernest Street. Nada más detectarlo, saldrá del piso tras sus pasos y a fin de darle tiempo para confirmar el hombre del que se trata, han previsto que Juan, en su salida, se encamine primero a la derecha, la dirección opuesta de donde se encuentra Harris, y luego, bruscamente, como si olvidase algo, retrocederá hacia la Igloo Tavern, aunque sin detenerse en el bar. Todo ello con parsimonia, con la tranquilidad de quien se cree libre de vigilancia. Ha sido una sugerencia de Juan, que recuerda cuando así lo hace en el Retiro con Araceli para comprobar si son seguidos.

A las cinco menos dos minutos, Juan sube los siete escalones que separan la Igloo del ras de la calle. En los alrededores, nada se altera. Entra y se dirige al camarero, que tal como estaba previsto es Albert, el receptor del paquete.

–Buenas tardes. Vengo a recoger lo que dejaron a nombre de Arabel.

–¡Ah! Sí. Aquí lo tengo. La verdad es que esperaba una mujer.

–Y es para una mujer, pero me ha enviado de recadero. Ya sabe lo persuasivas que son cuando quieren.

–¡Oh! Sí, desde luego. Aquí tiene.

–Muchas gracias. ¿Le debo algo?

–En absoluto. El caballero que lo dejó fue muy generoso con la propina.

–Por cierto, ¿cómo llevaba el pelo?

–¿Cómo dice?

–Sí, se lo pregunto porque es muy presumido y se lo cambia constantemente. Antes de volver a verlo, mañana o pasado, a Arabel le intriga saber cómo se lo cortó ahora y me pidió que se lo preguntase.

–Pues... no sé, muy corto por decir algo. Eso es lo más sobresaliente. Como bola de billar, después de *tondre la pelouse*, como dicen los franceses.

–Entiendo. Ya lo ha llevado así otras veces. Ha sido usted muy amable. Buenas tardes.

–Buenas tardes, caballero.

Juan abandona la Igloo Tavern con el libro apretado sobre el pecho. Quiere

dar a entender a quien lo vea que le da aprecio y que lo guarece ante cualquier contratiempo. Camina hacia la derecha a paso lento. Harris ha bajado los prismáticos en beneficio de tener una visión general de la calle. Ninguno de los que ahora la transitan le merece la atención. Tampoco sale nadie de los coches. Una inquietud le atenaza la garganta. Juan da la vuelta y ya regresa hacia él. Nada. Debe ir detrás, pero ¿detrás de quién? Saluda al matrimonio y baja corriendo a las aceras de Bernest Street. Juan ya ha llegado a Oxford St. camino de la Tottenham Court Road. ¡Qué desastre! ¡Es posible que ahora el vigilado sea yo mismo!

Está previsto que Juan tome el metro hasta Waterloo. Allí lo dejará y andará hasta Pimlico seguido por Harris. A una señal de éste, Juan subirá a un taxi y le indicará la dirección del domicilio de Tommy. Éste seguirá en otro taxi al supuesto agente y cuando aparque, a la espera de cazar a Juan en algún renuncio, comunicarán lo que ocurre y el Scotland Yard caerá sobre el hombre con la mayor discreción y eficacia posibles.

Tommy aprieta el paso para no perderlo, pero ni en la estación, ni en el recorrido hasta Pimlico es capaz de señalar a alguien que repita sus mismos movimientos. O nadie ha acudido a la Igloo, o ha logrado engañar a los dos.

Con esa certeza, sin nadie a quien seguir, Harris da el conforme para cortar el plan y regresar a Jermyn Street por sendas rutas. Quizá los alemanes se han vuelto locos de verdad, mantienen su fe en Alaric y la entrega de los códigos sea en realidad su único objetivo en esta extraña pirueta.

* * *

Media hora más tarde los dos hombres se derrumban en los sofás de la oficina entre exhaustos y asustados. Han vivido su última travesura, pero a estas horas confiaban tener la certeza sobre lo ocurrido y están como al principio; o peor, con temores más profundos.

—Es posible que nos hayamos precipitado. Pensemos que solo querían hacer la entrega de los códigos —dice Harris en busca de consuelo.

—Ni hablar. Jamás lo harían así, al menos los hombres para los que yo trabajo. Ha ido un tipo a la Igloo, un agente de pelo muy corto del que jamás me hablaron que existiese en Londres. Claro que yo les prohibí intercambios

de contactos. Si el libro se lo mandan a él..., ¡a saber cómo!..., ¡también podrían habérmelo remitido a mí! ¿No comprendes que es absurdo?

–Haberlo pensado antes.

–¡Y lo pensamos! Lo que no imaginamos fue que pudiese darnos esquinazo.

Una sensación de terror, torpeza y vergüenza se apodera de los dos agentes. Ellos que se creían tan listos, han cometido error tras error. Y no de pequeña monta. Overlord está en riesgo de ser cancelado por su culpa.

–¿Para qué necesito yo un libro de códigos? –se desespera Juan–. ¡Abre el paquete! Por algún lado descubriremos que no son recientes.

Tommy desata la seda y desenvuelve el libro con sumo cuidado, por si alguna de sus piezas pudiese suponer una prueba. Es una encuadernación en rojo, páginas y páginas repletas de combinaciones alfabéticas. Se lo entrega a Juan, que pasa las hojas a gran velocidad.

–¡Aquí está! ¡Las claves de cinco letras y de tres que ya utilizaba en Lisboa!... ¡Y las actuales para transmisiones de radio! ¡Antiguas e inservibles! ¡Es un manual de ejercicios con destino a la instrucción en su manejo! ¡No vale para nada! ¿Para qué me lo mandan? ¿Para que caiga en poder de los aliados? ¿O para que yo caiga en las suyas? ¡Es una auténtica mierda!

–Han venido a por ti. Ahora no cabe la menor duda. Y si nos han seguido...

–¡El hombre del pelo corto! ¿No recuerdas haber visto ninguno así en tu recorrido?

–En Waterloo se baja un tipo con un gorro de lana. No lo vi en Tottenham, pero ahora recuerdo que en ese momento me viene a la cabeza.

–¿El qué?

–Que tenía el pelo muy corto, como si acabase de rapárselo y estuviese con frío, aunque hoy ha hecho sol todo el día.

–¿Cómo era?

–Bastante joven. Fuerte..., atlético, diría. De los que se ven pocos porque a esa edad, o estás herido...

–O estás movilizado. ¿Y qué hace?

–Toma la dirección contraria.

–Qué mala espina.

–No te asustes, por favor.

–No me asusto más de la cuenta, pero si ha llegado hasta aquí, a estas horas

ya sabe en qué bando estoy.

–Y querrá matarte.

–¡Tommy! ¿Y tú dices que no me asuste?

–Tienes que hablar por la radio.

–¡Qué incompetentes hemos sido! ¡Es él! ¡Seguro! Quizás actúe con otro apoyo y por eso no le importó dejar de seguirme. ¡Lo veo muy claro, me lo dice mi intuición y rara vez me falla!

–Salvo hace una hora.

Juan se agarra la cabeza para que descansen los músculos del cuello.

–Ahí no falló la intuición, falló el seguimiento. ¡El hombre estaba ahí!

Es un buen análisis. Los dos agentes se revelan muy torpes en un terreno que jamás han pisado, la acción. Podría confirmárselo Tim Lenny, un muchacho de dieciséis años que recibe cien libras a cambio de un pequeño favor, seguir al hombre que salga de la Igloo Tavern con un paquete en la mano, mientras Colin, moviéndose con libertad entre ellos, pasa desapercibido.

–Llamaré al Scotland Yard –dice Harris–. En las actuales circunstancias es absurdo no hacerlo. ¿Estás de acuerdo?

Juan asiente. No solo cree que deben comunicarlo, sino que teme que sea demasiado tarde.

La oficina le consigue línea directa con el inspector jefe Charles Lestrade, quien escucha en silencio las explicaciones de Tommy hasta que concluye:

–Tenían que haber llamado antes. Un campesino de Crown Corner ha encontrado semienterrado un paracaídas alemán y huellas de un salto en un cultivo. Ya lo sabe el alto mando.

–¡Maldición! ¿Qué le han dicho?

–Que no perdiésemos tiempo y no lo hicimos. Está localizado. Se aloja en The May Fair. O se alojaba.

–Aquí al lado...

Harris comprende hasta qué punto son graves los errores cometidos y se ofusca. El inspector Lestrade está más lúcido, posiblemente porque desconoce hasta el final las terribles consecuencias de aquel desbarajuste.

–No hay tiempo que perder. Permanezcan en ese lugar y no tomen decisiones. En menos de diez minutos estará ahí una patrulla y los inspectores.

–De acuerdo –finaliza Harris.

–¿Qué dice? –le pregunta Juan ansioso por noticias.

–Está o estaba alojado en The May Fair. Tu intuición no te falló. Aunque algo tarde, no te falló.

Antes del tiempo anunciado por Lestrade, los inspectores del Scotland Yard, Peabody y Winter, entran en la habitación de Jermyn Street. Les siguen tres guardias uniformados y, al verlos, Juan se alarma ante el nuevo error cometido.

–¡Esta vez nos hemos superado en torpeza!

–Explíquese –le solicita Winter, incrédulo al comprobar que su sola presencia era causa de tan graves conclusiones por parte de aquel caballero que hablaba inglés con el chapurreo de un pato.

–Si, como sospechamos, el paracaidista vigilaba la oficina para cerciorarse de sus sospechas, al ver la llegada del Scotland Yard, ya no le queda ninguna duda de las cartas a que juego.

–¿Quién es este hombre? –pregunta Winter a Harris con una mueca de pocos amigos.

–Este hombre –responde Tommy con orgullo– es el agente más importante de Inglaterra, del Reino Unido y de las fuerzas aliadas.

–Perdón –se excusa el inspector, consciente de que los errores se encadenan en beneficio único del paracaidista que buscan–. Vamos a ver si logramos pensar en la dirección correcta. Suponiendo que haya sucedido lo que el señor...

–Garbo –dice Harris.

–... si el señor Garbo acierta, ¿cuál es el peligro más inminente que debemos afrontar?

–Que lo comunique a los alemanes –responde Juan sin atisbo de duda.

–¿Tiene medios para lograrlo?

–Según las cábalas que nos hacemos, no. Han enviado a un *killer*, un agente fácil de camuflar en Inglaterra dispuesto a todo, pero no es factible que haya saltado con un equipo de radio, ni que la tenga a su disposición.

Winter añade una información que podría estar relacionada.

–Una mujer ha denunciado el asesinato de su hija en el West End. La abrieron en canal como hacía El Hijo del Destripador. Nuestras primeras deducciones apuntan a que se trata de la misma persona. Alguien que marchó

de Inglaterra y que ha vuelto.

–Tiene sentido –corroborra Harris–. Por suerte, no abundan los destripadores ni los agentes alemanes dispuestos a saltar sobre Inglaterra para matar a una persona.

Peadbody, que ha guardado silencio hasta el momento, reconduce la conversación que sostienen unos y otros.

–Volvamos a lo prioritario. Si no tiene forma de comunicarse directamente, ¿qué medio seguro utilizarían ustedes? Me gustaría comprobar si coinciden con lo que estoy pensando.

–No es despreciable suponer que un camino seguro es la sección de anuncios por palabras de un periódico. Ya fueron utilizadas en ocasiones anteriores para estos contactos –aporta Juan–. Bastaría comprar un anuncio para la edición que sale al extranjero.

–*The Times* –añade Harris–. ¿Es su misma idea?

–Absolutamente –confirma Peadbody.

–¿Pues a qué esperamos? Si la deducción es la correcta, ahora mismo nuestro hombre está en la sede del periódico.

Harris se ofrece a ir con los policías. Juan permanecerá en la oficina para escribir el siguiente mensaje, un mensaje decisivo de cuya credibilidad penden muchas vidas, pero si no se neutraliza al paracaidista...

* * *

En el departamento de recepción de anuncios de *The Times*, en Printing House Square, se ha formado una pequeña cola de clientes, algo inusual en los últimos tiempos, pero la actividad parece renacer por días y la sección recobra los espacios que ocupaba antes de la guerra. El tercero en la espera para ser atendido por una de las cuatro oficinistas es Colin McAfee, es decir Joergan Ter Traak Guttmann, también llamado El Hijo del Destripador, aunque él no lo sepa, ni quienes se lo llaman sepan todavía que es él. En la mano lleva el texto de un anuncio que le entrega Von Crüwell en previsión de confirmar la desafección de Alaric, ahora plenamente segura tras la entrada del Scotland Yark en Jermyn Street. Él lo comprueba desde el Hillman aparcado en la propia calle, tras burlar a esos dos aprendices de espías que se manejan por su

ciudad como un par de patos perseguidos por el zorro.

Llega su turno y deposita la hoja sobre el mostrador.

–Quiero esto en Traspasos, pero en la edición internacional de mañana.

–Estamos a punto de cerrarla.

–¿Pero llega o no?

–Llega. Aunque le aconsejo que la próxima vez lo contrate antes de las seis de la tarde. Se lo digo para su tranquilidad. Si fuese la edición inglesa no tendría tanta urgencia.

–Bien, estoy avisado.

La joven lo toma y lo lee:

«Colin. Traspaso Restaurantes Antiguos Italianos Dahengam O Redbridge».

No es la misma mujer de la ocasión anterior, pero le hace idéntica recomendación.

–Señor, le sugiero que entre los nombres de los distritos de Londres transforme la O en un guión y le saldrá más barato.

También la reacción de Colin es igual a la anterior.

–Póngalo tal como va. Ni usted ni yo somos quienes para corregir a mi jefe.

–Como quiera, pero al menos añada un teléfono, una referencia.

Ahora no necesita añadir la fecha camuflada en el número telefónico, pero Colin comprende que su texto carece de sentido sin un contacto. Recuerda el número utilizado en el primer mensaje y lo repite.

–¡Ah, claro! Perdón. Escriba el 17305.

–Falta un número.

–¿Un número?

–Un dígito. Me da cinco y son seis.

–Sí, dos ceros, dos ceros. 173005.

–Muy bien –la mujer termina de teclear el teléfono–. Si hace el favor de leerlo, me da su conforme.

Lo hace y con el OK piensa que la sentencia de muerte de Alaric está firmada. Una gran noticia para él, porque no solo cobrará el doble de lo establecido siendo fiel, sino que también le dará la oportunidad de dejar en Inglaterra una segunda víctima. Regresará a la casa donde lo ha visto y estudiará cómo matar a ese bicho repugnante de Alaric.

Colin paga y sale hacia su Hillman, aparcado en una calle lateral.

En ese instante, los inspectores y Harris entran por las puertas opuestas del bajo. Los guardias se han repartido en cada una de las zonas de acceso y ellos van directamente a la sección de *Classified ads* para interrogar con la mayor celeridad a las recepcionistas.

–¿Ha atendido en las últimas dos horas a un hombre con el pelo muy corto?

La que habla con Harris responde afirmativamente.

–Acaba de salir en esa dirección.

Los dos inspectores se lanzan a la carrera, mientras Harris permanece en la sección.

–Recupere el texto que le haya entregado ese hombre.

–Pero... es para la internacional y está a punto de cerrar.

–Señorita, es una cuestión de seguridad nacional. El director del periódico recibirá todas las explicaciones que sean pertinentes.

La mujer obedece. Aún lo tiene en su poder, y por lo que observa a su alrededor, no tiene trazas de ser ninguna broma.

Harris lo lee:

«Colin. Traspaso Restaurantes Antiguos Italianos Dahengam O Redbridge. 173005». No le cuesta trabajo descubrir su verdadero contenido: TRAIADOR.

–Hemos llegado a tiempo. Por favor, lo va a sustituir por el siguiente texto. Tome nota:

«Colin. No Obra. Traspaso Restaurantes Antiguos Italianos Dahengam O Redbridge. 173005».

–¿Cuánto le debo?

La mujer se ríe.

–Si el asunto es tan grave como dice, mi director verá bien que el periódico le regale esas dos palabras.

–Sepa que realiza un acto de patriotismo. –Se lo agradece Harris con otra sonrisa.

Dos detonaciones alertan a los presentes. Harris sale a la calle cuando suenan otras tres. Son armas distintas, sin duda. Al doblar la esquina de la plaza, ve a los inspectores alrededor de un hombre tendido en el suelo. Es Colin. Ha disparado su arma al verse sorprendido y los inspectores lo abaten al lado del Hillman. Dos certeros disparos en el pecho y un tercero que le vuela la cabeza con salida de masa encefálica. La muerte del agente es

instantánea. Habrían preferido interrogarlo, pero Colin, o como se llame, no volverá a pronunciar palabra.

* * *

Al día siguiente *The Times* y el resto de periódicos informan que ha sido resuelto el olvidado caso de El Hijo del Destripador, cinco asesinatos cometidos entre 1937 y 1940, así como otro perpetrado anteayer en el West End. La noticia contiene una nueva mentira, porque la foto que acompaña al relato de los hechos no será la de Colin McAfee / Joergan Ter Traak Guttman, sino la de un antiguo policía convenientemente trucada, y como nombre verdadero del asesino se usa el de un belga inexistente, Aarjen Dumortier, un guiño a la gran mentira.

Cuando en la morgue despiezan al verdadero Joergan, el Scotland Yard encuentra todas las evidencias que permiten reconstruir al falso Colin y al falso Aarjen. En el cuchillo hay rastros sanguinolentos que coinciden con la sangre de Sandy. Lleva encima ¡más de nueve mil libras! y la pistola Webly Scott tiene un rastro que se pierde en Europa. También han encontrado las ropas ensangrentadas y otras que ordena lavar en The May Fair. En el dobladillo del pantalón está la hoja donde se describe a Juan Pujol García, Alaric, el hombre que levantó las sospechas del general Von Crüwell. No llega a descoserlo. La sabe de memoria.

* * *

El nuevo mensaje a Madrid del agente Alaric se hace eco de trascendentales descubrimientos con los que se trata de cerrar el círculo a la espera del gran desembarco. Juan lo expresa así y añade una nota que compete a su persona:

«El Ejecutivo de Guerra Política es el órgano de toda la propaganda extranjera y coordina las directrices basadas en las recomendaciones políticas formuladas por el Foreign Office, el Gabinete de Guerra y el Cuartel General de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas. Este último es conocido por sus iniciales SHAEF. Así, el Ejecutivo de Guerra Política es el portavoz de Eisenhower, Eden y los jefes de Estado Mayor británicos. Como la labor de este departamento es secreta, es muy posible que Berlín no esté al corriente de

estos importantes hechos y por tanto recomiendo que se haga lo necesario para que los jefes competentes sean notificados de ello, de manera que los expertos puedan evaluar e interpretar los planes estratégicos, hasta ahora desconocidos para nosotros, pero que gracias a mi actual posición estarán disponibles en el futuro. Conociendo las informaciones que hay detrás de estas directivas, junto y las de mi agentes, sabremos cuáles son las intenciones futuras del enemigo.

»He estado también con el hombre enviado de Berlín para darme los códigos. Ni los he mirado. No sé por qué no me los entregó personalmente y esperó unos días a presentarse. Tampoco sé por qué no me los mandaron a mí. Ya le he dicho que ha sido una temeridad toda esta operación, pues puso en peligro mi red. Dice que no tiene más mensajes que el publicado en *The Times* el 2-VI. No sé a qué se refiere, pero quiere que se lo hagan llegar a su jefe de Berlín. También me pide le transmita al mismo oficial que desea permanecer en Inglaterra varias semanas. Concretamente afirmó que “va a procurar destrozos”. Confío en que no sea nada que me perjudique, ni a mí, ni a mis hombres. Fervorosos saludos a la causa, como siempre. *Heil Hitler!*»

* * *

En Madrid, Leissner, Kühenthal y Knappe Ratey conocen la transmisión de Alaric y se alegran tanto como Garbo de que las sospechas sean sin fundamento. Su valioso agente ha superado las reticencias de Berlín, y Von Crüwell va a tener que tragárselas como un sapo de piel repelente. Si llega a conocimiento de Hitler el gasto originado y el riesgo corrido por la red Arabel, el general puede pasar el resto de sus días bajo llave, o lo que es peor, bajo tierra. Pero no van a ser ellos quienes alteren el humor del Führer. Se viven días de intensidad contenida y se limitarán a rebotar el mensaje como todos los anteriores. Si los últimos párrafos de Alaric despiertan curiosidad en el Mando, que sea en Berlín donde se investigue el comportamiento de Von Crüwell.

El asistente del general recoge el mensaje al mismo tiempo que el almirante Canaris, al frente de la Abwehr, que el coronel Alexis von Roenne, en el FHW de Zossen, y que el resto de los oficiales conocedores de los informes de Alaric, pero a diferencia de todos ellos, Knispel tiembla cuando tiene entre

sus manos el rebote de Madrid. Tanto él como su superior inmediato ya han leído en *The Times* el diagnóstico de Colin, el NO TRAIADOR que los deja en una situación complicada por llevar más lejos de lo admisible una simple sospecha de doble espionaje que afecta a la pieza más importante con la que cuentan los servicios de inteligencia, el impoluto, infalible y siempre bien informado Alaric, su «hombre de confianza» 319.

En ese caso confiaban en que el silencio fuese su principal aliado para salir indemnes de la misión, pero el comunicado de Alaric los deja con las vergüenzas al aire. Nada más acabar su lectura, el coronel Ludwig Knispel acude al despacho de Kurt von Crüwell, y se presenta a él con cara de empujar garganta abajo las sabandijas que desde Madrid le augura Leissner.

–Mi general, Alaric menciona a Joergan –dice como único saludo.

Crüwell muda su expresión y palidece.

–Déjeme verlo.

«... He estado también con el hombre enviado de Berlín...» «... Se lo hagan llegar a su jefe inmediato...» Por tres veces habla de Berlín en su mensaje. Maldito Alaric. Ahora, más que nunca, Von Crüwell está convencido de la traición del agente. Ha descubierto a Colin y está señalándolos para que Hitler se enfurezca y les pida rendir cuentas. A Günther Koller, el jefe de la Luftwaffe, tampoco le va a sentar nada bien esta última comunicación de Juan.

–Coronel, amigo Ludwig; un jefe militar debe saber siempre estar a la altura de sus decisiones, porque de ellas dependen las vidas de muchos hombres. Y cuando éstas son erróneas, la siguiente debe ser la acertada.

En ese momento golpean en la puerta. Es un sargento de transmisiones. El general debe presentarse ante el mariscal de campo Wilhelm Keitel a la mayor brevedad.

–Ya lo saben –concluye Von Crüwell cuando el sargento abandona su despacho.

–Quizá sea otro asunto –le tranquiliza su asistente.

–Jamás me ha llamado Keitel a una reunión individual. Le deseo suerte en esta vida, coronel.

Crüwell se retira al servicio de su despacho. Cierra la puerta, desenfunda su pistola, abre la boca, introduce en ella el cañón y dispara. Knispel camina ya por los pasillos cuando escucha la detonación. Todavía duda si afrontar la

investigación y acogerse a la obediencia debida, o seguir los pasos de su superior. Piensa en su familia y decide arriesgarse. El suicidio del general le abre las puertas a su defensa. Todo fue idea de Von Crüwell. Perderá el mando, pero salvará la vida, o en eso confía.

* * *

Los soldados alemanes de guardia en la costa de Calais han abatido dos palomas mensajeras de los ingleses. Están mal entrenadas, se han despistado, o algo les ha hecho perder el rumbo, porque no deberían volar por allí. Además, los aliados son tontos. Utilizan códigos que hasta un niño podría descifrar. Los dos animales llevan en sus patas el distintivo de los ID FUSAG, lo que confirma las informaciones de Alaric y el testimonio de las fotografías aéreas sobre Dover y alrededores. El FUSAG es la gran concentración de fuerzas en torno a Calais. Los nuevos avistamientos de los agentes de Arabel, desde Escocia a Hamilton en dirección Calais, no hacen más que confirmarlo. Nadie sospecha que las dos palomas han sido entrenadas por la resistencia francesa para realizar precisamente ese vuelo que les lleva a la muerte y así dejar en manos alemanas una nueva prueba del falso e inexistente FUSAG.

Los alemanes discurren que si Calais es el objetivo, deben desplazar tropas de los alrededores hacia ese punto. Tropas, por ejemplo, que ahora mismo refuercen las playas de Normandía, otro punto caliente desde el que concebir un ataque, aunque, claro, ni tan lógico, ni tan documentado como el estrecho. ¿Por qué van a concentrarse en Dover para navegar mil o más millas absurdas hacia Normandía con el riesgo de que el convoy sea atacado nada más hacerse a la mar?

Y ésa será la orden. Varias divisiones estacionadas en las poblaciones próximas a los arenales de Normandía inician su marcha hacia el norte y otras del interior de Francia toman la misma dirección, sin que ello signifique descuidar la defensa de ninguna posición, ni que los aliados intuyan su elevado grado de información.

La prensa certifica la existencia del ejército fantasma. El *Kent Messenger* de Canterbury acoge en sus páginas locales las quejas de unos vecinos que están hartos de aguantar los cánticos y las borracheras de los soldados allí

acantonados, y ruegan a sus superiores que los vigilen y les reprendan por un alboroto «que hasta los alemanes pueden oír en la otra orilla del canal». Son estúpidos, piensan los agentes alemanes de inteligencia que escudriñan la prensa inglesa, incluso el *Kent Messenger*. No se oyen esos cánticos, por supuesto, pero no es necesario, me lo están diciendo ustedes con sus cartas al director del periódico.

Las palomas, las tropas en formación, el humo de las tiendas, las rodadas, las protestas de los vecinos y hasta el polvo de la obra son piezas del engaño que Juan celebra como propias, pues en cierta manera es así, fruto de aquel momento en que decide poner sus mentiras al servicio del mundo libre. Y se regocija solo con pensarlo. También lo hacen Thomas Argyll, Tar Robertson, el hombre de la Doble Cruz que coordina sus espías de atrezo con la maestría de un director de escena, y el propio David Petrie, jefe supremo del MI5, antigua denominación de lo que en ese momento es ya el Security Service de Su Majestad. Una buena comedia debe basarse en unos personajes creíbles. A partir de ahí se les cuelgan los diálogos que se desee.

Así piensa el teniente coronel Jervis-Reid cuando descubre en una oficina de Leicester a un actor australiano con el grado de teniente llamado Clifton James, que a cada paso jura en arameo no ser el hermano gemelo del mariscal Montgomery. Tal es el ambiente de embustes que se ha apoderado de todos los militares aliados, que nada más ver a Clifton James, nace en ellos la Operación Copperhead. Jervis-Reid propone al coronel David Niven enviar a Clifton James de gira por el sur de Europa haciéndolo pasar por Monty. De esa forma nunca faltará un avisado espía alemán que le vaya con el cuento a Berlín y el III Reich en pleno crea que la invasión todavía está verde, pues no es concebible una acción militar de envergadura mientras Montgomery se pasea a miles de kilómetros del escenario de las operaciones.

Y así se hace. Tras unas apresuradas sesiones de ensayo y aprendizaje, y tras pegarle al actor un dedo que le falta desde la primera gran guerra, James aparece revestido de Monty en Gibraltar a finales de mayo. La Roca es terreno fértil en correveidiles de todos los bandos, buscavidas y acobardados agentes, refugiados donde no se prevén movimientos peligrosos, aunque sí interesantes. De hecho, Garbo está allí una temporada y la situación estratégica del enclave siempre es capaz de producir noticias. Y tanto. Montgomery en Gibraltar da

pábulo a cualquier especulación, menos la de pensar que en Pas de Calais han tocado a zafarrancho.

Meyrick Edward Clifton James también tiene que dejar de fumar y dominar su afición a los alcoholes para que el abstemio Monty sea creíble, pero el actor es un profesional y solo fuma a escondidas. Luego se programa una visita más alejada todavía de Calais, Argel. Y luego lo esconden en El Cairo, para que de ningún modo haya dos Montgomerys a la vista.

A la Operación Copperhead hay que unir en el sur de España el fantástico episodio de *El hombre que nunca existió*, el cadáver flotante que se suelta al mar para que aparezca en una playa con documentación sensible en su poder, destinada a ser leída por los alemanes y así hacerles creer que han encontrado el cuerpo de un enlace secreto, aunque todo sea filfa de la buena. Y a ellas unamos la Operación Ferdinand, un ataque anfibia a Roma; y la Zeppelin, un asalto a los Balcanes, y la Vendetta, que simulaba otro desembarco en Marsella.

Sí, Garbo tiene mucha competencia en el arte de fabricar mentiras. Todas obedecen a la máxima de Churchill, cuando ordena proteger entre algodones de trápalas la gran verdad que está a punto de suceder.

* * *

Se acerca el día D. Se han bombardeado una veintena de cruces de ferrocarril en Calais. Erwin Rommel, al frente de las tropas, no tiene dudas, y quien las tenga es ciego, tonto o las dos cosas. Jamás se bombardean unas posiciones que no van a ser asaltadas. Juan y Harris extreman la actividad de sus agentes y les hacen caer en contradicciones que merecen ser castigadas por el coordinador de la red.

—No volveré a confiar en él —sentencia Alaric, como haría cualquier espía defraudado por la frivolidad de un informante.

Camillus y Benedic; Dagobert y Donny; Dorrick y Drommond, todos ellos falsos miembros de la red Arabel, compiten en la inmediatez del desembarco, y cuando Garbo los pilla en errores, cae sobre ellos la maldición del jefe.

—Ha actuado como un mentecato. Estoy muy disgustado con él, aunque no se lo he comunicado... En el futuro dejará de hacer comentarios que puedan

influir sobre mí o sobre mis superiores. Me da la sensación de que se encuentra un poco desmoralizado por su gran estupidez.

Así despacha Alaric al torpe Camillus un mes antes del día D.

«En vista de las fuertes concentraciones de tropas en el sureste y el este de Inglaterra –escribe en el siguiente mensaje–, opino que no participan en las actuales operaciones, pues son una maniobra de distracción diseñada para lanzar luego un ataque decisivo en otro punto... muy probable en la zona de Pas-de-Calais.»

La opinión del agente se refuerza por el hecho de que uno de sus hombres, camarero en la cafetería donde acuden soldados concentrados, le comunica que ha sido trasladado al sur de Inglaterra. A la telaraña de Juan nada se le escapa y su prestigio traspasa fronteras.

Los ingleses han interceptado el mensaje que Hiroshi Ōshima, embajador de Japón ante Berlín, envía a Tokio:

–Hitler me dijo que lo más probable es que los aliados establezcan un puente en Normandía o en Bretaña, antes de abrir un verdadero frente en el paso de Calais.

Son palabras de Pujol que llegan a Hirohito para demostrarle que el Eje dispone de la mejor información.

* * *

Todo está previsto para que suceda el 5 de junio. En el puesto transmisor de radio, situado ahora en Hendon (Elliot Road, 55), el domicilio de Juan, se han reunido Harris, Tar Robertson, el coronel Roger Hesketh y el operador de radio Charles Haines. Todos quieren estar presentes en el momento de los mensajes decisivos. Nadie oculta su nerviosismo y las emociones contenidas.

Suena una llamada y Juan toma el teléfono. Es Agnes, la secretaria de David Petrie.

–Al habla Juan García.

–Buenas noches, señor García; el señor Petrie me indica que anulen todos los mensajes preparados.

–¿Qué ha pasado? –se alarma Pujol.

–Las condiciones meteorológicas aconsejan aplazar *overlord*. Tampoco

nosotros tenemos más información.

—¡Vaya por Dios! De acuerdo. ¿En cuánto tiempo se estima el aplazamiento?

—En principio, un día. Confirmaremos las nuevas órdenes cuando se produzcan. Permanezca en ese teléfono.

—Por supuesto. Gracias y hasta entonces.

Juan les traslada las novedades. Una tormenta de considerables proporciones ha chafado los planes de los aliados. Es un añadido de dificultad que el mando no está dispuesto a asumir, con el riesgo de averías, menor visibilidad, dificultades en las comunicaciones, avance más lento y el agravante de tener las tropas ateridas por el frío y el agua. Nada de eso era previsible cuando se establece el 5 de junio como Día D, pero no entra dentro de sus posibilidades dominar unos elementos que se presentan hostiles.

Garbo trata de ver la parte positiva del contratiempo.

—Quizá sea una señal del cielo y mañana salga todo bien.

El resto no lo niega, pero tampoco lo secunda. En cuestiones meteorológicas son más dados a leer los partes que los Evangelios.

En su afán por proteger la credibilidad del agente Alaric y después de una campaña unidireccional a favor del Pas de Calais como punto caliente del desembarco, el mando aliado le permite que avise a Madrid de lo que va a ocurrir en Normandía con varias horas de antelación. En su decisión pesa un cálculo determinante. Si el aviso se produce unas tres horas y media antes de la llegada de los barcos, tendrán la noticia vía Alaric, al mismo tiempo que a través de los propios servicios de vigilancia costera, con lo cual la capacidad de reacción militar será la misma, lo dijese o no su hombre. Por otra parte, si Alaric se entera de esos movimientos de tropas con tanta antelación, es señal inequívoca de su valía, se cubre las espaldas y se mantiene como fuente fiable para ellos ante los nuevos mensajes que los días inmediatos tendrá que transmitir, tan trascendentales o más que éste. Por lo tanto, he ahí la gran paradoja de Pujol, pues será el primero en alertar a Hitler de lo que se le viene encima, aunque disimule la verdadera naturaleza del fantástico convoy.

Durante las horas del aplazamiento, las emisoras Almura, en Londres, y Centro, en Madrid, se intercambian información sobre nuevos códigos y características de las transmisiones. Mensajes de rutina de los que nada se desprende sobre la invasión. Alaric advierte a Centro que establecerá

conexión a las tres de la madrugada, la hora H del día D, para que estén atentos. Pero llegada esa hora, Madrid no contesta.

—¿Qué hacen estos imbéciles? ¡No pueden haberse ido a dormir! —bufa Juan ante los ingleses al comprobar la falta de respuesta.

Almura lo intenta a cada poco, pero el silencio es total hasta varias horas después, cuando las primeras oleadas de soldados saltan sobre las playas desde las barcasas y las compañías de paracaidistas se hacen fuertes en posiciones del interior. El análisis de Alaric debe salvar torpezas y tempestades antes de llegar a su destino el D+2, pero cuando lo haga, después de expresar su enorme disgusto por no tener comunicación a la hora convenida, ni Hitler y sus generales, ni los aliados y los suyos, escatimarán elogios de su enorme trascendencia, aunque, eso sí, cada uno con diferentes resultados para sus intereses:

«Gracias a los informes mencionados se confirma que el presente ataque es una operación a gran escala que se propone servir como maniobra de distracción, con el objetivo de establecer una sólida cabeza de puente que atraiga el grueso de nuestras reservas a la zona de operaciones, y las retenga allí hasta disponer de la capacidad necesaria para asestar un golpe en otro sitio, con un éxito asegurado. Nunca me gusta dar mi opinión a menos que posea poderosas razones para justificarla, pero el hecho de que la concentración de tropas en el este y el sudeste de la isla se encuentre inactiva significa que debe mantenerse como reserva que será empleada en otras operaciones a gran escala. Los constantes bombardeos aéreos en la región del paso de Calais y la estratégica disposición de tales fuerzas justifica la sospecha de un ataque en esta región de Francia, que, al mismo tiempo, ofrece la ruta más corta hacia el objetivo final de sus ilusiones, es decir, Berlín. Dicho avance podría ser apoyado por constantes incursiones aéreas, puesto que las bases se hallarían cerca del campo de batalla, y atacarían a nuestros efectivos por la retaguardia, ya que éstos luchan contra el enemigo que ahora acaba de desembarcar en el oeste de Francia. A través de Drake supe ayer que en este país había 75 divisiones antes de empezar el presente ataque, por lo cual se pueden utilizar entre 20 y 25 divisiones para intentar un segundo golpe. Confío en que dará a conocer con urgencia estos informes y estudios a nuestro Alto Mando, ya que el tiempo puede resultar decisivo en estos momentos, y

antes de dar un paso en falso por falta de conocimientos acerca de los hechos necesarios, ellos deben estar en posesión de toda la presente información que transmito, junto con mi opinión, que se basa en la creencia de que el actual ataque es concebido en conjunto como una trampa del enemigo, que se propone obligarnos a desplazar todas nuestras reservas en una apresurada maniobra estratégica que lamentaríamos más tarde.»

Y así es. Esas reservas que Juan imagina corriendo apresuradas de Calais a Normandía, la poderosa 1.^a División Panzer SS y otras que pondrían en peligro la operación, dan marcha atrás y regresan a la zona del estrecho para no desguarnecer sus antiguas posiciones en contra de los deseos del general Gerd von Rundstedt, el único que parece no tragarse los embustes. Rommel, que se encuentra en Berlín para festejar el cumpleaños de su esposa, ignorante del día D, contradice a Rundstedt. Hitler, en Berchtesgaden, lo asume como propio y lo de Normandía adquiere entre ellos la misma consideración que Alaric le da, una maniobra de distracción a la espera del gran ataque en Calais.

A las seis horas treinta minutos del día 6, al cumplirse el plazo calculado, las playas de Omaha, Juno, Utah, Gold y Sword comienzan a teñirse de sangre, pero ni los generales Speidel y Dollmann, ni el Séptimo Ejército alemán estacionado a tiro de honda, están preparados para la reacción inmediata. El engaño canalizado a través de Juan ha producido los efectos deseados y aquello que un día soñó en delirios democráticos fructifica en éxito rotundo.

Eisenhower se guarda en el bolsillo la carta al mundo con la que iba a pedir perdón por el temido fracaso del desembarco.

La liberación de París se presenta ahora como un objetivo alcanzable.

* * *

Cuatro semanas después, todavía hay estacionadas en Calais veintidós divisiones alemanas que esperan el ataque que la red Arabel ha fabricado. Alemania ha pagado 17 554 libras esterlinas para ser engañada. Casi un millón de dólares que subvenciona una red inexistente. Juan les explica que los aliados deciden cambiar sobre la marcha lo que era un ataque de distracción transformándolo en la operación principal. Hitler sigue creyendo

en él y le concede la Cruz de Hierro de segunda clase con hojas de roble por los méritos contraídos. Para ajustar la concesión a la ley, se le hace figurar con efectos retroactivos entre los soldados españoles de la División Azul, ya que nadie que no haya estado en el frente puede lucir una Cruz de Hierro. Si no es Pujol el inventor de sus mentiras, otros se encargaban de proporcionárselas.

A través de una comunicación ordinaria de la estación Centro, Alaric recibe la exposición de los méritos contraídos firmada por el propio Führer y la comparte con el grupo.

–Mirad lo que me dice Hitler: «... por su contribución a la victoria final del III Reich».

Harris y los otros se parten de risa.

–Te veo en Berlín, desfilando al paso de la oca para recibirla.

–Creo que Adolfo va a tener que venir para entregármela en Westminster. ¿Os imagináis la ceremonia?

La noticia llega a las más altas instancias, donde se decide que Inglaterra no se puede quedar atrás en los honores, por lo que se acuerda concederle el título de caballero de la Orden del Imperio Británico (MBE). Ninguna otra persona figura al mismo tiempo en la nómina de los dos honores. La cruz alemana permanece sin ser recogida entre los vestigios fantasmales del fracasado III Reich. La segunda se la entrega David Petrie en una ceremonia secreta que se repetirá con pompa y circunstancia cuarenta años después.

Durante el acto celebrado ese año de 1944, y una vez que Juan tiene en su solapa la medalla, Harris inicia con sus nudillos unos golpes rítmicos en la madera de la mesa. Al instante es secundado por todos los presentes, que gritan:

–Gar-bo! Gar-bo!

Con la misma cadencia que los golpes. Es el sencillo, pero emocionante homenaje de los camaradas que suplen a topetazos la falta de una orquesta que la precaución desaconseja. Son los zumbidos de aquella mariposa que un día estornuda con todas sus fuerzas para apartar de su camino la bestia que lo interrumpe.

Desde ese momento hasta 1984 su nombre solo figura en un papel del registro secreto de la Cancillería General de las Órdenes de Caballeros. En ese año se celebra la entrega pública de la medalla en presencia del duque de

Edimburgo.

En todo ese tiempo, la figura de Araceli permanece oculta por voluntad expresa de la mujer. El matrimonio deja Inglaterra con varias vías de agua abiertas que le auguran un corto recorrido. La historia de amor entre Juan y Araceli se mantiene poco más allá de *Overlord*. Se alían para vivir juntos una aventura y su resultado no tiene parangón en la historia. Sin embargo, se ahoga a pie de playa, nada más llegar a ella, como la vida de miles de jóvenes que fueron sacrificados a conciencia para detener la locura. A ellos les cabe la satisfacción de decir que evitaron una mayor, simplemente porque no quisieron permanecer quietos.

EPÍLOGO

Madrid, la vida sigue

A las seis y media del 13 de octubre de 1988, el director de *El Progreso* de Lugo recibe una llamada desde Madrid. Al otro lado del teléfono está Araceli, a quien ha conocido la década anterior, pues el periodista es hijo de Eva, una de sus amigas de juventud, y asiste a los cócteles que ésta organiza cuando un pintor inaugura en su galería Kreisler de Madrid.

–¡Araceli! ¡Cuántos años sin hablarnos!

–Porque tú no quieres. Ven a casa cuando estés en Madrid y comemos juntos.

–Lo haré, aunque suelo quedarme las horas contadas. Ya sabes lo que tira Lugo.

–Comer y te vas, lo dicho.

–Prometido.

–La verdad es que ahora te llamo por otro asunto.

–Tú dirás.

–Quería publicar una esquela.



–¿Quién se ha muerto?

–Juan Pujol García.

El nombre de Juan Pujol ya es conocido en España. Hace cuatro años que reapareció y dos desde que se publica la biografía conjunta que él escribe al alimón con Nigel West, seudónimo del diputado y escritor Rupert Allason. También se han realizado entrevistas y reportajes sobre su intervención en el

desembarco y su original aventura de doble espía, un calificativo generalizado aunque no se ajuste a la realidad.

Al oír aquel nombre, el periodista manifiesta su sorpresa.

–¿Juan Pujol, el espía?

–Sí.

–¿Y qué relación tienes tú con él?

–Fue mi marido y el padre de mis tres hijos.

La sorpresa da paso al asombro. La información que dispone sobre la amiga de su madre es que está felizmente casada con Edward Kreisler y que sus tres hijos, Juan Fernando, Jorge Alberto y María Eugenia, utilizan el apellido Kreisler como propio. Por otra parte, ni Pujol en el libro con West, ni ninguno de los reportajes publicados hasta ese momento la mencionan ni una sola vez. Ni siquiera para decir que un día formaron matrimonio. Mucho menos, para hacerla protagonista de la historia como su propio marido.

–¡Araceli! ¡Eso es un bombazo! ¡Tienes que concederme una entrevista!

–Bueno, sí, como quieras. Telefonéame en otro momento.

La esquila se publica al día siguiente y la llamada para la entrevista se produce cuarenta y ocho horas más tarde. Sin embargo, la mujer está esquiva ante las preguntas. O para decirlo con mayor propiedad, miente con gran descaro ante casi todo lo que su amigo le pregunta.

–Juan fue a Inglaterra gracias al trabajo que un tío suyo le ofrecía. Eso sí, un trabajo de altos vuelos, porque siempre hubo un Rolls a la puerta de nuestro domicilio. Yo no tenía ni idea de los asuntos de espionaje a los que se dedicaba. La verdad sobre Juan Pujol la contaré en un libro que preparo.

Ese libro inédito, inexistente, comienza a dictárselo a su amiga Cachita. Luego, al periodista Raúl del Pozo, pero en ninguno de los dos casos avanza hasta el final. De la misma forma que Juan elimina toda referencia a ella en su autobiografía, Araceli calla, se detiene o se excluye en el momento de abordar la aventura. Su primera ausencia en la autobiografía de Juan es a petición propia, cuando su reencontrado marido le informa que va a escribirla con Nigel West. Las otras dos son arrepentimientos a medio camino. Las verdaderas razones se las lleva a la tumba cuando fallece dos años más tarde. Algunos creen que ella fue el alma y el motor de la pareja en los primeros momentos y que sus actividades como agente de inteligencia no se detienen

con el final de la II Guerra Mundial, como hizo Pujol, recluido en el pueblecito venezolano de Choroni, después de simular su muerte por malaria, o mordido por una serpiente en Angola. Nuevas mentiras de una sucesión tan profusa que ellos mismos llegan a confundir con la realidad.

La novela de sus vidas termina en las playas de Normandía porque allí acaba la misión que les asignaron, pero el punto que viene a continuación no es final, sino seguido.

Varios libros se han sucedido para indagar sobre la pareja y en cada uno de ellos la figura de Araceli crece para mostrar poco a poco su auténtico protagonismo dentro de la sociedad que formaron. La mujer renace en su papel de extrovertida colaboradora, la pieza necesaria sin la cual Alaric/Garbo no habría sido posible. Su historia pública arranca del cero absoluto que le concede Juan en su narración, hasta el de Ben Macintyre, donde se le reconoce la mayor participación, pasando por los de Collins, Juárez, el propio Harris y Mark Seaman, Destremau, Carratalá o Talty, y las películas documentales de Edmond Roch y José de Cora.

NOTA HISTÓRICA

Los Garbo, antes y después de la novela

Juan Pujol García nace el 14 de febrero de 1912 en Barcelona. Araceli González-Carballo González, el 6 de julio de 1914 en Santa María Magdalena de Coeses, a pocos kilómetros de Lugo. Ambos vivirán la guerra española siendo veinteañeros y en circunstancias muy dispares, como se refleja en esta historia, pero al final de la misma unirán sus trayectorias durante seis apasionantes años de guerra europea pasados en Burgos, Madrid, Lisboa y Londres, más otra temporada en Venezuela, derrotada ya la Alemania nazi, cuando el matrimonio comienza a hacer aguas hasta terminar por romperse.

Lo ocurrido en ese tiempo constituye una aventura tan peculiar, extraña e inverosímil, que solo penetrando en ella hasta el fondo, se admite como cierta. Ése fue el objetivo de este libro. Suplir las lagunas en blanco que hasta ahora hacían incompleta la historia de Juan y Araceli.

Sin saber con exactitud a qué se estaban obligando optaron por ofrecerse a los ingleses para luchar contra Hitler antes de que los EE. UU. entrasen en combate. Luego, la negativa de éstos a admitirlos, su afán de aventura, la necesidad de dinero, su cabezonería, las ganas de escapar de la posguerra española, una habilidad extraordinaria para el fingimiento y la mentira, así como el miedo a que el nazismo acabase por dominar el mundo, se sumaron para dar como resultado una actividad que no se puede calificar de espionaje, ni de agentes de doble militancia, como ha venido haciéndose sin pararse a pensar por dos veces que ni Juan ni Araceli han espiado jamás nada, tal como se entiende esa acepción, ni mucho menos han sido agentes de ambos bandos.

¿Qué fueron entonces?

Los años a los que hacemos referencia se dividen en tres etapas muy bien diferenciadas. Por lo tanto, la respuesta que se busca también será triple, de acuerdo con el momento que se examine. *El estornudo de la mariposa (Los Garbo contra Hitler)* está dividido en tres capítulos que se corresponden con

exactitud a cada una de esas etapas.

En la primera solo cabe distinguir dos personajes, como tantos otros, que se buscan a sí mismos y a su destino en un ambiente dominado por el fin de la guerra y el anuncio de una paz que tampoco es garantía de nada, pues la presencia de Hitler en Europa garantiza que serán inevitables nuevas batallas. En este primer tramo son dos españoles en expectativa de destino, poco más.

Su boda y el inicio de una vida en común es el preámbulo para la segunda etapa, la más asombrosa, pues tras ser rechazados como colaboradores del bando aliado, creen que pueden lograrlo si hacen creer a Alemania que son fieles agentes a su servicio, aunque no conozcan ni un solo dato de interés; y lo más sorprendente, diciéndoles, sin ser descubiertos, que se encuentran en Londres, cuando en realidad viven en Lisboa. El calificativo más adecuado en esta segunda etapa es el de fabulosos farsantes.

Finalmente, cuando Inglaterra, y en consecuencia, el bando aliado, descubren que tienen en ellos un diamante en bruto para la desinformación, Juan, ya en solitario, se convierte en Garbo, un funcionario de los servicios de contraespionaje inglés, mucho menos romántico que en la etapa anterior, pero de consecuencias demoledoras para el éxito militar de los nazis. En ese momento podemos decir que es un agente oficial a sueldo y Araceli, un ama de casa aburrida.

El primer paso en su afán por hacerse valer se produce en enero de 1941. Se trata de una entrevista mantenida en la Embajada británica en Madrid, al mando del prestigioso político conservador Samuel Hoare. De acuerdo con los informes del MI5, es Araceli y no Juan quien la lleva a cabo. En Londres reciben un informe de este episodio con la recomendación de Hamilton-Stokes de que no se les haga caso.

El sobrino de Araceli y diputado del PSOE en las Cortes constituyentes, Fernando González Vila, considera que «está clara la diferencia entre Juan Pujol y Araceli en cuanto a la iniciativa. Araceli era mucho más decidida en ese sentido que Juan; Juan era muy buena persona, un hombre extraordinario, pero no tenía esa capacidad de energía, de vitalidad, de arranque que tuvo Araceli».

Dada la negativa inglesa, los Pujol contactan días más tarde con los servicios secretos alemanes, la Abwehr, y tras mucho pelear, Pujol consigue

finalmente que la sección española de espionaje alemán tome en consideración su oferta.

El 26 de abril viaja a Lisboa para conseguir un visado que les haga creer a los alemanes que puede entrar en Inglaterra y enviar desde allí sus informes. Se hace con él y lo admiten, pero lejos de trasladarse a Londres, fijan su residencia en Lisboa y les engañan. La casualidad y la necesidad hacen que finalmente Inglaterra conozca las circunstancias de este español infiltrado en los servicios de inteligencia alemanes y lo aproveche para hacer posible la campaña de desinformación que facilitará el desembarco de Normandía.

Para lograrlo, ha creado una falsa red de veintitantos agentes informadores por los que cobra a Berlín a razón de noticia enviada, más gastos. La fama de Garbo crece de manera imparable, especialmente desde el mensaje del 6 de junio en el que adelanta el desembarco. Así, el 17 de junio Hitler acuerda concederle la Cruz de Hierro de segunda clase, uno de los principales reconocimientos en el escalafón militar alemán. Alemania premia con ella «los servicios de la más alta importancia prestados los dos últimos años como jefe de la red de Inglaterra, constantemente en peligro de su vida». En el decreto de concesión, Pujol es identificado como «V.319 SP, de nacionalidad española, Alaric, de la red Arabal».

Debido a esa decisión, Inglaterra se ve en la obligación de reconocer los verdaderos méritos de Juan Pujol a favor de la democracia y lo condecora con la medalla MBE (Miembro del Imperio Británico). La entrega se realiza en un acto a puerta cerrada y no se dará noticia de él hasta 1984.

«La ceremonia de entrega –escribe Juárez–, se realizó en el más estricto secreto, en un club privado londinense en diciembre de 1944. Asistieron unas 15 personas, sus más íntimos colaboradores y la plana mayor del servicio de contraespionaje. El director general del MI5, Sir David Petrie, pronuncia unas palabras de introducción y acto seguido le entrega la medalla. Ninguna otra persona fue condecorada por ambos bandos durante la II Gran Guerra.»

Después de la guerra

Ante una posible venganza alemana, los Pujol adoptan ciertas precauciones. Araceli regresa a España el 1 de mayo de 1945, a una semana del fin de la

guerra, y Juan vuela un mes más tarde desde Southampton a los EE. UU. en compañía de Harris. El director del FBI, J. Edgar Hoover, quiere conocerlo. «Hoover se interesó mucho por mi trabajo», dijo Juan. En este viaje, además de la entrevista con el director vitalicio del FBI, Pujol mantuvo otra con Allen Dulles, que en poco tiempo será nombrado director de la CIA.

Juan deja a Harris en los EE. UU. y recorre varios países del continente americano. Finalmente decide buscar trabajo en Venezuela: «Buscaba un lugar que fuese seguro y cómodo, exento de extremismos nacionalistas, y con un futuro próspero. Quería encontrar un país democrático en el que pudiese establecerme con carácter definitivo».

Llega a Caracas el 18 de julio. Obtiene del gobierno venezolano la documentación que necesita para quedarse de forma indefinida; a continuación se embarca en el trasatlántico *Cabo de Buena Esperanza* rumbo a España. Garbo vuelve a su ciudad natal el 9 de agosto, el día en que EE. UU. lanza sobre Nagasaki la segunda bomba atómica.

En Madrid se reúne con Tomás Harris y Desmond Bristow. La prioridad del agente es conocer si los servicios secretos alemanes siguen confiando en él. Solo así puede encarar su futuro con tranquilidad, sin miedo a ser perseguido de por vida. A tal fin visita a quienes fueron sus contactos; Knappe, en Gerona, y Kuhenthal, en Ávila. Este último le anuncia que pronto cobrará el dinero que le deben desde hace meses, un total de 35 000 pesetas. Más tranquilo, regresa a Londres para informar que los alemanes lo siguen considerando fiel. De esa manera termina su relación directa con el MI5 inglés, si bien Pujol se ofrece para una futura colaboración en el caso de ser requerido. Gran Bretaña le facilita la representación en Venezuela de diversas empresas con las que abrirse camino en un primer momento.

Antes de fijar su residencia en Caracas, Juan y Araceli realizan una visita a Lugo, donde vive Margarita, la madre de Araceli. También viven allí los hermanos de Araceli, Blanca y Ramón, que será nombrado delegado del Instituto Social de la Marina en Lugo. El otro hermano, Salvador y su familia, viajarán con ellos a Venezuela. De vuelta a España, Salvador, coronel de Aviación, será jefe del aeropuerto de Rozas durante cinco años, antes de ser destinado a otros puestos en Valladolid y Madrid.

El 18 de octubre, cuando Pujol ya está en Caracas, Araceli cobra en Ávila

de manos de Kuhlenthal el dinero que Alemania les debía. En ese encuentro Kuhlenthal le pregunta si podría pasar una temporada en Lugo acogido en casa de alguno de sus familiares, pero la mujer salva el compromiso con evasivas.

Días más tarde, Araceli y sus dos hijos se reúnen con Pujol en Caracas, donde residirán en una lujosa casa de la avenida de Bolivia, en la Quinta Gerardo de Los Caobos. Con ellos viven también, Salvador, hermano de Araceli, su mujer, Leoni Vila, y sus dos hijos –uno de ellos, el citado diputado socialista–, así como Mercedes García Guijarro, madre de Juan.

El 14 de diciembre la prensa informa de que una colección de cincuenta obras de Goya, Velázquez, El Greco, Ribera y Rubens, propiedad de Juan Pujol García, va a ser exhibida en Caracas. La diplomacia española investiga la naturaleza y propiedad de estas pinturas, que en un principio se suponen sacadas de España durante la guerra. Como consecuencia de la investigación, Pujol y su familia son sometidos a una estrecha vigilancia policial, de la que no se deriva ninguna actuación. Tampoco existe ninguna evidencia de que el Gobierno español supiese entonces las actividades de los Pujol en Lisboa y Londres.

La Dirección General de Seguridad encarga a la Comisaría de Policía de Lugo varios informes sobre Juan Pujol y Araceli González. En el primero de ellos, datado el 30 de abril de 1946, el comisario jefe lucense comunica que dicho matrimonio carece de antecedentes, que Araceli realiza dos viajes a esta ciudad antes de marchar a Venezuela, y que su marido solo la visita anteriormente en dos ocasiones. El informe añade que la mujer manifiesta disponer de mucho dinero, ya que su hombre en Venezuela «gana lo que quiere con los pozos petrolíferos».

El 11 de octubre, la Comisaría de Lugo remite otro escrito a Madrid en el que señala que «desde hace unos días se encuentra en esta capital la esposa de don Juan Pujol García, doña Araceli González González, de 31 años [...] esta señora llama extraordinariamente la atención por sus extravagancias y el género de vida que lleva. Frecuenta las sociedades de recreo procurando alternar con lo más selecto, viste elegantemente y adopta gestos para atraer las miradas de cuantas personas están a su alrededor. Parece que doña Araceli dice venir de Venezuela acompañándose de su hermano, don Salvador, capitán de tropas de Aviación en situación de supernumerario que también dice

regresar de aquel país. Los dos hermanos disponen de un espléndido automóvil, matriculado en el extranjero, ignorándose si es o no de su propiedad». El informe concluye: «Como quiera que la vida de la tan repetida doña Araceli es un tanto misteriosa, que su hombre no aparece por ninguna parte, y que ella asiste a cuantas fiestas se celebran en las sociedades por coincidir con las patronales, me permito someter a su criterio lo anteriormente expuesto, por si considera oportuna la práctica de alguna información». Es decir, que la policía no conoce a Araceli.

En Venezuela el matrimonio acomete diversas actividades, como son la comercialización de madera y la puesta en marcha de una explotación agrícola para la exportación de fruta, que fracasa afectada por las revueltas sociales de 1948. Durante un tiempo Pujol regenta un puesto de venta de prensa en Maracaibo. También trabajará en la compañía petrolera Shell como profesor de inglés. Luego abre un pequeño comercio en Lagunillas y más adelante, un establecimiento hotelero y un cine en Choróní.

En 1948 nace M.^a Eugenia y poco después Araceli regresa a Lugo con sus tres hijos, dando por terminada su relación con Juan. Éste recibe en Caracas una carta de Federico Knappe, que le hace llegar su cuñado Ramón y que le aterrca, ya que teme estar localizado de nuevo por los alemanes. A raíz de este episodio, solicita a través de Harris ayuda al MI5 para simular su desaparición, de tal modo que semanas después la prensa internacional da cuenta de la muerte de Juan Pujol García en la selva de Angola, atacado por una víbora cuando se trasladaba a caballo. Existen otras versiones sobre esta falsa muerte de Pujol por malaria, o paludismo. En este mismo sentido, el embajador inglés en Madrid comunica a Araceli que Juan muere en la selva de Mozambique, aunque ella sabe que no es cierto. La verdad es que en ese tiempo Pujol se casa con Carmen Cilia Álvarez, con quien tiene otros dos hijos varones y una hija.

Araceli se traslada a Madrid con Juan y Jorge, que estudiarán internos en el colegio Ramiro de Maeztu. Sir Samuel Hoare publica *Ambassadeur en mission spéciale* (Ed. Le vent du large, París) donde recuerda sus años en Madrid y su entrevista con Araceli, pero nadie la identifica en España.

El primer domicilio de esta nueva etapa madrileña es en la calle Escosura. Después, con ayuda del MI5, alquila un ático en Hermanos Bécquer, 4, frente a

la embajada americana y muy cerca de la inglesa. Ambas legaciones utilizan el ático para alojar a diversos personajes que no interesa inscribir en hoteles.

Araceli trabaja de intérprete y cicerone para las dos embajadas. Así conoce a Eduardo Kreisler, un americano de origen judío que dirige un negocio de artesanía en la calle Barquillo y ostenta representaciones de productoras cinematográficas. Con él acuerda formar una nueva familia. A tal fin consigue que el año 1958, *ABC* publique el edicto que confirma la desaparición de Pujol. Araceli ya se puede casar, pero no lo hará en Madrid, sino en Gibraltar, ya que Kreisler no es católico. Entre los antecedentes biográficos de Edward Kreisler figuran pequeños trabajos cinematográficos, como haber sido doble de Rodolfo Valentino en una de sus películas. En Madrid, él y Araceli serán anfitriones de actores norteamericanos que vienen a trabajar a España, como fue el caso de Charlton Heston durante el rodaje de *El Cid*, o de Roger Moore, intérprete de *El Santo*, que la compañía de Kreisler produce.

En 1965 Kreisler inaugura las Galerías Festival, una iniciativa para agrupar el negocio de la artesanía española, muy fragmentado, que dará origen a Artespaña. Por iniciativa de Araceli, abre sus puertas la Galería Kreisler en la calle Serrano de Madrid. La sala llegará a ser una de las referencias clásicas del galerismo madrileño. Más adelante Kreisler contará con nuevas galerías en Nueva York (1970-1975), Barcelona (1979-2002) y Miami (1993-1995), así como una segunda en Madrid (1973). Las dos galerías madrileñas se fusionan en 1998 y hoy mantiene su actividad bajo la dirección de Juan Kreisler.

En 1971, un periodista venezolano publica un reportaje sobre un importante espía español durante la Segunda Guerra Mundial, que reside en ese país. Pujol lee el trabajo periodístico pero no hace nada por corregir los errores que contiene, como que le llamen Jorge Antonio Pujol. Tanto los tres hijos habidos de Carmen Cilia, como los tres de Araceli crecen sin saber el papel tan destacado de sus padres en la Segunda Guerra Mundial.

En su domicilio de Pedro de Valdivia los Kreisler actúan de manera puntual como anfitriones de americanos en Madrid. Tal fue el caso, entre otros, del comandante supremo de la OTAN, Alexander Haig, y de varios embajadores antes de tomar posesión de sus cargos en Madrid. El año 1972 John Cecill Masterman publica *The Double Cross System in the War*, donde expone la

importancia de Garbo durante la Segunda Guerra Mundial. Es la primera publicación en la que se alude al trabajo de Araceli y de Juan.

Un año más tarde, la embajada británica advierte a Pujol de la desclasificación de unos papeles en los que aparece identificado. En Madrid, la *Galería Kreisler* acoge a los pintores y grabadores gallegos más destacados del momento: Tino Grandío, Julio Prieto Nespereira, José Vázquez Cereijo o Julia Minguillón.

Tras el 23-F de 1981, Edward y Araceli reúnen en una cena a los líderes políticos Manuel Fraga y Blas Piñar con el fin de conciliar posturas políticas. La iniciativa no consigue sus objetivos por las reticencias de Fraga a dialogar con el líder ultraconservador. Por diversos motivos, la actividad social de los Kreisler es incesante. Sus hijos llegan a decir de ellos que «cenan todos los días dos veces».

Rupert Allanson, diputado británico y especialista en temas de espionaje que publica bajo el nombre de Nigel West, encuentra a Juan Pujol en Venezuela y sugiere a Buckingham que le sea entregada por segunda vez la medalla como MBE (Member of the Order of the British Empire). El 3 de junio, el duque de Edimburgo recibe en audiencia a Juan Pujol para hacerle entrega de la medalla que ya había recibido después de la guerra. El día 6 Pujol asiste a la ceremonia conmemorativa del desembarco en las playas de Omaha y Utah.

Un mes más tarde, vuelve a Madrid, donde concede una entrevista al periodista Rafael Fraguas. También visita Barcelona, viaja a Londres con Nigel West y realiza una gira por los lugares de su historia para la revista *Interviú*. En 1985 Nigel West y Juan Pujol firman el libro autobiográfico *Garbo* (Ed. Weidenfeld & Nicholson). Cristian Destremau opina que el libro de West contiene muchas contradicciones por basarse casi exclusivamente en los recuerdos del catalán. Asimismo afirma que Pujol oculta intencionadamente el papel desempeñado por su mujer Araceli debido a «razones personales».

El 10 de octubre de 1988 Juan Pujol muere en Choroní, donde es enterrado. Hoy se puede leer en una de las posadas de esta pequeña población: «Aquí estuvo el mayor espía de la historia», aunque ya expusimos nuestro parecer al hecho de reconocerlo como espía. Tres días después Araceli concede una entrevista a *El Progreso* en la que habla por primera vez de Juan Pujol, pero

niega su relación con los trabajos de espionaje.

Araceli muere en 1990, tras sufrir un derrame cerebral cuando se encuentra con unas amigas en el Bingo Canoe del madrileño Paseo de la Castellana. Hoy sus restos reposan en la Sacramental de San Isidro. En 1992 fallece también Eduardo Kreisler.

José de Cora

Nota

¹ «¡Me importa una mierda lo que piensas, eres un pedazo de mierda!»